

Miguel-Ángel Ochoa Brun

MITOS Y REALIDADES

**SUCESOS DE
DIPLOMACIA Y
ECOS DE CULTURA**



MIGUEL-ÁNGEL OCHOA BRUN

El autor de este libro, Miguel-Ángel Ochoa Brun, Embajador de España y Miembro de la Real Academia de la Historia, ha venido dedicando muchos años y obras a diversos temas históricos, especialmente en el ámbito de la Diplomacia, en sus diferentes aspectos y épocas. Especialmente lo atestigua su Historia de la Diplomacia Española en trece volúmenes.

En el presente libro, describe momentos de tal Historia, esta vez en el marco entre realidad y mito, que le consiente adentrarse en excursos, por él mismo calificados de inactuales y heterogéneos, confiando para ello en la indulgencia de sus lectores.

El propio autor desea aprovechar estas líneas para expresar su gratitud al Ministerio de Asuntos Exteriores, su casa durante tantos años, y a la Secretaría General Técnica del mismo, así como a su titular, D^a Rosa Velázquez, por haber acogido este libro en su plan editorial. No menos agradece la brillante la-

bor de D^a Ana de Francia Caballero, Directora de Publicaciones, por la cuidada y certera selección de evocadoras ilustraciones con las que de manera tan convincente interpreta las ideas sugeridas en los capítulos del libro, conjugando así texto e imágenes, de forma que éstas visiblemente enriquecen a aquél y le dotan de una rica significación en el campo del Arte, de la Historia o de la Cultura.

Desearía agradecer también a la diseñadora, Sra. Seidenschur, su acertada distribución de texto, imágenes y notas, que armoniza el conjunto y agiliza la lectura.

El autor se siente halagado y complacido por tales contribuciones a la que estima su modesta obra.

Por último, agradece también a cada lector la colaboración que con su atención aporte, a fin de que esta obra no resulte del todo inútil, sino que sea capaz de proponer memorias del pasado o insinuar alguna reflexión. Que así sea.



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN

SUBSECRETARÍA

Secretaría General Técnica

Vicesecretaría General Técnica

Área de Documentación y Publicaciones

© Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación, para esta edición.

© Miguel Ángel Ochoa Brun

© de las imágenes: los autores y/o las instituciones.

•NIPO: 108-22-042-8 (papel)

•NIPO: 108-22-043-3 (en línea)

•Depósito Legal: M-21098-2022

•ISBN: 978-84-19003-03-4

Diseño: Pilar Seidenschur

Impresión: Punto verde, S. A.

Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado: <https://cpage.mpr.gob.es/>

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de su autor y no refleja necesariamente la postura del MAUC.

En esta publicación se ha utilizado papel libre de cloro reciclado y/o papel de fibra virgen de bosques gestionados de manera sostenible con el certificado "FSC", de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.

A tenor de lo dispuesto en la Ley de Propiedad Intelectual, no está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de su uso, sin el permiso previo y por escrito del autor, salvo aquellas copias que se realicen para su uso exclusivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación.

Imagen de cubierta:

Mercurio, patrono de los embajadores en la Mitología clásica. Artus Quellyn el Viejo. Palacio Real de Ámsterdam.

SUMARIO

PROEMIO A MODO DE EXCUSAS ...	4
LAS REALIDADES DE LA DIPLOMACIA ...	7
LA DIPLOMACIA EN LA MITOLOGÍA CLÁSICA ...	21
CARACTERES MÍTICOS EN LA DIPLOMACIA GRIEGA ANTIGUA ...	51
DIPLOMACIA ALEJANDRINA ...	85
DIPLOMACIA EN TIEMPOS DEL DANTE ...	121
EL MITO DE EUROPA ...	199
LA CULTURA CLÁSICA: MITO O ENSEÑANZA ...	239
EPÍLOGO ...	262



PROEMIO A MODO DE EXCUSAS



El rapto de Europa. Mosaico del Museo de Arles, Francia.

O bien disculpas, antes de empezar. Es de cautos y también de cortesés prevenir al lector para evitarle fastidios. Son muchos los libros que el mundo le ofrece y sería penoso que hubiese escogido mal. Tal vez en este libro no se le vaya a ofrecer nada que él hubiese necesitado o acaso tampoco que él hubiese preferido. Es decir, leyendo estas líneas, el lector ya cumplió con el autor y éste no le va a tomar a mal si renuncia a seguir.

Es probable que todo esto proceda de que el título sea engañoso. Los mitos suscitan desconfianza y las realidades miedo. Y es tanto lo que la Cultura brinda a quien a ella encomienda sus ocios que en su mera mención cabe un mundo. Un mundo de literatura, de disfrute, de aprendizaje. Un mundo del que evocar fantasías y verdades, al que recordar con historias de sucesos o de desentrañar con abstrusas metafísicas. Aquí se ofrecen algunas parcelas, quién sabe si bien seleccionadas. Hay aquí —en eso sí acertó el título— un tanto de mitos y un tanto de realidades y finalmente otro tanto de consejos o de deseos.

Lo malo es que aquí hay muy poco, quizá nada, de novedad. El modesto caletre del autor, que en estas líneas se confiesa, posiblemente no dio para más. El lector no encontrará aquí nada que no sepa. No se lo digo para desanimarlo, sino para precaverlo. Al escribir este libro, al pensarlo —no sin gusto, lo admito— desmentí el adagio latino que puede que haya existido y que dijese “aut profer quaedam novi aut tace”, que equivaldría más o menos a aconsejar: si no tienes nada nuevo que decir, mejor es que te calles.

Si pese a estas recomendaciones que le hago, el lector se atreve a seguir, contemplará realidades, ecos y símbolos de diplomacia, andanzas de embajadores en el Olimpo, a la vera de Zeus o al compás de obras de dramaturgos y poetas. Seguirá los oficios de los heraldos griegos y sus misiones. Verá capítulos de diplomacia vetusta al amparo de algún monarca de la evocadora Alejandría o hará humana una comedia divina. Advertirá el curso de Europa llevada por el toro jupiterino y al final habrá de soportar lo que él ya sabe: que la Cultura clásica nos es hoy como siempre —tal vez más aún que nunca— necesaria y deseable.

Es harto probable que, con todo ello, este libro merezca ser tachado de inactual. Es cierto. Pero a veces resulta beneficioso evadirse de la actualidad. ¿O no? Y se le tachará de heterogéneo. También es cierto. Pero heterogénea es la cultura y aún más heterogéneos son los mitos. Y, sobre todo, heterogéneo es el pensamiento y de él han brotado, con suerte o con desgracia, estos apuntes. Cuya ilación, si la tuviere, dejo al lector que la construya.

Y ello tanto más cuanto que es seguro que lo que aquí el lector va a ver le sea ya de antaño y sobradamente conocido. He aspirado sólo a tratar de presentárselo de otro modo, para burlar su ciencia o para entretenerlo con ingenua astucia. Consiéntaseme, puesto que los perdones van por delante.

Y ya cumplí con el indispensable requisito del previo *confiteor*. Y de la obvia cautela al lector, por aquello (y vaya otra vez de adagio) de que el que avisa no es traidor. •



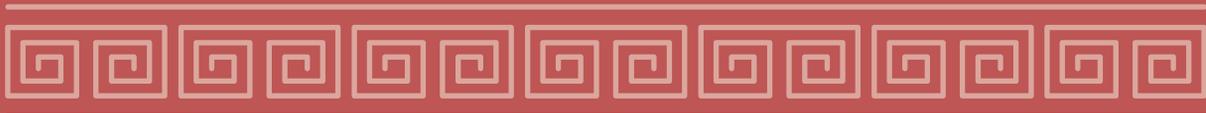
LAS REALIDADES DE LA DIPLOMACIA

EL MANDATO Y LA FUNCIÓN



FUNCIÓN Y CUALIDADES DE UN EMBAJADOR

ECO Y EJEMPLO DE LA DIPLOMACIA



Alegoría de la Paz (Eirene). Ludwig Knaus. Entre 1850 y 1888.

FUNCIÓN Y CUALIDADES DE UN EMBAJADOR

Al menos desde tiempos de Cicerón, suele admitirse que no hay nada en el mundo mejor que la amistad. Pero el propio Cicerón cuidó de precisar: exceptuada la sabiduría¹. De donde parece deducirse que aún mejor que la amistad es el saber adquirirla.

Si esto es propio de los seres humanos, bien puede afirmarse que otro tanto diríase justamente de los países y pueblos que los aglutinan.

La buena relación entre ellos les sería, pues, un gran bien y una deseable ventaja, tanto más cuanto que no menos es conocido adagio que con la concordia hasta las cosas pequeñas se logran, con la discordia hasta las mayores se desbaratan.

El corolario de todo ello es que lo mejor es que las naciones vivan en amistad y que lo más sabio es concitársela.

Sucede, y seguidamente habrá ya que formularlo, que el medio que generalmente se estima idóneo para ese propósito y capaz de obtenerlo es la Diplomacia, es decir, el instrumento del que los Gobiernos de los Estados se valen para establecer sus relaciones, consolidarlas y

¹ Est enim amicitia nihil aliud nisi omnium divinarum humanarumque rerum cum benevolentia et caritate consensio; qua quidem haud scio an excepta sapientia nihil melius homini sit a dis immortalibus datum. (Laelius de Amicitia, 20).

optimizarlas. Así pues, es un medio que –siempre siguiendo a Cicerón– todavía es mejor que su resultado.

Y de ahí se pasa cómodamente a otra famosa expresión que por los años de Nerón formuló Silio Itálico cuando osó opinar que la paz es lo mejor que se sepa haber sido dado al ser humano

(“Pax optima rerum quas homini novisse datum est²). Ambas ideas coinciden, puesto que paz y amistad son cosa congruente, sólo que la paz implica una pugna previa, porque se insinúa que es más valiosa que mil victorias (“triumphis innumeris potior”). He ahí el proverbial valor de la Diplomacia, buscadora y engendradora de paz. Y tanto más se advierte la congruencia si se sabe que la divisa Pax Optima

Rerum fue en su día escogida como lema del Congreso de Westfalia que en Münster, en 1648, fue la asamblea de diplomáticos de las potencias europeas que puso fin a la sangrienta Guerra de los Treinta Años.

Permítase pensar que quedaría así la imagen del diplomático como la del mensajero bíblico, cuyos pasos anuncian la paz³.

² *Punica*, XI, 592 s.

³ ISAÍAS, LII, 7.

Placa trasera de la chimenea en el “Friedenssaal” (salón de la Paz) en el ayuntamiento de Münster, Alemania, con corona y cetro (signos de poder).



Se ha considerado efectivamente, a lo largo de los tiempos y de sus vicisitudes, que el oficio de los embajadores ha sido esencial para la concordia de las naciones. Un famoso tratadista neerlandés de Derecho Internacional, Cornelius van Bynkershoek, lo expresó tajantemente, haciendo ver la necesidad y utilidad de los embajadores para la quietud y tranquilidad de las naciones⁴.

Ahora bien, nada se alcanza, si no se lleva efectivamente a término, ninguna teoría, si no se aplica, ningún teorema, si no se resuelve, ninguna acción, si no se ejerce. Y la diplomacia consiste en una comisión de un gobernante a un enviado, de un mandante a un mandatario. (No en vano a los embajadores, en viejo castellano, se los llamaba también mandaderos).

De ahí que pudiera formularse la idea siguiente. La Diplomacia se apoya en tres pilares: las decisiones tomadas por los gobernantes, las instrucciones en que se especifiquen y las personas que las apliquen. FALLE UNO DE ESOS PILARES, FALLARÁ LA MISMA DIPLOMACIA. Por lo tanto, para que la diplomacia se efectúe, hará falta que un gobierno designe y dé instrucciones y poderes a sus emisarios a fin de que, en su nombre, actúen en el extranjero, ante los gobiernos de las demás naciones. Ésa es la tarea de los diplomáticos.

Están éstos siempre atentos a la orden que reciban. Para ello, es preciso que quien la dé, pueda hacerlo y quien la reciba fíe de tal capacidad. Sin ese poder y esa fe la misión no sería posible. En el Evangelio de San

⁴ “Quanti Gentium tranquillitas et amica quies, tanti legatorum necessitas et utilitas aestimanda est. Sine his, quis pacem et foedera conciliaverit? Quis Gentes inimicas, dum in mutuam perniciem ruunt, placide composuerit?”. Cornelii van Bynkershoek, *De foro legatorum*, VIII, 1721.



Anibal y el mensajero. *Histoire romaine de Tite-Live*.

Mateo⁵ hay un ejemplo preclaro, cuando el centurión dice a Jesús: como militar que soy, sé que digo a mi soldado, vé, y él va; ven, y él viene, y a un esclavo: haz esto, y lo hace. Y Jesús dijo al centurión: “hágase contigo, tal como has creído”. Es decir: el mandato requiere fe y debe tener una consecuencia, que es el cumplimiento.

Ingrediente básico de la Diplomacia es, pues, la fe. Credenciales se llaman sus cartas como expresión de fe otorgada y respetable. A un embajador romano hace decir Tito Livio: como embajador vengo del Pueblo romano: dese fe a mis palabras⁶. De ellas responde el

⁵ VIII, 5 ss. Y San Lucas, VII, 1 ss.

⁶ “Ego sum publicus nuntius Populi Romani. Iuste pieque legatus venio, verbisque meis fides sit”. (Tito LIVIO, I, 32, 6 ss).

mandante mediante la garantía del compromiso, en el que consiste la misión.

Cuando éste falla, se incide en desconfianza del poder o de las intenciones del mandante o de la inmunidad que sus pasaportes confieran. Lo expresa con inimitable ironía y su habitual gracejo el siempre divertido a la par que sagaz Lafontaine, en una de sus fábulas⁷. Refiere allí cómo, en la sociedad de los animales, el Rey León daba a los embajadores pasaportes para quienes hubieren de acudir a su Corte, pero causaba extrañeza que ninguno de ellos volviera.

**“Pas un ne marque de retour:
Cela nous met en méfiance.
Que Sa Majesté nous dispense:
Grand merci de son passe-port”.**

Es decir: a veces, es cierto que el cumplimiento puede causar inconvenientes, que el ejecutante debe salvar con excusas. También en la Literatura tiene ello su eco. Poetizó Lope de Vega:

**“Si errare, no me culpéis;
que el Embajador no debe
pena, si a decir se atreve
lo que, como vos sabéis,
el Rey le tiene mandado”⁸.**

Además de la Literatura, tiene la Diplomacia posibles accesos de análisis:

Uno es la misma práctica (en qué consiste), otro es la teoría (cuál es su fundamento), otra es la Historia (cómo y

cuándo se ha usado). Para todo ello hay felizmente cientos de estudios, de manuales, de sesudas investigaciones. Un elenco de sólo los principales llenaría capítulos. No se va a hacer aquí, donde sólo habrá algunos apuntes, que el lector consienta y que, como autor, someramente yo me atreva a proponerle. A mí me parece que, donde con mayor utilidad puede estudiarse la Diplomacia es en su Historia⁹, porque allí se apreciarán sus métodos y sus resultados, que se convierten en ingredientes de una superior Historia de los sucesos; éstos son —dígase lo que se diga— el único referente válido de lo que en el mundo ha acaecido. Consiéntaseme discrepar de lo opinado por un historiador, validísimo por lo demás, y eximio, Fernand Braudel, que escribió una vez: “No pensamos que exista en sí una historia de los acontecimientos diplomáticos”¹⁰.

A mi juicio, por el contrario, esos acontecimientos son y han sido en todo tiempo dignos de memoria. Han hecho Historia, como manifestación del entendimiento entre las naciones y sus habitantes: fueron los nuncios de pasadas edades, los titulares de un meritorio oficio, el *officium legatorum* de la Edad Media y la continuidad de una función que aproxima a los pueblos, dignifica a los Gobiernos y satisface a los humanos.

Humana tarea es la Diplomacia. Como tal, vocación recomienda, aplicación exige, fortuna desea, éxito augura. Sobre todo, debiera requerir buena voluntad, propósito de ayudar, afán de propiciar y nunca de entorpecer. Y naturalmente, siempre cumplir.

A la Diplomacia suele reprochársele —¡cuán injustamente!— no haber sido capaz de resolver los conflictos que cier-

⁷ VI, 14. Inspirado de HORACIO, Epist., I, 1.

⁸ *Las almenas de Toro*, I, V.

⁹ De la que quien esto escribe mucho se ha ocupado, con fortuna o sin ella.

¹⁰ *En torno al Mediterráneo*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 349.



Istoria diplomatica che serve d'introduzione all'arte critica in tal materia, Scipione Maffei, 1727.

tamente no ella, sino la Política o la Guerra han previamente fabricado. En el siglo XX, la Diplomacia no pudo frenar los dos horrendos conflictos mundiales, iniciados por atentados y sucesos bélicos y desarrollados por ambiciones políticas. No fue su culpa. Y parece que el malaventurado siglo XXI no va a la zaga en todo ello. Pero sí es normal que a la Diplomacia se recurra habitualmente para tratar de reparar los platos que ella no ha roto.

Es deber de los embajadores actuar. Pero es deber de sus amos saber usar de sus servicios. Un personaje de Shakespeare lo dijo bien: “¿cómo aspiráis a gobernar un reino, si no sabéis usar de embajadores?”¹¹.

¹¹ Warwick al Rey Eduardo IV: “Alas, how should you govern any kingdom / that know not how to use ambassadors?”. *Henry the Sixth*, parte III, acto IV, escena 3, vº 36.

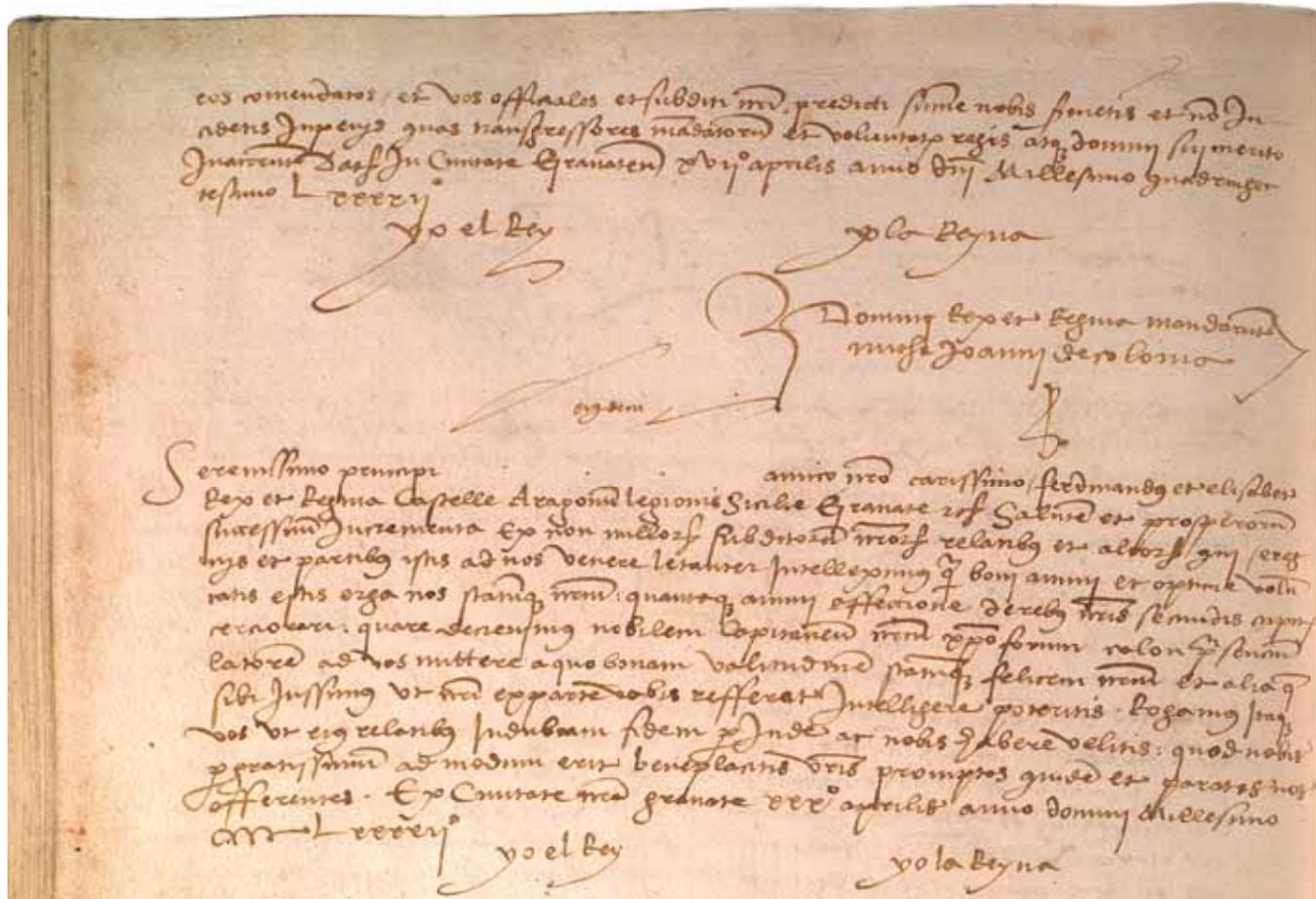
¿Es, pues, la Diplomacia una parte de la Política? Con ella tiene que ver. Pero la política es pública y vocinglera, la diplomacia es discreta. Su discreción no tiene por qué interpretarse como disimulo. El tópico del disimulo se entiende más bien como arte de gobierno. “Nescit regnare qui nescit dissimulare”, fue máxima atribuida en el siglo XV al Emperador Segismundo y a Carlos VIII de Francia. Lo del diplomático es antes bien una aparente indecisión, basada en el hecho de que el diplomático no decide. Un famoso político y diplomático norteamericano opinó una vez que hay en el mundo tres seres de los que no se sabe si van o vienen: los cangrejos, las mujeres y los diplomáticos¹².

Lo que la Diplomacia necesita de la Política son dos cosas: la representación y las instrucciones. Los diplomáticos necesitan representar a su gobierno y obedecen a sus instrucciones. Tan importantes son éstas, que es famosa la obra publicada en Francia, en muchísimos volúmenes, de un *Recueil des instructions aux Ambassadeurs et Ministres de France depuis les traités de Westphalie*, que viene a constituir un elocuente compendio de la Historia de la política exterior francesa durante la Edad Moderna¹³.

Está fuera de duda que para un estudioso de la Historia de Europa, las Relaciones internacionales constituyen un panorama y a la vez un método de conocimiento de alta utilidad y también de posible merecedora inmersión en las formas y los caracteres políticos, sociales y

¹² Fue John Milton Hay, político y diplomático (1838-1905). Secretario de Estado y Embajador de Estados Unidos en Londres. La cita es el nº II de sus *Distichs*. Dice así: “There are three species of creatures, who when they seem coming are going/. When they seem going, they come: diplomats, women and crabs”.

¹³ Para España, la lectura de las abundantes y sagaces instrucciones de Fernando el Católico a sus embajadores (en buena parte publicadas por el embajador DOUSSINAGUE), son para el lector motivo de admiración y gusto. Es sabido que tal monarca es justamente tenido por maestro de diplomacia.



Primeras credenciales de la diplomacia de los descubrimientos, otorgadas por los Reyes Católicos a Cristóbal Colón y fechadas el 30 de abril de 1492. / Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona.

culturales que a una tal Historia integran y esclarecen. De ese panorama son parte, naturalmente, los aspectos biográficos, que –diga lo que diga la Historia global o de los grandes sucesos y corrientes– serán siempre el sustrato básico de toda estructura humana.

Y un cuantioso número de esas biografías se encuadran en la realidad de la Diplomacia, ya sea en su contextura profesional, ya en sus múltiples conexiones con otros campos. El tipo del diplomático puede ser paradigma de otros muchos humanos: el viajero, el cronista, el erudito,

el literato, el jurista, y también de ilustres representantes de la cultura de algunas edades: el humanista del Renacimiento, el prohombre del Barroco, el ilustrado del XVIII, el romántico del XIX. (No sé si ahí se pone término a la serie). Esa actitud de sus personajes confiere a la Diplomacia un papel muy relevante, que sobrepasa a sus propias cualidades. No son limitaciones, como opinara Ortega, sino eminentes signos de humana distinción.

Esto se da porque el embajador actúa en muchos sectores, pero ¡atención! obra individualmente. Es cierto que

está en el *maremagnum* que los historiadores modernos llaman de las “fuerzas profundas”, que mueven y rigen los sucesos desde dentro y desde abajo, pero él está actuando personalmente, no es un instrumento del mecanismo. Puede ser un peón, pero no es pieza ciega de una máquina, y su acción es susceptible de individualizarse para ser analizada, lo que da a su figura un perfecto relieve. Por ejemplo, los sucesos enmarañados que acompañaron a los tratos precedentes a la Primera Guerra Mundial pueden juzgarse en la embrollada turbulencia de las fuerzas profundas que irremisiblemente movían a las potencias en 1914, pero eso no impide juzgar la labor de los diplomáticos que se vieron dramáticamente implicados en aquellos sucesos (alguno murió de un infarto en aquellos días) y que –bueno es recordarlo– trataron de encauzarlos y humanizarlos. Calderón examina magistralmente el Gran Teatro del Mundo, pero eso no le impide analizar los caracteres de sus personajes.

Cierto es que el desempeño de su función hace a los diplomáticos insertarse, quieranlo o no, en el piélagos que los rodea, necesariamente los condiciona, les facilita su trabajo o lo dificulta o impide.

Algo hay además, que concede otro aliciente a la diplomacia. Es el mérito de la conversación. La relación entre los humanos y, por ende, también entre las naciones, consiste a menudo en el contraste, que, por desgracia, es tanto como decir, en la disputa. Las diferencias, en las que obviamente reposa el carácter de las gentes y de los pueblos formando su propia idiosincrasia, pueden (y suelen) a la postre convertirse en rivalidades. Para solventarlas, es preciso convertir la prisa en la pausa, las armas en armisticio y el contraste en la conversación, al amparo del Derecho. A los embajadores de los galos, respondió una vez sintomáticamente Julio César que le dejasen un día para pensarlo y que volvieran en los

idus de abril¹⁴. Se suele reprochar a los diplomáticos su gusto por la dilación, por la espera, por la demora que parece inacción, por el aplazamiento que quiere acabar siendo compromiso. Son medidas preferibles siempre a la resolución violenta, a menudo inmeditada.

Pero a veces, todo eso es inútil. Entonces, la misión en los conflictos en que participan a su pesar, a veces hace a los diplomáticos trocar paces por horrores, y padecerlos en el bando del perdedor, aunque otras veces los arriima a construir la paz, en el campo del vencedor: *nemo nisi victor pax bellum mutat*, dicese en la Conjuración de Catilina. A menudo sin buenos resultados, porque (la Historia está llena de testimonios) suele primar la avasalladora fuerza profunda de las grandes ambiciones sobre la sensata y callada obra de los tratos humanos, que es el campo de la diplomacia.

Pero, dentro de este mismo campo, la Diplomacia como ente ideal o, si se prefiere, los diplomáticos, que son sus actores, ejercen una fuerza creativa. En lo que ahora suele analizarse como “imaginación colectiva” de un país, los embajadores contribuyeron a menudo a fabricar sus elementos. A veces, como quiera que el embajador acreditado temporalmente en un país ajeno, es parte conspicua de un escenario extranjero, es el apropiado para describirlo. Y tiene intención y gusto en hacerlo: Clavijo en Samarcanda, Pedro Mártir de Anglería en Babilonia de Egipto, Herberstein en Moscovia, Fanshawe en Madrid, Busbecque en Constantinopla, el Duque de Liria o el Marqués de Almodóvar en San Petersburgo, trazaron, en sus crónicas o en sus despachos a las Cortes respectivas, descripciones de países y lugares, trasladando a ellas sus propias ex-

¹⁴ “Legatis respondit diem se ad deliberandum sumpturum: si quid vellent, ad Id. April reverterentur”. (*De bello Gallico*, I, 7).

perencias o asombros. En la Antigüedad lo hicieron los embajadores de los Reyes helenísticos en la India, coadyuvando incluso a cartografiar por primera vez aquellos lugares. Deber inexcusable de los embajadores es estar informados y, en consecuencia, informar a sus amos. En un capítulo de sus *Ensayos*¹⁵, Michel de Montaigne reprochó a embajadores franceses haber disimulado en sus informes a su Rey el contenido de un discurso de Carlos V¹⁶. Los embajadores, que a la fuerza se informan, también a su vez informan de su entorno, y a veces lo espían: los “espías del Duque” llamaban en su tiempo a los embajadores del Sforza de Milán, y no lo hacían como algo peyorativo, sino para calificar la penetración de sus informaciones o influencias.

Puede ser que ese innegable conocimiento, adquirido en años y en países, haga a los diplomáticos asumir y presumir de saber más de lo que saben. Pérez Galdós se burló, con su habitual donaire, de un supuesto diplomático (acaso no supuesto) que, en la Corte del Rey José Bonaparte, presumía de estar al tanto de los altos designios del Austria y de la Prusia.

O sí lo saben, y los demás, desconcertados, prefieren rehusárselo.

Por supuesto, todo esto procede de la función del diplomático como viajero. Diplomáticos fueron los embajadores entre el Sacro Imperio y el Califato de Damasco o de Córdoba en el Alto Medioevo, o los legados de la Sede Apostólica de Roma o de Aviñón, o los que se aventuraron en la Estambul de los sultanes.

¹⁵ Un traict de quelques Ambassadeurs”, *Essais*, I, 17.

¹⁶ “J’ai trouvé bien estrange qu’il fut en la puissance d’un Ambassadeur de dispenser sur les advertissements qu’il doit faire à son maistre”.

El viajero recorre tierras, las describe. Y el viajero que, como Ulises, huye de Troya y ansía el regreso a su patria (Itaca) y a su esposa (Penélope) o viaja para crear una novedad, previamente desconocida, ya sea Roma (Eneas) o las Américas (Colón), protagoniza increíbles aventuras. Eneas no es diplomático, pero Colón sí: recuérdese que era nada menos que portador de unas Cartas Credenciales en regla, firmadas por los Reyes Católicos y dirigidas a un hipotético Rey desconocido, acaso el Gran Khan de la China. (Loable obsesión por la corrección en las formas diplomáticas).

O bien, en suma, ese viajero se mueve por una obligación: el emisario portador de un mensaje y el diplomático encargado de una función. La Penélope que espera al diplomático a su retorno es la misión cumplida.

Amplíemos, sin embargo, la capacidad de sus aptitudes. Ha de ser, desde luego, persona en cuyo carácter prime la prudencia¹⁷. Pero además, el diplomático, porque viaja y en sus viajes actúa, en ellos aprende. Y porque aprende, es ducho para enseñar. De ahí brota el tipo, muy propio del Renacimiento y del Barroco, del diplomático como preceptor. Porque ha sido fiel transmisor de las ideas y los propósitos del Rey, acaba siendo, por su propia experiencia en materias políticas internacionales, el más idóneo preceptor del Príncipe. Diego de Saavedra Fajardo o Cristóbal de Benavente y Benavides son en el siglo XVII otros tantos ejemplos de preceptor del heredero de la Corona española en libros ponderosos y sesudos, plenos de doctrina, válida no sólo para aquel tiempo. Enseñan también a sus propios colegas, aquéllos que han de seguir los pasos por las tierras que

¹⁷ Legatos opus esse ad se mitti, viros prudentes, cum quibus quae uellet de republica loqueretur; (Tito Livio XXVII, 29).

ellos antes pisaron. Así Don Diego de Saavedra parece ser autor de una *Relación de las cosas que hay dignas de saberse en Roma para quien trata del servicio del Rey de España*, extenso acopio de informaciones útiles para embajadores de España ante el Papa¹⁸.

O bien dan muestra de su docente sabiduría en sabrosas obras de Emblemática barroca, como el mismo Saavedra o Juan de Borja. El embajador es entonces un erudito, un escrutador de los ejemplos de tiempos pasados y un asesor para los venideros.

Todos esos son perceptibles correlatos de sus variadas funciones.

Pero no sólo hay evidentes coincidencias. Hay también sorprendentes contradicciones. El embajador, que es, por la propia naturaleza de su función, un promotor de paz, puede, y así lo muestran capítulos de la Historia, ser también hombre de guerra. Es llamativo, pero no infrecuente contemplar en una persona al soldado aguerrido, al embajador hábil y al escritor erudito. El Conde de Tendilla, que fue nombrado embajador de los Reyes Católicos en Roma por ser versado en letras latinas, había sido inventor exitoso de fortificaciones en la guerra de Granada. O incluso el poeta y militar Rebolledo y Villamizar en Copenhague,

autor de una interminable composición poética, o Diego Hurtado de Mendoza que, en versos satíricos explica precisamente cómo es un embajador, y él lo era y bien importante del Emperador Carlos V en Roma y en el aula tridentina, además de haber sido militar también en campañas granadinas. En las contiendas del siglo XVII, los nombres de los diplomáticos se entreveran en sus funciones con los de los relevantes guerreros. En el ilustrado XVIII, el Conde de Aranda fue militar en la guerra contra Portugal, donde había sido embajador. Los ejemplos serían interminables.



Sabiduría y Prudencia. Francesco Rustici, 1610-1625.

Distinta cosa es que, durante el curso de una guerra, la Diplomacia intervenga, ya sea para solicitar treguas, para promover armisticios, proponer condiciones o atenuar rigores. No es que los embajadores hagan la guerra, sino que actúan para evitarla o, ya en su curso, para ponerle fin o para mitigar sus

riesgos. Un libro hay, famoso en la literatura, que desde su título hasta las páginas de su contenido, tiene a la guerra por único motivo: es la *Guerra de las Galias* de Julio César. Una atenta lectura de su texto permite entreverar sucesos bélicos con interludios diplomáticos. Incluso hacen inesperada aparición nominal algunos de sus protagonistas: Nameyo, Veruclecio, Divicón, legados que acuden al conquistador César de parte de los pueblos que combate y que le piden o le ofrecen tratos, para prometer, rehusar o condicionar su sumisión, y a los que César recibía con su usual mezcla de aparente tolerancia y contundente

¹⁸ Vid. edición de J.M. Díaz Fernández y prólogo de Q. Aldea. Junta de Galicia, 2000.



Julio César y el embajador Divico. Carlos Jauslin, siglo XIX.

exigencia, propio de lo que sería el virgiliano precepto: “parcere subjectis et debellare superbos”.

Parecido caso es el de los historiadores griegos. También Tucídides, en su relato de la guerra del Peloponeso es, sin proponérselo, un historiador de la Diplomacia. Y libros famosos sobre la guerra fueron precisamente obras predilectas del acaso más conocido diplomático

del Renacimiento, Maquiavelo. Y Diego Hurtado de Mendoza es autor de la Guerra de la Alpujarra.

Otra contradicción. Hay veces en que el diplomático de un país extranjero es hostilizado, ridiculizado, como lo fue el valioso Gondomar en la Inglaterra protestante, hostil a la España católica. Pero a veces es un diplomático propio el que es rechazado en su

tierra como prototipo del personaje extranjerizante, portador de usos foráneos. Y si esto es verdad, es porque el diplomático se esfuerza en la defensa de los valores patrios en el extranjero, pero, contagiado del extranjero, es introductor de ideas y modas de fuera en su patria. Por ello, es difusor, e injustamente lo padece.

A tantas cosas puede verse obligado, por la impuesta versatilidad de sus quehaceres. Hombre de aquí y de allá, ubicuo y variado en lugares y deberes, capaz y bisoño, concentrado y versátil, ensalzado y vituperado, sufridor permanente de achaques y objeto de loas, merecidas o no. Ellos mismos, los embajadores, blasonan de que las circunstancias los obligan a ser lo que no son: Bernardino de Mendoza, por su deber de organizador militar del asediado París, o el Conde de Oñate como improvisado arquitecto en el Palacio de Roma, que adquirió y reparó para sede de la embajada que hoy subsiste. O también como reporteros, que en sus memorias refieren las cosas que vivieron o contemplaron. O de artistas como Rubens que parece decía no ser diplomático-pintor, sino pintor que se ocupaba de diplomacia¹⁹.

ECO Y EJEMPLO DE LA DIPLOMACIA

Es decir, la práctica (que es lo más importante en la Diplomacia, que es ante todo práctica y técnica), se convierte en teoría, y es ejemplo. O también se transmuta en recuerdo, y se hace Historia. Goethe

¹⁹ Ejerció como diplomático de los Austrias españoles ante la Corte inglesa.

celebra a varios historiadores franceses de la época napoleónica, porque habían sido embajadores en aquellos sucesos.

La Diplomacia tiene, pues, su literatura: las memorias o las crónicas de los propios embajadores. Pero también una cobertura simbólica. La diplomacia como ejemplo.

Posee, pues, tal vez ante todo, dos facetas: un eco y un símbolo. Es eco de las cosas vividas en unas historias personales y coetáneas, y es también espejo y ejemplo utilizable para la historia futura. El embajador es además un eco y reflejo del mandante. En la época medieval castellana, en el siglo XIV, un prohombre de aquella Corte, literato y diplomático, lo expresó en famosos versos en los que pondera cómo en el porte de los embajadores se refleja el prestigio de su amo. Fue el Canciller Don Pedro López de Ayala y los versos, después de enumerar las virtudes de una embajada ideal, concluyen así:

**“Algún príncipe muy grande muy cierto será
el que tal embaxada honrada enviará.
El que nunca la vió luego la notará
y su fama muy grande non la olvidará”²⁰.**

Siglos después, en el XVII, se recitaba un adagio que los juristas ingleses de la Corte de Isabel I y de su sucesor el Estuardo Jacobo I gustaban de formular: “Honor legati honor mittentis est”²¹. Es la misma idea: el honor del embajador es el honor de quien lo

²⁰ *Rimado de Palacio*, estrofa 603 ss, BAE, 57, pp.444 ss.

²¹ Así se lee en las *Opuscula quaedam posthuma* del erudito Obispo anglicano Lancelot Andrewes, o en el testimonio de su coetáneo, el abogado y político Sir Edward Coke.



Retrato inglés del Conde de Gondomar, embajador español, presentando una carta del Papa al Obispo de Spalato (también Deán de Windsor) que la rechaza, ante la atenta mirada del duque de Buckingham.

envía. Incluso más. El Embajador puede fabricar, con sus bravatas, las supuestas glorias de su amo o de su patria, que acaso no las merezcan. En su tiempo decían de Luis XI de Francia que sus victorias eran obra de las lenguas de sus embajadores, de lo que se hizo eco Walter Scott en su sugestivo *Quintin Durward*. También el francés Brantôme burlescamente refiere

(y no las condena) las bravuconadas de los españoles del siglo XVI.

Eco y ejemplo. La Diplomacia como acción, como reflejo, como teatro y a la vez como obra de sus personajes. Y sobre todo, como realidad, susceptible de comprobar, de historiar.

Pero lo que sí cabe preguntarse es si todas estas consideraciones y las que seguramente se quedaron en el pensamiento ¿enseñan algo?, ¿sirven de algo? ¿Tienen algo que ver con el enunciado de este libro?

Es decir, la Diplomacia: ¿un ente de ficción? ¿Un método de actuación? ¿Una habilidad en el comportamiento? ¿Un deber personal, con su carga de satisfacciones y sacrificios? ¿El ropaje de una vivencia internacional? ¿La obra de algún personaje histórico? ¿Un cúmulo de capacidades? ¿O de vanidades?

Es probable que ahora el lector, si hasta aquí llegó en su paciencia, haga suyas estas y otras parecidas interrogaciones.

Por todo ello, éste puede ser ya el momento de hacer frente a posibles objeciones que seguramente quien quiera que esto lea se proponga alegar.

Una primera aporía consistirá quizá en que se pueda argüir lo siguiente:

“Se confunde aquí Diplomacia y diplomáticos. Una cosa es aquélla, entendida como sinónimo de las relaciones exteriores de los Estados, y otra es la función y personalidad de sus servidores”.

Es verdad, pero entiendo que es lícito usar de ambos términos como estrechamente vinculados y comprensiblemente distinguibles, así como se usa de la Marina y los marinos, la Medicina y los médicos, la Justicia y los jueces, la Iglesia y los clérigos, la Artillería y los artilleros. Me parece una permisible sinécdoque que no dificulta la identificación, en cada caso.

Otra objeción quizá se formule de esta guisa:

”No es lo mismo el antiguo Oficio de los legados que la Diplomacia actual. La cesura entre ambas instituciones consiste en la sustancial modificación que hizo a la diplomacia itinerante y ocasional del siglo XV convertirse en residente y permanente, lo que separó sus desempeños, y de donde se deduce que no es lícito unificar ambas figuras”.

Consíentase responder a ello con la misma seguridad y contundencia. Frente a modos y formas diferentes, las funciones son inequívocamente las mismas, a través y a despecho de los siglos: acudir, representar, negociar, pactar, informar, proteger.

Una postrera aporía es mucho más grave: el crítico lector, tal vez ahído de las precedentes figuraciones, puede que diga así:

“Lo que el autor pretende formular no es aceptable. Lejos de lo que aquí se aspira a describir, la diplomacia es simplemente una plasmación de la política internacional. No es un ente, al que pueda hacerse sujeto de acciones, de éxitos o de resultados. No es más que, y a lo sumo, una consecuencia exterior de la gobernación interior de los Estados, pese a lo cual, en este libro, usando de una inadmisibles prosopeya, el autor parece quererla convertir en un Mito”.

Ese oportuno aserto da pie a lo que sigue.



LA DIPLOMACIA EN LA MITOLOGÍA CLÁSICA

PRÓLOGO: DIPLOMACIA Y MITOLOGÍA

HERMES

EL EMBAJADOR: CONCEPTO Y ONOMÁSTICA

LOS CARACTERES DEL MENSAJERO

LA GUERRA DE TROYA

LA COYUNTURA REAL Y SU APROXIMACIÓN MÍTICA



Zeus envía a Hermes en misión, fragmento de un vaso griego.

PRÓLOGO. DIPLOMACIA Y MITOLOGÍA

Vocación y tarea de todo historiador es sondear el origen de las cosas, de los seres y de las edades. Vocación elegida y tarea impuesta.

Sondear cuándo los sucesos tuvieron lugar por vez primera, cuándo instituciones terrenales brotaron en el seno de comunidades humanas o mostraron sus primeros influjos. Ésa es su misión, también su recompensa.

Institución humana es la Diplomacia. Ha servido, a lo largo de los siglos, para facilitar la relación pacífica entre entidades creadas por los hombres para su convivencia. Es un cometido honroso, que disfruta de un proceso meritorio, de una trayectoria merecedora de aprecio. Y, por ende, de una historia. La pregunta radica en cuándo buscarle origen.

Se me ocurre citar la expresión de dos versiones, que pueden contribuir a situar la cuestión.

El ilustre historiador de la Diplomacia Harold Nicolson describió el siguiente panorama, verdaderamente más desconsolador que ilustrativo:

“Hubo una época en la que un grupo de monos antropoides, habitantes de sus cavernas, deseando solventar cuestiones de límites ente sus territorios respectivos, descubrieron que el mejor método era enviarse emisarios que no fueran asesinados nada más llegar”¹.

1 *The evolution of Diplomacy*, p.10.

Se atribuye, pues, el origen de las embajadas a una necesidad de los primeros antepasados de los humanos.

A la otra versión pueden darle expresión las palabras que dejó escritas en su famoso libro *El Embaxador* el insigne diplomático y tratadista español del siglo XVII, Embajador que fue del Rey Felipe IV, Don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, Conde de la Roca. Escribió acerca del origen de la Diplomacia lo siguiente:

“La necesidad fue la inventora, cuando la diosa Pandora envió al mundo las calamidades y trabajos, en vez de los bienes que le habían depositado los dioses, después de aquel siglo dorado y feliz, cuando ya los hombres habitaban casas y dividían lo propio y lo ajeno, entonces comenzaron las embajadas, para cobrar la justificación, o poca fuerza de los unos, lo que la ambición y mayor poder de los otros les habían tomado, o para conseguir otros deseos y contratos”².

Se ha atribuido, pues, la invención de la Diplomacia a Palamedes, un mítico héroe que fue a la Guerra de Troya³ y a quien se tiene por inventor de muchas cosas⁴.

2 *El Embaxador*, 1621, p.22.

3 Era hijo de Nauplius, Rey de la Eubea, hijo éste de Neptuno y de Amyone, hija de Danao, Rey de Argos. Murió, o mejor lo mataron, durante la guerra de Troya. La muerte de Palamedes por las tropas en Troya, acusándolo de traidor (GRAVES, II, 381).

4 Se tenía a Palamedes por inventor de los juegos de dados, la balanza, los faros, los pesos y medidas, el disco, el alfabeto, el calendario, la aritmética y las vigilias de centinelas. Ha pasado también por haber inventado el juego de las damas en el curso de una epidemia durante la guerra de Troya. También haber inventado la letra ypsilon mirando el vuelo de las grullas. LACARRIÈRE, *En cheminant avec Hérodote*, Paris, Seghers, 1981, p. 46.



Pandora. Harry Bates, 1891.

Pero adviértase que, en los dos casos, parece achacarse aquel remoto origen a una especial y urgente coyuntura: la necesidad.

En suma, pues: ¿está el origen de la Diplomacia en la apenas indagada Prehistoria? ¿O está o en la siempre imaginada Mitología? ¿En poco estéticos hallazgos de

rudimentarios homínidos o en hermosas semblanzas de olímpicos personajes?

Mi elección se decanta por la segunda opción.

Quizá cupiera una tercera vía, más amplia, aunque menos comprometedora. Es la que enunció un historiador francés, cuando se atrevió a opinar que la Diplomacia nació con el género humano y no se extinguirá sino con él⁵, en lo que pareció coincidir con otro diplomático español, Ximénez de Sandoval, que colocó en el Paraíso Terrenal el lugar de nacimiento de la Diplomacia⁶.

Pero puede que, en resumidas cuentas, sea lícito presuponer que, en la Diplomacia, y por ello en su origen, estén presentes, como, por lo demás, en casi todos los avatares de la vida, dos conceptos que a la vez la sugieren y la comprueban: son el Mito y la Realidad.

Este volumen lleva por título Mitos y Realidades. Pero sucede precisamente que Mito y Realidad no son ni mucho menos conceptos antagónicos. En el Mito hay una evidente realidad sublimada, en la Realidad se inscribe a cada paso el Mito para confirmar y adornar sus contornos. ¿Qué sería del mar sin Poseidón o de la cultura sin Atenea?

Yo me propongo aquí otra similar pregunta: ¿qué sería de la Diplomacia sin Hermes y sin su caduceo?

Naturalmente, esta pregunta y su eventual respuesta requieren ante todo la indulgencia de quien la lea y considere. Porque será necesario seguramente eludir

⁵ MAULDE-LA-CLAVIÈRE, *La Diplomatie au temps de Machiavel*.

⁶ *Diálogos de la Diplomacia*, 1945, p. 31 s. Pero no la personaliza en Adán ni en Eva, sino en la serpiente (!).

aquí demasiado las realidades y que se consienta al autor divagar en mitos.

Una vez osó Racine, que sabía mucho de mitos, pedir perdón con estas palabras: “le lecteur me permettra de lui demander un peu plus d’indulgence pour cette pièce”, y lo hizo en el prólogo a la *Tebaida*. Es decir, en una pieza inspirada en la literatura griega clásica. Las dos cosas habría que solicitar del lector ahora: indulgencia y que ésta sea por la antigüedad griega.

No sin motivo. Dejó constancia el Rey de Castilla Don Alfonso el Sabio de un hecho primordial. Escribió en su *General e Grande Estoria* que “de los griegos avemos los saberes”. Y es probable que pensase que esos saberes no son sólo Poesía, Historia, Ciencia, Metafísica o Lógica. Esos saberes radican sobre todo en una determinada actitud, la que ellos entendieron como la de asombrarse ante las cosas, que en eso dijeron que consistía la filosofía.

Y puede argüirse que el asombro se da más que nada en lo inconcebible, y en esto consiste lo mítico. Nos hallamos ya, pues, en el umbral del Mito, gracias a los griegos y, en especial, gracias a Palamedes y al asombro que todo ello causa. Además, podría aun afirmarse que lo que más asombro produce no es sólo el mito, sino que el mito conviva extrañamente con la realidad, que ni la confirme ni la desmienta, ni la afirme ni la rehúe.

Por eso los griegos no lo emplearon simplemente como un escape a la fantasía, sino como un medio de conocimiento.

Pero precisamente acerca del conocimiento y precisamente a los griegos, es decir a los contertulios de sus socráticos Diálogos, Platón dio una explicación de colosal trascendencia, que nos sigue haciendo reflexionar

y sentir, a saber: el conocimiento no es sino recuerdo, lo que creemos conocer es simplemente aquello que podemos recordar⁷.

Pues bien, es posible que esa idea platónica consienta recibir una nueva interpretación. La de ser aplicable a la Historia. En ese orden de pensamientos, la Historia será sólo el recuerdo del que nos valemos para conocer. Y al más remoto fondo de la memoria de los humanos, allí donde el recuerdo linda con lo meramente imaginable, se halla el mundo de los mitos.

Los dramaturgos griegos están ahí con sus obras para atestiguarlo. Con sus personajes.

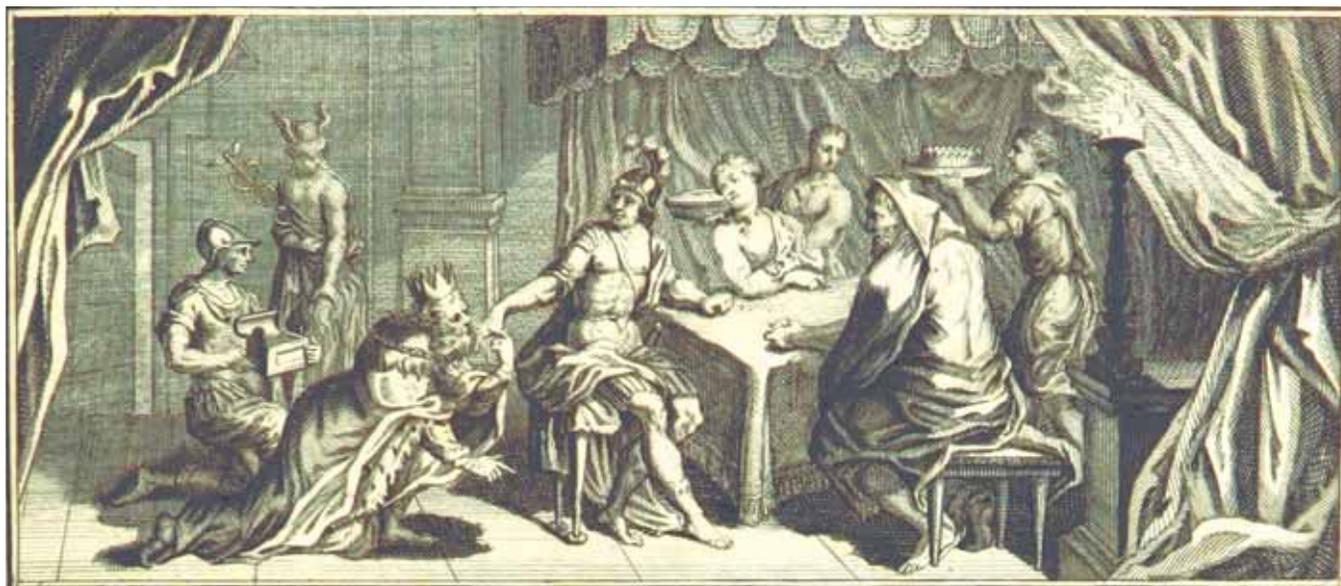
Los personajes de las tragedias griegas conforman dos tipos definidos: unos en el Olimpo, otros en la tierra. Los dioses y los humanos.

Contéplense con esa mezcla de curiosidad y reverencia con la que necesariamente lo hacemos, las escenas de los vasos griegos, que tanto nos revelan de ellos, de sus vidas, de sus quehaceres y sus proezas, en suma, de lo que en sus obras y pensamientos hay de mito y realidad.

De los divinos, hay dos que aparecen con opuestos atuendos y actitudes. Uno es Ares, o Marte, marcial, como su nombre requiere, armado y pugnaz. Otro es Hermes, o Mercurio, andariego y pacífico, con alas en los pies y el caduceo en la mano.

Son el guerrero y el mensajero. Del segundo procede tratar aquí ahora.

⁷ ἡ καλουμένη μάθησις ἀνάμνησις ἐστίν. (*Phaidon*, 73 B). Oportunamente lo mencionó en su día Francis BACON en uno de sus ensayos (el LVIII).



Hermes acompañando a Príamo a postrarse ante Aquiles. *La Ilíada* de Homero, 1720.

HERMES

Ante todo: Ya se dijo aquí antes: la Diplomacia tiene dos caras: hay un mandante y un mandatario. Sin aquél la diplomacia no se crea; sin éste, la diplomacia no se ejecuta. En la Diplomacia mitológica griega hay un mandante excelso y un mandatario ilustre. El mandante es Zeus. El mandatario es Hermes.

Es ese personaje mítico, tan viajero que tenía alas en los pies, tan activo que se le tiene por patrón del comercio⁸, tan notorio que lleva en la mano siempre un llamativo símbolo para identificar o para pregonar sus propósitos: el caduceo. Acabo de presentarlo: ese personaje es Hermes o Mercurio. El embajador, al que representa y cuyas funciones ejerce es un personaje

⁸ Con una bolsa de dinero. Referencia al dios de las ganancias en Persio, sátira VI, 62,

que reúne en su apariencia dos caracteres: es pacífico y es viajero.

Aquel dios es todo un símbolo. Cuando en la Diplomacia moderna, cuyo pasado conocemos, queremos personificar sus conspicuos actores, citamos a Maquiavelo o a Guicciardini, a Wolsey, a Castiglione, Saavedra Fajardo, Kaunitz o Choiseul, a Chateaubriand, a Metternich o Talleyrand. Pues bien, éstos son la Diplomacia histórica, la mítica es Hermes (o Mercurio).

Presentémoslo. Al comienzo, es decir, en las primeras palabras de la primera escena del *Amphitryon* de Molière, aparece Mercurio que, sobre una nube, le dice a la Noche, a su vez en un carro, tirado por dos caballos: “j’ai deux mots à vous dire, de la part de Jupiter”. Es, pues, una misión, que Mercurio ejecuta por orden de un mandante. Es una embajada. ¿Por qué? Porque Mercurio es el embajador nombrado por Júpiter. Es el patrón de los embajadores.



También en el canto XXIV, vº 461 de *La Iliada* dice Hermes a Príamo: “Yo Soy Hermes, inmortal, y mi padre me ha enviado para acompañarte”⁹.

Es hijo de Júpiter y de la pléyade Maia, hija de Atlas. Nació en Cilene, en una gruta de una montaña al norte de la Arcadia. Por ese lugar de su nacimiento, Homero lo llama Κυλλήνιος¹⁰ y Ovidio lo llama Cyllenius.¹¹ Es Cilene el límite septentrional de la Arcadia, donde ésta concluye en una cima desde la que parece querer contemplar su propia extensión, su tierra donde pululan los mitos, donde los pájaros se hacen diferentes¹², donde también existe la muerte: “et in Arcadia ego”. Allí nació Hermes, donde primero fue pastor, cuidador de las ovejas de rizados toisones. Allí inventó la lira, a partir de un caparazón de tortuga; se la cambió a Apolo por el caduceo. Allí los antiguos griegos hicieron su habitual, respetuoso y sacro homenaje: le erigieron un templo y una estatua.

El homérico *Himno a Pan*, que describe las cumbres en las que las ninfas danzan y Pan atiende a los pastores, ya le da a Hermes su principal atributo, el de ser nuncio veloz de los dioses¹³. Son muchos y muy variados los cometidos de Hermes, pero el primordial es el de ser el

embajador de Zeus, Padre de los inmortales. Los autores clásicos son unánimes en ese cargo, en esa misión.

De ahí su condición de patrono o precedente de los embajadores.

Es el propio Zeus quien le ordena que sea su nuncio, que rápido difunda sus mensajes por el mundo: “celeris defer mea dicta per auras”¹⁴. En la Antigüedad, todos están acordes en atribuir a Hermes/Mercurio ese cargo y esa misión. Enumerar testimonios sería superfluo, aunque grato siempre, como lo es cualquier alusión a los sugerentes textos: Para Hesíodo es el heraldo de los dioses: κηρυκ’αθανατων¹⁵. En la Odisea de Homero¹⁶, Zeus le dice que sea su mensajero: αγγελος εοσι. En su *Ifigenia en Aulis*¹⁷, Eurípides lo llama Enviado de Zeus, Ο Διος τ’αγγελος Ερμας. Esquilo lo hace llamar por Electra mensajero potente de los dioses del cielo y del Hades¹⁸ y lo llama el ornato de los heraldos¹⁹. Y ello continúa, una vez que, en el mundo latino se efectúe la transposición: lo llaman “Nuntius Iovis” Plauto²⁰, Horacio²¹, Virgilio²². En el libro primero de la *Eneida*²³, Júpiter le encomienda la importante misión de ordenar a los cartagineses que brinden hospedaje a los fugitivos troyanos, no sea que la Reina Dido, ignorante del hado, los expulse. Y si se consiente la siguiente piroeta, para el pensamiento cristiano, San Isidoro atestigua que “este dios fue considerado como el enviado de

⁹ σοὶ γάρ με πατήρ ἄμα πομπὸν ὄπασσεν.

¹⁰ *Odisea*, XXIV, 1. Y el poeta Hiponacte de Éfeso lo llama Ἐρμῆς Μαϊάδος Κυλλήνιος.

¹¹ *Metamorfosis*, I, 713.

¹² Se asombró Plinio *el Viejo* de que sólo allí los mirlos fueran blancos (*Historia naturalis*, X, 87).

¹³ Ἐρμῆϊ ἤμνει, Μοῦσα, Διὸς καὶ Μαϊάδος υἱὸν, Κυλλήνιος μεδεόντα καὶ Ἀρκαδῆς πολυμήλου ἀγγελὸν θανάτων ἐρισούνιον. *Himno IV*, a Hermes, inicio. También guía al Hades, *ibid.*, 571-2.

¹⁴ VIRGILIO, *Eneida*, IV, 225, 23.

¹⁵ *Teogonía*, 939.

¹⁶ V, 29.

¹⁷ Vº 1302. También Ω θηνος κηρυξ, 158-9.

¹⁸ *Coéforas*, 124.

¹⁹ Ἐρμῆν, φίλον κήρυκα, κηρύκων σέβας. *Agamenón*, vº 515.

²⁰ *Amphitruon* 1112.

²¹ *Odas*, I, 10.

²² *Eneida*, IV 237

²³ I, 297.



Hermes con el niño Dioniso, tradicionalmente atribuido a Praxiteles y fechado en el siglo IV a.C.

(Pág. izq.) Mercurio en un tálero de cobre sueco, 1718.

los dioses a la tierra”²⁴. Hasta Luis Vives, en el siglo XVI le hace llamarse “Nuntius Iovis summi”²⁵.

Tal vez lo que más atraiga de la Mitología, lo que la ha convertido en feliz narradora de sus avatares en las Artes plásticas, es su increíble teatralidad. Sus seres son personajes. Es lícito observar cómo se apresta Hermes para sus funciones. Nos lo cuenta Homero en la *Odisea*²⁶ con tal vistosidad que se diría haber sido testigos de sus ademanes: calza sus sandalias de oro (καλα πεδιλα αμβροσεια χρυσεια), que lo llevan por las tierras y mares al soplo del viento²⁷, y toma su vara que induce al sueño a los mortales o despierta a los que duermen²⁸. Lo repite Ovidio en las *Metamorfosis*²⁹: por orden de Júpiter; sin detenerse (“parva mora est”), calza sus alas en los pies, se cala su sombrero (Petasus) y toma en la mano su caduceo (que impone sueño: “virga somnifera”³⁰). (Lo malo es que, en ese caso virgiliano, la misión no es de paz, sino mortífera. Júpiter le encarga que dé

²⁴ *Etimologías*, L, VIII, cap. IX

²⁵ VIVES, *Opera omnia*, V, p. 68. Pero en el *Sueño de Scipion* lo llama dios de los robos y cosas parecidas, hijo del estupro de Maïa y llama ficción a su condición de mensajero y ministro de los dioses (VIVES, *ibidem*, V, 135), También lo llama ladrón y padre de las mentiras.

²⁶ V, 49 ss.

²⁷ “Volat ille per aëra magnum remigio alarum” (*Eneida*, I, 300 s).

²⁸ *Odisea*, XXIV, 2-4.

²⁹ I, 671 ss

³⁰ En el canto XXIV de la *Ilíada* se menciona el caduceo de Arguifonte, que es Hermes, que produce sueño o vigilia: « la verge qui, selon qu'il le veut, ferme les paupières des hommes ou les éveille ». (Traducción de Leconte de Lisle). “La verga con cui gli occhi degli uomini affascina di quelli che vuole e può svegliare chi dorme ». En la literatura española, Don Pedro Calderón de la Barca evoca ese poder del caduceo: “con este cetro, de áspides atado, los ojos de Argos se aduermen” (*Fortunas de Andrómeda y Perseo*). “Recibió de Apolo el caduceo o vara con dos serpientes arrodadas”. (Pérez de Moya, *Filosofía secreta*, I, cap. XXIII). Para ésta y otras referencias, *vide* los oportunos comentarios de la reedición de los *Emblemata centum* de Solórzano, a cargo de Jesús María GONZÁLEZ DE ZÁRATE, Madrid, Ed. Duero, 1987, especialmente pp.110 ss.

muerte a Argos (“letoque det imperat Argum”)³¹. Una escultura de Thorwaldsen muestra la cruel escena: Hermes matando a Argos.

Pues se ha convocado a las Artes plásticas como intérpretes, habrá que proclamar que la iconografía de Mercurio con su caduceo como insignia y blasón, es inconmensurable³². La pintura, los grabados de las grandes épocas del Renacimiento y el Barroco, y sus no menos propia y famosa especialidad de la Emblemática han hecho a ambos protagonistas de tantas escenas. Divinizaciones de la paz, emblemas de Reyes³³ o representaciones de cualidades políticas o meramente humanas han gustado de mostrarlos como símbolos o imágenes parlantes, hasta la literatura religiosa cristiana³⁴ lo usó cuando se trataba de escenificar glorias o virtudes. Mas, sobre todo, se recalca la principal tarea de Hermes/Mercurio: su cargo de embajador. Consiéntase aducirlo como ilustre modelo y remoto precedente.

Su escenario lo sitúa a veces incluso entre divinidades. Júpiter lo mandó a Plutón para que éste liberara a Perséfone, pero sin éxito; el relato mítico explicará, más tarde, que tuvo Demeter que

³¹ Es la versión del Arguifonte, o Argicida.

³² Probablemente su más bella representación sea su estatua, obra de Praxíteles, de mármol de Paros, del siglo IV a.C., que se halla en el Museo de Olimpia. No se le exhibe allí con el caduceo, sino con un alma en brazos en forma de niño, por su calidad de guía de las almas humanas al Hades (ψυκοπομπος).

³³ Así Felipe V *el Largo* de Francia (*vid.* reproducido en Mario PRAZ, *Imágenes del Barroco*, Madrid, Siruela, 1989, p. 87).

³⁴ Por ej. en una obra de exaltación de la Compañía de Jesús (“Imago primi saeculi Societatis Iesu”, Amberes, Plantin, 1640), *ibidem*, p. 211.

Lekythos representando a Hermes
llevando un caduceo. Atribuido al pintor
Tithonos, 480-470 a.C.



agostar los campos para que Plutón accediera a dejar libre a la hija de ella los meses de primavera. La misión del nuncio se estrelló en el invierno.

Y a veces también puede ser mensajero de castigos, como cuando lleva a Prometeo la condena de Júpiter. Y entonces es conminatorio. Al mensajero no le gusta viajar dos veces ni reiterar mensajes. “No me obligues a repetir camino”, le amenaza, μηδε μοι διπλας οδους³⁵.

Sucede, en efecto, que la Mitología, al querer acercarnos sus sujetos para poder convertirlos en paradigmas, les atribuye virtudes o se las rehúsa. Lo que es a su vez recurso temático y enseñanza moral. ¿Es el nuncio de Júpiter siempre leal?

He ahí un tópico de la literatura diplomática.

Cabría preguntarse si, en esa tarea de embajador de Júpiter, Mercurio, el de los alados pies y el caduceo en la mano, será siempre tenido por un servidor leal. Un embajador ha de serlo siempre para con su mandante. Demóstenes compondría uno de sus más famosos discursos para describir y condenar los vicios de la “embajada desleal”. (Παραπρεσβεια). La fama del embajador mendaz o poco veraz forma parte de los no infrecuentes reproches a su figura, de su “leyenda

³⁵ ESQUILO, *Prometeo encadenado*, 934. 940 s.

negra”, podríase decir. Al Príncipe de Bismarck se atribuye la frase: “yo a los diplomáticos les digo siempre la verdad porque sé que no me creen”. ¿Podría achacarse a Mercurio tal proceder? Hay una vistosa cita, según la cual, Mercurio prometería a su amo, el Padre de los dioses, precisamente cuando le pide ser nombrado su heraldo: “Yo te prometo no mentir nunca, aunque no te prometo decir siempre la verdad”³⁶.

Sin embargo, no es ésa la tónica imperante, por suerte para el alado mensajero jupiterino; uno de los atributos que una mitología benévola otorga a Mercurio es la de ser asesor prudente. Esto sí encaja con la tradición y deberes del buen embajador. Así aparece en la literatura emblemática, tan propia de tales aseveraciones, y en la que Mercurio desempeña habitualmente un papel favorable. Mercurio es allí la imagen del que inspira al soberano, recomendable a los príncipes como modelo de prudencia, que incluso evita la vigilancia de Argos³⁷. Como ejemplo del buen gobernante, Juan de Solórzano Pereira pinta a Mercurio como el pastor que cuida de su grey, que son los hombres, a quienes “sólo el divino puede regirlos y gobernarlos”, “qui regit et pascit mortales”³⁸. Llevado por la atractiva imagería mítica, uno quisiera pensar en Hermes niño, en Cilene, apacentando las ovejas de rizado toisón.

³⁶ GRAVES, *Los mitos griegos* I, 76.

³⁷ Mercurio rapta a Io transformada en vaca, a pesar de la vigilancia de Argos, el de los cien ojos y así lo ahí lo pinta Velázquez. Hermes tenía que libertar a Io, convertida en vaca blanca por la celosa Hera, que la encomendó a Argos, pero como éste tenía cien ojos, Mercurio tuvo que inventar tocar la flauta para adormecerlo. También robó los ganados al Rey Admeto, a pesar de estar bajo la vigilancia de Apolo que es el sol. Robó también las flechas, el tridente a Neptuno, el cinturón a Venus, sus instrumentos de herrero a Vulcano, su espada a Marte y el cetro a Zeus. Prodigio de habilidades para un dios astuto.

³⁸ *Emblemata centum regiopolitica*, 1652/53. Emblema XI. Puede verse para todo esto reedición de los *Emblemata* a cargo de Jesús María GONZÁLEZ de ZÁRATE, *vide supra*..

A mi juicio al menos, la más hermosa –y breve³⁹– semblanza de Mercurio es la que lo retrata la décima oda del primer libro de Horacio, donde se le recuerda como el avisado ladrón de bueyes, lo que le reprocha Apolo, el cual, sin embargo, no puede menos de reírse al advertir que entre tanto le acaba de robar también a él su aljaba. Allí, por supuesto y como procede, se le nombra “embajador de Júpiter y de los dioses”⁴⁰, bienquiso de súperos y de ínferos, guía de las almas con su áureo caduceo.

Debería brotar de todo esto la imagen y la semblanza de los individuos míticos, donde se muestran sus atributos y las proezas que los atestiguan, y que constituyen para los griegos el ingente teatro de su Mitología. Bien sabido es y comprobable que ese teatro reprodujo sus escenas largamente en los tiempos que siguieron, que de ellas se sirvieron para construir símbolos y paradigmas. Es una admirable continuación que ensambla Antigüedad y Posteridad.

De eso se lucra Mercurio, embajador activo y asesor hábil, que reitera su imagen en la sapiencia del Renacimiento y del Barroco de Europa. Imitadores y traductores de los textos griegos y latinos, evocaron su imagen, que es la del nuncio y emisario por excelencia.

Incluso, ambas tareas, la del emisario y la del consejero, son susceptibles de aunarse y compadecerse. Para Pedro Sánchez de Viana, humanista, médico y poeta y brillante traductor de Ovidio⁴¹, Mercurio fue un enviado de Júpiter para enseñar a los hombres. Y Alciato, en sus emblemas, presenta a Mercurio como quien indica el camino del bien.

³⁹ Sólo en cinco estrofas de amables versos sáfico-adónicos.

⁴⁰ “Magni Jovis et deorum nuntium”.

⁴¹ 1589.

Mercurio.
Juan de Bolonia.

No sólo buen gobernante. Se le atribuyeron también dotes de fino político, que le aproxima al paradigma de que aquí se trata. Erasmo, en su *Adagiorum opus*, bajo el adagio “Communis Mercurius”, opina que Hermes estaba a bien con los cielos y los infiernos, con los dioses superiores y con los inferiores, por lo que se le considera prototipo de la capacidad de mediación y así Zeus lo mandó al mundo en el caos de la creación para que pusiese orden entre todos los seres⁴². Se transparenta ahí la imagen del mediador sutil, habilidoso, contemporizador y sociable, como Hermes era para Aristóteles, que lo tenía por el más comunicativo de los dioses a causa de que es tenido por el más común⁴³, que debe entenderse como el más sociable.

En siglos posteriores se mantuvo o incrementó, pues, la mítica figura de Mercurio como sinónimo del personaje dotado de peculiar listeza, así opina Juan Torres como ejemplo para príncipes⁴⁴. También debía estimársele dilucidador de controversias y mojón de predios. No son malos atributos de diplomático. Y también en las expresiones de los humanistas se halla eco de

⁴² Está en Arístides y parece que está en Platón, *Protágoras*.

⁴³ καὶ τὸ κοινωνικὸν φάναι τὸν Ἑρμῆν εἶναι μάλιστα τῶν θεῶν. *Retórica*, II, 24, 2. Pero explica que esto no es más que un entimema basado en homonimia. El “más común”, vide supra adagio de Erasmo.

⁴⁴ *Filosofía moral de Príncipes para su buena criança*, Burgos, 1596, LVI, cap.2.



otro de los caracteres de tal condición, la de viajero, que unánimemente se le concede. A Hermes lo pintaban los antiguos con alas en los pies (“alipedus” ya lo llamaba Ovidio⁴⁵) y con el caduceo en la mano⁴⁶. “Volátil Hermes” lo llama John Milton en su *Paraíso*⁴⁷. Y de eso se hace eco el erudito humanista y mitólogo Juan Pérez de Moya, que describe a Mercurio con alas en los pies y explica que ello se debe a que, pues es el enviado de los dioses, ha de viajar y sus acciones han de ser diligentes y rápidas⁴⁸. Juan de Solórzano le atribuye: regis praesentia velox. “Nuntius adsum deorum” dice, blasona de poseer

“...el empleo
de dioses embaxador,
pues me envía su deseo
acá y acullá en rigor”⁴⁹.

⁴⁵ *Metamorfosis*, IV, 756.

⁴⁶ El propio caduceo aparece solo en el reverso de alguna moneda, en cuyo anverso figura Hermes. Así en una de Skiathos (mitad del s.III) con la inscripción ΣΚΙΑΘΟΥ. Museo Numismático de Atenas, repr. en *To Αιγαιον των νομισματων*, publ. del Museo, ATENAS, 1999, p. 45. En muy antiguas monedas incluso macedónicas, de la época de Alejandro I y Pérdicas II, aparece Hermes portando su caduceo. *Vid.* Jean N. KALLÉRIS, *Les anciens macédoniens. Étude linguistique et historique*, Atenas, 1998, II, 1, p. 544.

⁴⁷ *Paradise lost*, III, 603.

⁴⁸ *Filosofía secreta, donde debaxo de historias fabulosas, se contiene mucha doctrina, provechosa a todos estudios. Con el origen de los Idolos, o Dioses de la Gentilidad*. 1585, I, cap XXIII. (Cita apud G. de ZÁRATE, *vid.supra*).

⁴⁹ Emblema LXII.

Se decía también que, entre sus beneméritas funciones estaba la misión de limpiar el mundo de malezas. Para Pérez de Moya⁵⁰; “a Mercurio pintan en forma de cigüeña porque así como la cigüeña limpia la tierra de malas sabandijas y dañosas, así Mercurio que es Padre de la elocuencia, con el buen hablar quita las enemistades, rencillas y otras cosas que suelen inquietar a los hombres”. Porque, en efecto, se suele otorgar a Mercurio su propia ave. Parece ser la grulla, lo que consentiría citar un epigrama de Marcial⁵¹, o el caso del emperador del Japón, al que se atribuía la sagrada Voz de la Grulla, que por primera vez sus súbditos escucharon, respetuosos y estupefactos, en su mensaje de rendición de 1945.

Lo que fue Hermes para los griegos, fue para los romanos Mercurio, trasplantado al Olimpo romano. En época bien remota se erigió en Roma el primer templo a Mercurio. Fue en el año 495 a. C.,⁵² cuando murió el último Rey, de mal recuerdo, Tarquino el Soberbio, que había llevado tiempo destronado y desterrado en Cumas, al amparo del tirano Aristodemo. Desde siempre, Mercurio sería para los romanos, no solamente un mito capaz de presidir la serie olímpica⁵³, sino también un modelo al que atenerse o paradigma para urdir elogios de buen caudillo. A Mercurio es vinculado expresamente nadie menos que Octavio Augusto, “el vengador de César”, por Horacio en sus *Odas*⁵⁴.

⁵⁰ *Filosofía secreta, Vide supra.*

⁵¹ XIII, 75.

⁵² Consagrado en los idus de Mayo, fuera del pomerio (Tito LIVIO, II, 21, 7).

⁵³ El poeta Ennio lo coloca al frente de su famoso hexámetro: “Mercurius, Iovis, Neptunus, Volcanus, Apollo”.

⁵⁴ I, 2, 41-3. “Sive mutata iuvenem figura, / ales, in terris imitaris, almae / Filius Maiae, patiens vocari / Caesaris ultor”. ¡Hermosos sáficos-adónicos! ¡Horacio!

EL EMBAJADOR: CONCEPTO Y ONOMÁSTICA

Empecemos por aclarar qué entendían los griegos por el concepto de embajador y cómo lo llamaban.

El antropomorfismo propio de la Mitología clásica grecorromana consiente buscar al personaje en las dos esferas: la divina y la humana, es decir, la olímpica y la terrena. En la olímpica es Hermes/Mercurio, que es el mensajero de Zeus/Júpiter; es su embajador. En la humana, es el patrono de los embajadores terrenales.

Puede resultar clarificador comenzar reiterando esto: de los personajes humanos que pueblan y que efectúan las tragedias griegas hay dos, que aparecen en las decoraciones de los vasos o doquiera y desde luego actúan en las escenas. Uno es un vigoroso, armado, desafiante guerrero, con yelmo en la cabeza⁵⁵, lanza en la mano, actitud belicosa. Otro es un anciano, modesto, portador de un cayado y en actitud de marchar.

El primero es el guerrero, el segundo es el mensajero.

Los dos tienen su papel en las tragedias. El primero lleva la acción, el segundo, la noticia. La acción y la noticia son elementos casi siempre decisivos en una tragedia griega.

Para identificar al embajador en la Mitología clásica, habrá que tratar aquí del segundo de esos elementos: la noticia. La noticia es un hecho, el enviado que es su portador es un personaje. Es éste del que hay que tratar aquí. Para ello, permítase aducir el testimonio de San Isidoro

⁵⁵ Como el que anacrónicamente se describe con todo detalle en el canto X de la *Iliada*.



Ánfora del ático de Exekias. alrededor del 530 a.C.

de Sevilla que, en sus *Etimologías*, explica que el emisario y la noticia se expresan en latín con la misma palabra: *nuntius*⁵⁶.

Sucede así que, en la Diplomacia medieval europea, el nuncio, a diferencia del más solemne embajador o legado, era a veces propiamente el portador de una noticia, como si fuese solamente una epístola hablada. Así a veces eran llamados “porteurs des lettres”⁵⁷. Y, siguiendo con el juego de las palabras, resulta que emisario viene también de misión. El que ejecuta una misión es un Enviado.

Pero conviene ante todo delimitar la diferencia de criterio: mitológico el uno, terrenal y hodierno el otro.

Es momento de exponer que, así como para nosotros, los hodiernos, el embajador es ante todo un representante,

para los griegos era sobre todo un mensajero. Y aquí aparece la magia de los nombres. Ese mensajero es, pues, un anciano. ¿Cómo se dice anciano en griego, tanto antiguo como moderno? *Presbis*. Y ése es, ni más ni, menos, el nombre griego, antiguo y moderno, para embajador.

Sorprende una evidente contradicción. Al mensajero se le exige la prontitud, la celeridad, la agudeza. No son las condiciones de un anciano. En la *Ifigenia en Aulis* se le exige al anciano que vaya deprisa y que no se detenga a descansar⁵⁸, porque se sabe que es un anciano. Sin embargo, de Hermes se aprecia precisamente su celeridad, sus vuelos. Y también su capacidad de visión. El ejemplificado se evade del ejemplo. Así bellamente cuando, en el canto XXIV de la *Iliada*, se describe a Hermes mensajero (Arguifonte, en este caso) como gozando del esplendor de su juventud⁵⁹.

En fin, en lo que antecede, ya han surgido, pues, el término y la función. En el mundo, abigarrado, multicolor, activísimo, de la Mitología, el embajador es un mensajero.

La idea persiste en el término hasta en el mundo cristiano, neotestamentario. El ángel es el protagonista de la Anunciación, es decir, un nuncio. El Enviado es un Mensajero. Para los griegos la palabra también es ángel, ἄγγελος. Es el enviado, que transmite una noticia.

Pero el nombre da materia para mucho. Es felizmente variadísimo. Lo que hoy llamamos un embajador, se llama

⁵⁶ En latín, la palabra “mensaje” es de género masculino, sólo muy raramente neutro. Escribe Lorenzo VALLA en sus *Elegantiae*: “nuntius est qui nuntiat”, y añade que neutro no lo vio nunca para expresar lo que se anuncia, “quod nuntiat” (Lib. VI, csp. XV).

⁵⁷ Vide sobre ello Donald E. QUELLER, “Thirteenth-Century Diplomatic Envoys”, en *Medieval Diplomacy*, Variorum reprints, Londres, 1980, II, p. 199.

⁵⁸ *Vide infra*.

⁵⁹ Las traducciones se glorían en ello. “Et il s’approcha, semblable à un jeune homme royal dans la fleur de sa belle jeunesse”. (Traducción de Leconte de Lisle). “E prese ad andare, sembrando un giovane príncipe, cui fiorisce la prima peluria, bella è la sua giovinezza”. (Traducción de Rosa Calzecchi Onesti), “Y echó á andar, transfigurado en un joven príncipe á quien comienza á salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud”. (Traducción de Luis Segalá).

en la onomástica griega un anciano, un ángel, un apóstol, un heraldo. Puede que aún más⁶⁰.

En la obra homérica, a menudo comparece la expresión angélica⁶¹. En efecto, el nombre de embajador y embajada se cita como ἄγγελος, ἄγγελία. También figura como algo, que en el mundo cristiano suena como propio: el apóstol, ἀπόστολος. “Apostolus enim sonat missum sive legatum”, escribe Erasmo⁶². Y Heródoto llama a un enviado a Mileto apóstol⁶³.

Es en los dramaturgos donde se da con profusión la identificación: embajador = anciano. Téngase presente que, como acaba de indicarse, en griego (antiguo y moderno) πρεσβευτής ο πρεσβεις, es denominador de embajador. Las primerísimas palabras, aquéllas con que da comienzo el bello drama de Eurípides *Ifigenia en Aulis*, son precisamente éstas: “ὦ πρεσβυ, δομων τωνδε παροιθεν σπειχε”, en boca de Agamenón a un anciano mensajero⁶⁴. En *Helena*, también de Eurípides, un mensajero es asimismo un anciano⁶⁵. Y muchos ejemplos podrían aducirse.

Cabría analizar: es cierto que, en la diplomacia griega histórica, se solía escoger a mayores de cincuenta años. Constan excepciones: Alcibíades, embajador a Argos en 418 (tenía treinta años) y Demóstenes y Esquines a Macedonia (cuarenta y cuatro y treinta y ocho, respectivamente) o Cimón a Esparta (poco más de treinta)⁶⁶. Pero eso es Historia. En las tragedias, el mensajero suele ser tesoneramente identificado con un anciano.

⁶⁰ Rara vez kompós, guía, como apelativo de Hermes.

⁶¹ En *Ilíada*, 24, 235 y en *Odisea*, 21, 20, sirvan de ejemplos.

⁶² Erasmo, *Opera omnia*, V, 940, F.

⁶³ ὁ μὲν δὴ ἀπόστολος ἐς τὴν Μίλητον ἦν. *Historias*, I, 21, 1.

⁶⁴ Schiller lo traduce por esclavo, en traducciones francesas por vieillard.

⁶⁵ *Helena*, vº 700.

⁶⁶ Vide en KIENAST, *loc.cit.*

Por lo mismo, para embajada se emplea (y se sigue empleando en griego moderno) el mismo término. Pero es que, al menos para entonces, la antigüedad (la vejez) es un privilegio. Por eso se la atribuye a los embajadores, no porque todos los embajadores fueran viejos, es que es un mérito. Así en la *República*, afirma Platón que el Bien trasciende al mundo de las Ideas precisamente en virtud de su antigua edad, y utiliza la palabra presbeia. Lo mismo se da también en el Antiguo Testamento. En el profeta Daniel, en el episodio de Susana y los viejos, se emplea a Daniel para que dirima el asunto en virtud de su vejez, que es un don de Dios⁶⁷.

La siguiente identificación es el heraldo. Heródoto lo emplea, sinónimo de apóstol en el episodio de Mileto, que se verá⁶⁸. Abundantísima en la Antigüedad, también en el Medievo europeo, llega a los inicios de Edad Moderna en los anales de la Historia de la Diplomacia. Da origen a una personalidad, el heraldo. Un antiguo y atractivo ejemplo: en uno de los bellos poemas de Safo, aquél en que describe a la pareja divina de Héctor y Andrómaca, se cita al heraldo⁶⁹, nuncio veloz que trae noticias a Troya.

Así pues, la diplomacia griega histórica posee una rica terminología, que en buena parte ha llegado a nuestros días⁷⁰. El mundo latino añadió un término para emba-

⁶⁷ Libro de Daniel, 13,50. En la Vulgata: “quia tibi Deus dedit honorem senectutis”. En la traducción de Torres Amat: “ya que te ha concedido Dios la honra y dignidad de anciano”. En los Septuaginta se lee: Ὅτι σοι δεδοκεν ὁ Θεος τὸ πρεσβειον.

⁶⁸ ἔπεμπε κήρυκα ἐς Μίλητον.

⁶⁹ κήρυξ θεῶν, τάχως ἄγγελος, Diehl, 55.

⁷⁰ Προξενος (cónsul), ἀμφικτιονια (asamblea de los amficiones en Delos y en Antela en otoño y primavera. Διπλωμα, (diploma), Γραδαχι, διαλλαγη, ομολογια, συνθηκη, συμμαχια. propósito de acuerdo, convenio, alianza, confederación, σπονδη: tregua en los juegos olímpicos. Προστατης του δημοι: defensor del pueblo; symmaquia tiene también un sentido personal, como en el verso adónico con el que Safo concluye su himno a Afrodita: συμμαχος εσσο, sé mi aliada.



Tumba de Menecrates, Corfú, 570-540 a.C.

jador: orator, que aparece en la Eneida y se mantuvo en el Medievo.

Todavía hoy en griego moderno se mantiene el término πρόξενος para Cónsul, usado profusamente en los textos antiguos y del que existe un notorio testimonio en una inscripción en Corfú, a nombre y en la tumba de un Menecrates, que debió de ejercer a fines del siglo VI antes de Cristo⁷¹.

⁷¹ Titulado Cónsul (probablemente en el sentido de Embajador) de Corfú en Oiantea y amigo del pueblo (πρόξενος, δάμου φίλος). La antiquísima tumba (en torno a 600 a.C.) fue descubierta en 1843 y posee una larga y minuciosa inscripción, en honor del difunto, hijo de Tlasias, muerto en el mar, construida por su hermano Praximenes.

Que en el pasado de la Grecia que llamamos clásica hubo Diplomacia, y mucha y bien hoy conocida y entonces bien trabada y referida es cosa evidente. Fuentes hay, así como bibliografía más que abundante. Las hay en todos sus períodos, en el conflictivo tiempo de las irrupciones persas, el del esplendoroso siglo V y en la internacional, plural y fértil época helenística⁷².

Pero también ¿se puede rastrear su presencia en la literatura, en el pensamiento, en la admirable forma que los griegos tenían de trasladar a los dioses o a los héroes las circunstancias humanas? Los griegos supieron —y me pa-

⁷² Vide aquí *infra*, *La Diplomacia alejandrina* ejercida por Ptolemeo Filádelfos.

rece que ése fue su gran logro, grande y distintivo— sublimar sus vidas para hacer Mitología.

Por ello cabe preguntar: ¿hay una diplomacia en la tragedia, en la lírica, en la épica griega clásica y mítica?

Es decir, permítaseme repetir: que los griegos históricos tuvieran diplomacia es comprobable. Pero ¿la supieron, o quisieron trasladarla al Olimpo? O dicho de otro modo: ¿los dioses griegos tuvieron diplomacia?

La respuesta es afirmativa. (Por más que ustedes, mis lectores, puedan también preguntarme: ¿y es útil y necesario abundar en ello? A mí, sí me lo parece).

Es decir: los griegos transfirieron la idea y los hechos de lo que nosotros llamamos diplomacia al mundo mítico de los dioses. ¿Cómo lo hicieron? A través de los relatos de su literatura. En ella podemos rastrear tres cosas (que son las mismas para cualquier Tratado de diplomacia moderna, por cierto): personajes, sucesos y modos de la diplomacia olímpica. Esa diplomacia ¿es espejo de la diplomacia real de los griegos? Sólo en cierto modo, porque es producto del pensamiento literario, que a su vez sublima hechos (eso sí) de la realidad.

Incluso se ha buscado un origen mítico griego a la Diplomacia como tal. Procedería de la consideración de la Diplomacia como fruto de la necesidad, concepto bien griego, por cierto: η ἀνάγκη. Y, a causa de la necesidad, se mencionó aquí la atribución al mítico Palamedes de la “invención de la Diplomacia”⁷³. Lo que sucede es que a Palamedes se tenía nada menos que por el inventor por antonomasia: inventor de los juegos de dados, de

⁷³ “La necesidad fue la inventora”, en palabras del embajador Vera y Zúñiga.

la balanza, los faros, los pesos y medidas, el disco, el alfabeto, el calendario, la aritmética y las vigilias de centinelas⁷⁴. Ha pasado también por haber inventado el juego de las damas en el curso de una epidemia durante la guerra de Troya⁷⁵. También haber inventado la letra ypsilon mirando el vuelo de las grullas⁷⁶. Compíte aquí la Mitología griega con la egipcia, seguramente más antigua, porque los juegos parecen haberlos inventado los egipcios: el de la oca a base de la figura de la serpiente *mehen*.⁷⁷ Dicen también que Palamedes inventó once consonantes del alfabeto ya iniciado, en lo que sería el equivalente del dios egipcio Thot (también inventor de letras) con su Ibis, mientras que a Palamedes acompaña una grulla sagrada⁷⁸.

Era Palamedes hijo de Nauplius, Rey de la Eubea, hijo éste de Neptuno y de Amymone, hija de Danao, Rey de Argos. Murió, o mejor lo mataron, durante la guerra de Troya las tropas que lo acusaban de traidor⁷⁹. Orígenes, pues, mitológicos. Y también en la Mitología cabe buscar métodos y formas.

LOS CARACTERES DEL MENSAJERO

Tal vez se pudiera, y sería (si ya alguien no lo ha hecho) una tarea plena de satisfacciones y disfrutes, analizar el

⁷⁴ LACARRIÈRE, *Herodoto*, p. 46.

⁷⁵ Casi se evocaría el relato de cuentos del *Decamerón*, también a causa de una epidemia.

⁷⁶ *Vide supra* la significación de la grulla o de la cigüeña en relación con Mercurio.

⁷⁷ Tumbas de la XII dinastía, LACARRIÈRE, *Herodoto*, 46.

⁷⁸ Recuérdese: Marcial, *Epigramas*, XIII, 75. También GRAVES, *Mitos*, I, p.225 s.

⁷⁹ GRAVES,II, 381.

papel que en la Mitología clásica se reserva al mensajero. De por sí, es el mensaje un caudal de sentimientos despertados. Y un sinfín de comparaciones y símbolos.

Algunos tomados de la Naturaleza: nada menos que Esquilo llama a la aurora “mensajera feliz⁸⁰ que nace de la alegre noche”. Y Cicerón tiene a la encina por mensajera de Júpiter⁸¹. Más bello todavía: otro Enviado de Júpiter, es decir otro ἄγγελος es el Sueño: así figura en la *Iliada*, canto II, vº 26: Διος τοι ἄγγελος εἰμι, dice el Sueño (Ονειρος). O la golondrina, para Simónides, mensajera (ἄγγελε) de la primavera (DIEHL, 46).

Si tal es el mensaje, importantísimas son las funciones, los papeles, que los trágicos conceden a los mensajeros, a menudo en su forma de nuncios o de heraldos. Ya el mero anunciar es un verbo (ἄγγελλειν) que dramatiza los sucesos y los perpetúa, como en las Termópilas: “extranjero, ve a anunciar a los espartanos...”

Suele contemplarse cómo, en las tragedias griegas, el mensajero tiene en la escena el cometido de anunciar, es decir, transmitir la noticia que interesa introducir. Alguna vez trae una noticia trágica pero gloriosa: el triunfo de Orestes y la muerte de Egisto, que no es sino la venganza de la muerte de Agamenón⁸². O bien un mensajero da al fin una maravillosa noticia: Ifigenia ha sido salvada por Artemisa⁸³. Es otro mensajero el que cuenta a Yocasta la batalla de su hijo⁸⁴. Otro será nuncio de desgracias⁸⁵.

⁸⁰ εὐαγγελος. *Agamenón*, vº 264.

⁸¹ “Quercus, nuntia Iovis”. (En *De legibus*, I).

⁸² *Helectra*, 754.

⁸³ *Ifigenia en Aulis*, 1514 ss.

⁸⁴ *Fenicias*, 1067.

⁸⁵ *Ib.*, 1335.

En efecto, frecuentemente el mensajero es nuncio de desdichas o sinsabores. En el *Edipo Rey* de Sófocles hay un mensajero que trae noticias de Corinto, la muerte del Rey. En el *Hipólito* de Eurípides, el mensajero (ἄγγελος) trae una noticia trágica: comunica al Rey Teseo la caída de su hijo Hipólito que acarreará su muerte⁸⁶. En la *Andrómaca*, el mensajero trae malas noticias, lo hace en una larguísima tirada de versos⁸⁷. O bien el mensajero puede ser un criado. En *Medea* es un sirviente de Jasón el que da a Medea trágicas noticias⁸⁸.

Se advertirá que el mensajero, aun cuando exhiba el título (ἄγγελος, κήρυξ, πρεσβευτης) no siempre es identificable a un embajador. En ocasiones sí lo es y con claras y precisas funciones.

Es así, porque el embajador, en su citada forma del mensajero, posee caracteres propios, muchas veces descritos por los dramaturgos en sus escenas. Eurípides en las *Suplicantes*⁸⁹, caracteriza breve y certeramente sus deberes, que son los del embajador de todos los tiempos, cuando tajante los expresa a un heraldo: “servir al Estado, llevando mensajes en todas direcciones”⁹⁰.

Es decir, su prototipo es el de viajero. Hermes está siempre de viaje. Ser viajero no es necesariamente un mérito, pero sí lo es actuar de guía. Hermes no sólo es un viajero, sino que también es un guía de los humanos. Ser guía es uno de sus mejores títulos. Se lo

⁸⁶ El Rey se alegra porque lo creía amante de su esposa. Eso era una fraudulenta maquinación de Venus, que contraría Artemisa, que defiende la inocencia de Hipólito y al fin dignifica su muerte. *Hipólito*, 1153 ss.

⁸⁷ 1070-1172.

⁸⁸ *Medea*, 1122.

⁸⁹ Vº 383.

⁹⁰ τέχνην μὲν αἰεὶ τήνδ' ἔχων ὑπηρετεῖς
πόλει τε κάμοι, διαφέρων κηρύγματα.



El sacrificio de Ifigenia. Charles de La Fosse.



Almas a orillas del Aqueronte. Adolf Hirémy-Hirschl, 1898.

recuerda Apolo hacia el comienzo⁹¹ de las *Euménides* de Esquilo: πομπλοῖος, es decir, guía. Es también “psicopompos” el que lleva las almas al Hades.

No es un mérito viajar, desde luego. Pero el viaje ha estado siempre presente en la nostalgia de la humana literatura. Los recorridos de Ulises que suele tenerse por paradigma del mensajero⁹², son también en la mejor literatura justo motivo de envidia. “Heureux qui comme Ulisse a fait un beau voyage” que poetizó bellamente Joachim du Bellay o “Ευτυχισμενος που εκανε το ταξιδι του Οδισσεια”, que parafraseó el griego Seferis, poeta y diplomático. Y ya

⁹¹ Vº 91.

⁹² “The mirror of a diplomat”. *vide alibi*.

se ha referido que Ulises/Odisseo puede ser tenido por ejemplo de embajador, tal como fue viajero y mensajero.

La más bella descripción de un mensajero se halla probablemente en el canto XXIV de la *Iliada* (vº 339-349), en el que se le otorgan los más bellos atributos, cuando Zeus encomienda a Hermes, aquí llamado Arguifonte, una misión a Troya, para que traiga y acompañe a Príamo a las naves aqueas sin que nadie lo reconozca.

Tales son los caracteres. Entre ellos, había que nombrar las condiciones.

La primera sería la **experiencia**, propia del viajero, que es imagen del diplomático. “El hombre que ha

recorrido muchas tierras piensa ‘aquí he estado’ y recuerda muchas cosas”, refiere Homero⁹³. Pero seguramente no basta la experiencia del viaje, sino también la de la república. En la Παραπρεσβεια (247) Demóstenes cita la *Antígona* de Sófocles (II, 175-177): las cualidades de un hombre no se conocen hasta que ha experimentado el gobierno y las leyes.

Consecuencia de ello es la **prudencia**. También es Homero quien alude a ella: “Es bueno que un mensajero posea prudencia”, aconseja⁹⁴. Tal vez la prudencia a su vez aconseje la cautela. No tanto lo sería el laconismo, propio de los lacedemonios, como su nombre indicaba, pero incluso por entonces ya se utilizaba el secreto; proverbial era en Esparta el uso de la escítala (Σκυταλη, σκυταλον), bastón al que se enrollaba un mensaje escrito en un papiro, que, para leerse, había que hacerlo con un bastón de la misma medida. Aristófanes cita una “escítala laconia” en la *Lisístrata*.

Asimismo, la **elocuencia**, que es condición del diplomático y un medio de diplomacia. Cuando Júpiter envía a Hermes a matar a Argos, Hermes consigue adormecer a éste. ¿Cómo? “Multa loquendo”⁹⁵. En la *Iliada*, ya se cita aquí, con particular relevancia, cómo Antenor se refiere a Odiseo y elogia sus condiciones como orador experto cuando refiere a Helena la embajada en la que vino a Troya con Menelao⁹⁶. Y puede alegarse desde luego un discurso que pronunció Electra⁹⁷, del que

se ha dicho que Aristóteles lo incluiría en la oratoria política.⁹⁸ Quizá pudiera añadirse que Gorgias, el ejemplo máximo del poder y el ejercicio de la oratoria, no en vano consta en su biografía como embajador⁹⁹.

Para todo ello, se requeriría del mandatario su **acción en persona**. Así se lee en una obra de Sófocles¹⁰⁰: “¿Por qué no ha venido el mismo Ulises con esa embajada?”. Se emplea para ello una propia palabra: αυτοάγγελος. Se desea que actúe por sí mismo.

Finalmente, se exige también **diligencia y fidelidad**. “Ve, Iris, veloz a Poseidón y sé una mensajera fiel”¹⁰¹. Para ello, se impone atenerse a sus instrucciones, para lo cual dos cosas se producen.

La primera: el Enviado requiere instrucciones del mandante, e instrucciones claras para salvar responsabilidades: “instrúyeme para que mis palabras se atengan a tus escritos”, requiere el anciano que Agamenón manda a Micenas¹⁰².

La segunda: el mandante, por su parte, requiere eficacia del mandatario en el cumplimiento de sus cometidos. Así Agamenón exige al Enviado que se dé prisa y no te detenga ni ceda al sueño”¹⁰³. El motivo es evidente: el anciano, como tal, es valetudinario. El pie

⁹³ *Iliada*, canto XV, vº 80.

⁹⁴ *Iliada*, canto XV, vº 207. “Εσθλον και το τευκται, οτι ο αγγελος αισιμα ειδη”. (αισιμα ειδος=discreto); τευκται, perf. ind. medio, 3ª p. sing.= construyó, hizo (τευχω). Tal vez: “es bueno y estuvo bien que el nuncio fuese discreto”.

⁹⁵ OVIDIO, *Metamorfosis*, I, 671 ss, cf. 682. Vide también *infra*.

⁹⁶ *Iliada*, III, 205 ss. Vide *alibi*.

⁹⁷ 947 ss.

⁹⁸ Así opina Luis Gil Fernández, prólogo a su edición de la *Elektra*, Madrid, clásicos Dykinson 2010, p.55.

⁹⁹ Vide *alibi*.

¹⁰⁰ *Filoctetes*, 568.

¹⁰¹ Homero, *Iliada*, canto XV, vº 159. “Βασκ Ιθι, Ιρι ταχεια, Ποσειδαωνι ανακτι παντα ταδ αγγελαι, μηδε ψευδαγγελος ειναι”.

¹⁰² *Ifigenia en Aulis*, 115-6:

Λιγε και σήμαιν, ινα και γλωσση
σύντονα τοις σοις γραμμασιν αυδῶ.

¹⁰³ *Ibidem*, 140.



Mercurio y Argos. Diego Velázquez, hacia 1659.

es lento, el espíritu raudo, como en otro lugar Eurípides enseña, en boca de un embajador¹⁰⁴. Ya antes se señaló la contradicción entre la cualidad del Enviado, que es la ancianidad, frente a la celeridad –alas en los pies– que se atribuye siempre a Hermes. Puede merecer la pena citar de nuevo la embajada que Agamenón encomienda al comienzo de la *Ifigenia en Aulis* de Eurípides a un anciano. La recomendación, consistente en unas verdaderas aunque escuetas instrucciones, es harto explícita:

“Date prisa, que la vejez no te pese”, le exige, y, como quiera que el enviado promete cumplir, añade: “no te detengas en fontanas umbrosas, ni cedas

¹⁰⁴ Eurípides, *Íon*, 742: τὸ τοῦ ποδὸς μὲν βραδύ, τὸ τοῦ δὲ νοῦ ταχὺ.

al sueño”¹⁰⁵. Es decir, se le envía, porque es viejo y a la vez se le ordena que se olvide de su vejez. En algunas traducciones se expresa asimismo muy claramente: “que no te demore la vejez” (“nec te tardet serior aetas”) traduce Erasmo¹⁰⁶. Y Friedrich

¹⁰⁵ *Ifigenia en Aulis*, 138-142:

Ἀλλ’ ἴθι ἐρέσσων στον πόδα, γήρα
μηδεν υπείκων.
Σπεύδω, βασιλευ.

Μή νυν μήτ’ αλσώδεις ἴζου
κρήνας μήθ’ ὕπνω θελθχθής.

¹⁰⁶ ERASMO Ip traduce en un Carmen anapesticum dimetrum, dedicado a William Warham, Arzobispo de Canterbury (Op.omn., I, 1155-1186):

“Sed iam celeri procurre pede,
Neque te quicquam tardet euntem
Serior aetas.
Rex accelero.
Neve ad fontes arbore multa
Nunc desideas lentus opacos,
Neu te blandus subigat somnus”.

Schiller es aún más claro: “olvídate del viejo” (“vergiss den Greis”)¹⁰⁷.

Por cierto, hay prueba de que la demora en el desempeño de funciones diplomáticas se dio en la realidad. No es sólo mito, sino realidad ocasional comprobable: Demóstenes reprochó a los embajadores a Macedonia haber empleado no menos de veintitrés días en el viaje; Aristófanes en los *Acarnienses* reprocha la demora en los embajadores al Gran Rey¹⁰⁸, y lo mismo en otro caso haría Strabón¹⁰⁹.

Son condiciones y presencia del mensajero que valoran la importancia del mensaje.

Hay otra figura que asume la del mensajero, pero que la sublima y dota de más ilustre relevancia, es la del heraldo.

Cuando de un heraldo (κηρυξ) expresamente se trata, la identificación con un embajador es evidente. El heraldo anuncia, garantiza, reclama, solemniza, acompaña. Y posee rasgos que destacan su misión.

En el *Agamenón* de Esquilo se cita a un heraldo que trae la frente sombreada de ramos de olivo, símbolo de la paz, y cubierto de polvo, símbolo del viaje¹¹⁰. Del mismo modo, se cita en la *Eneida* de Virgilio a los embajadores portadores de ramos de olivo¹¹¹. También

¹⁰⁷ „Doch, eile, lauf! Nur jetzt vergiss den Greis.

-Herr, fliegen will ich. -Lass nicht Müdigkeit, nicht Schlaf an eines Baches Ufer, nicht Im Schatten der Gehölze dich verweilen“.

(Acto I, esena 1).

El escritor español Germán Gómez de la Mata traduce: “vete, corre, no cedas a la vejez“.

¹⁰⁸ τοὺς Περσᾶς δε κακῶς η̄γεισθαι τοῖς πρεβεσι τας οδοὺς κυκλω και δια δυσκολων

¹⁰⁹ KIENAST, *loc.cit.*, p.547, 10.

¹¹⁰ ESQUILO, *Agamenón* 493 s.

¹¹¹ VII, 153 s.



Fábulas de Esopo. Wenceslao Grite, siglo XVII.

en la obra de Esquilo, un corifeo saluda al heraldo del ejército aqueo¹¹², un heraldo menciona los deberes del mensajero que trae noticias tristes o alegres¹¹³.

En el mito de *Los siete contra Tebas*, Adrasto, Rey de Argos, envió a Tideo, como heraldo a los tebanos, reclamándoles que obligasen a Eteocles a abdicar en favor de Polínices como Rey¹¹⁴. Un heraldo acompañaba a Laio

¹¹² κηρυχ Αχαιῶν χαῖρε τῶν ἀπὸ στρατοῦ, *Ibidem*, 538.

¹¹³ *Ibidem*, 636 ss.

¹¹⁴ GRAVES,II, 18

en su pequeña comitiva de cinco personas en el carro, cuando fue muerto¹¹⁵.

Naturalmente, el heraldo obtiene todos sus privilegios y autoridad del hecho de ser representante del dios Hermes, de quien procede y a quien representa. En el *Agamenón*, un heraldo invoca a Hermes, su protector, el divino heraldo, de los heraldos amado y venerado¹¹⁶. Así lo evoca Píndaro en sus *Épinicios* repetidamente: Hermes es heraldo de los dioses y patrocinador de los Juegos Olímpicos¹¹⁷, portador del caduceo¹¹⁸. Como tal portador de su insignia, el heraldo era tenido por inmune¹¹⁹.

Una vez que se ha expuesto, a la luz de los mitos, el conveniente ropaje y la deseable condición de las embajadas, no sería inadecuado mostrar una inconveniente consecuencia.

En anteriores páginas se ha benévolamente presentado a la Diplomacia como creadora de beneficios, portadora de ramas de olivo, y a los embajadores como nuncios de paz. También, sin embargo, y en la risueña compañía de Lafontaine, se ha aludido al riesgo de la violación de sus privilegios, cuando el receptor rehúsa garantizar las inmunidades prometidas, y el león devora a los confiados embajadores. Algún mito memorable describe lo contrario, cuando es el propio mandatario el que ejecuta una misión perversa. Otro gran maestro de la fábula, Esopo, lo cuenta con su acostumbrada intención pedagógica, al referir la embajada de los lobos al rebaño

115 SÓFOCLES, *Edipo rey*, 753 y 802.

116 Ἑρμῆν, φίλον κήρυκα, κέρυκων σέβας. ESQUILO, *Agamenón*, 515 s.

117 *Olímpicas*, VI, 79. Ístmicas, I, 60.

118 *Píticas*, IV, 178.

119 Sobre la inmunidad de los heraldos en la diplomacia histórica griega, *vide* siguiente capítulo de este libro.

ovejil para ofrecer la paz perpetua¹²⁰, a cambio de la entrega de los perros y dejar así al redil desguarnecido, a lo que casi las ovejas hubieran inocentemente accedido, a no ser por el consejo de un sesudo carnero, que rechaza la malintencionada embajada¹²¹.

Gracias a los dramaturgos, los mitos engrandecen los sucesos, los poetas los embellecen, los fabulistas enseñan a usarlos con provecho. Pero hay un lugar que los alberga sobre todo.

LA GUERRA DE TROYA

Los mitos griegos por excelencia se mueven en torno a Troya. Evocan sucesos que pudieron haber existido, quién sabe de qué manera. Pero sus ecos son tan poderosos que, una vez más, dan vigor a la imaginación mítica. ¿Y a la Diplomacia, prodigiosa y olímpica? También.

Y he aquí ya la colosal contienda troyana, en la cual, en medio de la niebla de la mitología y la sospecha de la realidad, se funda el comienzo de buena parte de nuestra Historia. Y naturalmente de nuestros mitos, de aquellos que hoy todavía nos acompañan, nos ilustran, nos embaucan, nos adormecen y también nos despiertan, como el caduceo de Hermes, que tales virtudes poseía.

Centrémonos en los idílicos litorales de Aulis, en la Eubea. Son lugares apacibles, de verdes montes que albergaban las cacerías de Artemisa, mar azul, arro-

120 Λύκοι πρέσβεις ἔστειλαν τοῖς προβάτοις εἰρήνην ποιῆσαι μετ' αὐτῶν διηνεκῆ.

121 ESOPPO, *Los lobos, las ovejas y el cordero*, (Λύκοι καὶ πρόβατα καὶ κριός). Fábula 218. Cit. ed. Milano, Rizzoli, 1976, p.245 s. También ver con distinto infausto final fáb.217. También en *Fábulas de Esopo*, ed. BÁDENAS, p.301, “la embajada de los lobos al rebaño”.



Aquiles recibiendo a los enviados de Agamenón. Jean Auguste Dominique Ingres, 1801.

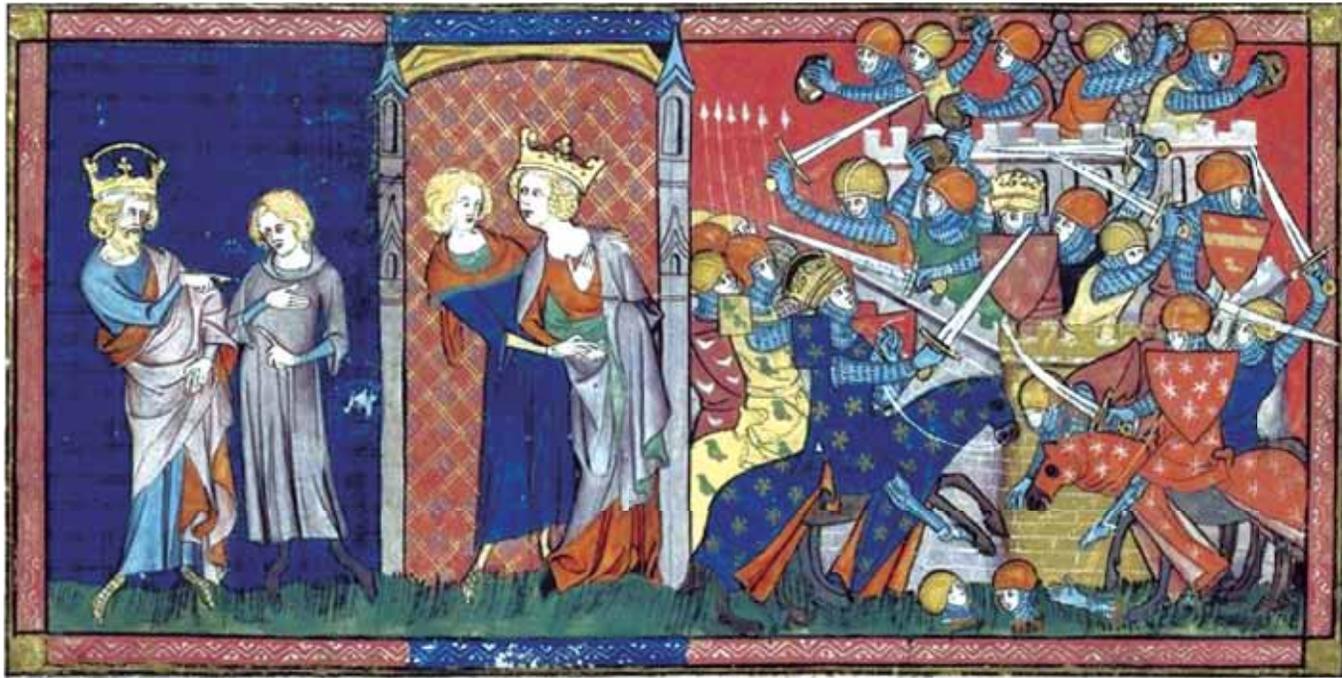
yos en torrente y doradas playas, por donde tranquilos pescadores usaban coleccionar los moluscos para teñir sus túnicas de púrpura. Ovidio la nombra llena de peces: Aulide piscosa¹²². Un trecho mar adentro, bordean las islas de Skiathos, Skopelos, Skyros, Alonissos. Es un lugar creado por los dioses para la paz de los hombres.

Y, sin embargo, es un lugar de donde salen expediciones bélicas. De allí saldría a fines del siglo IV (306) la expedición de Agesilao de Esparta para pelear con los

persas de Tisafernes, como cuenta Jenofonte¹²³. Pero no es de ésta de la que aquí se va a tratar, sino de otra colocada más allá de los umbrales de la Mitología. Estaban en Aulis Agamenón, Rey de Micenas, y su hermano Menelao, Rey de Esparta, en los preliminares de la expedición de los aqueos para la Guerra de Troya. Estaban todos reunidos en Aulis, reclutando guerreros y pertrechando navíos. (Preparaban una flota de mil ciento ochenta y seis naves y un ejército de cien mil hombres).

¹²² *Metamorfosis*, lib.XII, 10.

¹²³ *Hellen*, III, 4.



Príamo enviando a Paris, el rapto de Helena y el asedio de Troya. Crónicas de Saint-Denis, siglo XIV.

Entonces interviene la diplomacia en dos sentidos, entre Occidente y Oriente.

A Occidente, a Argos, parte una embajada. Como quiera que Artemisa exigía el sacrificio de Ifigenia, en Aulis, Agamenón preparó la artimaña de hacer traer a su hija Ifigenia para sacrificarla por orden de la diosa (enojada porque Agamenón se había jactado de cazar un ciervo mejor que ella, la Diosa, hubiera hecho¹²⁴), disimulando a su esposa Clitemnestra que es para casarla con Aquiles. Agamenón encomendó esa embajada a Odiseo y Taltibio. Pero mandó un mensajero secreto de que no los creyera, lo que interceptó Menelao. La misión, según relata Eurípides, fue encargada

¹²⁴ “cazadora de ciervos, rubia hija de Zeus”, la apostrofó en bellos versos Anacreonte: ἐλαφηβόλε, ξανθὴ παῖ Διός.

por Agamenón a un anciano a Argos para traer hasta Aulis a su hija Ifigenia¹²⁵.

A Oriente partió otra embajada. Lo fue a Troya. Antes de preparar la armada, Agamenón mandó emisarios a Troya, pidiendo la devolución de Helena y una indemnización por la afrenta causada a Menelao por el rapto de su esposa. El Rey troyano Príamo rehusó la embajada, porque todavía no sabía nada del rapto, dado que Paris estaba aún en camino, y porque con razón había reclamado anteriormente la devolución de su hermana Hesíone. También a los príncipes griegos despachó embajadores el propio Menelao, a fin de que

¹²⁵ EURÍPIDES, *Ifigenia en Aulis*, 117 ss. Se ha aludido a esta embajada en cuanto a las exigencias que Agamenón impone al anciano enviado.

se unieran a la armada, dado que toda Grecia había sido afrentada. Lo comenta Heródoto en su Historia sobre el referido raptó de princesas¹²⁶.

Según algunos, la embajada aquea a Príamo estuvo encomendada a Odiseo, Menelao y Palamedes, partiendo de Ténedos. Pero según Heródoto¹²⁷, los ejércitos aqueos ya habían desembarcado cuando enviaron embajadores a Troya, y al propio Menelao con ellos¹²⁸. Los troyanos los quisieron matar, pero lo impidió Antenor que los tenía alojados en su casa.

Merecerá éste atención. Es el Antenor que, en tiempo anterior, habría protagonizado la embajada troyana a Micenas. Allí habría trabado conocimiento con Menelao y Ulises, tal vez una posible amistad. Es propio de los embajadores de todo tiempo guardar, por lo general, vínculos con aquellos a quienes conocieron en sus previas embajadas, incluso en tierras susceptibles de ser luego tenidas por hostiles.

Según algunas fuentes, desempeñó aún una misión diplomática en el campo griego para ultimar un Tratado que resolviese el duelo entre Paris y Menelao. Más tarde, sin embargo, se pasó al bando griego, les facilitó la entrega de Troya y acompañó a Menelao de regreso a Micenas.

¹²⁶ En ese primer libro de sus *Historias* refiere HERÓDOTO otras embajadas. También refiere enviados de Mazares de Media a los címeos, *επεμπε ες την Κημην αγγέλους*, exigiendo que les entregasen al lidio Pactias. (*Historias*, lib. I, 157). Y también refiere la embajada que la Reina de los masagetes Tomiris mandó a Ciro el Grande para pedir la liberación de su hijo. Ahí dice que la misión se encomendó a un heraldo: *πέμπουσα κήρυκα παρα Κύρον*. (*Historias*, lib.I, 212).

¹²⁷ II, 118.

¹²⁸ “*πεμπειν ες το Ιλιον αγγέλους, συν δε σφι ιεναι και αυτον Μενέλεων*”.



Embajada a Aquiles. Vasija griega, alrededor del año 480 a.C.

Antenor es probablemente el claro prototipo de embajador, actuante durante el período del conflicto troyano, referido en la Mitología.

Mas donde la Guerra de Troya muestra un eco diplomático de sensacional impronta literaria y aun cultural se halla en una extensa tirada de versos del canto III de *La Ilíada*. Allí se describe en brillantes y emotivas palabras aquella embajada que, de parte de los griegos, desempeñaron ante el Rey Príamo, dos ilustres enviados: Menelao y Ulises. Se figura allí que se daba cuenta, tiempo después, a Helena de cómo se desarrolló aquella embajada, que obtiene allí visos de verdaderamente memorable.

Así se refiere en versos de la *Ilíada*¹²⁹:

¹²⁹ *Ilíada*, III, 205 ss.

“Aquí vino un día Odiseo glorioso
 en embajada por ti, con Menelao, caro a Ares.
 Y yo los recibí en mis aposentos.
 De ambos conocí la apostura y la prudencia,
 y cuando se hallaban en la asamblea de los troyanos,
 era Menelao más alto cuando estaban de pie,
 Ulises más impetuoso cuando estaban sentados.
 Y cuando empezaron a exponer el tejido de sus
 pensamientos,
 Menelao, aunque más joven, hablaba con soltura y
 concisión,
 en pocas palabras, sin prolijidad ni torpeza.
 mas cuantas veces Ulises habilísimo se alzaba
 de pie, mirando al suelo, con los ojos fijos en tierra,
 no movía su cetro ni atrás ni adelante,
 lo tenía inmóvil como un orador inexperto:
 se le hubiera tomado por un iracundo o un
 insensato.
 Pero cuando exhalaba de su pecho su voz sonora
 sus palabras semejabán a los copos de nieve en el
 invierno¹³⁰
 y ningún mortal hubiera osado desafiarlo y ya no nos
 deteníamos
 a admirar solo su apostura.”

Bien claro está, ya que los insignes versos lo acreditan, que Ulises/Odiseo, desempeñó su papel de embajador. Como tal ha quedado en la posteridad. A Odiseo se tiene por prototipo del embajador. “Odysseus remained in the Epic and later traditions, the mirror of a diplomat, eloquent and resourceful”¹³¹.

¹³⁰ Esa mención de los copos de nieve hace recordar la expresión “sicut frigus nivis” que figura, acerca del ejemplo de embajador (aunque en bien otro sentido que no sea el literal), en los Proverbios de Salomón, XXV, 13.

¹³¹ En el libro de Adcock/Mosley *Diplomacy in Ancient Greece*, Londres, T&H, 1975., p. 9.

No es la única embajada merecedora de mención en plena *Iliada*. Todo el canto IX de la obra está dedicado a la embajada a Aquiles por consejo de Néstor: “enviémosle pronto [mensajeros] escogidos a la tienda de Aquiles”, se lee allí¹³². Y en efecto van como embajadores Ajax y Ulises, conducidos por los heraldos Hodios y Euribates. Todo el canto refiere el episodio. Una crátera, conservada en el Museo del Louvre, reproduce la negociación.

Por supuesto, ni las Artes plásticas, en bellas y vívidas representaciones, ni la Literatura, han sido insensibles a tales escenografías. No estará de más contemplar algún célebre lienzo de Ingres o recordar las palabras que Shakespeare hace pronunciar a Príamo refiriéndose a la exigencia de Néstor requiriendo a los troyanos la devolución de Helena para evitar todos los daños¹³³.

Allí tuvo su papel una mujer, que no era una diosa, como es normal en los poemas homéricos, sino una esclava, Briseida, la predilecta de Aquiles. El hecho delictivo del Rey Agamenón, que se la quitó, causó la llamada “cólera de Aquiles” y la consiguiente embajada, que aquí se citó, con la que el Rey aspiró en vano a aplacarlo. Con razón: prescindir del encolezado Aquiles era privarse de su principal adalid en la guerra contra Troya. Alarmada por aquella lid, la dulce Briseida quiso también intervenir, y para ello escogió un símil diplomático: “que mis lágrimas sirvan de embajada”, profirió.

¹³² IX, 165-6.

¹³³ “Deliver Helen and all damage else”. *Troilo y Crésida*. (Acto II, escena II).



Destrucción de Troya. François Desprez, anterior a 1583.

En un vaso que está en el Museo del Louvre se reproduce la escena del rapto, y aparece el heraldo Taltibio, con un caduceo y un sombrero como los de Hermes. En el reverso está la cólera de Aquiles y la “embajada” que le mandó Agamenón para aplacarlo con Ulises y Ayax¹³⁴.

En otro lugar de la *Iliada* se cita a otro embajador, Tideo, enviado en una embajada a los aqueos¹³⁵.

¹³⁴ En *Historia de los Griegos* de Victor DURUY, cit. por versión española. I. p. 63 s.

¹³⁵ *Iliada*, IV, 384.

Consíentase un paréntesis: una embajada por amor. En la *Andrómaca* de Racine¹³⁶ se refiere la embajada de Orestes al Rey Pirro, hijo de Aquiles, Rey del Épiro, en nombre de los griegos. Orestes aspira a recuperar a Hermíone, hija de Menelao y Elena, a la que Orestes ama y que Menelao concedió, a Pirro. “On m’envoie à Pirrhus: j’entreprends ce voyage”. Es una verdadera embajada: “achevez, Seigneur, votre ambassade”, le dice Pylades. Y el propio Orestes dice a Pirro

¹³⁶ I, 1, 121-3.

cuando le presenta su embajada: “avant que tous les Grecs parlent par ma voix”.

LA COYUNTURA REAL Y SU APROXIMACIÓN MÍTICA

En el mundo de la Mitología, lúcido e inspirador, seductor también, tienen su lugar –¿cómo no?– las escenas. Contienen el relato, la descripción, la fábula, se escuchan las voces de los actores, se observan los detalles de la acción. Y en ella, se aprecian los divinos designios, que se acercan a la realidad o la determinan.

En el mundo regido por las divinidades mitológicas, desempeñan un reiterado papel los oráculos. Relata Heródoto la guerra (s.VI a. C.) entre Aliates, Rey de Lidia, padre de Creso, y Trasíbulo, tirano de la ciudad de Mileto. La Pitia de Delfos había diagnosticado acerca de la enfermedad que padecía Aliates, que no dictaminaría nada hasta que no se hubiese reconstruido el templo de Atenea Asesia, incendiado, de Mileto. Periandro (tirano de Corinto) que era amigo de Trasíbulo, se lo contó a éste para que estuviese enterado, mediante un mensajero. Así cuando Aliates mandó a su vez a Trasíbulo un heraldo, proponiendo una tregua, éste mandó reunir trigo y bebidas en la plaza, para que Aliates creyese que en Mileto reinase la abundancia y desistiese de la proyectada guerra¹³⁷.



¹³⁷ *Historias*, lib.I, 19-22). Lo reproduce DURUY, I, p.368.

Oráculo de Delfos:
Rey Aigeus frente a la Pythia.
Fragmento copa griega, 440-430 a.C.

Al enviado a Trasíbulo al darle instrucciones, Periandro cortó ante él las espigas que sobresalían. El enviado no lo entendió, pero transmitió a Trasíbulo el gesto y éste entendió que debía eliminar a los que sobresaliesen en su ciudad. Lo refiere Aristóteles en la *Política*¹³⁸. Escenas como éstas recorren luego los ámbitos de la Historia: Aquí se trata ni más ni menos que la historia de la Campana de Huesca.

También refiere Heródoto que Creso, deseando obtener una alianza con los lacedemonios, mandó una embajada a Esparta mediante enviados (αγγέλους), alegando que un oráculo le ordenaba esa alianza, por ser Esparta la mayor potencia de Grecia. Los espartanos lo celebraron y aceptaron la alianza¹³⁹.

La deliberada aproximación es la mejor prueba de la coincidencia aprovechada. La escenificación trágica, mitológica, se convierte en el espejo del rigor histórico. Para algún helenista¹⁴⁰, el prólogo de la tragedia *Helena* de Eurípides consigue “evocar un instrumento diplomático”) a través del personaje Teucro. En sus peripecias literarias se pretende reproducir, las verídicas circunstancias de los años 412-405, época de intento

¹³⁸ III, 13.

¹³⁹ *Historias*, lib.I, 69-70

¹⁴⁰ *Notice* del volumen V de Eurípides de *Les Belles Lettres*, p.19 s.

de alianza de Atenas con los persas (con el Rey Darío II y con Tisafernes). Teucro sería Evágoras, el Σαλαμί- νιος, al que un decreto de 411 confirió el título de ευεργέτης Αθηναίων (benefactor de los atenienses). En el decreto se alude a esa aproximación¹⁴¹.

Según esa interpretación, la escena de la tragedia era en realidad un *wishful thinking* de los atenienses. La alianza se frustró y por el contrario son los espartanos los que tramaron alianzas con Asia en 412. Fue un momento difícil para los atenienses, a los que acaso Eurípides quiere ahí dar ánimos mediante una lograda ficción¹⁴².

Y efectivamente, por lo que parece, la fecha de aparición de la *Elena* de Eurípides es 412/411, momento de actividad diplomática. En 413 los espartanos obtuvieron un primer Tratado de alianza con el Gran Rey y con Tisafernes, mediante la embajada de Khal-kideus y en 412/411 un segundo Tratado mediante el embajador Therimenes en Mileto. En 412/411 los atenienses mandaron una embajada a Tisafernes y Alcibiades, presidida por Písandro (con otros diez miembros).

Otro ejemplo de utilización literaria de los mitos para aplicarlos a los hechos vale el que sería el relativo a un episodio de *Los Persas* de Esquilo, en el que el helenista Ulrich von Wilamowitz señaló una vez cómo emplea Esquilo el recurso de la relación de un Enviado para evitarse la intervención del Coro¹⁴³. Así sustituye

¹⁴¹ Αθηναίους και Βασιλέα και τους άλλους ξυμμαχούς.

¹⁴² De Teucro y Evágoras trata el texto de Isócrates Nicocles, que en el siglo XVI Luis Vives tradujo del griego al latín (*Obras completas*, V, 47, 51).

¹⁴³ WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, Ulrich von, "Inwieweit befriedigen die Schlüsse der erhaltenen Trauerspiele?", (*VI Congreso de Estudios clásicos*, Madrid, sept. 1974, p.42).



Sibila de delfos. Miguel Ángel. Alrededor de 1509.

otras veces a las partes en lucha mediante el recurso de hacer intervenir a terceras personas.

Se desearía que aquí se advirtiese el paso de la Mitología y sus personajes a la Historia y sus protagonistas (hasta el nombre es griego), porque ello permitiría colocar hechos y actitudes de una remota que pudiera llamarse diplomacia, en el albor de los tiempos. Ese paso se rastreará en el siguiente capítulo del presente libro. Ya no será la Mitología de los griegos, sino la Crónica de sus antiguos sucesos, con el apoyo de sus mitos. No es lo mismo. Lo primero lo rigen los Inmortales, lo segundo lo atestiguan quienes han conocido en este mundo la vida y la muerte. ●



CARACTERES MÍTICOS EN LA DIPLOMACIA GRIEGA ANTIGUA

LOS PASOS DE CLÍO

EL RELATO DEL MITO

¿DIPLOMACIA TROYANA?

DIPLOMACIA DE GUERRA

LA PRUEBA DE LA SEMEJANZA

PRESENCIA DIVINA

FILIACIÓN DE LO ALTO

MULTA LOQUENDO

EL HERALDO

DIOSES Y ORÁCULOS

LA INMUNIDAD

MITO O EJEMPLO





La Musa de la Historia. Bajorrelieve.

LOS PASOS DE CLÍO

A la Musa Clío, la que cuida de la Historia, suelen representarla mirando hacia atrás. Se ocupa del pasado: atenta lo contempla, curiosa lo escudriña, sabia lo interpreta, tal vez lo añore. Pero en realidad, en sus propias pisadas, lo continúa, lo hace presente. Esa es su tarea, no sólo hacer que el pasado no se pierda, sino acaso también, que en la misma senda que sus pies trazan, las cosas que fueron hallen un permanente renacer, un proseguir. Así, nada se extingue, sino sigue. Como en el caudal de una fuente, que prosigue siempre su cauce, porque el agua es siempre la misma, aunque uno no pueda bañarse dos veces en el mismo río.

Si esto fuese así, si la Musa Clío tuviese esa potestad, se explicaría que de la Mitología a la Actualidad no hubiese ruptura alguna. Todo, el ayer y el hoy, estarían a la vez —¡qué bello privilegio!— en los pies de una Musa. Los seres de este mundo podrían ser nietos de Hércules, como tantos griegos se gozaban en blasonar. Todos tendríamos en la mente memorias del Parnaso¹.

Sucede, sin embargo, que entre una y otra cosa, entre el mito y la realidad, sienta sus bases la Historia, que

¹ *Vide supra*, acerca de la idea platónica del conocimiento en el recuerdo.

refiere sólo lo historiable y rehúsa, aunque respete, lo demás².

Pero es verdad que los griegos, como aquí acaba de evocarse, se tenían por herederos de los mitos, ubicaban su remota cuna en el mismo Olimpo, y eso les permitía aspirar a las cualidades de que los Inmortales disfrutaban. Y quiérase o no, esa presunción embellece la crónica de sus sucesos y sus días, los recorridos de sus viajes, las singladuras de sus naves, las pugnas de sus rivalidades, los gobiernos de sus reyes y las hazañas de sus héroes.

Sus caudillos, sus reyes, sus viajeros. ¿Y sus heraldos, sus emisarios, sus mensajeros, sus embajadores?

En este libro se ha tratado y –si nada lo evita, se seguirá tratando– sobre todo de Diplomacia. Se la colocó, bajo un anterior epígrafe, entre los dioses. ¿Se podrá ahora colocarla entre los humanos? ¿Y hacerlo sin que se pierda del todo la conexión?

Sus memorias han sido explicadas por historiadores verdaderamente eximios. Ahí están Heródoto, Tucídides, Diodoro, Pausanias, Jenofonte. Ellos han referido los hechos que podemos conocer y analizar. Hay también los testimonios de las piedras: las inscripciones que, gracias a lo durable de su materia, revelan aún hoy, inmovibles, acaecimientos remotísimos.

Citemos ahora sólo uno.

² También entre una y otra cosa está la Naturaleza. Pero el Mito, implacable, la corrige. A algo así aspiraría RONSARD que, seguramente con mucha razón, la denostaba: “mille fois marâtre Nature”. Pietro BEMBO, en su espléndido epitafio a Rafael, declaró certeramente que por éste temió la Naturaleza verse vencida (“timuit quo sospite vinci Rerum Magna Parens”). ¡Uno de los bellos hexámetros del Reacimiento!



Ley anfictiónica de Delphi. Mármol pentélico, siglo IV a.C.

Es bien sabido que hay ciertos eventos muy relacionados con la diplomacia, porque son indicios de la relación entre los pueblos; son aquellos que conocemos como los Tratados, es decir acuerdos en los que convergen las voluntades y se asegura y garantiza una tal convivencia.

En el que aquí ahora se desea conmemorar hay un hecho diplomático y también un guiño al Olimpo. Es el Tratado convenido por los griegos entre Elis y Heraea, a fines del siglo VI o comienzos del V antes de nuestra era. Allí

se dice que, si alguna de las partes lo contraviniera, habrá de pagar un talento de plata a Zeus de Olimpia³. Los relevantes actos internacionales, como eran los Tratados, se celebraban bajo los auspicios de los dioses; también las asambleas inspiradas a menudo en el culto oracular de Delfos, o las asambleas multilaterales que eran las amfictionías⁴. Mitología y Política andaban unidas.

Y Mitología y Diplomacia también. Cuando en la antigua Roma intervenían los embajadores feaciales, encargados de la paz y de la guerra, era preceptivo comprometerse por Júpiter (“per Iovem jurare”).

EL RELATO DEL MITO

Tal vez, ante todo, un mito sea un misterio desvelado. Y cuando se desvela, el mito se hace múltiple, como un manantial que de pronto surge de entre rocas y enseguida esparce sus caudales. Cada mito, por eso, suele ser generador de otros mitos, que desperdigan su origen, ocultan su generación y trasladan su mensaje de mil maneras, que a menudo confunden, aunque también a menudo deleitan. Es cuando el mito se convierte en Arte.

Pero cuando el mito adopta la forma de relato, es cuando bordea la realidad, a veces se mezcla con ella,

³ Cit. *apud* ADCOCK & MOSLEY, *Diplomacy in Ancient Greece*, Londres, T&H, 1975, p. 255.

⁴ Da testimonio de ello la celebrada en 336, después de la victoria de Queronea. Para conmemorarla, se fundió una medalla que representa a Apolo, sentado sobre el Omfalos de Delfos, adornado de lira y laurel y rodeado de la inscripción ΑΜΦΙΚΤΙΟ. Se halla reproducida en Η πλαστογραφηση της Ιστορίας της Μακεδονίας, Atenas 1983, *The falsification of Macedonian History* de Nicolaos K.Martis, Atenas, 1984, ilustr. 5, p. 125.



Dedicatoria de la *Historiae* de Heródoto, traducida al latín por Lorenzo Valla y editada por Antonio Mancinelli. Impreso por Joannes y Gregorius de Gregoriis de Forlivio, 1494.

a veces la quiere explicar, a veces la falsea. Admirable peligro, riesgo gustoso, el de convertir los mitos en sucesos o buscar en aquéllos la casi inefable raíz de éstos.

Cuando un europeo piensa en mitos, cuando los ensueña y vanamente juega a entenderlos, inevitablemente Grecia ilumina su imaginación, a la vez que enriquece sus reflexiones. Y como reflexionar e imagi-



Ilustración de *El bosquejo de la historia*. JF Horrabin, 1923.

nar no son la misma cosa, se produce una venturosa conjunción de ideas que de un lado esclarece los resultados de la mente, mientras que, de otro, difumina sus claridades. Y esto sucede en una linde, en una frontera que sirve para poner en marcha el mecanismo de la comprensión.

La antiquísima Historia de Grecia está tan vinculada a la Mitología, que se hace una con ella para relatar sus sucesos, para describir a Troya, a Micenas, a las tierras, los montes y las islas, las guerras y los linajes. Es Homero quien más nos cuenta de aquellos remotos tiempos, o Sófocles quien nos relata las desdichas del Rey Edipo, es Eurípides quien nos cuenta de Electra y de Ifigenia.

Y hasta tal punto Historia y Mitología se muestran unidas, que, cuando Schliemann envió un telegrama al Rey Jorge I de Grecia el 16 de noviembre de 1876 para darle cuenta de sus hallazgos en Micenas, le comunicó haber encontrado la tumba de Agamenón.

Pero en algún momento los mitos hubieron de convertirse en sucesos reales para hacer de Mitología Historia. Sí, así fue, pero ha de tenerse presente en todo caso que la frontera de una y otra es estrecha, sutil, a veces indefinible. Y está bien que así fuera, porque sutil y misterioso debe siempre ser el tránsito entre lo sentido y lo entendido, entre el origen y la actualidad, entre lo nebuloso sublime y lo diáfano perceptible.

Para ese tránsito, en que se dilucidan ambos sectores, es conveniente recurrir a Heródoto. No en vano se le ha dado en llamar el padre de la Historia. Y eso es así porque su paternidad le permitió imaginar un comienzo, para luego reflexionar y descubrir lo que siguió. Y no se olvide que descubrir vale tanto como inventar y ahí radica el procedimiento del mito.

Sucede esto, como acaba de decirse, en una linde, en una frontera del tiempo. Es aquella que, incluso para las mentes rigurosas e incrédulas de nuestros días, casi inadvertidamente sirve para distinguir lo fabuloso de lo demostrable, pero sin desautorizar nunca lo primero con el fin de garantizar lo segundo, porque sólo los dioses sabrán donde está lo que pueda llamarse verdadero.

Habría que identificar esa zona de la Historia, donde su gran relator que es Heródoto sabe a la vez provocar lo imaginado para mejor dar a entender lo sucedido. Esto se halla en diversos parajes de su obra, en aquéllos en que él trata de colocar el comienzo de la vida de los pueblos.

Por lo que atañe a Grecia, ese momento puede atisbarse en el inicio de las Guerras Médicas. Fueron hechos, cuyos testimonios supo extraer de personas que en su propia vida los habían conocido. Cuando no era así, los basó en el acervo de las tradiciones.

Es decir, en los mitos.

¿DIPLOMACIA TROYANA?

La primera duda que se plantea (¿Historia vera o puro Mito?) lo es en la propia Troya. Habría que hacer conjugar tres cosas, a saber: la Troya descubierta por Schliemann, la Troya descrita en la Mitología y la presumible Troya

histórica. Sobre ello se han aventurado muchos análisis historiográficos, tan plausibles como sugestivos. El lector los encontrará en otros libros más ambiciosos y mejores.

Una breve visión: el sensacional hallazgo de Schliemann correspondió a alguno de los estratos arqueológicos de Troya y, probablemente no el que creyó, el de la Troya VII, sino tal vez uno aún más antiguo. Por su parte, la Troya mítica es el fantástico escenario homérico, poblado de Reyes y héroes: Príamo, Aquiles, Menelao, Pátroclo, Héctor. Finalmente, la posible Troya histórica tal vez sea una ciudad vasalla del Imperio Hetita, acaso identificable con la llamada Wilusa⁵. Lo que sí es desde luego sabido es que el Imperio Hetita mantuvo una activa diplomacia con los Estados vecinos, muy especialmente con el Egipto de la dinastía XVIII del Imperio Nuevo, como atestiguan tanto el archivo de Bogaz-Köei como el de Amarna.

Es sabido que ya en la colosal contienda troyana, en la nebulosa de los mitos y la sospecha de las realidades, se funda el comienzo de buena parte de nuestra Historia. Cabe también que nos preguntemos si el trasiego de embajadas, en que se coloca el origen de toda diplomacia, también se desarrolló, con las afanosas idas y venidas que les son propias, en el comienzo de los episodios que dieron motivo a la Guerra troyana.

Cuando expuso Giraudoux, “La guerre de Troie n’aura pas lieu”, cuidó de que en el primer diálogo de su primera escena se debatiese sobre si hacer caso o no al enviado griego que reclamaba a la raptada Helena, por cuanto devolvérsela o rehusársela sería la paz o la gue-

⁵ Se ha conjeturado que el nombre griego de Troya, Illos o Illion, tuviera primero una digamma, equivalente a la W perdida más tarde; eso consentiría la identificación con Wilusa.



Troya. Xilografía de las Crónicas de Nuremberg. Hartmann Schedel, 1493, Fol. XXXVI.

rra⁶. Es decir, era una embajada de paz o de guerra, como la famosa de Quinto Fabio Máximo ante el senado cartaginés en 218⁷, como tantas que ha habido y presumiblemente habrá. Y, desde luego, un buen prólogo de lo que había de venir.

Ahora bien, para explicar ese comienzo de lo que sería la Guerra de Troya, hay todo otro prólogo, mítico éste con pretensiones de histórico. Es indispensable para ponerlo a la cabeza de una exposición preliminar de toda Historia y, desde luego, de la de toda Diplomacia, remoto intercambio de embajadas. Por supuesto, a cargo de Heródoto. Un prólogo para aclarar aquel inicio de una larga confrontación. Reclamará aquí atención.

Para dar razón de la pugna constante entre Oriente y Occidente⁸, Heródoto recurre a los raptos de princesas y a las embajadas destinadas a seguidamente protestar de los raptos.

Hasta tal punto es eso así, que cuando se releen los episodios como él los relata, se cae en la cuenta de algo asombroso, de algo cuya mención hubiera hecho innecesario y dispensable cuanto aquí se ha querido cuidadosamente dar a conocer o a pensar. Es esto:

Para Heródoto, las Guerras Médicas no son sino el reverso o la venganza de la Guerra de Troya. Según tal idea, los griegos fueron los primeros culpables pues llevaron la



Quintus Fabius Maximus ante el Senado de Cartago.
Giovanni Battista Tiepolo, entre 1725 y 1729.

guerra al Asia, antes de que los persas la trajeran a Europa. Y cita: “así es como dicen los persas que, en la guerra de Troya está el origen de su hostilidad hacia los griegos”⁹.

Es posible que él mismo, acostumbrado a obrar así, no advirtiera la notabilidad de ese proceder. Nos lo parece hoy, aunque lo asumamos con respeto, seguramente

⁶ “ANDROMAQUE: Cet envoyé des grecs a raison. On va bien le recevoir. On va bien lui envelopper sa petite Hélène, et on la lui rendra. CASSANDRE: ON VA LE RECEVOIR GROSSIÈREMENT. ON NE LUI RENDRA PAS HÉLÈNE. ET LA GUERRE DE TROIE AURA LIEU”. (JEAN GIRAUDOUX, *LA GUERRE DE TROIE N’AURA PAS LIEU*, 1935, ACTO I, ESCENA 1).

⁷ Con su espectacular movimiento de toga., desplegando la toga, “sinu ex toga factó” y replegándola luego “iterum sinu efuso” (Tito LIVIO, 21).

⁸ Vigente hasta nuestros días con la Guerra Fría del siglo XX o la disputa entre Estados Unidos y China en el XXI.

⁹ I, 5.

con un regusto disimulado, o un bienintencionado desdén propio de historiadores modernos y críticos.

La Guerra de Troya, pues. O más bien todas las contiendas, mezcladas de reproches mutuos a causa del rapto de doncellas. A juicio de Herótodo, expresado al mismo comienzo de sus *Historias*, para explicar el repetido enfrentamiento entre Oriente y Occidente, el desarrollo de tales sucesos, donde hubo también un cruce de emisarios, tuvo lugar de un modo que míticamente alterna raptos y embajadas.

Es decir, aunque no habrá que reiterar la estupenda ilusión, la innegable realidad se basa en un mito, mientras éste así adquiere visos de real y de histórico¹⁰. El colosal inicio del enfrentamiento tendría así una mítica explicación, vinculada a sucesos en los que las mujeres habrían tenido principal papel.

Unos y otros delinquían y reclamaban. Heródoto lo describe. Y añade que los persas “consideraban que el raptar mujeres es fechoría de hombres injustos, pero el tomar con empeño la venganza de los raptos es de insensatos, y más bien será propio de hombres juiciosos el no importárseles nada de los raptos; pues es evidente que, si ellas no quisieran, no serían raptadas”¹¹.

Así pues, consígnese que, con la historia de tales raptos entre europeos y asiáticos, Heródoto empieza el libro I de su obra¹². Allí cita los raptos de princesas entre unos y otros, pero además alude a los mensajeros que exigieron la devolución de las raptadas. Refiere cómo los fenicios

¹⁰ También TUCÍDIDES (I, 3), se enfrasca en temas de la Guerra de Troya para comentar hechos históricos.

¹¹ Εἰ μὴ αὐταὶ ἐβούλοντο, οὐκ ἂν ἠρπάζοντο.

¹² Una vez cita heraldos (κηρυκεῖς y otras embajadores (αγγελους) (*Historias*, lib.I, 2-5).



Ío y Argos. Antiguo fresco romano (45-79 d.C.) de la casa de Meleagro, Pompeya, Italia.

raptaron en Argos a Ío, hija del Rey Inaco. Luego los griegos en Fenicia raptaron a Europa y quedaron en paz. Luego los griegos raptaron a Medea, hija del Rey de la Cólquide, por lo que éste formuló su reclamación a los griegos, por medio precisamente de un heraldo/embajador¹³. (Es la historia de los Argonautas). Pero los griegos rehusaron, alegando el anterior rapto de la argiva Ío¹⁴.

Más cercano al conflicto troyano, se produjo el rapto de Hesíone, hermana de Príamo, Rey de Troya. Para exigir

¹³ Πέμπαντα δὲ τὸν Κόλχων βασιλέα ἐς τὴν Ἑλλάδα κήρυκα.

¹⁴ Un hecho se podría mencionar a la inversa. Se dio cuando el estratega espartano Pausanias ofreció al Rey persa Jerjes un pacto interesado; para ganar su voluntad, le ofrecía en matrimonio a su propia hija. Fue un hecho real, y diplomático, por cierto: Pausanias proponía negociarlo a través de algún Enviado que fuese de fiar: πέμπε ἄνδρα πιστόν. Sería divertido pensar en este —ciertamente poco honroso— episodio, como contrapartida histórica y real de antiquísimos y míticos raptos y más o menos forzados himeneos, donde hubo mujeres a modo de rehenes entre Oriente y Occidente.

su devolución, éste mandó una embajada a Grecia. El embajador era Antenor, un prestigioso troyano, hijo de Esetes y Cleomestra, Es la primera, así, nominalmente referida, de aquellas embajadas. El resultado fue tan infructuoso como el de las anteriores.

Para Heródoto, pues, el origen de las disputas entre asiáticos y europeos, que es el inicial vagido de nuestra Historia, fue ni más ni menos que un trasiego de embajadas.

Lo notable es que todo ello encadena prodigiosamente los sucesos, porque aquello se supone que finalmente animó a Paris a repetir la hazaña con Helena.

Pero ¿quién es Paris y qué representa su notabilísima figura en ese mítico ambiente de viaje, misión, audacia o delito?

Según los relatos mitológicos, Paris, troyano, hijo del Rey Príamo, navegó a Esparta, fue allí recibido por la pareja real, Menelao y Helena, y, aprovechando una ausencia del marido, sedujo y raptó a la esposa, llevándola a Troya. ¿La Mitología imagina fantasías o tal vez transparenta sucesos reales?

Siempre según la Mitología que anda rondando a la posible Historia, Paris hizo el viaje basándose en que la diosa Afrodita le había prometido la posesión de Helena¹⁵. Pero el cometido del viaje podría también ser la

¹⁵ Como bien se sabe, Paris había zanjado la competición de las tres diosas, otorgando la manzana a Afrodita. Hera le prometía el poder, Atenea las victorias y Afrodita la mano de Helena, que Paris habría preferido a los otros dones.

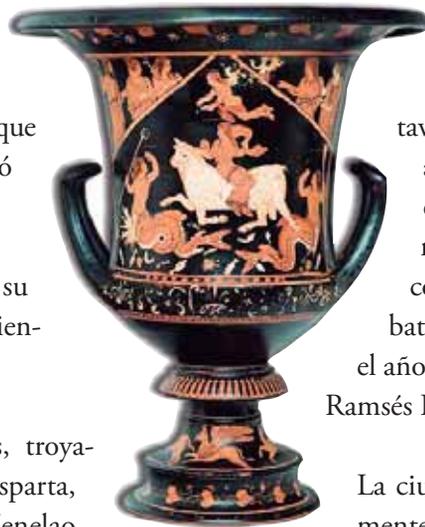
reiterada (mítica) reclamación de Hesíone o bien alguna otra misión lo que induce a preguntarse: ¿Era Paris un ambicioso de la belleza de Helena o un Enviado de su padre Príamo, es decir del Reino de Troya con algún cometido secreto o público al Reino de Esparta?

Resulta que Paris es llamado también Alejandro en Homero y en las antiguas fuentes literarias. Y para introducir un nuevo elemento de confusión, las fuentes históricas mencionan a un Alaksandu, Rey de Troya, que suscribió un Tratado con el Rey hitita Muwatalli II, bien es verdad que en época muy anterior, el siglo XIII. Es la época de las empresas de los reyes hititas, especialmente de Muwatalli II, de su rivalidad con el Egipto de la XIX dinastía y de la batalla de Qadesh entre ambos imperios en el año 1274 a.C. y del Tratado de Qadesh entre Ramsés II y Khatusil I en 1269.

La ciudad de Troya (o acaso Wilusa), posiblemente en sus orígenes sometida por los hititas, luego vasalla de su Imperio, seguramente tomaría parte de aquellas beligerancias y aquellos tratos. Innegable es, en todo caso, que la onomástica de Alejandro no es ajena a una Troya que puede reputarse histórica.

Y es harto posible que la ciudad (o el Reino¹⁶) de Troya mantuviese relaciones con Micenas, el Reino de los Ahhiyawa (los aqueos) y ahí es donde cabría enlazar con los relatos mitológicos, es decir, las embajadas (frustradas) para supuestamente reclamar por los raptos de las

¹⁶ Independiente, antes de su posible anexión al Imperio Hitita.





La huida de Medea con los Argonautas, atribuida a Johann Heinrich Schöpfung, 1684.

(Pág. Izq.) *El rapto de Europa*, siglo IV a.C.



Heracles a punto de matar a Laomedon, rey de Troya. Detrás de Heracles se encuentra Hesione, levantando la mano derecha hasta la barbilla en señal de melancolía.

princesas, embajadas que, de haberse dado en efecto, podrían haber tenido muy otros contenidos políticos, de rivalidad o de comercio. Podría esto coincidir con la mítica embajada de Antenor, despachada a los griegos por el Rey troyano Príamo para exigir la devolución de su hermana Hesíone, retenida en Grecia¹⁷.

En todo caso, si se quiere buscar un llamativo paralelo entre las verdades de la Historia y las fantasías de la Mitología, no sería del todo imaginativo vincular unas y otras a los tratos políticos entre las dos entidades estatales, el

¹⁷ Refiérase que previamente Hesíone (encadenada a una roca y custodiada por un dragón) había sido salvada por Hércules. Defraudado éste por no haber recibido el concertado premio del padre de Hesíone, Laomedonte, había asaltado, conquistado y arrasado Troya. (¿Sería esto la transcripción mítica de una destrucción cierta de la histórica Troya VI?).

Reino de Troya y los de los aqueos (Micenas y Esparta), con consecuencias reales: una Guerra entre talasocracias y la consiguiente destrucción de una de ellas, Troya.

Es decir, confrontación política, pugna mitológica, raptos y embajadas, mitos y diplomacias. Y como fondo, el fastuoso, el insuperable escenario de la Ilíada.

DIPLOMACIA DE GUERRA

No será éste, pues, mal momento, antes de adentrarnos en el bátrato de las guerras, para situar ya algo necesario y por demás congruente.

En efecto, al llegar a este punto, al paciente lector habrá que introducirle ya el tercer personaje de que este libro trata. Después de los gigantescos conceptos de **Mito** y **Realidad**, que le confirieron su título, quiere tratarse aquí de **Diplomacia**, que también en su título figura, y que es materia que ha ocupado ya otras obras del autor. Y para ello se solicita aquí la benévola licencia de quien a estas páginas acuda.

Es decir, escenario de guerra. Pero la Diplomacia es ejercicio de paz. Su misión esencial es reemplazar las armas por los tratos respetables y las amenazas por las conversaciones. Aspira a prevenir los conflictos, a evitarlos o, si no hay otro remedio, a atenuar sus daños. Y a ponerles fin, siempre y desde luego, en el marco y con la ayuda del Derecho de Gentes.

Es decir que si, a pesar de todo, se impone la discordia, la Diplomacia puede (debe) persistir. Sus tareas no se extinguen, aunque bien es verdad que casi pasan inadvertidas en medio de fragores que las acallan. Pero precisamente porque su voz es menos percibida, resulta más atractivo



La Embajada de Aquiles, John Flaxman, del libro La historia de la Iliada. Alfred John Church, 1895.

escrutar sus decires, atisbar sus pasos y enjuiciar sus quehaceres. Con ello, se presenta un panorama diferente o se contemplan las cosas desde otra perspectiva. Y otros son sus protagonistas, menos vistosos porque se mueven en escenarios que ofrecen espectáculos ruidosos y movidos, donde las labores reposadas tienen mala cabida.

La Grecia que llamamos clásica brinda a quien la mira y admira, la escena de la sabiduría de sus siete varones, la filosofía de sus pensadores, la pasión y la elegancia de sus escritores y la incomparable belleza de sus artistas. Es el lejano pero magnífico espejo en que a todos nos gusta mirarnos, por si de verdad conseguimos asemejarnos a su paradigma. Pero no podemos olvidarnos de que muchos de sus grandes hallazgos nacieron en medio de alarmas y de ruido de luchas. Ares con su lanza suplantó a Hermes con su caduceo y parece como si

hubieran hecho falta las guerras para que triunfara el entendimiento y la sensatez.

Las Guerras Médicas y las del Peloponeso fueron un pórtico de estéticos y creadores bienestares. Pero si es verdad que, en medio de las pugnas, pueden darse también, anticipadamente, los intentos de apaciguamiento o de coloquio humano, acaso no sea inoportuno rastrear las rutas de lo que llamamos diplomacia y que, en suma, no es sino el intento de hallar fórmulas de convivencia o de evitación de perjuicios, cuando éstos amagan de modo que parece insuperable.

¿Por qué no otear, pues, esos caminos o incluso identificar aquellos personajes que de esas tareas se ocuparon? ¿O describir los medios de que se sirvieron? ¿Sólo porque otros ya lo han contado mejor?

Claro está, que la primera e inicial pregunta es si existió la diplomacia en aquellos tiempos y por aquellos parajes. La respuesta es abrumadoramente positiva. No sólo existió, sino que ha sido objeto de estudios y de diseños, tales y tantos que efectivamente podrían desanimar a quienes quieran todavía aventurarse en su campo.

El fascinante tema de la diplomacia de la Grecia antigua ha sido, en efecto, objeto de muchos y valiosos estudios, y ello en la forma de enjuiciamientos de sus caracteres, como las clásicas ideas de Harold Nicolson, o bien la bien conocida bibliografía¹⁸, así como minuciosas monografías sobre aspectos concretos¹⁹. Incidir sobre tales temas es pecar de superfluo.

Sin embargo, suele un historiador pensar (y ese es el motivo de que haya tantos) que siempre será instructivo reiterar reflexiones, recordar fuentes, o revivir los singulares momentos que aquellos protagonistas vivieron o los



Hoplita griego y guerrero persa luchando entre sí. Representación en antiguo kylix. Siglo V a.C.

modos en que les era dado actuar, por más que ello hay sido ya expuesto y analizado (y lo seguirá siendo) por investigadores rigurosos.

Y esa es la causa de las páginas que siguen, tal vez menos informativas que bien intencionadas. ¿Aceptarán los lectores estos meros apuntes (no son otra cosa) sobre el recorrido de las fuentes antiguas o su aplicación a los momentos? Se tratará aquí²⁰ de vislumbrar las maneras, los sucesos, las obras de conocidos o ignotos personajes o de los instantes que se vivieron en la que podemos llamar su diplomacia, pero siempre en el escenario de la Mitología, aunque a menudo distintos y alejados de los de los héroes y adalides de ya bien celebradas epopeyas del mundo helénico.

Lo que ahora puede ser ilustrativo evocar es precisamente la presencia de aquellos indicios de mito que subyacen, tal vez trascienden a la propia, vivida y demostrable realidad que conocieron o protagonizaron los embajadores de aquellos remotos tiempos de las Guerras Griegas. Fueron las guerras con las que bien puede afirmarse que inauguraron la Historia de Europa, las guerras que defendieron Occidente en Maratón,

¹⁸ Convendrá al menos citar a Dietmar KIENAST, *Griechisches Gesandtschaftswesen* o Frank ADOCK y D.J. MOSLEY, *Diplomacy in Ancient Greece*. Para la identificación de algunos personajes; Johannes Ernst KIRCHNER, *Prosopographia Attica*, Berlín, Reimer, 1901. Y naturalmente la descomunal obra PAULY-WISSOWA, *Realencyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, 1890 ss. La bibliografía sobre diplomacia griega no es escasa. No se pretende aquí ni emularla ni completarla.

¹⁹ Ciertamente muy bien escogidos. Sirvan de ejemplos, entre muchos, Andrea COZZO, “Como evitare le guerre e rendere amici i inimici. Forme della diplomazia nella Grecia antica”, en *Ormos, Ricerche di Storia antica*, 2008-9, Leandro MARTÍNEZ PEÑAS, *Y lo llamarán paz, visión jurídico-institucional de las relaciones internacionales en la Antigüedad*, Valladolid, 2018, Luigi PICIRILLI, *L'invenzione della Diplomazia nella Grecia antica*, 2002, o los artículos de los *Rapporti interstatli nella Antichità*, dirigidos por PICIRILLI.

²⁰ Las fuentes sobre todo serán las venerables de la Antigüedad griega, Heródoto, Tucídides, Dion Casio, Diodoro Sículo, Plutarco. No se citarán a cada paso para no hacer farragoso el aparato crítico de estos apuntes (más que eso no son).

Platea o Salamina o que escenificaron luego la lucha entre áticos y lacedemonios.

El mito, pues, de nuevo aquí, pero esta vez por debajo de la realidad. Porque por supuesto es obligatorio, cuando aparece, señero y brillante, despojar al mito de toda realidad, que le es verdaderamente ajena para ser mito, pero también en otras ocasiones es obligatorio vestir a la realidad de su componente de mito. Y lo que resulta es doblemente instructivo por ser real sin dejar de ser del todo mítico. Y creo que eso es lo que de verdad se asemeja a la vida.

LA PRUEBA DE LA SEMEJANZA

Esa similitud entre lo que es efectivamente real y, por ello, describable, y aquello que sugiere más elevados orígenes, improbables e indescritibles, pero, por ello, dotados de especial relevancia, fue casi siempre voluntariamente deseada, tanto por los protagonistas de los sucesos como por los llamados a referirlos. Los sabios y a la vez harto imaginativos historiadores de la Antigua Grecia parecen haberse recreado en aceptar o, en su caso, inventar los vínculos, aquí tantas veces ya mencionados, entre la realidad objeto de crónica y la fábula producto de la mitología. Insistamos en lo valioso del resultado. Clío no se desviste de Musa para relatar lo que sabe.

Quienes se hayan ilustrado y a la vez deleitado (que de ambas cosas se trata) con los relatos históricos de Heródoto, o Tucídides, o cualesquiera otros de aquellos que nos contaron cómo fue un día Grecia, habrán necesariamente advertido con qué precisión en sus obras se describen sucesos reales, aunque adornados



Fragmento del cuarto libro de la *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Tucídides.

del ingrediente de lo irreal. Lo irreal o mítico, siempre imaginado, lo hacen coincidir, a veces con asombrosa puntualidad, con lo ciertamente acaecido que se quiere comprobar. Y ello, ya se trate de un hecho, de una tendencia o circunstancia, o de la biografía de un político, de un militar, de un magnate, de un marino.

O de un embajador.

Puede tratarse de un personaje que surca efectivamente una ruta que un día llevó al Parnaso, o que alega poderes que dimanen de fuentes venerables, o aduce para sus acciones algunos precedentes indiscutibles, o reclama

orígenes que colocan a su persona en cercanía de los Inmortales, o bien repite con sus actos hechos descritos en fabulosas memorias. O es un heraldo de magnas voluntades, un mensajero de increíbles noticias.

La Diplomacia griega, como tantas otras de las actividades de aquel pueblo, gusta a menudo de justificarse, explicarse o adornarse mediante una solemne apelación a más altos, sublimes, olímpicos fundamentos. Pero ninguno de ellos la separa de sus habituales cometidos, de las tareas que como propias se le conocen. Siguen siendo sucesos adscribibles sin duda al ejercicio de la Diplomacia, y de ahí su significación en el campo de tales sucesos.

Con licencia del lector, se aspira a mostrar aquí algunos.

PRESENCIA DIVINA

Tal vez el que a continuación se refiere, merezca prioridad, porque se produce inmediatamente a partir de la gran victoria griega en las Guerras referidas, la primera de las llamadas Médicas. Fue la victoria ganada en Maratón en el año 490, primero de la septuagésima segunda Olimpiada.

El memorable suceso es éste.

Cuando, para dar noticia a los espartanos de aquel gran triunfo, los atenienses se resolvieron a despachar un Enviado a Esparta en la persona de Fidípides, en calidad de heraldo y de correo²¹, resultó que éste les confesó que, previamente a la batalla, hallándose cerca del Monte Partenio, se le había aparecido el Dios Pan, que le aseguró su apoyo a Atenas. El motivo era bien pragmático y plausible, era a

²¹ Κήρυξ καὶ ἡμεροδρόμος.

vez milagro y utilidad, a saber, convencer a los espartanos de que apoyaran a Atenas en la lucha contra los invasores persas, que se avecinaban. Referido todo esto, cuenta Heródoto que los espartanos se mostraron prestos a apoyar a los atenienses, como la misión de Fidípides había requerido.

Como quiera que rara vez en aquellas historias haya un mito que no se sobreponga a otro o con él amigablemente no conviva, el recuerdo de la aparición del dios Pan vino acompañado de la prodigiosa “maratoniana” carrera que Fidípides llevó a cabo, justo antes de morir extenuado, al llegar a Esparta, y que dio origen a tantos ecos, tanto semihistóricos como anecdóticos²².

En todo caso, hacía falta algo más, convertir la noticia en culto. Por eso fue pronto ocasión de erigir un santuario en la Acrópolis ateniense a Pan, al que se le tributaban anuales sacrificios y homenajes²³.

De una manera u otra, y sea cualquiera el significado que haya de darse a la figura de Fidípides, no será justo negarle el carácter de Enviado o Nuncio, acaso incluso Heraldo, seguramente el primero despachado por una ciudad griega a otra en la época de las Guerras Médicas²⁴,

²² Heródoto Historias, VI,105. Plinio el Viejo en su *Historia Naturalis* (VII, 20) refiere que corrió mil ciento cuarenta estadios en dos días desde Maratón a Esparta: “Cucurrisse MCXL stadia ab Athenis Lacedaemonem biduo Phidippidem magnum erat”, Suele aducirse que Aristófanes, siempre bromista, menciona en *Las Nubes* (67) el nombre *Feidippides* que podría interpretarse como “el que ahorracaballos”, aplicable a quien efectúa una carrera a pie: Φειδιππίδης.

²³ *Historias*, VI, 105, 2.

²⁴ De una ciudad griega, porque si de Enviados genéricamente se trata por entonces, los primeros serían los que el monarca aqueménida Darío I mandó a los Estados griegos para intimarles a la rendición, es decir, a ofrecerle “la tierra y el agua” (γῆν τε καὶ ὕδωρ), que era la fórmula que los persas usaban. Muchas ciudades se rindieron o se declararon neutrales. No así Atenas ni Esparta, que hicieron frente victoriosamente a la invasión.



Filípides dando el mensaje de victoria después de la Batalla de Maratón. Luc-Olivier Merson.

un tiempo en que la diplomacia empezaría a ser muy activa en la región.

Por cierto que, en relación con la epopeya de Maratón, puede reseñarse un episodio diplomático.

Si, entre otras muchas cosas, hay algo que suscite la admiración en aquellos sucesos, es el heroísmo que muestran sus protagonistas. El espartano Demarato se lo expuso así

al Rey de los Persas: “vencer o morir”²⁵. Un heroísmo que también aproxima a actitudes mitológicas y ha quedado inscrito en apotegmas²⁶ y frases de universal notoriedad, como la inscripción de las Termópilas. Precisamente en relación con las Termópilas y con las actitudes patéticas, hay un hecho que tiene que ver con la Diplomacia.

²⁵ ἐπικρατέειν ἢ ἀπόλλυσθαι. (HERÓDOTO, VII, 104, 5).

²⁶ Algunas las refiere PLUTARCO en el libro que tales dichos recoge.

Fue el episodio de Pantites, un personaje espartano, militar y diplomático, al que el Rey Leónidas había enviado en embajada a Tesalia y ordenado quedase allí, probablemente con el importante encargo de procurarse aliados. Eso le impidió desplazarse a tiempo al combate; llegó a las Termópilas cuando ya la batalla había tenido lugar, lo que le angustió de tal modo que cuando retornó a Esparta y se sintió humillado por su involuntaria defección, se quitó la vida. Lo refiere Heródoto²⁷.

FILIACIÓN DE LO ALTO

Tal como hoy puede blasonarse de linaje, muchos de los destacados personajes griegos de aquellos tiempos alegaban proceder de estirpe divina. Ya se señaló aquí que, en la época y la cultura en que ellos vivieron, la relación entre la Mitología y los hechos de la vida y la circunstancia personal está delimitada por muy sutiles confines. Entre el Mito y la Realidad (valga de nuevo la alusión al tema), la frontera apenas existe. En su quehacer relucen de pronto signos venidos del Olimpo, en su linaje comparecen eximios antepasados. Dígase de nuevo, porque esto es importante: para nuestro tiempo actual esto es sorprendente, para ellos era seguramente comprensible, aducible, respetable. Heródoto²⁸, para realzar la figura de Leónidas, entronca su estirpe con los Heráclidas: “ἐὼν γένος Ἡρακλεΐδης”.

Pero Leónidas era un Rey²⁹, otros personajes de menor cuantía, comparten la alusión. Kallías, el fautor

²⁷ Λέγεται δὲ καὶ ἄλλον ἀποπεμφθέντα ἄγγελον ἐς Θεσσαλίην τῶν τριηκοσίων τούτων περιγενέσθαι, τῷ οὐνομα εἶναι Παντίτην· νοστήσαντα δὲ τοῦτον ἐς Σπάρτην, ὡς ἠτίμωτο, ἀπάγξασθαι. (VII, 232).

²⁸ *Historias*, VII, 208.

²⁹ Para el pueblo, habla su propia voz, la δημοῦ φωνή de Homero.

de la paz con Esparta y las relaciones con la Corte persa, blasonaba de descender de Triptolemo, aquel héroe y semidiós a quien Démeter había instruido en las artes de la agricultura, iniciador también de los Misterios de Eleusis. Eran personas y acciones de diplomacia, fácilmente insertables en las nubes de la Mitología. Lisandro, el gobernante y militar espartano que estuvo presente en tantos y tales menesteres de alta política³⁰, fue luego divinizado, como objeto de culto que pervivió hasta tiempos romanos en Samos. Su linaje se decía proceder también de los Heráclidas como otros personajes citados o que se citarían.

De entre estos personajes, no pocos de los que tal invocaban lo hacían precisamente con ocasión de sus menesteres, que diríamos “internacionales”. De esto, como de tantas otras cosas, se burla donosamente Aristófanes, que, en su comedia *los Acarnienses*³¹, hace hablar así a un alto funcionario, Amfíteo, que se enfrenta a un Embajador (heraldo):

“¡Yo soy un inmortal! Amfíteo fue hijo de Démeter y de Triptolemo. De éste nació Keleos, quien se casó con Feneres, mi abuela, cuyo hijo Lucino fue mi padre, por lo que yo soy inmortal y sólo a mí han encomendado los dioses negociar con los espartanos”³².

³⁰ Entre muchos méritos, comandaría la flota que derrotó a los atenienses en Egospótamos en 405, suceso que determinó el fin de las Guerras del Peloponeso. Luego, conquistada Atenas, instauró allí el gobierno llamado “de los Treinta Tiranos” (404).

³¹ I, vº 61 ss. Un heraldo le pregunta: “¿acaso no eres mortal?”. Y él responde: “no, sino inmortal” (οὐ, ἀλλ’ ἀθάνατος).

³² Aristófanes le hace burlonamente añadir: “pese a todo, me muero de hambre, porque los pritaneos [ministros de las ciudades griegas] no me dan de comer” (οὐ γὰρ διδῶσιν οἱ πρυτάνεις).



Fragmento del relieve de la audiencia de Apadana, el rey Jerjes I en el trono.

Ello equivale a decir: por ser descendiente de dioses, tengo derecho a actuar entre las naciones y sus magnates³³. Esto habría sucedido en 436 y allí se aprovecha para criticar el poco deseo de paz que muestran los *prytaneos*. Con esto se asevera asimismo el punto de verdad histórica que la escena contiene.

La mítica sacralidad del origen podía ser a veces un recurso de deliberada intención política. Nada menos que el Rey persa Jerjes consta haberlo utilizado cuando trató de convencer a los griegos de un su-

³³ Y aprovecha para burlarse de los políticos y de los diplomáticos y de referirse a los pueblos en democracia. (*Acarnienses*, 637 ss).

puesto linaje personal helénico como descendiente de Perseo, según el nombre de los persas quería se diese a entender³⁴.

Todo eso no es sino la exhibición de supuestas raíces de una actualidad que se quiere mostrar más antigua, más excelsa.

Cualquier historiador que se afane muy justa y apropiadamente por transmitir a la posteridad lo que él cree haber hallado digno de saberse, que eso y no otra cosa

³⁴ HERÓDOTO, VII, 150: ἡμεῖς νομίζομεν Πέρσῃν εἶναι ἀπ' οὗ ἡμεῖς γεγόναμεν παῖδα Περσέος τοῦ Δανάης, γεγονότα ἐκ τῆς Κηφέος θυγατρὸς Ἀνδρομέδης.

parece ser su deber, ha de esforzarse en demostrar cuanto alega, es decir, ha de allegar las pruebas de sus hallazgos o el fundamento de sus asertos. Para eso en nuestros días, se sirve de documentos fidedignos, testimonios de contemporáneos que no lo sean menos, de referencias escritas o de memorias orales.

Un historiador de la Antigüedad dispone de más ilustres recursos. Puede acudir al testimonio de los dioses o apoyarse en la indiscutible fe de las tradiciones. Mas lo cierto es que, cuando se analizan tales recursos y se valora su resultado, llamémoslo historiográfico, no suele éste apartarse de lo que puede juzgarse verdad probable. Un ejemplo preclaro es Heródoto, a cuyas ornadas disquisiciones y atractivos relatos bien podemos concederles la deseada veracidad o, al menos, una sustancial parte de ella³⁵.

Esos relatos suelen abundar en un elemento que quiere ser probatorio y es más bien ornamental y retórico. Son los discursos que los historiadores gustan de poner en boca de sus personajes. Gustan e imaginan, evidentemente, que no otra cosa podía hacerse en época en que no había taquígrafos ni grabadoras. Es la elocuencia política, diplomática también, que de entonces brota y precisamente asimismo la cualidad que, a la inversa, se atribuía a los espartanos, el laconismo, que de ellos deriva el nombre.

MULTA LOQUENDO

Lo que después habría de ser la elocuencia, arma sin duda de la Política y, por ende, de la Diplomacia, tuvo no menos un origen sacro. Padre de la elocuencia decían fue-

³⁵ Puede verse sobre esto Francesca GAZZANO, “La diplomazia nelle «Storie» di Erodoto. Figure, temi, problemi”, en *Rapporti interstatali nell' antichità*, dir. por Luigi Piccirilli. Roma, 2002, pp.10 ss.

se Hermes, el embajador de Zeus, y se alegaba para ello uno de sus hechos memorables. Fue cuando persuadió a Argos, con su mucho decir. “Multa loquendo”, expresa Ovidio en sus *Metamorfosis*³⁶. Y de ahí brota una de las preciadas artes de la Antigüedad, la Retórica. Ya se citó aquí el famoso discurso de la *Electra* de Sófocles.

Hay dos conocidos géneros literarios diplomáticos, con raíces en la Antigüedad: Uno es el procedente de la elocuencia (los embajadores eran llamados “oratores” en la Edad Media y desde la Antigua, recuérdese a Virgilio) y los discursos, es lo que los griegos llamaron *πρεσβευτικός λόγος*. Colecciones de tales discursos con ese título hubo varias: por ejemplo las atribuidas a Hipócrates, a Demetrio Falero, a Astymedes de Rodas, al sofista Nikagoras o la de Libanio dedicada a Juliano el Apóstata³⁷. La elocuencia es un arma útil: “quantum in bello valeret ferrum, tantum in Republica valeret oratore”³⁸. Fue precisamente un diplomático, el sofista Gorgias de Leontinos (483-376, Embajador que fue de Leontinos en Atenas, quien es tenido por fundador de la Retórica).

Por eso sobre la retórica trata el diálogo *Gorgias* de Platón y por lo tanto abundantemente lo hace sobre la oratoria, su persuasión y su relación con el arte de la Política y del bien común de los ciudadanos. En un momento hace decir a Sócrates que no le importaría perder la vida por no haber usado de la “retórica aduladora” (*κολακική ρητορικὴ*)³⁹. En otro diálo-

³⁶ I, 682.

³⁷ Vid. KIENAST, *loc.cit.* pp.593 ss

³⁸ Erasmo citando a Demetrio Falereo, *Op.Omn.* IV, 340 A.

³⁹ *Gorgias*, (LXXVIII, Teubner, p. 308, *Diálogos Austral*, p. 290). *Ibidem* dice Sócrates que los oradores, queriendo atraerse a los ciudadanos, buscan el interés propio y tratan a los pueblos como a niños (*ωσπερ παισι*). (LVIII, Teubner, 281, Austral, 265).



Una mujer con un pergamino y dos libros, sosteniendo un caduceo. Representación de la Retórica. Hendrik Goltzius, siglos XVI-XVII.

go platónico, el *Menon* se hace decir a Sócrates que los políticos a veces son como adivinos que llevan a cabo con sus palabras muchas empresas sin saber lo que dicen⁴⁰. (Cierto que luego los retóricos degeneraron en los sofistas, a los que Platón (*Fedra*) llamó λογοδαιδολοί⁴¹).

⁴⁰ μηδεν ειδότες ων λέγουσιν. (99 D, Teubner, p. 361; ed. Alianza, p. 143).

⁴¹ DURUY, II, 17.

Como contrapartida a todo ello, dígase que, a finales del siglo V (404-3), a comienzo del gobierno de los Treinta Tiranos (η αρχη των τριακοντα) éstos prohibieron la enseñanza de la Retórica (la técnica de las palabras, λογων τεχνην μη διδασκειν) según cuenta Jenofonte⁴². Por su parte, Píndaro criticó los excesos de la Retórica, censurando sus lisonjas y astucias⁴³.

DIOSES Y ORÁCULOS

Que la referencia a las divinidades del Olimpo griego están presentes en la Diplomacia de entonces no es cosa que ofrezca duda. El clamoroso y asombroso triunfo de los helenos sobre los invasores persas fue atribuido a un tal celestial apoyo, recuérdese el pronóstico de Pan a Fidipides. Aquellas gentes entendían así y así interpretaban hasta la realidad de sus guerras. En la V Ísthmica de sus *Odas*, el poeta Píndaro atribuyó la victoria de Salamina en la guerra contra los persas a la acción de los mismos Zeus y Ares.

A veces, al revés: en la primera parte de la Guerra del Peloponeso, los espartanos temieron que sus reveses (en Pylos) no eran sino merecidos⁴⁴. Por lo mismo, las brutales agresiones de los invasores persas a los templos griegos fueron plausible acicate de la heroica reacción que acompañó a la guerra. Así expresamente lo dijeron los atenienses a los embajadores espartanos en memorable encuentro diplomático del que detalladamente se hace eco Heródoto⁴⁵, aludiendo a esas profanaciones⁴⁶.

⁴² *Memor.*, I, 2.

⁴³ *Nemea*. VIII. (DURUY, III, 15).

⁴⁴ TUCÍDIDES, VII, 18, 2.

⁴⁵ *Historias*, VIII, 141.

⁴⁶ πρῶτα μὲν καὶ μέγιστα τῶν θεῶν τὰ ἀγάλματα καὶ τὰ οἰκίματα αἰμπερησμένα τε καὶ συγκεχωσμένα.



Ares y otros dioses —Apolo, Artemisa, Leto, Escamandro y Afrodita— acudiendo a luchar a favor del bando troyano en la guerra de Troya, John Flaxman, del libro *La historia de la Iliada*. Alfred John Church, 1895.

En tiempos más antiguos, en 620, Atenas y Megara pugnaban por poseer Salamina. Se sometieron al juicio de los espartanos. Los embajadores atenienses argumentaban su derecho nada menos que en la Mitología, en el caso del mito de Telamón (hijo de Éaco y de Endeis), que había casado con una princesa ateniense y fue Rey en Salamina, tras matar a su predecesor. Lo refiere Plutarco en *Solón*⁴⁷. Los mitos eran una fuerza probatoria, aunque fuese (o precisamente entonces) en el caso de una disputa internacional. Es decir, ni más ni menos que cuando hoy se adujese la fuerza de un Tratado. Diplomacia, pues, en el ámbito mitológico.

⁴⁷ GRAVES, I, 342.

Ni que decir tiene que el principal lugar de profecía en Grecia fue el Oráculo de Delfos. La pitonisa dejó allí para la posteridad un sinfín de predicciones formuladas en raros dichos, ora elocuentes ora misteriosos, según los casos, por lo general envueltos en un halo de incomprendibilidad o de ambigüedad, que a menudo ha reservado a la Historia su interpretación correcta.

Delfos tuvo también su vinculación a la Diplomacia.

Tal vez el más importante instrumento diplomático de la Historia interna de los Estados griegos fuera la Paz de Nicias. El ensañamiento de la Guerra del Peloponeso, que causaba tantos daños a todas las partes, en cruentos combates y gastos en empleo de fuerzas

militares, es comprensible que recomendase de tanto en tanto acuerdos⁴⁸, si no de paz, imposible dado el ardor de los odios y rivalidades acumulados⁴⁹, sí al menos de treguas temporales. Ahí hubo algún campo para la diplomacia. A ello se aludió en *Los Acarnienses* de Aristófanes⁵⁰, a cargo de aquel personaje ficticio al que se da el nombre de Amfíteo, que dice traer las treguas y ser el único capaz de contraerlas⁵¹. Finalmente, a las treguas, por vía diplomática, se llegó en 423.

En ese año se constituyó por Esparta una delegación diplomática para un acuerdo de paz, en cuyos componentes podrá darse ocasión de incidir aquí⁵². El resultado fue un proyecto de tregua que fue presentado al general espartano Brasidas, a la sazón en plena campaña en Anfípolis, en la costa de Tracia. En una galera llegaron hasta él los dos negociadores, el ateniense Aristónimo y el espartano Ateneo. Lo refiere Tucídides en una extensa referencia, muy conocida y muchas veces comentada por la historiografía⁵³.

Lo que interesa señalar aquí, es que, entre las numerosas cláusulas de aquella paz, cuyo texto fue inscrito en lápidas (στῆλαι) en muchos lugares de Grecia, fi-

48 Puede consultarse FERNÁNDEZ NIETO, F.J., *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia*, 1975.

49 En la paz pensaba sólo Aristófanes, que por entonces (421) compuso sobre ella su obra *H eiríñh*.

50 Versos 61 ss. *Vide* sobre ello *alibi*.

51 Allí Aristófanes se complace en expresar sus reproches a la política.

52 Fueron Tauros Ekhetmida, Ateneo Periklida y Philokharides Eryksileda, por parte espartana. La negociación por parte ateniense fue llevada por el plenipotenciario Aristónimo.

53 Καὶ ὁ μὲν ἔμελλεν ἐγχειρήσειν ταῖς πόλεσι ταύταις, ἐν τούτοις δὲ τριῆρι οἱ τὴν ἐκεχειρίαν περιαγγέλλοντες ἀφικνοῦνται παρ' αὐτόν, Ἀθηναίων μὲν Ἀριστόνυμος, Λακεδαιμονίων δὲ Ἀθήναιος. καὶ ἡ μὲν στρατιὰ πάλιν διέβη ἐς Τορώνην, οἱ δὲ τῷ Βρασίδαι ἀνήγγελλον τὴν ξυνηθήκην, καὶ ἐδέξαντο πάντες οἱ ἐπὶ Θράκης ξύμμαχοι Λακεδαιμονίων τὰ πεπραγμένα. (*Guerra del Peloponeso*, IV, 122, 1).



La tormenta impide que los soldados de Jerjes saqueen el templo de Apolo en Delfos. Francesco Xanto Avelli, 1536.

gura expresamente la protección al santuario de Delfos y su libre accesibilidad a todos los griegos⁵⁴.

Otro lugar hubo reiteradamente visitado y objeto de emotivo culto. Fue Eleusis, donde se ubicaban milenarios Misterios. Un escandaloso proceso tuvo lugar en 415 contra varios reos, acusados de haber profanados los misterios y haber mutilados los *Hermes*, figuras mitológicas que se conservaban en Eleusis. Sorprendentemente uno de los acusados fue Andocides, el insigne orador ático, que blasonaba de ser descendiente del dios Hermes. Se defendió en un largo discurso, que obra entre las fuentes literarias griegas, bajo el título *Sobre los misterios* (*Περὶ τῶν μυστηρίων*). Pero donde Andocides tiene un espe-

54 Quizás el respeto a lo que hoy se llamaría la libertad religiosa.



Reconstrucción del santuario de Apolo en Delfos. Albert Tournaire, 1894.

(Pág. der.) Placa votiva que representa elementos de los misterios de Eleusis. Siglo IV a.C.

cial lugar en la Historia relativa a las relaciones diplomáticas de su tiempo es en su famoso discurso *Sobre la Paz con los lacedemonios* (*Περὶ τῆς πρὸς Λακεδαιμονίους εἰρήνης*). En él urgía elocuentemente a la paz con Esparta en el año 390 a. C., época en que se combatía en la llamada Guerra de Corinto, comenzada en 395.

Que la sacralidad, es decir, el mito, tenía no poco que ver con hechos y actos diplomáticos, muestra diversos aspectos. Los Tratados, por supuesto, y los juramentos que se exigían a las partes, son uno de ellos. Consta el

procedimiento y los firmantes en la Paz de Nicias. El juramento de los representantes para ratificar la paz tenía elementos religiosos. Uno de los implicados fue Filocarides, que estaba encargado de recoger por Esparta los juramentos para la ratificación de la Paz de Nicias en 423. Otro es la referencia a los tiempos no aptos para la guerra por su carácter asimismo sacro, la referencia a los meses que tenían tal condición⁵⁵.

⁵⁵ ADCOCK, *op.cit.*, p. 199.

Esa imposición de tiempos sagrados, basados en la antigüedad mítica y anclados en preceptos de obligado cumplimiento referibles a normas de calendario, contenían no solamente su exigencia, sino también, a causa de ella misma, su ocasional justificación. Esas normas podían obligar, pero también podían ayudar a eludir. Podían pesar como un deber, pero podían también servir como un pretexto. Y desde luego, los preceptos podían interferir con las realidades. A veces con velada voluntariedad. He aquí un ejemplo:

Heródoto⁵⁶ refiere cómo los espartanos, dispuestos aparentemente a apoyar a los atenienses frente a la amenaza persa, retrasaron su apoyo por deber atenderse al precepto de no ponerse en marcha en determinado mes y día⁵⁷, en que se celebraban en Esparta fiestas en honor de Apolo, lo que les hizo llegar tarde a Maratón. Se ha apuntado con harta razón a la sutil ironía apreciable en el juicio de Heródoto⁵⁸.



les. Esos poderes lo hacen inmune⁵⁹, es más, le confieren una posición de carácter religioso. Por eso, es ni más ni menos que un ser que procede del dios Hermes, el mensajero de Zeus⁶⁰, el dios de las comunicaciones y las embajadas⁶¹. Los heraldos portaban la insignia de Hermes, es decir el caduceo, y representaban corporalmente el aspecto sagrado de la paz.

Interesa especialmente considerar ahora, que los caracteres sacros, religiosos, míticos del heraldo se corresponden rigurosamente con los que las fuentes históricas describen, de suerte que, en efecto, se funden aquí a la perfección esas dos facetas, la del mito y la de la realidad. El dios Hermes se hace real en los personajes descritos por los historiadores como sus consagrados representantes, lo que concede a la diplomacia, así ejercida las garantías religiosas que su eximio patrono les reserva. Y ello es así, incluso cuando a los heraldos otorgan los dramaturgos clásicos condiciones perfectamente humanas. “Este heraldo es un hombre listo, un experto en elocuencia”, se lee en

de a la diplomacia, así ejercida las garantías religiosas que su eximio patrono les reserva. Y ello es así, incluso cuando a los heraldos otorgan los dramaturgos clásicos condiciones perfectamente humanas. “Este heraldo es un hombre listo, un experto en elocuencia”, se lee en

EL HERALDO

Se ha hecho ya aquí mención de un heraldo. Es tanto como decir un Embajador, provisto de poderes especia-

⁵⁶ *Historias*, VI, 106 s.

⁵⁷ οὐ βουλομένοισι λύειν τὸν νόμον.

⁵⁸ Así la atinada observación de Edmond LACOSTE en sus admirables *Essais et réflexions d'humanisme*, Lille, Giard, 1961, p. 112. El hecho tuvo lugar cuando la embajada de Philipides, relatada *alibi*.

⁵⁹ *Vide infra*, acerca de la inmunidad.

⁶⁰ *Vide supra*, capítulo primero de este libro, sobre la Diplomacia en la Mitología.

⁶¹ “Il messaggero è dunque, innanzitutto, un *inviato*, uno che viene fatto andare presso altri: egli è un operatore spaziale, o meglio un *connettore spazio-verbale* tra due parti volto alla costruzione di relazione. Ecco perché a questa attività presiede Ermete, cioè il dio delle strade e della comunicazione, il dio a cui il popolo cretese – che si segnala per la frequenza degli scontri bellici – riferisce le ambascerie che si svolgono durante le guerre”. (Andrea COZZO “Come evitare le guerre e rendere amici i nemici. Forme della diplomazia nella Grecia antica”, *Ορμος*, Ricerche di Storia antica, 2008-2009, 23-34, p. 22).



Leonidas envía un mensajero a los espartanos, Richard Geiger, de La Historia del mundo, Andrei Zalan.

una obra de Eurípides⁶². Hasta habrá que añadir un hecho algo desconcertante: a los heraldos a veces se concede gestos de amenaza, para reclamar la negociación –se diría– por la fuerza, como en la diplomacia moderna bien puede darse. Así se muestra en *Las Suplicantes* y en *Los Heráclidas* de Eurípides⁶³, ni más ni menos que como se advierte en los relatos históricos de Tucídides⁶⁴.

⁶² *Los suplicantes*, vº 426.

⁶³ Por ejemplo, vº 465.

⁶⁴ Vid. sobre ello las atinadas reflexiones de Viviana GASTALDI, “Embajadores trágicos; la retórica del κῆρυξ en *Heráclidas* de Eurípides”, *L'antiquité classique*, 2007, 76, pp. 39-50.

En todo caso, tan importante es el heraldo en su calidad de nuncio por excelencia⁶⁵, que bromeando reclama una vez Platón, cuando pretende dar valor de convencimiento a una idea que expone a su interlocutor: “¿Quieres que haga venir un heraldo o que lo anuncie en voz alta?”⁶⁶.

LA INMUNIDAD

El tipo histórico del heraldo griego, verdadera imagen del diplomático⁶⁷, se halla en conexión con un tema no menos implicado con la Diplomacia antigua: la inmunidad.

Sabido es, ante todo, y ello se relaciona con la vinculación mitológica, que los heraldos gozaban de inmunidad por la protección de Hermes y de los dioses⁶⁸. Por ese motivo, los enviados y embajadores iban a menudo precedidos de un heraldo. Esto tiene dos interpretaciones: la primera es la inviolabilidad de los heraldos, la segunda el hecho de que los demás carecían en principio de esa garantía.

Podría incluso pensarse que, por obvia apelación sacra, una guerra es lo más opuesto a la función de los heraldos. Un caso, por lo demás frecuentemente aludido en la historia de las guerras griegas, merecerá traerse a colación aquí.

Se dio en el primer momento de la Guerra del Peloponeso. Pudiera pensarse que, como en las guerras suele ocurrir,

⁶⁵ La figura del heraldo se ha entendido también como el que anuncia. Así ha pasado a la lírica. Pej. SHAKESPEARE, “herald of the gaudy spring” (soneto I, 13). O tantos, innumerables.

⁶⁶ *La República*, lib. IX.

⁶⁷ Sobradamente estudiado y comentado por la historiografía.

⁶⁸ Por ej. ADCOCK, *op.cit.*, p. 152 s.

no habría en este tiempo ningún lugar para la diplomacia, ninguna tarea para las embajadas. Más o menos fue así, pero una salvedad se estableció desde el comienzo. Consta en la compendiosa *Guerra del Peloponeso* de Tucídides que, cuando se declaró el cese de las relaciones, se exceptuó para el uso de heraldos. Es decir, esa forma de respetada diplomacia, provista de inmunidad, siguió mantenida⁶⁹. Pero el propio Tucídides cuenta cómo se produjo la primera embajada de la Guerra.

Desde Esparta, Arkidamo decidió enviar a Atenas un heraldo, Melesipo, por ver si los atenienses se mostraban dispuestos a ceder, una vez hubiesen comprobado que los espartanos se movían verdaderamente ya en son de guerra. Pero el resultado fue el opuesto. En Atenas Pericles se negó a recibir heraldo o embajador alguno, le rehusó el acceso a la asamblea, le ordenó retirarse escoltado y dispuso que no se comunicase con nadie, ni que los espartanos enviasen embajador ni heraldo antes de que se hubiesen retirado de su territorio⁷⁰.

El Embajador se retiró, pero antes pronunció memorables palabras: “éste ha de ser el inicio de grandes infortunios para los griegos”⁷¹. La Guerra comenzó inmediatamente después de ese vaticinio de un Embajador.

Ese tema, el de la inmunidad, presente siempre en cualquier consideración de la Diplomacia de todos los tiempos, tiene también su lugar en la de los griegos antiguos.

En efecto, algunos aspectos merecerían afrontarse en relación con los modos o usos de que se valiese aquella

⁶⁹ TUCÍDIDES, II, 12,1.

⁷⁰ *Ibidem*, II, 12, 2. Es lo que en ADCOCK se llama *heraldless war*, motivada por no haber habido una verdadera declaración de guerra.

⁷¹ *Ibidem*, II, 12, 3. ἦδε ἡ ἡμέρα τοῖς Ἑλλησι μεγάλων κακῶν ἄρξει.

remota diplomática en tierras del que llamamos mundo clásico. Julio César se proponía enseñar a los galos a respetar la inmunidad de los embajadores: “statuit quo diligentius in reliquum tempus a barbaris ius legatorum conservaretur”⁷².

Uno de tales principios sería, y ciertamente de los más relevantes, el uso (o desuso) que por entonces se hiciera del precepto que en todas edades se ha considerado puntal básico de la Diplomacia, a saber, la inmunidad de la que deben gozar todos sus agentes. “Legatus nec caeditur nec violatur” se ha aducido siempre como garantía básica del ejercicio de los embajadores.

Fundamentar ese principio en la Mitología es indispensable y le confiere un carácter de respeto sacro. Pero, por más que esa alegación sea indispensable, se hace aquí necesario una vez más presentar la dicotomía que es base y lema de estas reflexiones, es decir, la que exhibe la relación **mito y realidad**.

A veces, esa dicotomía adopta la forma de **regla y excepción**.

Efectivamente, si está claro el usual respeto a heraldos y embajadores en aquellos tiempos, no pueden omitirse los casos en que el principio fue violado, a veces de modo flagrante y ominoso.

Pese a ser conocidos, tal vez no sea superfluo enumerarlos.

Se dieron algunos precisamente en ese instante tenso y alarmante en que la paz se convierte en guerra. Es cuando más se echaría de menos el sagrado respeto a los em-

⁷² *De bello Gallico*, III, 16.

bajadores y es cuando a veces con más brutalidad se viola. En 491 mandó embajadores el rey de Persia Darío para reclamar la sumisión de los griegos. La fórmula era pedirles “la tierra y el agua” (γῆν τε καὶ ὕδωρ), que era tanto como requerirles su territorio. Los embajadores fueron asesinados a su llegada. En Atenas, los embajadores persas fueron ejecutados. En Esparta, arrojados a un pozo⁷³.

Cuando la guerra ya no fue contra los persas, sino entre los griegos entre sí, entre espartanos y atenienses, de la inevitabilidad de la tragedia que se avecinaba vino a brindar un inequívoco testimonio la atroz violación de esa aludida diplomacia, que se movía en los umbrales de la confrontación. El heraldo mandado por Pericles desde Atenas a Esparta, y que debía de haber sido el ejemplo de la inmunidad y el respeto, fue asesinado en su ruta por los de Mégara⁷⁴.

No fue el único caso. A la inversa, cuando en 428 los espartanos despacharon una embajada al Rey de los persas solicitando su apoyo, se produjo un nuevo horrendo atentado a la inviolabilidad diplomática. A su paso por Tracia fueron asaltados, entregados a los rivales atenienses y asesinados⁷⁵.

⁷³ HERÓDOTO, *Historias*, VI,48,2 . Parece que respondieron: tierra y agua reclamáis. Ambas las tenemos en nuestros pozos. Comprobadlo.

⁷⁴ Su memoria fue luego honrada en Atenas con funerales y monumentos.

⁷⁵ El Rey Sitalces de Tracia, deseando congraciarse a los de Atenas, hizo arrestar a los embajadores espartanos Nicolao y Pradomo, a Timágoras de Tegea e incluso a Pólido de Argos, a pesar de su neutralidad. Querían recabar la ayuda de Sitalces para cruzar el Helesponto y conseguir que el sátrapa Fárnaces les facilitara el paso a la capital persa. Pero como quiera que estuviesen a la sazón en Tracia unos embajadores atenienses (Learco, hijo de Calímaco y Aminíades, hijo de Filemón), se los entregó el Rey Sitalces. Fueron llevados a Atenas, donde, sin juicio alguno, los arrojaron a un barranco, alegando un anterior atentado de los espartanos, perpetrado contra unos atenienses en la costa del Peloponeso.

Otros casos son referidos. Unos embajadores espartanos fueron arrestados en situaciones sospechosas en la casa de Callias en 378, sin que, al parecer, hubiese motivo para formular reclamación alguna⁷⁶. Otro hecho se produjo relativo a los tratos diplomáticos de los espartanos con los persas cuando solicitaban su ayuda. Durante el invierno de 424, Aristides, hijo de Arcippus, que mandaba la flota mediante la cual los atenienses recorrían la costa buscando cobrar los tributos de sus aliados para la guerra, encontraron y arrestaron en Eion, en el río Strimon, a un enviado del monarca persa encaminado a Esparta. Sabemos que se llamaba Artafernes. Lo condujeron a Atenas, donde los despachos de que era portador le fueron desvalijados y sus mensajes en lengua asiria descriptados. De ellos se dedujo que los persas querían indagar qué deseaban de Persia los espartanos, por cuanto los embajadores que de Persia les habían sido despachados contaban historias diferentes. Los atenienses lo llevaron a Efeso, junto con embajadores propios, donde como tuvieran noticia de la muerte del soberano persa Artajerjes, retornaron a casa⁷⁷.

En otras ocasiones, hay simplemente noticia de haberse negado público acceso a un embajador, dejándolo partir, como hicieron en 480 los atenienses al enviado persa Murychides⁷⁸. O bien se podía expulsar a un embajador, poniéndole como plazo la puesta del sol, como hicieron los espartanos a un enviado de Argos⁷⁹. O bien, la llegada de un heraldo daba ocasión a disputas⁸⁰. Y Tucídides alude a otros casos de ofensas a embajadores atenienses, Lespodias, Aristophon y Melesias⁸¹.

⁷⁶ ADCOCK, *op.cit.*, p. 154, basándose en TUCÍDIDES, 6,1 y 6,6,3 y 6,8,1-4 .

⁷⁷ ἐπ' οἴκου ἀνεχώρησαν. TUCÍDIDES, IV, 50.

⁷⁸ HERÓDOTO, IX, 5, 2.

⁷⁹ *Ap.* ALCOCK & MOSLEY, p. 164.

⁸⁰ HERÓDOTO, IX, 55, 1.

⁸¹ VIII, 86, 9.



Los espartanos arrojan a los enviados persas a un pozo.

Episodios no frecuentes, excepciones a una norma aceptada, capítulos, en todo caso, de una crónica de la Diplomacia de aquellos tiempos.

Hay una cita ilustrativa de lo que podía pensarse de la efectividad de la inmunidad de los heraldos, en la que la mitología se mezcla con los hechos reales.

En *Los Heráclidas* de Eurípides, aparece un heraldo, Copreo, nombre acaso añadido por comentaristas helenísticos⁸². Es un heraldo de Euristeo, Señor de Mi-

cnas con el cometido de llevar los fugitivos heráclidas a Argos, donde están condenados a muerte. Para ello ha de hablar con el Rey de Atenas, Demofonte. Ante éste el heraldo suelta un discurso⁸³, plenamente diplomático. Es una intimación o requisitoria, unida a una amenaza, en caso de que no consienta que se lleve a los fugitivos. Ahí es donde precisamente se aduce el tema de la inmunidad, cuando en boca del corifeo se ponen estas taxativas palabras dice: “por Dios, no oses maltratar a un heraldo”⁸⁴. “Sí, si no es prudente”, contesta Demofonte, “Pero no le pongas las manos encima, Rey”,

⁸² Vid. por ej., en edic de *Gredos*, I. p. 27, nota.

⁸³ Vº 134-178.

⁸⁴ Vº 273.

reitera el corifeo⁸⁵. El heraldo se marcha amenazando de guerra, que se acaba de hecho produciendo entre Atenas y Argos.

Es uno de los más demostrativos ejemplos de los criterios de inmunidad diplomática, ofrecida precisamente por la dramaturgia griega, seguramente respondiendo a la realidad fáctica.

El hecho de que se produzca en un escenario en el que, como en otros parecidos, los tiempos rozan la memoria mitológica con las controversias de hecho, se vincula además con las motivaciones diplomáticas. Mito, pues, y realidad. Los heráclidas, que son descendientes de Hércules, se han refugiado en Atenas huyendo de Argos. Es decir, en el mito, conjugado con la realidad, los heráclidas no son sino los dorios (espartanos) que van contra Micenas (Argos), se refugian en Atenas, donde los reciben amigablemente y les dan asilo. Pero es allí donde interviene un factor diríamos diplomático⁸⁶. Los de Argos, irritados, los reclaman, para someterlos a su legislación penal.

Es un acto internacional, para el que se requiere el envío de un heraldo, a quien más tarde se daría el nombre de Copreo. Y precisamente éste obra con gestos que se separan de las cualidades míticas, religiosas del heraldo para adoptar formas de política real. Apela, en primer lugar, a la fuerza del derecho, vigente en su patria, donde los heráclidas se han hecho reos de justicia y han de ser condenados a lapidación. Para ello aduce

⁸⁵ Χορός: μὴ πρὸς θεῶν κήρυκα τολμήσης θενεῖν.,
Δημοφῶν: εἰ μὴ γ' ὁ κήρυξ σωφρονεῖν μαθήσεται.
Χορός: ἄπελθε: καὶ σὺ τοῦδε μὴ θίγης, ἄναξ.

⁸⁶ Puede verse Viviana GASTALDI, “Embajadores trágicos: la retórica del κήρυξ en *Heráclidas* de Eurípides”, en *L'Antiquité classique*, 2007, 76, pp. 39-50,

lo que hoy llamamos el *ius soli*, aplicable usualmente en Derecho Penal: ya que habitamos en nuestra ciudad, hemos de someternos a sus leyes⁸⁷. Y en segundo lugar, la exigencia se hace bajo amenaza de guerra: Si atiendes a ellos, nosotros acudiremos al hierro⁸⁸.

Son episodios de un drama, pero sugieren relatos que contienen bien apreciables realidades. Casi se advierten modales de una negociación, endurecida con exigencias entre dos naciones, requiriéndose además el uso o desuso del derecho de la inmunidad del enviado.

MITO O EJEMPLO

Esos relatos, esas expresiones, pueden inducir a pensar en otra dicotomía aprovechable: Mito o ejemplo. Cuando los historiadores de aquellos tiempos tales asombrosos sucesos o tales actitudes personales nos refieren, ¿acaso no nos estarán sugiriendo ejemplos a la posteridad?

Que toda la Cultura Griega es un ejemplo es cosa sabida. Explícita o escondida se halla en todas las muestras de la creación intelectual o del pensamiento de nuestra época. A veces nos es conocida, a veces a penas interpretada, a veces sólo imaginada o intuitiva. En un adecuado y sugerente símil, escribió una vez Giorgos Seferis que toda la tragedia griega para nosotros es como la espina de un pez, al que nunca hemos visto en el agua⁸⁹.

⁸⁷ Vº 142 de la obra de Eurípides.

⁸⁸ Vº 160-3.

⁸⁹ En la presentación desde Atenas a 7 de febrero de 1971 al libro sobre *Grecia* de Bruno d'AGOSTINO. (En español en la serie “grandes Civilizaciones”, Verona, Mondadori y Valencia, Mas-Invars, editores, 1971, p. 9).



Doctrinal de príncipes. Diego de Valera, 1412-ca. 1488.

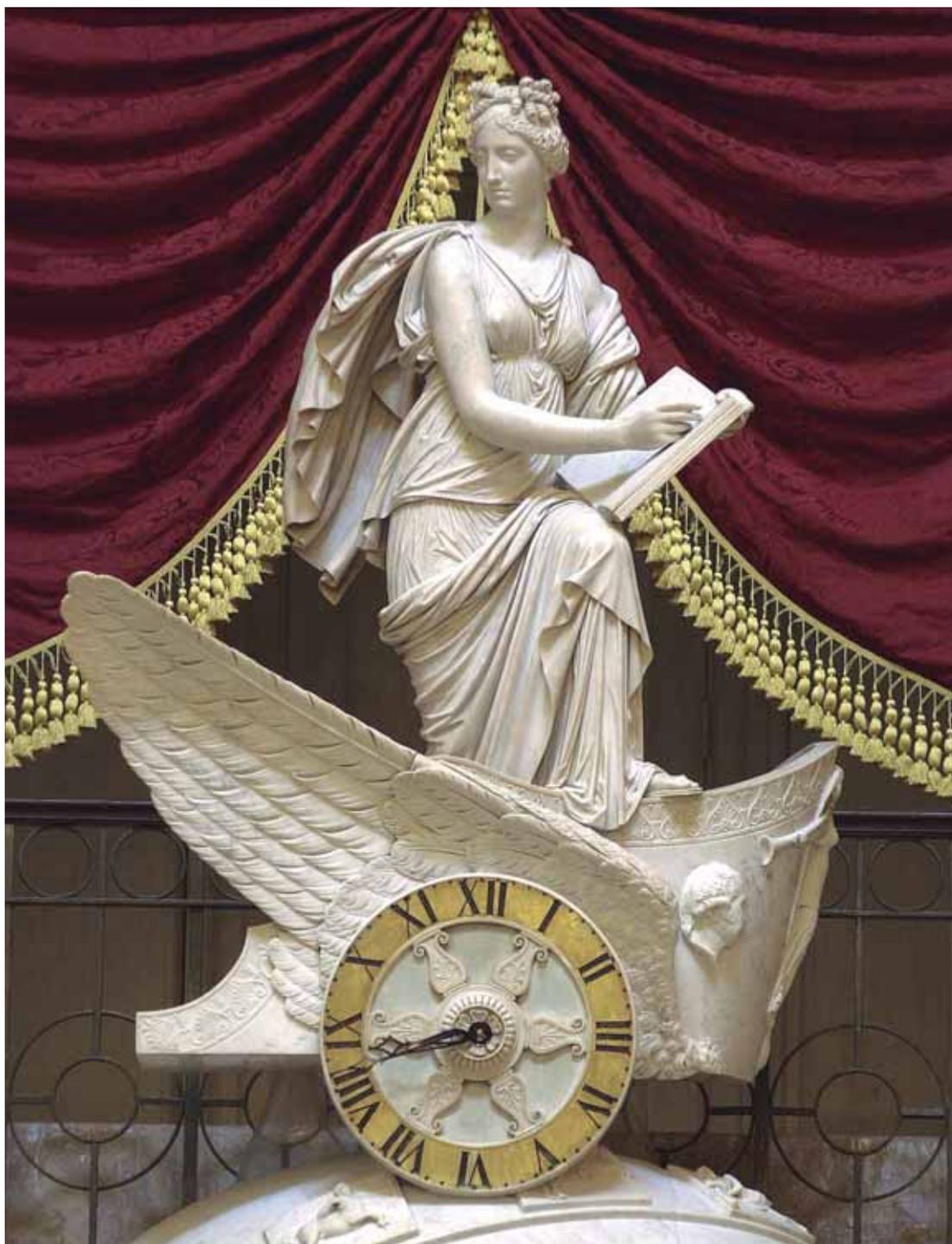
Y en efecto, es cosa sabida que otros historiadores o tratadistas de tiempos posteriores se han hecho eco de aquellas descripciones para ilustrar, aconsejar, ejemplificar, en suma. Así en la poesía y en el teatro de la Europa del Renacimiento, del Barroco o de la Ilustración, en las Artes plásticas o en el riquísimo acervo de la Emblemática, en las colecciones de apotegmas o meramente de dichos inspirados en las gentes de la Antigüedad.

Y, por lo que se refiere a la Diplomacia, en las obras de pedagogía política, en los espejos de buen gobernante. La influencia y la imitación de la Antigüedad greco-

lina como espejo de la buena política, aparecen en el “Doctrinal de Príncipes”, en el que un Embajador de los Trastámara castellanos, Diego de Valera, trató en su vejez de suministrar doctrina a Fernando el Católico, reuniendo para ello citas y ejemplos de Grecia y Roma.

Eso había hecho en sus días el fino político que fue el Canciller Ayala en su traducción de las *Décadas* de Tito Livio:

“que los Príncipes et los caballeros tomen buen ejemplo et buena experiencia et buen esfuerço en sí,



Clio en carro de la Historia. Carlo Franzoni, 1819.

catando cuánto provecho et cuánta honra nace de la buena ordenanza et de la buena disciplina”.

Collucio Salutati, el erudito jefe de la Cancillería florentina del siglo XV, responsable, pues, de la Diplomacia de la Señoría y además, como hombre del Renacimiento, espíritu sensible a todas las reminiscencias de la sabiduría clásica y, por ende, mítica, escribió no menos de cuatro libros bajo el bien sugestivo título *De sensibus allegoricis fabularum Herculis*⁹⁰, que recoge y elabora las ideas sobre Mitología y Literatura (¡qué hermosos temas!) del imaginativo humanista que su autor fue.

De igual modo se pueden advertir profusamente en los embajadores humanistas del Renacimiento los reiterados ecos de la Mitología griega, fábula o ejemplo, memoria en todo caso de una Literatura, que fue pensamiento y doctrina, evocación y paradigma. Traductores como eran de los historiadores griegos⁹¹, que aquí tan abundantemente ha sido necesario y grato conmemorar, los humanistas del *Quattrocento* es lógico que se dejaran contagiar de la remota remembranza mitológica. Leonardo Bruni llegó a componer en griego un ensayo, que bien podría atribuirse a tema diplomático, sobre la política florentina de gobierno: Περὶ τῆς τῶν Φλωρεντίφων πολιτείας. Asimismo Gianozzo Manetti, embajador que fue del Magnánimo, se recreaba en recordar las historias de Heródoto⁹². O Guarino Veronese que tenía a los griegos por los inventores de todas las grandes artes y de las más excelsas disciplinas⁹³.

⁹⁰ Conservado en los fondos de la biblioteca de Urbino.

⁹¹ Leonardo Bruni tradujo a Plutarco, Jenofonte (de cuyas *Hellenicas* procede su “*Commentarius Rerum Graecarum*”), y Demóstenes y su polémica con Eschines sobre las embajadas.

⁹² En su famoso diálogo “*De dignitate et excellentia hominis*”.

⁹³ En su Epístola a Poggio.

Bastaría recurrir al reputado paradigma (para bien y para mal) de la Diplomacia de aquellos tiempos de las Letras renacidas, Nicolás Maquiavelo, para acreditar sus devociones por los historiadores clásicos y las enseñanzas que de ellos se preció de recabar.

Autorícese, pues, a combinar los tres órdenes de ideas, cultura griega, mitología y diplomacia, y se resumirá cuanto aquí pueda decirse o rememorarse.

Al concluir estas reflexiones, seguramente se impone un interrogante, que puede ser no ya conveniente, sino posiblemente decisorio para el fundamento y la oportunidad de este libro. Los lectores, especialmente si son diplomáticos, meritoriamente ocupados en las tareas que nuestro tiempo exige de los agentes de las relaciones internacionales y de la más urgente política exterior, ¿se sentirán de alguna manera interesados (al menos sería deseable que sí) o preocupados por las formas de antiquísima diplomacia que aquí se ha venido describiendo? O, dicho de otra manera, ¿conserva el análisis histórico de esas formas, entendidas como muestras de primigenia diplomacia, alguna validez? ¿Dan testimonio de su alegable antigüedad? ¿O revisiten sólo la forma de una dudosa conjetura?

Abierta queda la cuestión. La respuesta no sólo depende del talante de cada cual, sino también del papel que quiera otorgar a la Historia en su significación de Maestra de la Vida, que puede reservarse, condicionarse o simplemente denegarse. Ahí queda el pasado, con sus saberes pretéritos, sus nostalgias, sus mitos y sus realidades. Es el pasado que, se quiera o no, es de todos. Y que, conserva, también se quiera o no, su tanto de regusto. •



PHAROS

DIPLOMACIA ALEJANDRINA

UN MONARCA Y SU POLÍTICA

ESBOZO DE BIOGRAFÍA

ENTRE GUERRAS Y ALIANZAS

PACES Y NUPCIAS

LA BIBLIOTECA Y LA CARTA DE ARISTEAS

EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

ASIA Y ÁFRICA REMOTAS

PTOLEMEO Y LA MITOLOGÍA

MOSAICO

CONCLUSIONES



UN MONARCA Y SU POLÍTICA

La política está construida a partir de los modos que se han ido aplicando para hacer frente a los sucesos. Si no hubiera sucesos, no habría modos y modos no habría si no hubiera imaginación para crearlos. La imaginación humana pertenece al mundo de la Cultura. De donde Cultura y Política vienen a sugerir el binomio de Mito y Realidad.

Por eso, el siguiente capítulo entronca con los anteriores y sigue siendo fiel al epígrafe general de este libro. Un Monarca y su política se enmarcan en el cuadro que aquí se ha pretendido, tanto más cuanto que históricamente se inscriben en los tiempos que usamos llamar clásicos, habitados por griegos y romanos.

Y en aquellos tiempos, ¿hay acaso una ciudad en el mundo antiguo occidental (exceptuando Roma o Atenas o Constantinopla, o tal vez sin excluirlas) que irradie el esplendor de un tal amanecer, la emanación de un tal futuro de riquezas y bienes, de aquellos que hacen que el hombre se sienta satisfecho de serlo o –más bien– de al menos haberlo sido? Me refiero a Alejandría. En ella, en sus otrora gráciles templos y palacios, reales sepulcros y pórticos que yacen hoy, por siempre silenciosos bajo las aguas del que fuera su bullicioso puerto, se manifestó el mito del fundador proyecto de Alejandro Magno y la realidad de su fastuosa construcción.

Rindamos al recuerdo de tal ciudad el homenaje de la admiración, que es nostalgia. Nostalgia de otros tiempos.

No es de extrañar que cuando Alejandro Magno, Rey y guerrero, monarca de una tierra y conquistador de lejanías, casi expugnador de lo imposible, apareció en medio de sus hazañas, fuese ante todo tenido por un dios. Ni que él mismo hiciera ver que por tal se tenía,

Zeus en Grecia y Amon en Egipto. Un poeta griego lo tuvo a la vez por adalid divino, temido de los persas, y por Hércules vencedor de centauros¹.

Por eso Alejandría, con la alegoría de su propio nombre, con sus reyes griegos titulándose faraones, llamando Serapis a un dios que era mezcla de ritos y conciliación de creencias, parece ser el umbral que facilita el tránsito de las edades.

Hubo en aquellos tiempos una isla, frontera a la rada de Alejandría, que el faraón griego Ptolemeo Lagos, el Salvador, sucesor del Magno, unió mediante un dique a la costa. En ella mandó aquél construir una ingente torre, conteniendo en su cúspide un fuego permanente para la señalización de los navegantes. Llamábase la isla Faros y con ese nombre quedó también la torre para la posteridad, tanto ella como las demás que con el tiempo para ese uso se erigieron en muchos países y lugares. Con la denominación de Faro de Alejandría se la ha reconocido como una de las maravillas del mundo antiguo.

Duró tanto la construcción de obra tan colosal, que la acabó el hijo de aquel faraón, llamado usualmente Ptolemeo Filádelfo, o Ptolemeo II. El constructor, que se cree haber sido Sótrato Knidio, hizo inscribir su nombre en una lápida, pero lo recubrió con cal y escribió encima el nombre del faraón; el tiempo borró la cal y quedó visible el nombre del constructor.

Parece que rezaba así:

Σωστρατος Κνιδιος Δεξιφανου θεοις Σωτηρσι
υπερ των πλωιζομενων,

¹ Πέρσαισι βαρὺς θεὸς αἰολομίτραις, ἀντία δ' Ἡρακλῆος ἔδρα κενταυροφόνοιο. TEÓCRITO en su *Encomio de Ptolemeo*.



Alejandro en la época helenística.

es decir, Sóstrato Knidio, hijo de Dexífano, a los Dioses Salvadores, para los navegantes². Con los dioses salvadores se aludía a los faraones, en este caso, eran el citado Ptolemeo II y su esposa Arsinoe, en cuyo reinado se inauguró el monumento. También se los llamaba los Dioses Hermanos.

A los navegantes sirvió el monumento, para orientar su rumbo cercano a la costa y evitar los peligrosos arreci-

fes. Los primeros navegantes serían los que llevasen las mercancías que el comercio hiciera viajar por aquella ruta o los emisarios que llevasen los mensajes que el faraón enviara o recibiera.

Esos emisarios serían a menudo los embajadores que ejerciesen la diplomacia de Ptolemeo II. Porque, así como otros muchos soberanos cosecharon fama por ser vistos al frente de sus ejércitos conquistando tierras, de este Ptolemeo ha dicho unánimemente la historiografía que fue más bien famoso por su protección a las ciencias y a las letras o por su diplomacia.

² STRABON, *Geographica*, XVII, 1. PLINIO el Viejo, *Naturalis Hist.*, XXXVI, 12, 18. LUCIANO de Samosata, XXXVIII. CANTÚ, *Historia Universal*, ed. española, II, p.17.

De él se escribió que era el primero entre los hombres³, el mejor de los reyes⁴, a quien Júpiter colocó al mismo nivel que los dioses inmortales, dándole una estancia de oro en su mansión celestial⁵. Que sus dominios estaban en Fenicia, Arabia, Siria, Libia, y donde los negros de Etiopía⁶, que gobernaba en Pamfilia, en la Cilicia y Licia, en Carsia, en las Islas Cícladas⁷. Podía colmar de riquezas a todos los reyes⁸, era amado de su esposa y hermana como hacen los dioses del Olimpo que Rea procreó⁹.

Son palabras de un poeta¹⁰. También en la inscripción de una estela dedicada a conmemorar sus triunfos y logros¹¹, se sublimaron sus éxitos y victorias, se celebró que excediera a sus enemigos, que protegiera de ellos a Egipto, que fomentara la justicia y sometiera a los demás pueblos a su voluntad.

Yo no me atrevería a formular esos elogios de una persona, por más que su evocación histórica despierte mi

3 ἀνδρῶν δ' αὖ Πτολεμαῖος ἐνὶ πρῶτοισι λεγέσθω.

4 τὸν ἄριστον ἐτίμησαν βασιλῆων.

5 τῆνον καὶ μακάρεσσι πατήρ ὁμότιμον ἔθηκεν ἀθανάτοις, καὶ οἱ χρύσειος δόμος ἐν Διὸς οἴκῳ δέδμητα. Estas palabras me recuerdan la estupenda dedicativa de Juan de Mena al Rey de Castilla Don Juan II: “aquel con quien Júpiter tuvo tal celo /, que tanta de parte le fizo en el mundo/ cuanta a sí mesmo se fizo en el cielo”. (*Laberinto de Fortuna*, I).

6 La tierra de los negros es también citada explícitamente en la llamada “Estela de Pithom”,²⁵ *vide infra*. que describe y ensalza los sucesos y la persona de Ptolemeo II y de su segunda esposa Arsinoe.

7 Καὶ μὲν Φοινίκας ἀποτέμνεται. Ἀραβίας τε, καὶ Συρίας Λιβύας τε κελαινῶν τ' Αἰθιοπήων· Παμφύλοισι τε πᾶσι καὶ αἰχμηταῖς Κιλίκεσσι σαμαίνει, Λυκίοις τε φιλοπολέμοισι τε Καρσί, καὶ νάσοις Κυκλάδεσσι.

8 ὄλβῳ μὲν πάντας κε καταβρίθιοι βασιλῆας.

9 Ὡδε καὶ ἀθανάτων ἱερὸς γάμος ἐξετελέσθη, οὓς τέκετο κρείοισα Ῥέα βασιλῆας Ὀλύμπου.

10 Teócrito, *Idilios (Εἰδύλλια)*; XVII: *Panegírico de Ptolemeo (Εγκώμιον εἰς Πτολεμαῖον)*.

11 La Estela de Pithom o de Heroópolis (c. 264 a.C.), que describe y ensalza los sucesos y la persona de Ptolemeo II y de su segunda esposa Arsinoe.



Camafeo de Alejandro Magno representado como Zeus-Amón. Alrededor del 325 a.C.

interés –lo hace–, ni tampoco quisiera redimir con mis encomios sus hechos ni igualar las inevitables luces y sombras de sus humanos y principescos avatares.

Pero sí me atrevería, una vez sopesados sus resultados y una vez enjuiciado –en lo que muy modestamente me quepa– el conjunto de sus sucesos, a hallar en el recorrido y amplitud de sus logros o de sus propósitos, un amago de precursor de grandes realizaciones que vinieron después y por caminos que por él y en su tiempo se me antojan inicialmente hollados: la Diplomacia Mediterránea de la subsiguiente época, de la que pudiera ser tenido por precedente. Una posterior diplomacia en la que, unida a guerras, ambiciones, intrigas y éxitos, acabaría basándose la Historia de toda una época, la de la hegemonía romana en la región.

Desde luego, Ptolemeo Filádelfo no dio inicio a la diplomacia egipcia, que existía de muchos siglos atrás, bajo los faraones. La diplomacia, como las restantes formas del ejercicio del poder estatal, no había sido nunca ajena al Imperio egipcio. Las fuentes atestiguan los hechos relativos a los envíos de sus embajadores a los países vecinos y su lengua poseía los términos con los que se los conocía, es decir, probablemente que se transcribiría por Nesu apti (el “enviado del Rey a todos los países”)¹².

Sin embargo, justo es decir que la Diplomacia que, de por sí, implica el reconocimiento de otros Estados, no se aviene bien con el concepto de Imperio, tenido por universal e incluso por divino, reputable como único y no apto para admitir semejantes. Los embajadores del Egipto de Tutmosis III o de Ramsés II, por citar dos de sus más poderosos monarcas, dan la impresión de ser más bien mensajeros de soberanas instrucciones a los pueblos vecinos que por negociadores de convenios de igual a igual.

Con todo, la Diplomacia da prueba de haber existido. Bien conocidos son y siempre mencionados algunos hechos sobresalientes de misiones diplomáticas o de concertación exterior durante el Imperio Nuevo egipcio¹³. No sólo eso. Para algún período concreto ha servido, a causa de la magnitud de la documentación hallada en sus archivos, para ilustrar datos de la política internacional de aquel tiempo. Fue sobre todo la época de la dinastía XVIII, para referir los tratos del Imperio egipcio con el hetita, su rival en el Oriente

¹² *Apt* era “el dios mensajero, tal vez algo así como el Hermes griego.

¹³ Famosa es, por supuesto, la misión efectuada al Punt por encargo de la faraona Hatshepsut en el siglo XV a.C. o el Tratado entre el faraón Ramsés II y el Rey hetita Khatušil III de cca.1270 a.C.

Medio. Bien sabido es que los archivos de Tell Amarna en Egipto, descubiertos en 1887, o de Boghas Köy¹⁴ en Turquía en 1906, han aportado ingente información sobre misiones, contactos internacionales, diplomacia en suma, utilísima para documentar sucesos y propósitos del reinado del faraón Amenofis III o de Amenofis IV (el Akhenaton de la reforma religiosa del siglo XIV a.C.) y sus avatares y relaciones, o del Tratado de Kadesch entre Ramsés II, de la XIX dinastía, y el monarca hetita Khatušil III. Son temas y datos tan del dominio general, que no debería aquí hacerse de ellos ni siquiera mención.

Pero cierto es, desde luego, que la descripción de victoriosas campañas, sometimiento de pueblos vecinos, recolección de tributos y exacciones, que son muestras todas del indiscutible poderío de los faraones y del orgullo de su dominación, grabadas en inscripciones destinadas a ser duraderas, son más frecuentes testimonios de su historia que los que aluden a tratos o acuerdos. Prima el vasallaje sobre la negociación.

No será, sin embargo, desatinado pensar que, después del fin del Imperio de Alejandro Magno y su disgregación en manos de sus sucesores, los Διαδοχοι, el panorama internacional, convertido en multiforme y ya verdaderamente pluriestatal, habría de consentir su contemplación como más propicio al fenómeno de la relación internacional entre sus protagonistas, de suerte que, contemporáneamente a las constantes luchas entre los jefes de las nuevas dinastías y sus pueblos, exista ya una serie inconfundible de hechos susceptibles de ser tenidos por diplomáticos: negociaciones, tratos, conciertos, tratados.

¹⁴ La antigua Hattusas, capital que fue del Imperio hetita.

Y ya se ha sugerido más arriba que, en medio de los personajes que acaudillan las embrolladas y permanentemente pugnaces relaciones de aquellos siglos (los Antígonos, Antíocos, Demetrios, Seleucos, Lisímacos, Ptolemeos), destaca si no por la grandeza de sus logros o por los éxitos de sus empresas, sí por cierta propia singularidad, la acción de uno de ellos, Ptolemeo II Filádelfo, faraón de Egipto, el segundo de la dinastía de los Lágidas. Y destaca, tanto por su importante papel en lo relativo a la Cultura, religiosa y laica, como por la particular significación de su diplomacia y el papel que tiene en su reinado. Ello ha sido señalado por la historiografía que de él y de su época se ha ocupado¹⁵.

En muchos aspectos, la obra política de Ptolemeo Filádelfo ha sido convenientemente enjuiciada. Lo ha sido su gobierno interior, organización administrativa, fomento de la agricultura y del comercio, introducción de la moneda, reforma del fisco. También su propósito de asimilarse a la religión y cultura del antiguo Egipto: así la divinización de su persona o el matrimonio con una hermana, cosas ambas propias de la anterior sociedad. La pareja real fue tenida por la de “Dioses hermanos” y a eso responde el título griego de Πτολεμαῖος Φιλὰδελφος. Afecta ello al plan de la dinastía de fusionar la cultura griega que le era propia con las tradiciones egipcias. Su figura y la de su esposa Arsinoe II representadas como faraones en las fachadas de templos, por su

¹⁵ Sería innecesaria profusión y hasta pretencioso propósito enhebrar aquí una copiosa enumeración bibliográfica. ROSTOVZEFF, DROYSEN, BENGSTON y tantos otros, encabezan una interminable y valiosísima historiografía de la época *helenística* (es denominación usada por primera vez por Droysen) de Egipto, que el lector o ya conoce o podrá consultar fácilmente. De modo especial, podrían mencionarse A. BOUCHÉ-LECLERC, *Histoire des Lagides*, 1903, E. BEVAN, *History of Egypt under the Ptolemaic dynasty*, Londres, 1927. M. A. RUIZ ELVIRA, “El Egipto ptolemaico”, *Cuadernos Historia* 16, 264.

encargo erigidos en diversos lugares del país, como por ejemplo en el precioso templo de la Isla de Philae, dan sobrado testimonio¹⁶. Aparte de todo eso, se tratará en estas páginas, como ya se ha anunciado, de otro aspecto de los logros de este monarca, es decir de su capacidad de política internacional, de su “diplomacia”, si una vez más resulta tolerable utilizar este anacronismo.

Pueden, en efecto achacarse a Ptolemeo Filádelfo condiciones que lo aproximan a esa significación. Una indudable habilidad en la resolución final de peligrosos conflictos bélicos, una oportuna prudencia en la toma de decisiones internacionales, una cautelosa búsqueda de relaciones útiles, el fomento de tráfico mercantil y la amplitud de algunas de sus miras geográficas lejanas, podrían en su conjunto estimarse motivo para valorar positivamente su capacidad diplomática. A ello habría que añadir respetables contribuciones a la Cultura que han dejado recuerdo y constancia de sus aportaciones.

En una enumeración de tales propósitos, apoyada en conocidas fuentes históricas, ha de consistir el presente ensayo de sistematización de lo que se ha aspirado a llamar, sin obviar el posible anacronismo del título, la Diplomacia de Ptolemeo Filádelfo, Faraón de Egipto.

Y todo ello, desde luego, con la obvia constatación de la modestia del propósito y seguramente también de su escasa originalidad.

¹⁶ No parece, sin embargo, que aprendiera Ptolemeo la antigua lengua egipcia. El griego siguió siendo su lengua y la de sus allegados, así como la de sus sucesores. Excepción fue el caso, notorio como todo en su vida, de la famosa Cleopatra VII, que aprendió la lengua egipcia, amén de otras varias. “Imperatrice di molte favelle”, la llama Dante (*Divina Comedia*, Inferno, V, 54), seguramente en el sentido de pluralidad de naciones, pero también de lenguas.



El rey egipcio Ptolemeo II Filádelfo y la reina Arsinoe II, deificados. Período Ptolemaico, c. 285-246 a.

ESBOZO DE BIOGRAFÍA

Por más que pueda ser innecesario por bien conocido, precisar algunos datos podría resultar ocasionalmente útil para identificar momentos y sucesos de la vida de quien aquí se trata. Es muy importante apuntar desde el comienzo que, por supuesto, no se ha pretendido relatar los sucesos de una biografía que ha sido ya objeto de los pertinentes detallados y documentados estudios de especialistas en la materia, historiadores que se han ocupado del interesante tema del Egipto ptolemaico y de sus protagonistas. Lo que se procurado aquí es sólo perfilar algunos apuntes que aludan a los proyectos y logros de una activa política exterior, es decir, lo que ahora llamamos Diplomacia, que es una figura por varios motivos y ocasiones, presente en este libro.



Ptolemeo Filádfelos, el segundo de la dinastía¹⁷ lágida de Egipto, nació en 309 a.C., en la Isla de Cos, hijo de Ptolemeo I Lagos, apodado Soter (el Salvador) y de su esposa Berenice. Le fue procurada la sucesión de su padre en el trono mediante la exclusión de los hermanos que lo hubieran precedido en tiempos y en derechos. Fue primeramente asociado al gobierno en 285 por su padre, a cuya muerte ascendió al trono definitivamente dos años después.

En lo que pueda atribuirse a su carácter, parece haber sido de naturaleza melancólica, dado a aficiones pacífi-

¹⁷ El término *dinastía*, para clasificar a los faraones que reinaron en Egipto, lo inauguró Maneton (que por entonces redactaba su famosa Historia), tomándolo del griego *δυναστεία*.

Ptolemeo II y Arsinoe II, III a.C.

cas, amante de la Cultura, de las ciencias de la alquimia, de las antigüedades.

Dícese de él que era rubio¹⁸. Su iconografía es abundante, tanto en bustos escultóricos de buen estilo helénico, visibles hoy en museos europeos, como en los relieves egipcios, por ejemplo en el templo de Isis en la Isla de Philae, haciendo ofrendas a la diosa, o bien en medallas o en algún bello camafeo junto a su segunda esposa.

Casó en primeras nupcias con Arsinoe (I). La repudió en 279 para casar con su propia hermana Arsinoe (II), con lo que se adhirió a la costumbre vigente en el antiguo Egipto, que continuaron sus sucesores, adoptando por ello el apodo de Filádfelos. Esta segunda Arsinoe había casado ya en dos ocasiones, primero con Lisímaco de Tracia, caudillo militar que peleara a las órdenes de Alejandro Magno. Viuda de Lisímaco, volvió a casar con Ptolemeo Cerauno, que era su medio hermano¹⁹.

En su propio nombre mostró Ptolemeo II la multiplicidad propia de los faraones del antiguo Egipto, costumbre que

¹⁸ *ξανθοκόμας Πτολεμαῖος*, lo describe Teócrito.

¹⁹ Ptolemeo Cerauno es un personaje novelesco. Privado de la sucesión egipcia por su hermano Filádfelo, se refugió en la Corte de Lisímaco de Tracia y Macedonia, contra el que luego conspiró. Muerto Lisímaco en la batalla de Curupedion en 281, Cerauno hizo asesinar al vencedor Seleuco y se alió con Pirro del Épiro. Caso con su hermana Arsinoe, que era viuda de Lisímaco, pero habiendo matado a sus hijos, ésta huyó a Egipto donde casó con su otro hermano, el Filádfelo, de quien finalmente fue honrada y divinizada consorte y de cuyos éxitos fue partícipe o incluso fautora.

los soberanos lágidas tuvieron inteligente interés en mantener y asumir, añadida a la onomástica griega. Adoptó como nombre helénico el de Πτολεμαῖος Φιλαδέλφος adaptado al correspondiente jeroglífico de Hijo de Ra, Ptolemeo²⁰. Pero además asumió un nombre egipcio, el nombre sacro de “Grande es Ra, Amado de Amon”²¹, a la vez que la deseada, ubicua y permanente adopción de titulaturas regias acordes con la tradición: Rey del Alto y del bajo Egipto²², dueño de ambas tierras²³, hijo de Ra²⁴, eterno viviente²⁵, amado de Amón y de Ptah²⁶ (el dios de su nombre), ostentadas en todas sus representaciones²⁷.

Tanto él como su padre pertenecen a los más ilustres y poderosos monarcas de la dinastía, aquellos a los que Cafavis, el gran poeta de la moderna Alejandría, consideraría “la gloria de los Ptolemeos”, *Ἡ δοξα των Πτολεμειων*²⁸. Su fidelidad a la herencia griega pudo acaso evidenciarse en el traslado, que se le atribuye, de los restos de Alejandro Magno desde Memfis a Alejandría, donde instauró su culto, así como, desde luego, en

20  *Sa Ra Ptolmis.*

21  *User ka Ra meri Amon.*

22  *Insibytia.*

23  *Neb tau.*

24  *Sa Ra.*

25  *El que vive eternamente, ankh thet.*

26  *Ptah.*

27 Para analizar y completar los títulos reales egipcios y sus jeroglíficos, *vide* Jürgen von BEECKERATH, *Handbuch der ägyptischen Königsnamen*, Mainz, Ph.vom Zabern, 1999. E.A.WALLIS BUDGE, *An Egyptian Hieroglyphic Dictionary*, London, J.Murray, 1920, reimpr. New York, Dover, 1978, 2 vols.

28 Edición BÁDENAS, p. 92.

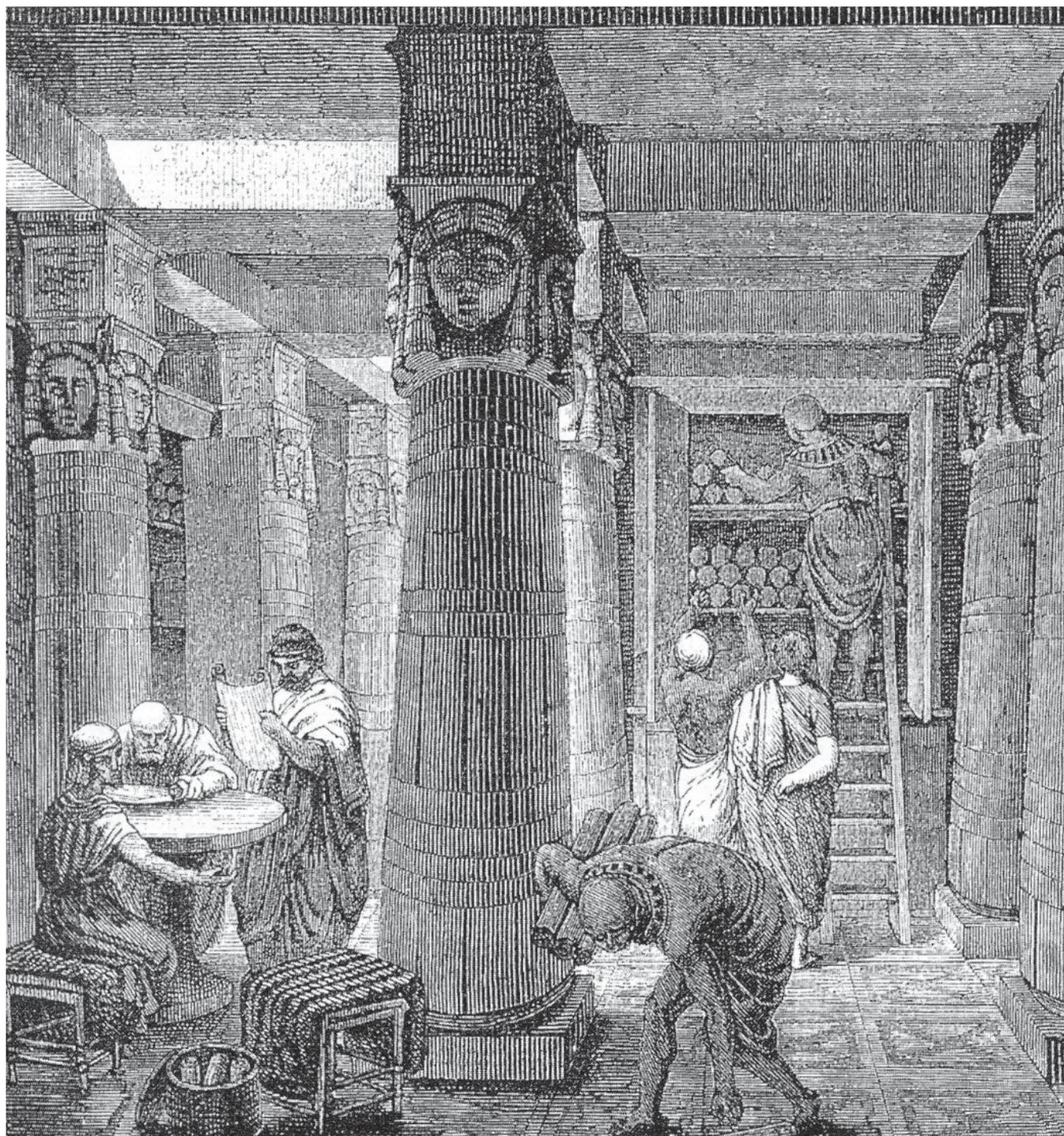
la fundación en suelo egipcio de ciudades griegas²⁹ que pobló con colonos de esa nación. También lo hizo fuera del territorio propiamente egipcio, es decir, en territorios dependientes de su soberanía; un testimonio es la reconstrucción de la ciudad a la que llamó Filadelfia, que luego formó parte del Reino Nabateo y, más tarde, de la Decápolis, al otro lado del Jordán, y que hoy día es Amman, capital del Reino de Jordania.

Aun cuando los historiadores son unánimes en atribuirle carácter y proyectos menos belicosos de los que abundaban en sus contemporáneos, se vio implicado en graves conflictos, las llamadas guerras sirias, que precisamente dejarían ocasión para actividades que hoy llamaríamos “diplomáticas”, como seguidamente se indicará y como es principal tema de estas consideraciones.

En esas guerras se dilucidaba el dominio de regiones (Fenicia y Siria) y la discutida supremacía de las dinastías herederas del Imperio de Alejandro, sobre todo en este caso entre selúcidas y lágidas. En ellas se alternó lucha terrestre y naval con ejercicios de diplomacia en pactos y alianzas, cuya variada descripción enreda constantemente pero también confiere interés histórico al agitado panorama de las relaciones del período llamado helenístico, en el que es figura notoria Ptolemeo Filadelfo, como habrá de exponerse seguidamente.

Si la política exterior, de la que aquí en efecto se tratará, tuvo indiscutible significación en el reinado, la interior mostró eficacia, amplitud de propósitos y éxito en la mayoría de ellos. Se han sugerido ya algunos de los más notables, tales como una organización, en buena parte innovada por la nueva dinastía —extranjera no se olvide—,

29 O templos como el famoso de la Isla de Philae, o el de Edfu o de Kom Ombo.



La Gran Biblioteca de Alejandría, representación artística basada en algunas evidencias arqueológicas. O. von Corven, siglo XIX.

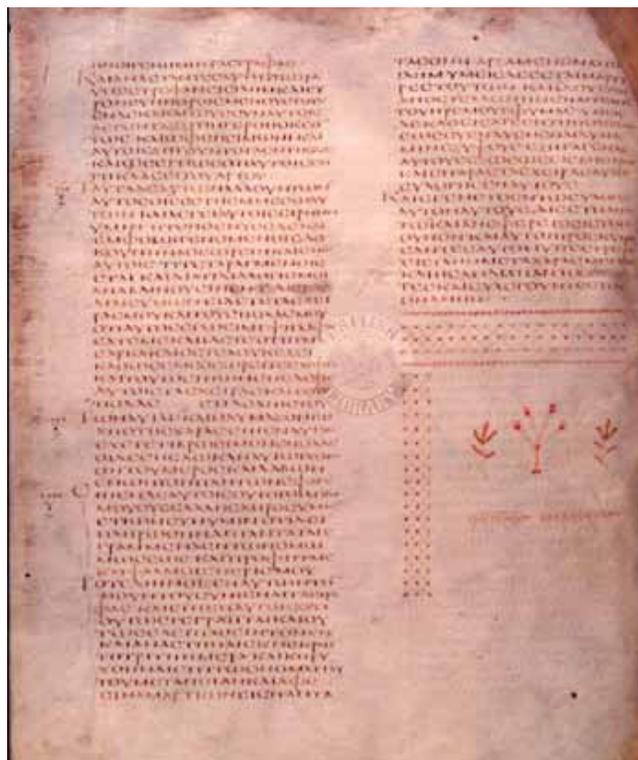
y con una nueva capital en Alejandría, la estructura de una Corte de obvia naturaleza helénica, la creación de una política fiscal de suma eficiencia, y las realizaciones de obras agrícolas, de las que es mencionable la realizada en la región del Fayun, donde la irrigación fue en su día iniciada a través de un canal al Nilo por el faraón Amenemhat III de la XII dinastía, tantos siglos atrás, y de cuya ampliación con buenos resultados se ocupó el Filádelfo. A ello se añadirá la expansión comercial, con la apertura de nuevas rutas hacia el Oriente Medio, hacia el Sur y hacia el Norte y Occidente mediterráneo.

Ni que decir tiene que algunos proyectos, coronados por éxito, priman sobre todo ello por su ulterior resonancia. El mayor sería la atención a la Biblioteca de Alejandría, probablemente fundada por su padre y antecesor, pero continuada y agrandada por el Filádelfo, no en último lugar por sus propios intereses personales por la cultura y por los libros que se empeñó constantemente en cosechar con mil procedimientos, para la Biblioteca.

El otro fastuoso hito fue la increíble erección del Faro de Alejandría, que avisaría a los navegantes y perduraría hasta el siglo XIV de la era cristiana y cuyos fundamentos (los que no sirvieron luego para la construcción de la fortaleza del Sultán mameluco Qait Bey) se esfuerzan hoy día los arqueólogos por descubrir bajo el mar.

Finalmente se añadirá la confección de la Septuaginta, que ha puesto la Biblia Hebraica, traducida al griego, a disposición de fieles religiosos y de eruditos filólogos hasta la actualidad.

Ptolemeo Filádelfos murió en 246. Le sucedió en el trono su hijo Ptolemeo III Evergetes, hijo de su primer matrimonio con Arsinoe I.



Folio 65 del *Codex Alexandrinus*. Siglo V.

Fue, pues, un reinado con algunos reveses militares, notables éxitos políticos exteriores, una meritoria administración interior y unas duraderas construcciones, tanto arquitectónicas como culturales. Y la deliberada autodivinización del personaje y de su esposa y hermana. Costumbres ambas (divinización e incesto regio) procedentes del Antiguo Egipto. La primera recaería también más tarde en los usos del Imperio Romano.

Es decir, y desde luego es importante decirlo por coherencia con el tema de este libro, en este reinado del Filádelfo se conjugan los tres elementos: Mitología, Diplomacia y Cultura.

De ellos se ocuparán las páginas que siguen.

ENTRE GUERRAS Y ALIANZAS

Acaecida en medio de las turbaciones causadas por la permanente rivalidad de los sucesores de Alejandro, se produjo en el año 281 la muerte de uno de los más potentes de entre ellos, Seleuco Nicator, es decir “el Vencedor”. Seleuco había sido el fundador del poderoso e ingente Reino de los Seléucidas.



En Egipto gobernaban los Lágidas; su soberano era Ptolemeo II.

Para éste, las exigencias de su reinado se habían centrado en dos: una dinástica, la otra territorial. Ambas requerían resoluciones agresivas. La primera precisaba



la eliminación de sus rivales en el trono, sus propios hermanos, lo que acaeció. La segunda era la posesión de las tierras orientales, desde antaño apetencias de la dominación egipcia: Fenicia y Siria. Para conseguir este último fin, se iniciaba el tortuoso camino de las decisiones en política exterior. Guerra, paz o alianza fue el dudoso (y arriesgado) trípode en que las circunstancias movían a los diadocos.

En el año 279 estalló la guerra que los enfrentaba: la que sería una de sus pugnas endémicas, la llamada Primera Guerra Siria. Ptolemeo juzgó llegado el momento de intervenir en la región y, para ello, de

buscarse aliados. Fue el primer paso de la combinación de guerra y diplomacia que se le mostraba. Su rival, el seléucida Antíoco I había buscado la alianza de Ariobarzanes, sucesor de Mitridates del Ponto, y de otro más comprometido gobernante, Magas de Cirene; más peligroso por ser medio hermano del propio Ptolemeo³⁰.

primer instrumento internacional, conveniente para Ptolemeo: el Tratado de Paz de 272.

Para aquel tiempo se habían ofrecido nuevas iniciativas diplomáticas. El año 273 ya fue un hito para la Diplomacia egipcia del momento. De tiempo atrás, se mantenían desde Alejandría relaciones comerciales con la Península Italiana, seguramente fructíferas

Sucesores de Alejandro Magno. *Crónicas de Nuremberg*, Hartmann Schedel, 1493.



Éste, por su parte, no fue remiso en la búsqueda de alianzas. Recurrió a pedirlo a un Estado, ya paulatinamente emergente en la región, con tierras que se asomaban tanto el Mar Tirreno como al Egeo, y con el que Egipto estaba llamado a tener decisiva relación en el futuro. La República Romana. La ayuda resultó innecesaria³¹. Los resultados de la contienda fueron favorables al egipcio, que quedó amo de Fenicia, Siria y la Meridional Anatolia. La consecuencia fue el

para ambos lados. Naves cargadas de productos de recíproca utilidad debían de surcar habitualmente rutas comerciales entre Roma y Alejandría. Pero en 273 Ptolemeo se decidió por una nueva acción, de la que las fuentes brindan claro testimonio. Consistió en el envío de una embajada a Roma.

³⁰ Era hijo de Berenice, esposa que fuera de Ptolemeo I Soter, pero de un anterior matrimonio de aquélla.

³¹ *Vide infra*.

De tales fuentes se deduce que Ptolemeo solicitó, como arriba se indica, apoyo de los romanos en su contienda contra la alianza hostil. Adviértase que el hecho no carece de notabilidad. Hasta entonces, Ptolemeo había ejercitado una política que no puede precisamente calificarse de favorable a Roma; antes al contrario, consta que había mantenido relaciones amistosas con su principal enemigo, el belicoso Pirro del Épiro. Pero para entonces, éste había ya renunciado, tras su derrota en la batalla de Benevento en 275, a nuevas incursiones como las que antes había exitosamente varias veces emprendido en suelo itálico. En 274 Pirro regresó definitivamente al Épiro con fuerzas diezmadas.

El Egipto tolemaico podía, pues, ya dirigirse a Roma con gestos amistosos. La ayuda solicitada no fue necesaria, porque, como se ha referido, la guerra contra Antíoco había concluido satisfactoriamente, pero el hecho poseyó suficiente relevancia como para estar bien documentado.

El historiador Eutropio³² reseña lo siguiente:

“Durante el consulado de Gayo Fabio Licinio y Gayo Claudio Canina, en el año 461 de la fundación de la ciudad, vinieron a Roma legados de Alejandría, enviados por Ptolemeo y obtuvieron de los romanos el tratado de amistad que habían solicitado”³³.

No fue sólo eso. El suceso alcanza condiciones de verdadero hito en la Historia de la Diplomacia de su tiempo.

³² Eutropio era historiador y alto funcionario de la administración romana del siglo IV d.C. En 387 fue Cónsul junto con el Emperador Valentiniano II. Fallecería a fines del siglo.

³³ EUTROPIO, Aurelio Víctor, *Breviarium ab Vrbe condita*, libro II, de la traducción de Gredos, 261, Madrid, 2008. Esos Cónsules lo eran en el año 273 a.C. año 481 a.U.C. La fecha no concuerda con el cómputo de Eutropio.

Los romanos, seguramente satisfechos y complacidos de la iniciativa egipcia, devolvieron en respuesta una recíproca embajada a Alejandría. Felizmente abundan los detalles de aquella acción de diplomacia.

Son conocidos los nombres de los embajadores romanos. Fueron Fabius Gurges y Quintus Gulnius. También de ellos la información es copiosa.

Quintus Fabius Maximus, apodado Gurges (glotón) por sus costumbres, fue un distinguido alto funcionario de la administración romana en la que ejerció como edil curul³⁴ y después como Cónsul en tres ocasiones³⁵.

Su colega en la embajada, Quintus Gulnius, se hizo más tarde famoso por haber introducido en Roma en 295 el culto a Asclepio (Esculapio), procedente de Epidaurio, en el Peloponeso.

Los embajadores fueron objeto en Alejandría de honrosa recepción y de fastuosos regalos. Ellos, haciendo gala de desprendimiento, colocaron las coronas de oro que habían recibido en las estatuas de Ptolemeo que había en Alejandría. Los demás regalos los entregaron luego al erario romano, “conquistando para sus compatriotas una reputación de generosos y de puros que luego habían de desmentir”³⁶. Ese proceder estaba así

³⁴ En su cargo, se hizo famoso por haber multado a ciertas damas, tachadas de disolutas, con cuyo dinero erigió un templo a Venus (¿no es una contradicción?) en la región del Circo Máximo. “Q. Fabius Gurges, consulis filius, aliquot matronas ad populum stupri damnatas pecunia multavit; ex quo multatio aere Veneris aedem quae prope circum est faciendam curavit”, según refiere Tito Livio. (X,31).

³⁵ En 292 con Décimo Junio Bruto, en 276 con Gayo Genucio Clepsina y finalmente en 265 con Lucio Mamilio Vitulo. Fue honrado con el título de “princeps senatus” que previamente habían disfrutado su padre y su abuelo y que luego tendría también su hijo.

³⁶ CANTÚ, *Historia Universal*, ed. española, II, p.19.



Oriente Próximo, hacia 300 a.C.

preceptuado, pero, en este caso, un decreto del Senado consintió³⁷ que los embajadores pudiesen quedárselos³⁷.

Ante este hecho, verdaderamente de notoria trascendencia, cabe preguntarse cuáles serían los motivos de esta amistosa relación entre Ptolemeo Filádelfo y la República Romana.

³⁷ Así Livio y Dion Casio.

Motivos económicos los había, sin duda, pero no eran nuevos. Ya se ha indicado que el tráfico mercantil entre Egipto e Italia debía ya estar asentado y ser frecuente. Egipto comerciaba asiduamente por mar con Palestina, con Siria, con la Magna Grecia, con Cartago.

Seguramente importaba hierro de las minas de Etruria. También trigo de Sicilia y productos para el fomento de la industria agrícola que Ptolemeo estaba promoviendo a gran escala.

Pero si esto ya era así, habría que pensar en motivos políticos. Hay base para ello. Por entonces, seguramente se empezaba a producir una nueva posible relación entre Egipto y Roma. Bien es verdad que Ptolemeo había sido amigo y eventual aliado de Pirro del Épiro, que había peleado contra Roma en suelo italiano en campañas victoriosas³⁸. Pero la última campaña había terminado en 274 (480 a.u.c.) con la batalla de Benevento (275) en que los cónsules romanos Manio Curio Dentato y Servio Corneio Merenda, concretamente el primero, vencieron al ejército de Pirro en Lucania. Pirro hubo de retirarse derrotado a Tarento con tropas diezmadas en infantería y caballería.

Eso pudo determinar un cambio de actitud en Ptolemeo que acaso buscara ya una conveniente amistad con Roma. La fuente, como se ha indicado, es Eutropio. Habla éste de un tratado de *amicitia*, obtenido en ese año que Eutropio da erróneamente como 461 a.u.c. Era en realidad el 481.

Pero Tito Livio habla de Tratado de *societas*, que implica ya más bien una alianza, a fin de convertirse en un “*Socius populi Romani*”³⁹, es decir, sería un tratado más político que el de mera amistad. ¿Hubo una alianza militar? Probablemente Ptolemeo no se comprometería a tanto.

Las aspiraciones de la política exterior de Ptolemeo con Roma, seguramente consistieron en oponerse a las pretensiones de Antíoco II y obtener ayuda contra ellas en la controvertida región de Celesiria.

³⁸ Pero de carácter que es usual llamar “pírrico”. Se dice que, mientras contemplaba el campo de batalla de Heraclea de Lucania en 280, Pirro dijo: otra victoria como ésta y tendré que volver a Épiro solo”. Y después de la de Asculum en 279 parece que exclamó: “Otra victoria como ésta y estaré vencido”. (Ἄν ἔτι μίαν μάχην νικήσωμεν, ἀπολώλαμεν).

³⁹ Ese el *status* que siglos más tarde obtendría Ptolemeo *Auletes* (el “flautista”), padre de la famosa Cleopatra (VII).

Fuese cual fuese la amistad de Ptolemeo con Roma, su validez internacional hubo de demostrarse con ocasión de la Primera Guerra Púnica, estallada en 264. En ese momento, trascendental para las relaciones del mediterráneo occidental, Ptolemeo cuidó hábilmente de mantenerse neutral. Fue una sabia decisión, en la que hubo de cerrar los oídos a cantos de sirena que le vinieron de Cartago, con ofertas que rehusó. Diplomacia, de nuevo, en dos sentidos.

PACES Y NUPCIAS

Desde luego, el principal escenario de confrontación exterior que el Filádelfo hubo de soportar fue en suelo griego u oriental.

La citada Primera Guerra Siria habría sido la primera experiencia de política exterior para el monarca lágida. Ante él se presentó pronto una segunda tentación. En tierra griega estalló en 266 la llamada Guerra de Cremonídes, urdida por Atenas y Esparta, en defensa de las ciudades griegas contra la opresión macedónica ejercida por Antígono II⁴⁰. Ptolemeo manifestó allí lo que tal vez fuera una inaugurada actitud diplomática: promovió la coalición antimacedónica de las ciudades griegas⁴¹, que le convenía, le prestó su apoyo, pero tuvo la cautela de no intervenir en la acción bélica o tal vez no llegó a poder hacerla efectiva, más que con puro apoyo económico y marítimo. Terminó la guerra en 262 con la derrota de las ciudades griegas, pero para desencadenarse dos años después una nueva conflagración.

⁴⁰ Era hijo de Demetrio Poliorcetes (el “sitiador”) y nieto de Antígono I Monoftalmos (el “tuerto”), uno de los generales sucesores del gran Alejandro.

⁴¹ Así la Liga Aquea, acaudillada por Arato de Sición, también aliado de Ptolemeo.



Mosaico que representa a Hymenaios, dios de las ceremonias del matrimonio.

Fue ésta la denominada Segunda Guerra Siria, que representó para el Egipto ptolemaico la necesidad de enfrentarse a una poderosa alianza, la de Antígono II de Macedonia con Antíoco II de Siria, que reunía imponentes fuerzas terrestres y marítimas en 260. Tuvo aquí Ptolemeo ocasión de usar de dos recursos: uno fue el plan de contrarrestar la alianza enemiga con otra que él buscó con Eumenes de Pérgamo, y el segundo fue el de atenuar la previsible derrota con medios de pacífica habilidad. En efecto, en 256 la flota egipcia fue desbaratada en la Isla de Cos (tierra natal que fue de Ptolemeo, designio del destino) por la de Antígono, en un desastre del que Egipto tardaría años en recuperarse en la zona del Mar Egeo. Pero a Ptolemeo quedó un recurso.

Derrotado militarmente y despojado de parte de sus anteriores conquistas territoriales, supo transformar la situación, obteniendo un tratado de paz con Antíoco

II y promoviendo que éste casase con su hija Berenice, previamente repudiando a su esposa Laódice. Con el tratado además conseguía que Antíoco se comprometiera a legar sus territorios del Medio Oriente a la prole que tuviera con Berenice (apodada “Sira”) en perjuicio de los hijos habidos con su anterior mujer.

El Tratado, suscrito en 249, fue acompañado del consiguiente boato, que subrayaba la amistad de ambos monarcas. Ptolemeo acompañó personalmente a su hija Berenice, denominada “la portadora de la dote” (Pheropheros) hasta entregarla en Pelusio, en el extremo Nordeste del delta del Nilo, a un Enviado de Antíoco, su ministro Apolonio, que la condujo a Sidón donde su nuevo esposo la recibió.

Neutralizada así la antigua oposición de Antíoco, mediante este Tratado, lograba Ptolemeo recuperar su in-

fluencia en Grecia, perdida tras la derrota de Cos. Fue una consecuencia de la habilidad política con la que acabó revirtiendo las consecuencias del desastre⁴².

Otro beneficioso acuerdo le fue dado conseguir. Fue el matrimonio de su hijo Ptolemeo (luego su sucesor Ptolemeo III Evergetes) con una hija (Berenice II) de su siempre potencial enemigo (y medio hermano⁴³) Magas, Rey de Cirene, es decir vecino occidental y antagonista peligroso del Egipto tolemaico. Con ello, Cirene acabaría formando parte de Egipto en la siguiente generación dinástica.

Con tales maniobras, en las que se mezclaron adversidades militares con éxitos políticos, obtuvo Ptolemeo importantes beneficios mediante una serie de tácticas oportunas. Consistieron éstas en contribuir a concitar alianzas útiles que lo ayudaran a resistir coaliciones opuestas, dejar que sus socios corrieran con las peores consecuencias de las derrotas (Atenas y Esparta o bien Eumenes de Pérgamo), mientras él las sobrevivía, lograr con acuerdos de Himeneo atraerse a rivales y mejorar el porvenir, y conservar una estratégica influencia en el Mediterráneo, obvia zona de garantía para su Reino⁴⁴.

Es frecuente alegar que, en esa obra de indiscutibles logros, una parte al menos de las acertadas decisiones correspondió al talento de su segunda esposa y hermana, Arsinoe II, por lo menos colaboradora eficiente de sus empresas.

⁴² Diríase posible evocar la batalla de Ponza bajo Alfonso el Magnánimo, que también convirtió una derrota en una alianza.

⁴³ ¡El permanente enredo familiar de los monarcas helenísticos!

⁴⁴ Probablemente ese no fue del todo su destino con la poderosa Isla de Rodas, que mantuvo versátiles relaciones con los sirios y los lágidas, sólo en virtud de sus ocasionales conveniencias políticas y comerciales, protegiendo su neutralidad. Tras un largo asedio de Demetrio Polircetes (haciendo honor a su nombre), la Isla había conseguido importantes sumas de dinero que sirvieron para construir en famoso Coloso en 280.

También será preciso referir que no todos sus pronósticos resultaron a su favor. A la muerte de Antíoco II, su despechada y repudiada mujer Laódice, consiguió disputar la herencia a Berenice Sira, ocasionando con ello, en posteriores tiempos, una nueva contienda, que sería la III Guerra Siria, que tocó afrontar a Ptolemeo III, hermano de aquélla y su defensor⁴⁵.

LA BIBLIOTECA Y LA CARTA DE ARISTEAS

Hasta ahí, la Diplomacia. El más conocido y con razón agradecido de los legados culturales de los Lágidas será seguramente la famosa Biblioteca de Alejandría. Ubérrima poseedora de los saberes de los antiguos y su cuidadosa depositaria, la Biblioteca era garantía de la humana voluntad de saber y de guardar. En sus estantes hallaban su domicilio, prestos a ser conocidos y aprendidos, miles de volúmenes, rollos de pergaminos o resmas de papiros, en los que se mostraba la ciencia y la poesía, los sacros fundamentos de antiguas religiones, relatos y descripciones, preceptos de arte y las escenas imaginadas por los dramaturgos, oraciones y oráculos, leyes, textos mágicos, geniales atisbos de osadas invenciones, sapiencias de filósofos, tesoros de eruditos.

El origen de la Biblioteca y su feliz fundación fue afortunada decisión de un monarca, griego pero afincado

⁴⁵ Atroces sucesos acompañaron aquellas vicisitudes, pero todas después de la muerte del Filádelfo, para su suerte. Antíoco volvió con su antigua mujer Laódice, quien, desconfiada, lo envenenó. Disputó ésta los derechos a Berenice Sira y su hijo, a quienes asimismo consiguió eliminar con veneno. Ptolemeo III convertido en el adalid vengador de su hermana, venció y mató a Laódice. (Se diría que se asemejan estos hechos a los de los reyes merovingios).



Tolomeo Filádelfo en la biblioteca de Alessandria. Vincenzo Camuccini, 1813.

en su nuevo Reino, el milenarismo Egipto. Fue Ptolemeo I Lagos, apodado el Salvador, que allí reinó, en el Egipto con capital en Alejandría, probablemente de 323 a 283 antes de la Era Cristiana, como primer monarca e inaugurador de la dinastía helenística de los Lágidas, que de él recibió ese nombre.

Monarca autoritario y guerrero, como general que había sido de los ejércitos de Alejandro Magno, no parecería obra suya un tan colosal designio de sabiduría. Y aún es posible que no lo fuera. Se discute si la fundación de la Biblioteca fue su idea y su realización o acaso lo fuera de su hijo y sucesor, de quien aquí se trata, Ptolemeo II, apodado Filádelfos, que desde luego si no la fundó, sí contribuyó con la mayor eficacia a proseguirla y enriquecerla.

Y este propósito se adecuaba efectivamente más al carácter y aficiones de Ptolemeo II, generalmente descrito como hombre aficionado a todo género de cultura, coleccionista de antigüedades y persona dada a cultivar conocimientos y ofrecerlos a eventuales lectores o en general a la cultura de su pueblo. Por “vir sagacissimus” lo tuvo Isidoro de Sevilla, según escribió en sus *Etimologías*. Y Tertuliano en su *Apologetico*⁴⁶ lo llama “el más erudito de los Tolomeos, a quien llaman Filádelfo, expertísimo en todo género de literatura, que, en el gusto por las bibliotecas, me parece que competía con Pisístrato”.

Sí es sabido que Ptolemeo II, que remitía emisarios a tierras extranjeras como instrumento de su activa diplomacia, les dotaba de abundantes medios dinerarios y les encargaba que reuniesen toda obra de literatura que mereciese atesorarse en su Biblioteca, para uso de los eruditos presentes y venideros. Esas obras, así reunidas o incluso quizás a veces confiscadas, pasaban a engrosar los contenidos de aquella tan valiosa institución. Se refiere incluso haber escrito una carta a los demás monarcas solicitando le prestaran sus libros para hacerlos copiar y guardar en la Biblioteca alejandrina.

En este contexto, un famoso episodio se relaciona con dos significativos elementos, ilustrativos de sendos aspectos de la Historia: el sacro y religioso y el político y diplomático.

Existía en Alejandría y en el país en general una copiosa colonia de israelitas, venidos desde Palestina algunos voluntariamente, otros muchos a la fuerza como prisioneros. Por ellos o por medio de quienes viajasen por Oriente, llegó a conocimiento del faraón Ptolemeo II

⁴⁶ XVIII, 5.



Ptolemeo y Eleazar intercambian cartas.
Brockhaus y Efron Enciclopedia judía.

noticia de la existencia de valiosos textos sagrados que eran venerados por los hebreos y tenidos por fundamento de su Religión. No es extraño que esto impulsara al soberano a desear la transcripción de esos textos al griego y su inclusión en la Biblioteca.

Del episodio trata un relato, dudosamente juzgado como legendario en la forma aunque seguramente verídico en el contenido. Según ese relato, el faraón fue informado de estos hechos por un notable personaje de la Corte de Alejandría: Demetrio Falerio, un ilustrado e influyente judío avecindado en la capital egipcia, que sin duda tuvo que ver con la política exterior de los dos primeros monarcas lágidas. Se le ha atribuido nada menos que una obra que habría versado sobre política internacional. No se ha conservado por desgracia. Acaso hubiera sido algo parecido a lo que hoy se consideraría un tratado de Derecho Diplomático.

También se le ha atribuido haber sugerido al monarca Filádelfo la adquisición de los mencionados textos de sabiduría religiosa hebrea. Sin embargo, se duda de esa atribuida intervención de Falerio en este asunto. Antes bien, es sabido que, tal vez a causa de haber dado su opinión contraria a la sucesión regia del Filádelfo⁴⁷, cayó prontamente en desgracia de este último, que lo apartó de su entorno y lo condenó al destierro⁴⁸.

⁴⁷ Falerio habría recomendado a Ptolemeo I, en cuya Corte parece poseía algún puesto relevante, que su sucesor no fuera su hijo Ptolemeo, sino el hermanastro de éste, Cerauno.

⁴⁸ Falerio no debió, pues, de ser el primer prefecto de la Biblioteca bajo Ptolemeo II, como en algunas fuentes se aduce. Tal debió de ser, según fuentes más fidedignas, Zenódoto de Éfeso, desde 325 a 270, seguido de Apolonio de Rodas, que fue el autor del poema épico las *Argonáuticas* donde se refieren las peripecias de Jasón y los argonautas en búsqueda del toisón de oro. Por su parte, Demetrio Falerio murió en el exilio después de 283, a causa de la mordedura de un áspid.

Desechable probablemente su consejo al faraón, el resto del relato se acomoda a la verdad histórica, que no parece deba ponerse en duda. Y aquí es donde comparece el ingrediente diplomático de todo el asunto. Sabedor de la existencia de aquellos textos sagrados hebreos y deseoso de incorporarlos a su Biblioteca, se resolvió Ptolemeo al envío de una embajada a Jerusalén, dirigida al Sumo Sacerdote que allí regía la comunidad creyente y además era jefe de aquella región. Si bien Palestina formaba todavía parte del Imperio ptolemaico, Jerusalén debía de poseer caracteres de independencia política, a las órdenes del Sumo Sacerdote, que ejercía allí no como Rey, sino como etnarca o alabarca⁴⁹.

Éste era Eleazar. A la muerte de Onías I en 203 a.C., le había sucedido su hijo Simón, llamado el Justo. Cuando éste murió en 284, dejando sólo un hijo de corta edad, le sucedió su hermano Eleazar (hermano, pues, de Simón e hijo de Onías)⁵⁰. Ante él envió Ptolemeo su embajada, cuyos minuciosos detalles nos son conocidos.

Sucede sin embargo que esos detalles proceden de una carta, la famosa Carta de Aristeas⁵¹, cuya veracidad histórica ha sido puesta en duda. Nos hallamos, pues, ante

⁴⁹ Título que más adelante tendría, por concesión romana, Arquelao, hijo de Herodes el Grande.

⁵⁰ Los Sumos Sacerdotes se verían más tarde inmersos en la rebelión judaica de los Macabeos (creyentes israelitas) contra los Seléucidas (paganos), herederos de Alejandro Magno, como fueron los Lágidas en Egipto. El Sumo Sacerdote Menelao (quinto sucesor de Eleazar) sería ejecutado por Antíoco V en 162.

⁵¹ La Carta se ha conservado en varios manuscritos. Sobre el texto, traducciones y conjeturas de la Carta existe abundante bibliografía, que aquí se ha estimado preferible omitir. Puede hallarse referida en la obra de Jaime PÓRTULAS, *La Carta de Aristeas*, Traducción castellana, Barcelona 2007. Asimismo Natalio FERNÁNDEZ MARCOS, *Septuaginta. La Biblia griega de judíos y cristianos*, Salamanca, ed. Sígueme, 2008.



Carta de Aristeas. La viñeta de la derecha representa a Ptolemeo II. Alrededor de 1480.

un caso como el anterior de Falerio: un relato dudoso para una subyacente verdad histórica indudable.

En la citada carta, que Aristeas, su autor, escribió supuestamente a un su hermano, Filócrates, se relata cómo Ptolemeo nombró como sus embajadores a Jerusalén, a dos personajes, un judío de Alejandría (el propio Aristeas) y un militar, el jefe de la guardia del Rey, αρχιτοματοφυλαξ, con nombre de Andreas. Ambos se mencionan como honorables y bienquistos, τιμιωτατοι φιλοι, del monarca.



El rey Ptolemeo y los 70 intérpretes. *Brockhaus y Efron Enciclopedia judía.*

La Carta de Aristeas debió de ser un documento apócrifo escrito mucho más tarde, probablemente en el siglo I a.C. por un judío helenizado, viviente en Alejandría. Tal vez se basó en fuentes antiguas o bien imaginó parte del relato, cuyo contenido puede tenerse como fundamentalmente verídico⁵².

En todo caso, si la Carta de Aristeas fuese un documento fidedigno en los términos de su detallado relato, serviría como un elocuente ejemplo de las prácticas diplomáticas de su época. Allí no sólo se dan los nombres de los embajadores y el motivo e instrucciones de la embajada, sino que se transcribe la carta supuestamen-

te escrita por Ptolemeo al Sumo Sacerdote, en la que explica el porqué de la misión. Ésta sería una verdadera credencial, de texto íntegramente conservado.

En ella, el faraón egipcio pide al Sumo Sacerdote que le envíe los textos sagrados hebreos, acompañados de algunos personajes sabios, capaces de proceder a la traducción al griego de tales escrituras, a su llegada. El resultado es que, en efecto, supuestamente acudieron a Alejandría seis sabios seleccionados por cada una de las doce tribus⁵³. Redondeando el número, ha querido la tradición llamar a su versión la de *los Setenta*, oí *ἑβδομήκοντα*, como ha pasado a la Historia.

El texto de la Carta de Aristeas adorna el relato con extensos detalles que desde luego encajan en lo que la literatura diplomática de todos los tiempos atribuye a la función de semejantes enviados. Contiene, además,

⁵² Su verosimilitud ha causado contradicciones. Autores antiguos no sólo la admitieron sin reservas, sino que transcribieron a la letra sus extensas descripciones, así Flavio Josefo en sus *Antigüedades Judaicas*. San Agustín refiere el episodio en su *Ciudad de Dios*, libro XVIII, cap. XLII, donde cita a Ptolemeo y a Eleazar, pero no a Falerio ni a Aristeas. En el siglo XVI, Luis Vives, opina en sus *XXII libri de Civitate Dei Commentaria* (1522, obra elaborada en colaboración con Erasmo de Rotterdam) que la carta es un fraude posterior a los hechos, lo que también fue la opinión de Humphrey Hody, teólogo inglés de la segunda mitad del siglo XVII, en un tajante comentario *Contra historiam Aristeae de LXX interpretibus disertatio*. Sin embargo, en el mismo siglo XVII, un erudito sueco, Isaac Vossius, bibliotecario que fue de la Reina Cristina, se pronunció por su autenticidad, expresada en su edición de la obra geográfica de Pomponio Mela. Lo más sensato sería aceptar la verosimilitud del contenido del relato, eludiendo los detalles de su redacción, como se haría con cualquier crónica de la época.

⁵³ A uno de ellos, supuestamente llamado Simeón “el Justo”, una leyenda conservada por las Iglesias orientales hace coincidir (milagrosamente tres siglos más tarde) con el sacerdote Simeón del evangelio de San Lucas (II, 29-32) que pronunció las famosas palabras “nunc dimittis”: “Ya puedes, Señor, despedirme, porque mis ojos han visto tu salvación”. Según esa tradición, Simeón, supuesto traductor de los Setenta, sería el que por inspiración divina mantuvo deliberadamente el texto de Isaías (VII, 14): “una virgen concebirá”, de tanta importancia dogmática cristiana.



Ptolemeo II Filádelfo hablando con algunos de los sabios judíos que tradujeron la Biblia para la gran biblioteca de Alejandría. Jean Baptiste de Champaigne, 1672.

la carta de respuesta del Sumo Sacerdote al faraón, anunciándole el envío de textos y traductores y además refiere cómo los embajadores faraónicos fueron recibidos y qué es lo que merece ser descrito del lugar y circunstancias. Allí se describe el templo de Jerusalén y sus

detalles arquitectónicos y también las características de la región de Jerusalén. Allí también se consignan datos muy propios de todas las embajadas históricas, es decir los regalos que la acompañaban; el faraón envió una mesa (sería un ara) de oro para el templo.

El faraón Ptolemeo cuidó de prestar respetuoso homenaje a aquellos libros sacros, inclinándose devotamente ante ellos⁵⁴.

La carta de Aristeas sirve tal vez también para ilustrar los modos que en Egipto se tuviera para la recepción de embajadas extranjeras, a cargo de introductor de embajadores, Nicanor y de su ayudante, Doroteo. Ptolemeo dio a los procedentes de Palestina una suntuosa recepción en la Isla de Faros (¿contemplarían asombrados la obra de la torre del faro?), cuyos detalles se mencionan. Es también la carta una más de las numerosas pruebas de útiles y valiosas descripciones de viajes o de tierras debidas a embajadas, como habían de ser, con el tiempo, las de Diótimo en Persia, de Clavijo en Samarkanda, la de Pedro Mártir de Anglería en El Cairo. O, precisamente en la Antigüedad helenística, la relación que dejó un embajador selúcida en la India, Megástenes, que, asumida por Diodoro Sículo, consintió dar a conocer en Occidente las peculiaridades y geografía de la remota India⁵⁵.

Un importante dato debe ser considerado. La embajada tuvo también un notable añadido político, que acaso fuera su determinante. Ptolemeo deseó seguramente atraerse a los hebreos de Jerusalén y además congraciarse con la población hebrea residente en Egipto. Consta que la embajada fue acompañada de una notable decisión, consentir la liberación y retorno a Palestina de los judíos habitantes en Egipto y que habían sido llevados allí en su día como prisioneros por Ptolemeo I (se cifran en más de cien mil). Que esto fue un hecho político de trascendencia parece indudable, aunque precisamente tenga poco que ver con la traducción de los textos sacros.

⁵⁴ Carta de Aristeas, 318.

⁵⁵ Vide infra.



Tierra Santa en la Geografía y en la Historia. Bradley & Poates Ingenieros, 1899.

No parece haber conocimiento de si los judíos agradecieron la relevancia de esta liberación, como en su día hicieron con el permiso que les dio Ciro el Grande de Persia para retornar a su tierra y concluir así el ominoso destierro de Babilonia, motivo por el cual atribuyeron a Ciro nada menos que el título de Mesías.

Lo que sí resulta de todo esto es que la actitud de Ptolemeo con respecto a los hebreos contrasta con la crudelísima guerra que los Selúcidas habían de llevar a cabo no mucho después con los Israelitas de tiempos de los Macabeos, con destrucción del templo y duras persecuciones⁵⁶.

Importa también considerar el valor del mismo suceso de la traducción. En primer lugar, cabría atender al hecho de la propia existencia escrita de los textos sagrados de los hebreos y de su verdadera antigüedad. Conocido es el debate acerca de la primera época de su redacción. Ha solido ser fechada en el reinado del Rey Josías de Judá, a fines del siglo VII a.C.

Fue el tiempo en el que el Rey Josías necesitase elevar la moral religiosa de sus súbditos y utilizase para ello acaso la compilación de antiguas tradiciones orales; es la época a la que se atribuye el descubrimiento del Deuteronomio. Pero no puede descartarse una opinión más arriesgada que podría trasladar esa fecha al siglo III o II, lo que explicaría por qué precisamente entonces, en la época ptolemaica helenística, y no antes, se tuviera en Egipto noticia de la existencia de aquellos textos y se desease su traducción.

La traducción obtenida por ese procedimiento en tiempos del Filádelfo debió de ser la del Génesis, es decir la *Thora* hebrea o “la Ley”. Sólo posteriormente se agre-

⁵⁶ Ptolemeo III Evergetes, hijo y sucesor del Filádelfo, continuó esa política, concediendo la ciudadanía a los judíos residentes en Egipto.

garían las traducciones de los Profetas (*Nebubim*) y las Crónicas (*Ketubim*), hasta tener completa la Escritura, que fue la utilizada en lengua griega (la llamada común o *Koiné*) en la Palestina del siglo I y única consultada y citada por los Evangelistas del Nuevo Testamento.

El hecho de esta embajada ptolemaica, aun despojándola de ornamentos legendarios, constituye de por sí un testimonio, tanto de los intereses culturales del Filádelfo, como del ejercicio de su diplomacia⁵⁷. Ésta fue reconocida por los ulteriores comentarios o descripciones que suscitó, como en Flavio Josefo (que seguramente se convirtió en fuente deuterotransmisora del suceso) o en la Ciudad de Dios de San Agustín⁵⁸, en Tertuliano, Epifanio, Eusebio de Cesarea, Aristóbulo de Alejandría, San Isidoro de Sevilla o en el medieval escritor bizantino Ioannes Tzetzes. A fines del siglo XVI, Leonardo Cernoti tradujo la Carta al italiano⁵⁹.

EL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL

Las miras geográficas de Egipto, en el plan de sus relaciones exteriores, contemplando desde Alejandría, su capital, habían necesariamente de tender hacia el mar. Y la capacidad de extender su influencia ofrecería la tentación de la isla que abría o cerraba el camino de Occidente, es decir Sicilia. Ésta era por entonces un Estado de por sí, con capital en la rica ciudad de Siracusa, también griega como lo era el propio Ptolemeo.

⁵⁷ “Un acontecimiento cultural sin precedentes”, opina Natalio FERNÁNDEZ MARCOS, *op.cit.*, p.9.

⁵⁸ Que con devota exageración, tiene a la labor de los setenta traductores como “inspirada”

⁵⁹ Aunque siempre hubo autores que debatieron su autenticidad.

Estaba gobernada por un ambicioso tirano, Hierón II, que ejercía influencia en su entorno geográfico y político. Desde el año 265 gobernaba allí Hierón II, que había conocido ya personalmente una agitada actuación militar y política en sus relaciones con Pirro del Épiro, con Cartago y con Roma. Además de las políticas, las relaciones comerciales eran muy activas. Sicilia producía y exportaba cereales (con el tiempo sería tenida por “el granero de Europa”). Su fértil suelo alimentaba vides y frutales.

Egipto se nutría de esas relaciones mercantiles, lo que explica que Ptolemeo también mantuviera relaciones útiles con Hierón. Fueron relaciones que tendrían su consecuencia en el influjo que la gran potencia que era Egipto ejercería sobre la Isla.

Es probable que ese influjo tuviera especial campo en dos aspectos, que tienen que ver precisamente con reformas realizadas por Ptolemeo en su propio Reino: el sistema fiscal y el monetario.

Es sabido que Ptolemeo introdujo considerables modernizaciones, que a la postre fueron innovaciones en el régimen de gobierno interior de un Estado que los Ptolemeos debieron de encontrar lento, inconexo y anticuado, como consecuencia de su edad, sus tradiciones y la vastedad de su territorio. Ya se mencionaron las mejoras que introdujo en la agricultura, por ejemplo, con especial eficacia en el Fayum. Pero tal vez sus innovaciones más originales tuvieron como ámbito el régimen de las finanzas. Para su buen funcionamiento, estableció un riguroso sistema de impuestos para beneficio del erario. No será fácil con la mentalidad de hoy hacerse una exacta idea de sus caracteres y su funcionamiento, que estaba implantado para la relación tributaria entre los agricultores y el Estado. Sin embargo, para ello poseemos una fuente bastante explícita. Inesperadamente nos la ofrece Cicerón,

que en su obra *In Verrem* describe el marco legal que regía tal sistema. Cicerón lo denomina “Lex Hieronica”, y esto es así porque lo atribuye a Hierón de Sicilia.

Se entiende hoy que ese sistema fiscal lo copió Hierón del que era vigente en Egipto, establecido por el Filádelfo. Es un evidente testimonio de la estrecha relación entre Alejandría y Siracusa,

La otra muestra de tal relación la ofrece algo que también que ver con la economía. Es históricamente conocido que Ptolemeo introdujo en Egipto algo tan útil para la relación internacional y para la economía interior como es la moneda, un medio que en Grecia existía ya de mucho antes, y del que el antiguo Egipto carecía totalmente. La ciencia numismática conoce los muchos y asaz elegantes tipos de monedas acuñadas o fundidas en los reinados de los dos primeros Ptolemeos, el Soter y el Filádelfos.

Tienen las de éste en el anverso la efigie de su padre o bien de Zeus y también más adelante la de una supuesta representación del dios egipcio Amon. Ahora bien, se ha podido apreciar que las monedas que se usaban en Sicilia muestran un evidente modelo que es el egipcio, lo que hace incluso suponer que probablemente se acuñarían en Alejandría. Tiene esto algo que ver con la más que clara intervención de Ptolemeo II a favor de la implantación en Sicilia del poder de Hierón II en torno a 270.

Dos grandes personalidades de la cultura de entonces relacionan Alejandría con Siracusa. Fueron Arquímedes y Teócrito. El sabio Arquímedes acudió desde Sicilia a Egipto, donde residió algún tiempo, y luego rehízo su viaje, regresando a su natal Siracusa. Por su parte, Teócrito relacionó a ambos soberanos en su obra. Su idilio XVI está dedicado a Hierón, el siguiente, el XVII está dedicado a Ptolemeo. El año 274 debe hallarse en-



Arsinoé II, octodracma, 253-246 a.C.



tre ambas composiciones, cuando Teócrito se habría trasladado de Sicilia a la Corte faraónica.

De la buena relación existente da prueba el fabuloso regalo de una colosal nave, hecho por Hierón al hijo y sucesor del Filádelfo, que fue Ptolemeo III Evergetes⁶⁰.

La Sicilia de Hierón, el Egipto ptolemaico y la República Romana hubieron de contemplar, con mayor o menor implicación desde 265 un conflicto que podría alterar sustancialmente el equilibrio de fuerzas en la cuenca mediterránea: las Guerras Púnicas.

Estaban causadas por el enfrentamiento y la lucha por el poder entre Roma y Cartago. Como se sabe que en ellas participó, de manera harto versátil, la Sicilia de Hierón, y habida cuenta de la posición geográfica de Egipto y su considerable fuerza naval, la pregunta es en

⁶⁰ La nave ha sido considerada la mayor de la Antigüedad y para ella dicese que inventó Arquímedes su famoso tornillo para elevar agua.

qué medida el Egipto de Ptolemeo Filádelfos tuvo algo que ver con aquellos fenómenos.

Ptolemeo mantuvo relaciones con Cartago. Téngase presente que el Estado cartaginés era limítrofe con el Reino de Cirene y éste con la frontera occidental de Egipto. Cirene se hallaba, pues, entre ambos Estados. Pero sucedía que en Cirene gobernaba Magas, medio hermano de Ptolemeo, como hijo que era de Ptolemeo Soter y de su primera esposa Berenice⁶¹. Había causado problemas al Filádelfo cuando incluso sus topas trataron de invadir Egipto en 274, aunque sin éxito. Mediante sus maniobras diplomáticas, Ptolemeo había conseguido neutralizar esa amenaza, cuando casó a su propio hijo con una hija de Magas.

Por todo ello tal vez, se dio la relación de Ptolemeo con Cartago, estratégicamente situado a la espalda de Cirene.

⁶¹ Lleva su nombre la actual ciudad de Bengasi, en la Cirenaica o Libia.

O tal vez sobre todo por recíprocas conveniencias económicas. A través de la ruta cartaginesa, Egipto podría obtener hierro y plata de Hispania⁶² y estaño de Inglaterra⁶³. Egipto mantuvo un activo tráfico comercial con Cartago y buenos tratos con su gobierno, en contraste con su padre Ptolemeo Soter, el cual desde la Cirenaica, que gobernaba, le había hecho la guerra.

Esa amistad se puso a prueba cuando en 273 Ptolemeo estableció relaciones más estrechas con Roma, como arriba se expuso. Estallada la Primera Guerra Púnica entre Roma y Cartago, Ptolemeo se mantuvo neutral, pese a los intentos cartagineses de atraérselo.

El episodio, claramente diplomático, merece ser descrito⁶⁴. Lo cuenta Apiano, breve pero asaz explícitamente. Hallándose los cartagineses en apuros, durante su guerra contra los romanos, se decidieron a enviar una embajada (επρεσβευοντο) a Ptolemeo en 252 para, alegando la relación de amistad (φιλια) que con Egipto los vinculaba, pedirle un crédito de dos mil talentos. Ptolemeo, que mantenía amistosa relación con los romanos, se excusó alegando que podía ayudar a los amigos contra enemigos, pero no contra amigos (ου κατα φιλων)⁶⁵.

Su propósito en aquella guerra hubiera sido el de reconciliar a las partes, lo que no pudo (συναλλάξαι σφᾶς

⁶² También lo obtenía de las minas italianas de Etruria.

⁶³ Pueden consultarse las noticias de Apiano y de Strabón.

⁶⁴ Vid. en Gabriel ROSELLÓ CALAFELL, “Legati ab Carthagine. Representación de la praxis diplomática púnica en las fuentes florromanas (264-146 A.C.)”. Tesis doctoral, Universitat d’Illes Balears, 2020, p. 269. (<https://www.tesisened.net>).

⁶⁵ El párrafo es elocuente. Dice así: Καρχηδόνιοι δ’ ἐς Πτολεμαῖον ἐπρεσβεύοντο, τὸν Πτολεμαίου τοῦ Λάγου, βασιλέα Αἰγύπτου, διςχιλία τάλαντα κισθόμενοι, τῷ δ’ ἦν ἕξ τε Ῥωμαίους καὶ Καρχηδονίους φιλία, καὶ συναλλάξαι σφᾶς ἐπεχείρησεν ἀλλήλοις. οὐ δυνηθεὶς δ’ ἔφη χρῆναι φίλοις κατ’ ἐχθρῶν συμμαχεῖν, οὐ κατὰ φίλων.

ἐπεχείρησεν ἀλλήλοις. οὐ δυνηθεὶς), pero no la de inclinarse peligrosamente a una contra la otra.

ASIA Y ÁFRICA REMOTAS

Es más que comprensible que, desde las colosales empresas, expediciones guerreras e influencias de Alejandro Magno hasta extremos del Oriente, la India ejerciera en sus sucesores la fascinación de la injerencia en aquellos parajes o de hacerse representar ante aquellos Príncipes.

Era además un momento en el que en la India se había instaurado un Imperio, por la dinastía maurya. El soberano era Ashoka, hijo de Bindusara y nieto de Chandragupta y reinaba sobre la práctica totalidad de la India⁶⁶.

La presencia de embajadores helenísticos en su Corte de Pataliputra está atestiguada por doble fuente.

De una parte, es Plinio el Viejo quien, en el capítulo XXI de su *Historia Naturalis* da explícita cuenta del hecho, al mencionar a un embajador (“spectator”) de Ptolemeo Filádelfo, un geógrafo y astrónomo llamado Dionisio, así como de otro, llamado Megástenes, asimismo enviado por un monarca selúcida⁶⁷.

De otra parte, existe en los decretos del Rey Ashoka (sus “edictos”, descubiertos en el siglo XIX) una mención de monarcas occidentales, en la que se cita nominalmente a los helenísticos Antígono, Antíoco, Ptolemeo, Magas y Alejandro.

⁶⁶ Incluyendo el actual Pakistán, el Afganistán y Bengala (Bangladesh actual).

⁶⁷ Nicator, que luego mandó otro embajador, Dimaco, al nuevo rey indio, Bindusara.



Decretos del rey Ashoka, inscripción Kalsi cara sur.

Así pues, el Imperio maurya, de religión budista, ni ignoraba la existencia de las monarquías helenísticas, sucesoras de Alejandro, ni podía ser ignorado por ellas. La zona más occidental de su ingente territorio era limítrofe del Reino seléucida, asimismo de enormes proporciones, como heredero de las conquistas y dominios de Alejandro Magno. Era explicable que hubiera relaciones entre ellos, a veces de enfrentamientos, a veces de acuerdos⁶⁸.

La huella de Alejandro no sólo estaba vigente mediante su memoria y la realidad de sus logros y ambiciones en la región del Mar Mediterráneo y de la Cultura griega, sino que se extendía a las tierras cuya lejanía había convertido en próximas con su presencia y dominación.

Mas no sólo Asia era remota. También al Sur del Reino egipcio, ofrecía el continente africano tierras, no del todo sometidas al control del Faraón de Alejandría. Era la Nubia.

En esa región, la del Reino de Meroe, intervino tal vez audaz y desde luego provechosamente Ptolemeo Filadelfos hacia 275. No puede sin embargo decirse que fuese una iniciativa diplomática, sino en realidad una expedición militar. Es la tierra que Teócrito y la Estela de Phitom citan como tierra de negros etíopes, dominio del faraón Filadelfo⁶⁹. La región fue efectivamente anexionada a sus dominios⁷⁰. Con el

⁶⁸ Estrabón y Plinio el Viejo refieren el acuerdo entre Seleuco Nicator y el monarca indio Sandrokottos (Shandragupta).

⁶⁹ *Vide supra*.

⁷⁰ Con el tiempo habría en la Nubia una dinastía independiente, poco conocida salvo por restos arquitectónicos. Uno de ellos, atribuido al Rey Adkhalamani en el siglo II y luego ampliado por los monarcas lágidas Ptolemeo IV Filopátor y Ptolemeo XII Auletes, es el templo de Debod, próximo originariamente a la Primera catarata del Nilo y sito actualmente en Madrid, junto al Parque del Oeste, donde fue reconstruido en 1972, en virtud del traslado y la donación del Gobierno egipcio (1968) como compensación a las labores españolas para la construcción de la presa de Assuan.

tiempo acabaría formando plenamente parte del Imperio egipcio.

PTOLEMEO Y LA MITOLOGÍA

Como aquí se viene tratando de mitos y realidades, procederá seguramente atraer tales parámetros a la persona del Filadelfo.

En primer lugar, ya se ha mencionado que fue él quien restauró la costumbre egipcia antigua de divinizar al soberano. Para los monarcas del Imperio egipcio antiguo, el faraón era hijo del dios Ra (Sa Ra), protegido de Amon y persona divinizada. Esta condición se la apropió el Filadelfo, así como el matrimonio con su hermana (los “dioses hermanos”), también usual en sus predecesores faraónicos. Además de considerarse predilecto del dios Ptah (al que su propio nombre aludía⁷¹). Su propósito era el de divinizar a sus padres y a sí mismo y a su esposa, como ya se ha mencionado y así aparece en los relieves de los templos, ofreciendo presentes a la diosa Isis, por ejemplo en el bello portal del templo de Philae.

También se ha apuntado como el poeta Teócrito, en su ampuloso panegírico de Ptolemeo lo coloca en cercanía de los dioses.

Pero en la Historia ha dejado impronta de otro testimonio religioso pagano. Es un raro ejemplar, medio literario, medio devoto, y desde luego y sobre todo, resueltamente vinculado al mundo de los Mitos, si bien anclado en la Realidad de los cultos.

⁷¹ *Vide supra*.



Bajorrelieve en el templo de File que muestra a Ptolemeo II oferente ante Isis.

Es la llamada *Pompé del Filádelfo*.

Se trata de una especie de festival de carácter dionisiaco, instituido en su reinado, que se celebraba cada cuatro años, tal vez a partir del 280 a.C., del que da cuenta el historiador Calíxeno de Rodas, en un texto conservado en el libro V de los *Deipnosofistas* de Ateneo. Parece haber consistido en una procesión en honor de Diónisos, el dios del vino y de los goces, que seguramente procedería de modo parecido al que se describe en las *Bacantes* de Eurípides⁷², combinando la danza frenética al son de las flautas, cuando los dioses mandan el disfrute del vino y la

sombra de la yedra, con el olvido de las cuitas y la caricia del sueño que envuelve en su soplo a los mortales.

Diónisos es la divinidad a la que se atribuyen un sinnúmero de cualidades, dios del vino y de los placeres, de incierto origen en la nebulosa de los mitos, polimorfo y misterioso, libre y festivo, guasón y desenfrenado, discípulo del ebrio Sileno y amigo de sátiros, "alegre dios de la risa" para Miguel de Cervantes, fue protagonista preferido de todas las fábulas, tal vez porque era ducho en gozos y fautor de diversiones.

Es decir, hijo mimado de Zeus, el Padre de los dioses. Pero también pudo ser paradigma de empresas arriesgadas, incitador de locuras, adiestrado de Cibele en Orien-

72 Vº 70-85.

te, disfrazado de fiera o acompañado de leopardos y panteras, valiente y temerario, audaz en sus locuras.

Es decir, imagen de Alejandro Magno.

Esas dos imágenes, el dios bienamado y el increíble ser quasidivino, no es extraño que comparecieran en un momento y lugar en que precisamente se iba a usar la divinización de los humanos y a la vez la inauguración de una dinastía alejandrina.

Y esa dinastía helenística requería el acompañamiento fastuoso de una liturgia, que evocase antiguas y venerables procesiones sacerdotales y que al mismo tiempo fuesen aprovechables para el ensalzamiento de un monarca. Eso se dio en Egipto en los días de Ptolemeo II Filádelfo, faraón y heredero de Alejandro.

La llamada Pompé del Filádelfo era desde luego una manifestación de la introducción de los influjos griegos en Egipto y seguramente también una deliberada muestra del poder del soberano que así vinculaba su propio culto y de su esposa, el culto a su padre Lagos y el del dios Diónisos, que personalizaba los goces de los hombres, unidos festivamente en satisfacciones compartidas. Y con ello también se desearía mostrar una sincronía con cultos y procesiones públicas de los antiguos dioses egipcios.

La muestra de mito cultural y de realidad política de gobierno probablemente autoriza su mención en este contexto.

MOSAICO

La muestra de mito cultural y de realidad política de gobierno probablemente autoriza su mención en este contexto

Pero, como quiera que esa procesión pública y aparatosa, tuviera lugar para celebrar los fastos de Ptolemeo II y de su hermana y esposa Arsinoé II, se la ha venido vinculando a las celebraciones de la victoria habida en la Primera Guerra Siria.

Y, a fin de que sea posible aquí introducir oportunamente el siempre bienvenido utensilio de las Bellas Artes, procederá introducir la presencia de uno de sus más preciados y vistosos elementos, propios de una época en la que confluye el mundo egipcio helenístico, el caudal del Nilo y las interpretaciones romanas.

Se trata del famoso “Mosaico nilótico de Palestrina”, que se conserva en el museo de esta ciudad, datable de una época romana, la del dictador Sila, en torno al año 100 a.C, momento ciertamente de notorio influjo de las cosas egipcias en Roma. El gran mosaico consiste en una fantástica, amplia y variopinta muestra de un paisaje egipcio, que describe una crecida del Nilo y un sinfín de abigarradas, bellas y sugestivas escenas de muy distintos panoramas y sucesos de aspectos de vida, hechos y modos de aquella sociedad. Tan variada perspectiva ha dado comprensiblemente lugar a una rica gama de interpretaciones⁷³. La más congruente con el presente tema es la que vincula al riquísimo mosaico y a varias de sus escenas con una evocación del reinado de Ptolemeo Filádelfos, concretamente con su famosa y citada procesión, la Pompé.

⁷³ Véase necesariamente Filippo COARELLI, “La Pompé di Tolomeo Filádelfo e il mosaico nilotico di Palestrina”, *Ktéma*, 1990, XV, pp. 235 ss., y los muchos y fundados comentarios de Fabienne BURKHALTER. “La mosaïque de Palestrina et les pharaonica d’Alexandrie. Réflexions sur deux études de P.G.P. Meyboom, The Nile Mosaic of Palestrina. Early Evidence of Egyptian Religion in Italy (1995) et F. Coarelli, « La pompé di Tolomeo Filádelfo e il mosaico nilotico di Palestrina », *Ktéma* 15 (1990)”. In: *Topoi*, vol. 9/1, 1999. pp. 229-260.



Detalle del mosaico del Nilo de Palestrina.

Se indicó más arriba que es probable que la procesión coincidiese con las celebraciones de la victoria de la Primera Guerra Siria⁷⁴. Una de las citadas interpretaciones del mosaico explicaría así la presencia de personas y gestos, no incongruentes con el tema de estos apuntes presumiblemente “diplomáticos”. En uno de sus encuadres, aparece allí un grupo de soldados, sin duda procedentes de una guerra, que efectivamente deberían traer las nuevas del triunfo militar. En uno de ellos, que los encabeza, se ha querido ver la figura de un heraldo, que pregona la victoria, sonando un cuerno⁷⁵. Otros personajes siguen con los atributos de Hermes, el pétaso en la cabeza y tal vez el caduceo en la mano.

No aparece allí en aquellos grupos la figura de Ptolemeo Filádfos⁷⁶, en medio de aquel mundo en que se da muestra del heterogéneo paisaje egipcio, natural y social, religioso y militar, naval (nilótico) y terrícola, zoológico y humano, cinegético y ceremonial, fantástica reproducción de lugares (seguramente Alejandría y acaso su faro). Es un increíble teatro, visto con los ojos admirados de un romano, subyugado por la evocación de Egipto.

Era precisamente el Egipto de los faraones lágidas, de helénica cultura y religión en que primaba la devoción a Isis y Osiris, el Egipto un día gobernado por los Dioses Hermanos⁷⁷.

⁷⁴ COARELLI, *op.cit.*

⁷⁵ Vide en las minuciosas interpretaciones de COARELLI, *op.cit.*, p. 245.

⁷⁶ Lo hubiera hecho quizá, revestido de largo manto, calzado de sandalias, tocado de amplio sombrero ribeteado de una diadema, como atribuye Plutarco al atuendo e los soberanos lágidas. (*Vidas, Antonio*, 54).

⁷⁷ Vide *supra*.

CONCLUSIONES

De todo lo que aquí se ha expuesto, debería deducirse una conclusión, por lo demás no ignorada en fuentes antiguas y en comentarios historiográficos. El faraón Ptolemeo Filádfos, el segundo soberano de la dinastía helenística de Egipto, a pesar de haber sostenido campañas terrestres y navales, no siempre ventajosas, haber aspirado a mantener conquistas en el Medio Oriente y haber excluido o alejado o eliminado del poder a miembros de su familia, contrastó con el carácter y acciones de su padre, que fue más belicoso. En el hijo primaron por el contrario aficiones culturales que lo inclinaron al fomento de obras como la Biblioteca y el Museo de Alejandría, el mecenazgo de científicos, poetas y artistas, tan renombrados en su época y en la posteridad, como Arquímedes, Euclides o Teócrito, la construcción de duraderas arquitecturas como el famoso Faro o la iniciativa de logros como la Traducción de la Biblia hebrea.

Su política exterior, que ha sido el tema de los precedentes capítulos, permite ser calificada una diplomacia activa y provechosa. No puede atribuírsele la existencia de una red de embajadas, toda vez que ese concepto sería ajeno a las costumbres de la época, por la carencia de representaciones permanentes, sólo establecida en la Edad Moderna de nuestra era, pero sí el comprobable envío de embajadores, algunos de los cuales son incluso nominalmente conocidos, lo que es raro para aquellos días. Tales fueron Sóstratos, el arquitecto, del que se sabe que también fue empleado en misiones a Antígono Gonatás, o Dionisio, embajador en la India, o el judío Aristeas y el oficial Andreas en Jerusalén, Timoteo y Damón al Senado Romano, o Hegéstrato, Enviado a la ciudad de Mileto. En la cancillería alejandrina ocuparon

puestos relevantes el *diaeceta* Apolonio y el almirante Calícrates. De la notable organización de esa Cancillería⁷⁸ da prueba la llamativa noticia, según la cual sus servicios disponían de una especie de introductor de embajadores, un εἰσαγγελεὺς⁷⁹. De no hallarse disponible ese cargo, las funciones se ejercerían por ὑπηρεται.

En suma, bien puede juzgarse que Polemeo II ejerció una notoria política exterior, que aunque no lo eximió de la endémica pugna que enfrentó a los herederos del gran Alejandro, le permitió basarla en sus amplias relaciones con los Estados extranjeros, que le procuraron obtener beneficios para la estabilidad de su Reino, y le consintieron resolver pacíficamente difíciles contenciosos, extender influencias, eludir rivalidades y contener amenazas externas, con lo que palió las consecuencias de derrotas militares y compensó pérdidas territoriales, que en varios momentos de su reinado padeció y que los textos que le son propicios procuraron disimular⁸⁰.

⁷⁸ Sobre aquella documentación diplomática puede verse C. BRADFORD WELLES, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, 1934, republ. por M^a Marta GONZÁLEZ, *Cartas de la Cancillería helenística*, Oviedo, 1966.

⁷⁹ El cargo existió en la Antigüedad, está atestiguado en Heródoto, *Historias*, III, 84, 2. Lo heredarían luego tal vez los ptolemeos de Alejandro Magno, de quien se sabe que disponía de un tal personaje para la introducción de enviados extranjeros (Plutarco, *Alejandro*, 46). Ello denota una meritoria anticipación. En los países europeos, ese cargo no se inició como tal hasta la Edad Moderna, en el “conducteur des Ambassadeurs” francés y luego en el “introductor de embajadores de la España de los Austrias” en el siglo XVII, encabezado por Diego de Saavedra Fajardo. Vide la relación en OCHOA BRUN, M., *Historia de la Diplomacia Española*, Apéndice I, Repertorio Diplomático, Listas cronológicas de representantes desde la Alta Edad Media hasta el año 2000. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2002, pp.295 ss.

⁸⁰ Así el poeta ditirámico Teócrito o la estela de Pithom, *vide supra*.

Esa política a menudo se basó en el propósito de mantener un equilibrio entre potencias en lucha, usando para sí más de una vez el procedimiento de una prudente neutralidad, procurando no hacer de amigos enemigos. Tal fue su postura en las guerras de Pirro y en las de Cartago. Respecto de estas últimas, una prueba muy elocuente puede leerse en la referencia, arriba descrita, que hace el historiador Apiano cuando, al referir la petición cartaginesa de apoyo en la guerra púnica contra una República Romana que era amiga de Ptolemeo, éste respondió sabiamente estar presto a aliarse con amigos contra enemigos comunes, pero no en contra de otros amigos⁸¹.

Sus sucesores en Egipto a veces prosiguieron sus directivas, como Ptolemeo IV Filopátor, que también intentó reconciliar a romanos y cartagineses en la Segunda Guerra Púnica, o bien llevaron a cabo su propia política exterior en el ámbito casi siempre muy conflictivo del Mar Mediterráneo, con miras y resultados de menor alcance, hasta finalmente caer doscientos años después en el área de influencia del Imperio Romano, a la postre único árbitro y dominador de la región, hasta que, con el paso de los siglos, como se lee en el *Quijote* cervantino, “todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma ... hayan acabado en punta y en nonada”⁸².

⁸¹ *Vide supra*.

⁸² *Don Quijote*, II, VI.



IMMOVE TRIBYNAL LVSTRAVIT QVE ANIMO CUNCTA POETA SVO DOCTVS ADEST DANTE SVA QVEM FLOR
XTREMA NIL POTVIT TANTO MORS SAEVA NOCERE POETA QVEM VIVVM VIRTVS CARMEN IMAGO FACIES

DIPLOMACIA EN TIEMPOS DEL DANTE

LA SENDA DEL POETA

DIPLOMACIA FLORENTINA

DANTE: PATRIA Y DESTIERRO

LA LLAMADA DEL IMPERIO

DIPLOMACIA EN ACCIÓN

DANTE Y LA PRESENCIA IMPERIAL

MOVIMIENTOS ITALIANOS

EL ENGAÑO DEL GASCÓN

LITERATURA DE POR MEDIO

VERONA

LA RUTA A LA CORONACIÓN

IMPERIO ROMANO RENOVADO

LAS FINALES EMPRESAS DE ENRIQUE VII

DANTE Y LA NUEVA SITUACIÓN

UNA POSTRERA EMBAJADA DEL POETA: VENECIA

EMBAJADORES DE LA ÉPOCA

EL CAMINO



Dante sostiene una copia de la *Divina Comedia* junto a la entrada al Infierno, las siete terrazas del Monte Purgatorio y la ciudad de Florencia, con las esferas del Cielo arriba. Muestra el famoso íncipit *Nel mezzo del cammin di nostra vita*. Domenico di Michelino, 1465.

LA SENDA DEL POETA

A la mitad del camino de su vida, el gran Poeta halló el momento para poetizar. Advirtió entonces que había extraviado la derecha senda y ello le brindó ocasión de dar comienzo a un recorrido por el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, cuyo relato es la obra monumental que ha sumido en la admiración y en el asombro a todos quienes se han asomado a la inconmensurable maestría de sus tercetos y a la inalcanzable hondura de sus pensamientos.

A esos pensamientos encabezó una idea que devino título: pues como la vida de los hombres y su final dependen de designios divinos, pero no así la desesperanza de concluir en una tragedia, determinó el autor llamar a su obra *Divina Comedia*.

Fue tal comedia una plasmación imaginada, presentida, del portal que cierra la vida y abre la gigantesca puerta del más allá. Ante esa por lo menos inquietante perspectiva, y habida cuenta de que en el presente libro se ha venido tratando de mitos, cabría preguntarse si la *Divina Comedia* no será también un Mito, como los que constituyen el presente tema. Pero desde luego, no lo es. Ni tampoco es sólo Historia. Es una epopeya cristiana, en la que late temor y a la vez confianza en la otra vida. Un libro de fe, bien es verdad que aprovechado para insertar asuntos y semblanzas de la vida terrenal que Dante conoció y quiso recordar a su manera, a menudo interesadamente. Mas sin duda es, ante todo, una gran epopeya religiosa cristiana, como lo fue otra grandiosa obra literaria, el *Paraíso perdido* de John Milton.

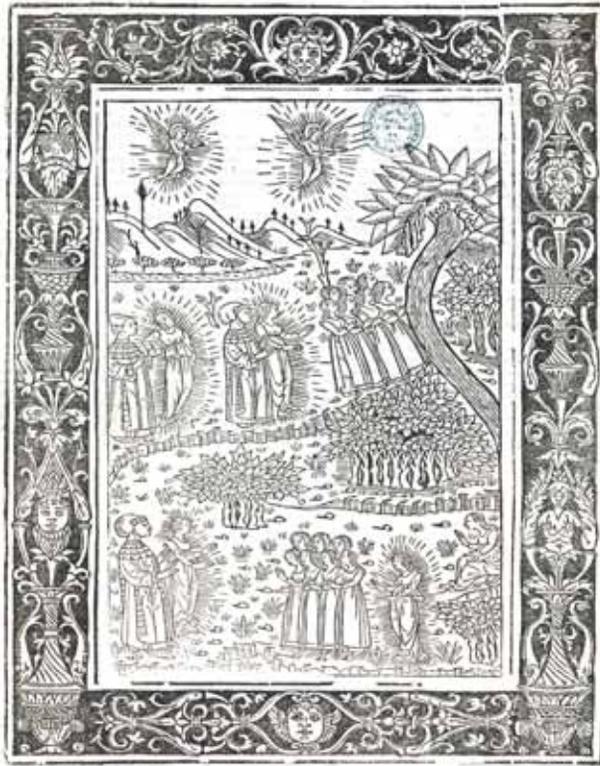
Pero tampoco puede desconocerse que en la *Divina Comedia* comparece toda una pléyade de mitos clásicos, sabiamente distribuidos por razón de sus propias historias. Personajes variados de la Mitología griega y

romana se insertan aquí y allá, enredados en los maravillosos tercetos de la obra; aún más, se enlazan admirablemente con personajes reales de la Antigüedad, léase filósofos, poetas, científicos, reyes y vasallos, hombres y mujeres; allí está César, descendiente de los dioses, allí están Semíramis, Helena y Cleopatra, codeándose entre ellas y con las feroces Erinnias. Allí están Héctor y Eneas, el Minotauro y el Cancerbero, Helectra y Orfeo. Allí están asimismo personajes contemporáneos del propio Dante. Bien es verdad que el espectáculo no es en modo alguno disonante. Uno tiende a pensar que verdaderamente en la otra vida, en los otros paisajes que Dante recorre en compañía de Virgilio o de Beatriz, no hay diferencia de edades ni de épocas, ni tampoco de mitos y realidades. Y uno piensa además que así y no de otra manera simplemente debería ser.

Resulta obvio pensar que tal panorama ultraterreno se dio ya –y el Dante bien lo sabía– en el canto XI de la *Odisea*. Y ello bien pudo ser un precedente o una inspiración. Además, Juan Eugenio Hartzenbusch, cuando escribió su literaria introducción para la bella edición de la *Divina Comedia* que le tocó prologar en 1884¹, insinuó que el Dante pudo haber tenido como modelo la comedia *Las Ranas* de Aristófanes, donde éste coloca a Baco en las puertas del infierno en búsqueda del poeta Eurípides.

De donde puede inferirse que, si la descomunal obra de Dante no es en modo alguno un mito, cierto es que supo contener, como oportunos ingredientes, no pocas referencias al mundo mítico clásico.

¹ DANTE ALIGHIERI, *La Divina Comedia*, Texto original y traducción y notas de Cayetano Rosell. Prólogo de Juan Eugenio Hartzenbusch. Barcelona. Montaner y Simón, 1884. Con ilustraciones de Gustavo Doré. 2 vols. Prólogo, p. VI.



El paraíso, anónimo italiano (s. XV). *La divina commedia*. Dante Alighieri, 1265-1321.

Ahora bien, lo que debe precisarse es que la obra fue concebida, ante todo, como un recorrido por las ignotas regiones del Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. Es pues, a la vez, un término y un rumbo, una meta y una ruta. Los propios pasos de su narración poética constituyen un camino. El hecho de que esa palabra se encuentre ya mencionada, como una inicial advertencia, en el primer verso del libro, da derecho a conjeturar que, convertido en su destino, el camino tuvo que ver con la vida misma de Dante Alighieri.

Su agitada biografía lo impulsó a caminar. La descripción de los avatares de su vida obliga a seguir sus derroteros, que se pierden en viajes, en huidas, en destie-

rros, en misiones, en andaduras. Fueron idas y vueltas, voluntarias o impuestas, definitivas o circunstanciales, exigidas algunas por sucesos adversos, recomendadas otras en busca de refugios, o bien convertidas ocasionalmente en deberes que se concretan en embajadas.

En su época, la Diplomacia, aunque no se llamaba así, tenía una ubicua presencia en las relaciones europeas; era indispensable parte en las actividades que impulsaban la acción de los reinos y naciones, aplicaban sus iniciativas y ejercían sus tareas. En un tiempo en el que los viajes eran arduos, incómodos y a menudo arriesgados, los embajadores y enviados se movían con una asombrosa frecuencia entre parajes distantes para realizar cometidos, cumplir instrucciones, portar mensajes. Seguir sus movimientos, sondear sus motivos y también conocer sus semblanzas personales sirve para interpretar capítulos del desarrollo de la Historia de aquellos agitados y sugestivos capítulos postreros de la Edad Media europea. En los escenarios de las controversias del Papado y el Imperio o de conflictivos Cismas y Concilios, o de la turbulenta contienda anglo-francesa de los Cien Años, o de la Alemania del Interregno, o de la enrevesada Italia de múltiples Estados o de la España de los cinco Reinos o de la Borgoña rica en Cultura y activa en Política, o del lejano pero nunca ajeno Imperio Bizantino, es siempre grato seguir los pasos de aquellos embajadores, personajes notorios de la vida de sus Cortes, a la vez que resulta instructivo leer sus cartas, repasar sus crónicas, introducirse en la maraña de sus movimientos y en los recorridos de sus idas y venidas. Suelen ser juristas de sus Parlamentos, cortesanos a la vera de sus monarcas, obispos residenciales o *in partibus*, togados hombre de curia, chambelanes o mariscales o mayordomos, militares en son de paz, nobles de alto linaje, legados *a latere*, nuncios papales, es decir titulares de toda una multicolor amalgama de funciones que se acomoda circunstancialmente con la de embajadores de su soberano o de su ciudad.

O, por suerte, son también poetas.

La pluma, habituada a expresar sublimes conceptos o a deleitar en poemas que ya llevan en sí los gérmenes de un dulce estilo nuevo, también es aprovechada para misiones y deberes de sus Estados.

Ese contacto con tales deberes diplomáticos colocó al Dante Alighieri en el mundo de las ideologías políticas. O más bien sería a la inversa. La indudable vocación política que marcó sus acciones y sus pensamientos lo situó varias veces en las tramas de la diplomacia de sus días. Fue por eso una trama que no lo apartó de sus creaciones. La vinculación entre el aleccionador mundo de las Letras y el abigarrado conjunto de la actividad de los Estados fue por aquellos tiempos una realidad que puede seguirse con curiosidad e interés. Bien sabido es que ni más ni menos que los tres grandes colosos de la Literatura italiana de la época se distinguieron también, en distintas ocasiones, al frente y en desempeño de embajadas: Dante², Petrarca³ y Boccaccio⁴.

Desde luego, eso fue posible por el singular desenvolvimiento del panorama político, social, cultural de la geografía italiana de los últimos siglos del Medievo, cuando la multiplicidad de los Estados, principados, ciudades soberanas y entidades libres produjo la proliferación de interrelaciones que hoy llamaríamos indiscutiblemente diplomáticas. La contemplación, si pudiera hacerse, del multicolor mapa de la península de aquellos años se vería surcada de una infinita red de viajes de embajadas que conectarían los diferentes Estados que componían su

complicada estructura de gobiernos, desde los Reinos de Nápoles y Sicilia al Sur, las Repúblicas marineras de Venecia y Génova al Norte, el Ducado de Milán, la Señoría de Florencia, los Príncipes, Marqueses, Podestás, municipios soberanos y, por supuesto, los Estados Pontificios en el centro, vacantes de soberano por el destierro aviñonense de los Papas. Complicada estructura que se haría más inextricable por el acerado contraste de intereses entre gobiernos y ambiciones, influencias externas y variadas ideologías y tradiciones dinásticas de las grandes familias⁵.

A ello se añaden dos elementos propiamente diplomáticos. El primero es la condición itinerante y ocasional de las embajadas de entonces, que favorecía la frecuencia de sus gestiones. En segundo lugar, la local cercanía de los Estados que permitía que menudeasen los viajes entre ellos.

Ha de añadirse a todo eso un atractivo componente. Los caracteres de la época del que puede llamarse Prerrenacimiento dota a la Península de una excepcional brillantez cultural. Las Cortes rivalizaban en propósitos de cultura y arte, los gobernantes a menudo destacaban en tales personales aficiones, los mecenas no eran infrecuentes. Los tres citados prohombres de la Literatura italiana gozaron de amistades y protecciones que apoyaron sus labores creativas. Dedicatorias de escritos o correspondencias (a menudo en bellas epístolas latinas en prosa o verso) atestiguan tales contactos, que honran a emisores y destinatarios, tan lejanos de las hodiernas asperezas o mediocres niveles en tales ámbitos, que nos resultan arduos de imaginar en nuestros días.

² Véase aquí.

³ Puede verse OCHOA BRUN, "Petrarca embajador, en *Encuentros de Diplomacia europea. Personajes, misiones y temas de Historia*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2020.

⁴ Fue embajador de Florencia ante los Estados de la Romagna en 1350 y ante la Corte papal de Aviñón en 1354 y 1365.

⁵ Visconti, Torriani, Scaligeri, Estensi, Montefeltro, Malaspina, Carrara, Ordelafo, sobre todo Cplonna y Orsini. Lo expone convenientemente GREGOROVIVUS, en su monumental *Historia de Roma en la Edad Media*, libro XI, cap. I.

Conocedor cercano e intérprete sagaz e interesado de las realidades políticas de sus días, no es difícil evocar la multiforme personalidad de Dante Alighieri, enredado en la maraña de las embajadas de su tiempo y sus lugares y también condicionado por la propia contundencia de sus opiniones.

¿Merecerá la pena repasar, reiterar los pasos del Dante en medio del remolino diplomático de su Italia? ¿Recordar la incomparable belleza de sus versos a la vez que la intención de sus propósitos, la grandeza de sus ideas, vinculadas a las ideas vigentes y contradictorias en su tiempo? El riesgo de repasar es repetir, porque es mucho, inagotable, lo que sobre el Dante se ha escrito y comentado, o sobre su época se ha investigado. Pero colocarlo una vez más en las redes de la política exterior de entonces acaso sirva para recordar, comparar, situar tal vez a aquel insigne florentino, exiliado permanente, pero nunca olvidado de su patria y de todo lo que a ella concernía.

Y puede ser que merezca también la pena describir el panorama de la Diplomacia de aquellos decenios, en los que Italia, la Italia amada del Dante, contempló un intento de restauración de la idea imperial, la que Dante precisamente ansiaba y quiso teorizar y evocar en sus escritos.

Para ello, si el lector lo consiente, convendrá localizar a los embajadores de aquel tiempo, los que, moviéndose entre aquellos lugares y momentos, tuvieron que ver con los sucesos que al Dante implicaron o convinieron, en la rica perspectiva de las Cortes y las ciudades, las perspectivas y los acaecimientos, las decisiones y las circunstancias, sin las cuales, la propia figura del Dante quedaría aislada, solitaria, desenraizada por así decir, de los sitios y abandonada de los gobernantes: el Emperador Enrique, el Papa Clemente, el Rey Roberto, los dogos Gradenigo

o Soranzo, pero también las ciudades, Verona y Ravenna, Nápoles, Pisa y Aviñón, o los individuos de algún modo implicados: Cangrande della Scala, Nicolás de Ligny, Corso Donati, los Ordelauffi o los Mirandola.

Época, en suma, de confrontaciones, de pugnaces ambiciones y peliagudas decisiones, de diplomacias habilidosas, bandos y rivalidades, la de la Italia del *Trecento*.

Nada de esto es desconocido. Ningún dato inédito será aquí exhumado. Pero tal vez, se muestren las figuras que poblaron las escenas, se reconstruyan los espacios o simplemente se rememoren sucesos, los que configuraron la Historia de la Italia de entonces, cuyos más lustres habitantes supieron admirarla, describirla y amarla, como hizo sobre todo Francesco Petrarca, que la saludó como guerrera y pacífica, ornada de ingenios y de dulce lengua: “bellipotens regio, pacisque magistra, ingeniis ornata sacris, conditaque dulci eloquio”⁶.

En las tierras de esa Italia, multiforme y belicosa, hábil y guerrera, artística y devota, sobre todo inspiradora de admiraciones sin límite, está Dante. Está, desde luego, en medio de la lucha de las ideologías, blancos frente a los negros, imperiales frente a los papales y a los angevinos. En esa época de enfrentamientos se participa desde Roma y Florencia, desde Nápoles, Palermo y Milán, también desde París y Aviñón. Desde alguna de esas ciudades actuaba él, que recorrió también Verona, Padua, Lucca o Ravenna, pero desde luego sus pensamientos sí campaban en el terreno de las ideas que en aquéllas se forjaban o se propugnaban o se defendían. Eran las ideas que en ellas se esgrimían, los acontecimientos que las encarnaron, las embajadas que las transmitían.

⁶ En su carta a Lucchino Visconti.

Y naturalmente también sus propias ideas, que surgen donde él desea hacerlas valer o donde él quiere contraponerlas a las de personajes de entonces, que él no vacila en vituperar, cuando a su juicio procede, lo que convierte a sus expresiones, a menudo a sus versos, en manifestaciones políticas o en verdaderas sátiras o invectivas contra papas, reyes o magnates⁷.

La contemplación de ese mundo de ideologías, de propósitos y de sucesos puede ofrecer el relato de los episodios de un período de Historia de la Diplomacia europea, la de los agitados primeros decenios en la Italia del siglo XIV.

DIPLOMACIA FLORENTINA

La más determinante relación exterior de la República de Florencia fue la que mantuvo continuamente con la sede papal. Y el Pontífice que, en los conturbados años de fines del siglo XIII, protagonizó esa relación fue Bonifacio VIII, el ambicioso y prepotente Papa de la Casa Caetani, elevado al solio en 1294. En el curso de su pontificado, tuvo la iniciativa, que se haría secular hasta nuestros días, de convocar un jubileo, dando

⁷ Ello fue objeto de imitación en algunos de sus deliberadamente seguidores de la siguiente centuria, como fue el caso del obispo dominico Domenico Mercari, que así convocaba a los próceres de su tiempo:

“Imperaturi e ri de gran potere,
O conti o duchi, o vui cavalieri,
a venire allo iudicio v'apparechiate”.

O también un poeta anónimo que contempla a grandes pecadores:

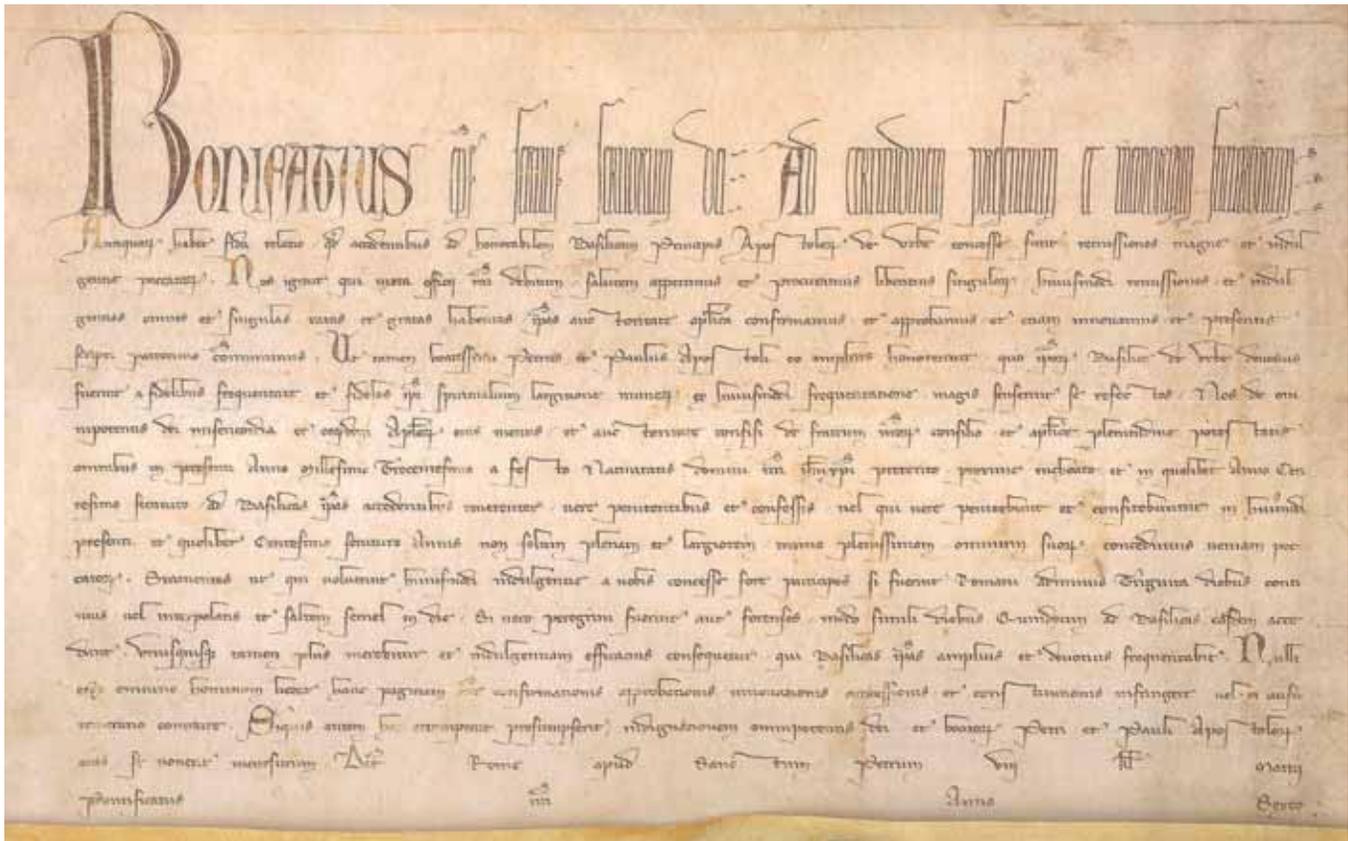
“là vidi re, regine e imperatori,
prencipi e duchi con molte contesse,
víddivi conti con altrii signori
e molti peccatori insiem con essi”.

(Cit. *apud* Antonio ALTANURA, *La lirica napoletana del Quattrocento*, Napoli, SEN, 1978, pp. 43.ss).

carácter de Año Santo al de 1300 mediante la Bula “Antiquorum” de 22 de febrero. Fue un acto que encaja en los propósitos del Papa Caetani, tendentes siempre a valorar la importancia de la sede romana y de su propia calidad pontificia, como centro de la Cristiandad y de un poder de universal vigencia. El Año Santo, en el que se redimían pecados a los asistentes, provocó la masiva llegada a Roma de peregrinos de todo el mundo⁸. No sólo peregrinos, y esto es lo que instala el hecho en esta historia, también embajadores acudieron en número a representar ante el Papa a las potencias europeas. Era lo que el Papa quería, pero ello convino asimismo a la Señoría de Florencia, que usó de la ocasión para que fuesen sus personajes quienes obtuvieran cartas de los soberanos extranjeros para hacerse representar en la ocasión.

Ésta se vio destacada por la renombrada presencia en Roma, recibidos por el Papa Bonifacio en su palacio de Letrán, nada menos que de doce embajadores florentinos, que, a su vez, eran representantes de otras tantas potencias extranjeras, enviados para atender al acto de dicho jubileo. Era frecuente que los Reinos europeos escogiesen como propios embajadores a agentes naturales de otras naciones, duchos en diplomacia y susceptibles de ser bien acogidos. Para ello, eran especialmente idóneos los florentinos por su capacidad y experiencia, así como por el prestigio, digamos “diplomático” de la Señoría. No es de extrañar por eso la calidad y representación de esos doce embajadores, que escenificaban así un llamativo acontecimiento diplomático en Roma que tenía que ver con el renombre de Florencia.

⁸ Dante menciona “l'anno del giubileo” y de las gentes que acuden a Roma por ese motivo, en la *Comedia*, *Inferno*, XVIII, 28 ss.



Bula Antiquorum habet fida relatio de Bonifacio VIII sobre el Jubileo de 1300.

Por más de un motivo será oportuno hacer aquí mención de nombres y misiones⁹ ¹⁰. Son un palma-

⁹ “Come papa Bonifacio ottavo diu perdono a tutti i cristiano che andassono a Roma l’anno del giubileo 1300”. (Giovanni Villani, libro VIII, cap. XXXVI).

¹⁰ Sobre la siguiente relación de embajadores, *vide* la información nominal ofrecida por César CANTÚ, *Historia universal*, ed. española, Madrid, Gaspar y Roig, 1865, IV, p.406, nota, donde sin embargo se la atribuye no al momento del jubileo, sino a la coronación del Papa. Todo se basa en una antigua crónica mencionada por Domenico Maria MANNI, *Osservazioni istoriche*, XXX, 94, Florencia, 1787 *Vide* Luciano PETECH, *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 7, (art. Bastari). *Vide* asimismo Luciano ZANELLI, *Anni Santi. Croniche giubilari sacre e profane*, Roma, Litotipografia Bruni, 1975.

rio ejemplo de la diplomacia del momento, en fecha tan señalada como el año 1300, que afecta al presente tema, pero además algunos de esos nombres de embajadores de la época habrán de reaparecer en el transcurso de este relato.

A la propia Señoría florentina representaba su embajador Pallade Strozzi, perteneciente a una notoria estirpe de banqueros, es decir, persona conocida y prestigiosa en una sociedad en la que esta actividad era ya un motivo de fama y de poder. Décadas más tarde, su homónimo Palla di Onorio Strozzi sería rival de la poderosa familia de los Medici.

Embajador de la ciudad de Camerino, un estado-ciudad en las Marcas, era Cino Diotisalvi, de familia vinculada a cargos en la Señoría. Gobernaba allí, como Señor, Rodolfo I hasta su muerte en 1316, sucedido entonces por su hermano Berardo I, Podestà en Macerata.

Como Embajador de Pisa, la por mucho tiempo rival de Florencia, comparece Lapo degli Uberti, un notable gibelino que había intervenido en negociaciones diplomáticas con Pedro III de Aragón y que más adelante ejercería cargos en la política del Emperador Enrique VII en Mantua y Verona y formaría parte de su séquito¹¹.

Guido Talanca representaba al Rey Federico II de la dinastía aragonesa, soberano de Sicilia, rival de los angevinos de Nápoles y protagonista de muchos capítulos de las pugnas italianas del siglo.

A Nápoles, el reino de los Anjou, Carlos II y su hijo y sucesor Roberto I, representaba como Embajador un conspicuo personaje de la Política, no sólo italiana, y también de la Literatura, Manno (o Alamanno) Adimari¹².

Guillaume de Villaret, Gran Maestre de la Orden hospitalaria de San Juan, a la sazón en Rodas, se hacía representar por Folco Bencivenni.

Al soberano del Imperio Alemán, que era entonces el Rey de Romanos Alberto I de Habsburgo, lo repre-

¹¹ Vide Camilla CANONICO en *Dizionario biografico degli italiani*, vol. 97.

¹² Se sabe del ya mencionado soneto, a él dirigido, cuyo último terceto alude a cuando el Arno (es decir, Florencia) tuvo, más que musas, oradores: "O dillo o Manno tu, che tra' migliori /, allano in Puglia havesti, in Cuma argento, /Quand' hebbe più che Muse, Arno oratori". (*La Clío ovvero cinquanta sonneti sopra più persone*). Vide supra.

sentaba como Embajador Vermiglio degli Affani, al que se verá más tarde como diplomático de su sucesor Enrique VII¹³.

Al Rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, que pronto iba a urdir una dura hostilidad contra el Papa Bonifacio, que culminaría en el atentado de Anagni, lo representaba Musciato Franzessi¹⁴. (Un año después seguiría la azarosa legacía del Obispo de Pamiers, Bernardo Saisset).

Al Rey de Inglaterra, Eduardo I lo representaba Ugolino da Vecchio¹⁵.

Al Rey Wenceslao II de Bohemia lo representaba Romero Fringhinello.

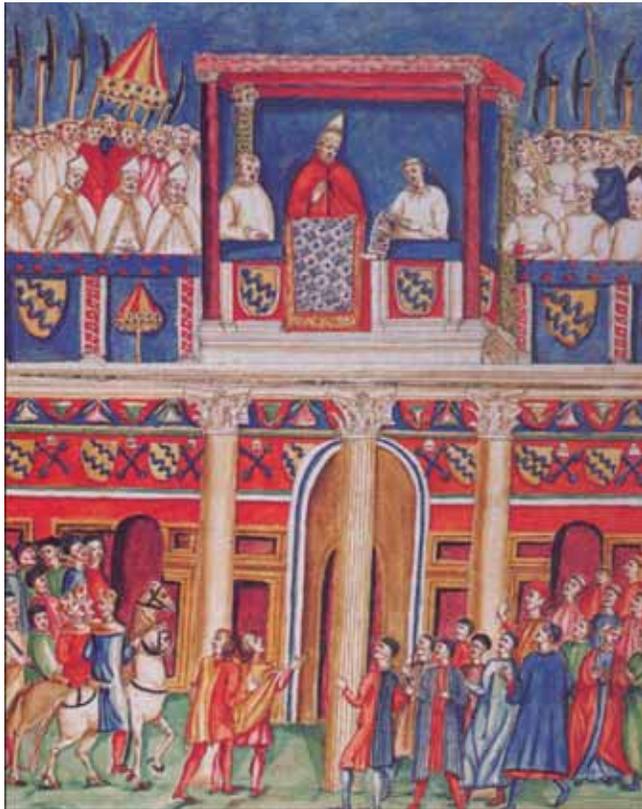
Un lejano soberano, pero no indiferente para Europa, el Emperador de Bizancio Miguel IX Paleologo, también se hizo representar en Roma en aquella circunstancia. De él consta efectivamente haber enviado al Papa sus embajadas¹⁶. El embajador que figura en la relación de "los Doce" era Simone de' Rossi.

¹³ Vide infra.

¹⁴ Vide infra sobre él.

¹⁵ O Cerchi. El nombre no es seguro. En todo caso, sería un embajador especial para el jubileo. Eduardo I tenía por entonces (1300) en Roma, ante el Papa Bonifacio, una copiosa embajada, encargada de obtener una reconciliación con Francia a través del Papa ("super negotio compromissi et reformationis pacis inter Regem Francorum et nos"). La presidía el prestigioso y culto Obispo de Winchester, Juan de Pontisara (que residía en la Curia donde había sido consagrado, en Orvieto), y la componían el minorita Fray Guillermo de Gaynesburg, Gerardo, arcediano de Richmond, el caballero Gaufrido Genevill y Galfrido Russell y, como procuradores y nuncios especiales, el maestro Raimundo Arnaldo de Rama Vasatense y Pedro Aimerico, canónigo de San Severino de Burdeos. (RYMER, *Foedera*, Eduardo I, 1300).

¹⁶ "Ὅθεν καὶ συχνάκις μὲν πρὸς τὸν πάπαν πρέσβεις ἐξήγε καὶ δόροις υπήρχετο". (Jorge PAQUIMERES, *Historia de Constantinopla*, libro III, cap. XVIII).



El Papa Bonifacio VIII proclama el jubileo el 22 de febrero de 1300.

Aún más remotas eran las tierras del Gran Khan de Tartaria, Ghazan. De él se menciona como embajador a un Guicciardo Bastari, que acudió con una comitiva de cien acompañantes, revestidos a la manera tártara: “Dominus Guisciardus de Bastaribus de Florentia, Ambaxiator Magni Tartari cum centum sociis omnibus tartarice indutis”¹⁷. Por exótico que parezca¹⁸, hay datos que confirman aquel hecho. Giovanni Villani refiere

17 Cit. aquí *apud* Luciano PETECH, “Bastari, Guicciardo”, en *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 7.

18 En efecto, las crónicas del jubileo aluden a la presencia de tártaros. Sobre el jubileo, *vide* Paolo BREZZI, *Storia degli Anni Santi da Bonifacio VIII ai giorni nostri*, Milán, Mursia, 1975, *cf.* p.29.

en su crónica (libro VIII, cap. 35) que el soberano de los tártaros, Cosano (es decir Ghazan, Khan mongol de Persia) fue en peregrinación a Jerusalén y envió embajadas al Rey de Francia y al Papa Bonifacio (“mandó suoi ambasciatori in ponente a papa Bonifazio ottavo e al re di Francia a agli altri re cristiani”) y narra su relación con el Rey de Armenia. Éste era a la sazón Haithun II, al que sucedería por entonces (1307) su sobrino León IV. Esas embajadas se repetirían a la sede papal de Aviñón, porque consta una referencia del embajador aragonés, Gilbert de Castelnou (Jaspertus Vicecomes Castronovi) que informa a Jaime II desde Beaucaire, a 4 de agosto de 1307, dando cuenta al Rey de que el arcediano de Barcelona, Hugo de Moncada, se había encontrado en Montpellier con unos embajadores del Rey de Tartaria y Armenia, que viajaban con el Papa, los cuales le informaron de los proyectos del Rey de los tártaros acerca de Jerusalén¹⁹.

Las relaciones diplomáticas del Occidente cristiano con los tártaros no eran por entonces una rareza. Se sabe que Jaime II de Aragón, en sus amplias conexiones diplomáticas, no descuidó la baza de los tártaros, que amenazaban la retaguardia turca y ofrecían una posibilidad para una eventual Cruzada. Precisamente en mayo del año de 1300, Jaime II mandó al citado Gran Khan Ghazan un mensajero portador de ofertas de alianza, era el ciudadano de Barcelona, Pedro de Solivera. Y otro fue Pedro de Portis, enviado “a las partes del Levante”²⁰.

Puede que se pregunte, qué tiene que ver esta hilera de nombres de embajadores de entonces, con el tema de

19 FINKE, *Acta Aragonensia*, II, p. 746, n° 464. Sobre ello *vide* también Luciano PETECH, *loc.cit.* que aduce oportunamente más datos y fuentes.

20 M.A. OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia española*, vol. II, p.110.



Bonifacio VIII recibiendo a Charles de Valois con una delegación de la facción Guelfa. Miniatura de la Escuela Florentina, 1301.

las presentes reflexiones. Tiene que ver con la sugestiva diplomacia de aquellos momentos, también con su vinculación a Florencia, patria del Danta y sede de sus disgustos y sus añoranzas y, sobre todo, abre la puerta a las relaciones con Florencia del Papado en época crucial para éste.

La Curia romana de Bonifacio VIII fue por entonces, por prestigio de la sede y por logradas ambiciones del propio Pontífice, un lugar nutrido de embajadores extranjeros. Los estados italianos, por supuesto, pero también los demás europeos acudían a la Corte papal: embajadores franceses e ingleses reclamaban la mediación del Papa para lograr su reconciliación, los aragoneses buscaban confirmación de concesiones territoriales, angevinos y sicilianos las de sus pretensiones respectivas. La prepotencia del Pontífice era a menudo un obstáculo para su diplomacia. Los embajadores imperiales veían rehusadas sus aspiraciones o eran recibidos con desaires. La relación con Felipe IV de Francia habría de acabar en un violento conflicto, dos años más tarde.

Pero sea como fuere, en el aun temprano año de 1300, la citada abundante presencia de diplomáticos²¹ da idea de la trascendencia del acto jubilar al que concurrían, pero especialmente, dada la nativa procedencia de tantos de ellos, de la importancia de Florencia como centro o cantera de diplomacia. Y también, seguramente, de la sugestión que para el Papa Bonifacio ejercía aquella próspera, aunque interiormente agitada Señoría, señuelo de muchas ambiciones y escenario de agudas pendencias entre güelfos y gibelinos.

La principal ambición era la del propio Pontífice, como habría de manifestarse pocos años después.

DANTE: PATRIA Y DESTIERRO

Eran, en efecto, los propósitos del combativo Papa Bonifacio VIII no simplemente de pacificación, sino que, deseoso de intervenir en la vida pública de Flo-

²¹ En otras relaciones figuran asimismo Benedetto Neri por Verona, Padua y Carrara y Bernardo Vayo por Sicilia. También los Condes de Flandes, implicados en complejas relaciones con Francia e Inglaterra, tenían sus embajadores negociando en la Curia en esa fecha: James Bees desde 1297 hasta su muerte en Roma en 1303 o el capellán Michel de Clokettes o los caballeros Jean de Menin o Gerard du Vertbois. (Donald. E. QUELLER, "Diplomatic personnel employed by the Counts of Flanders in the XIIIth century", *vid.* en *Variorum Reprints*, Londres, 1980). Por Castilla estaría en Roma Pedro Rodríguez Quijada (*Petrus Hispanus*), capellán que fue del Papa Caetani, obispo de Burgos y luego Cardenal de Santa Sabina y, con el tiempo, embajador papal en Inglaterra. El hecho más importante para Castilla fue haber conseguido finalmente que Bonifacio VIII se aviniera (previo soborno de 10.000 monedas de plata concedidas por las Cortes de Valladolid y Burgos) a promulgar en Anagni una bula de 6 de septiembre de 1301 en calidad de dispensa para reconocer *a posteriori* como válido el matrimonio de Sancho IV y María de Molina y legítimo su sucesor Fernando IV. Por Aragón, estaban en la Curia en esos años el procurador Gerau d'Albat. Guillermo de Corte y el arcediano de Tarragona, Godofredo de Foix.

rencia y en su gobierno, sus planes lo eran de dominio, ocasionando ya pronto disensiones entre sus nuncios y la Señoría.

El Papa inició finalmente una campaña diplomática a fin de lograr sus intenciones. Para ello usó de la persona de un austero franciscano, Matteo d'Acquasparta, Cardenal Obispo de Porto Santa Rufina y Penitenciario Mayor²². Era prelado y teólogo y político muy adicto al Papa Bonifacio VIII y valedor de sus ideas, también en el terreno diplomático, como se vio en su respuesta a los embajadores franceses en el consistorio de Anagni el 26 de junio de 1302, si bien se esforzó en limar las asperezas entre el Papado y la Corte de Felipe IV de Francia²³.

Advirtiéndolo sus dotes diplomáticas, Bonifacio VIII lo envió como Legado papal a recorrer el Norte de Italia, en Lombardía y en la Romagna, pero especialmente le confió una importante legacía a Florencia, el 23 mayo de 1300, con el objetivo de alterar el sistema electoral florentino y el propósito de beneficiar a los güelfos negros. La misión fracasó²⁴; el 13 de junio la elección resultó a favor de los blancos y en ella fue, entre otros, elegido el Dante. Éste pasó, pues, a ejercer por entonces un importante cargo en el Consejo de Ciento de aquel gobierno, y como uno de sus magistrados de mayor poder entre los güelfos blancos.

Para éstos, eran sospechosas las intenciones del Papa Caetani, que pretendía no menos que anexionar Florencia a los Estados pontificios, para lo que contaba con los güelfos negros. Se abrió allí un capítulo de diplomacia porque, con el fin de contrarrestar esos planes, la Señoría envió a Roma entre octubre y noviembre de 1300 sendas embajadas, en las que figuraba Dante junto con Maso di Ruggerino de' Minerbetti y Corazza Ubaldini da Signa. De Ruggerini no se ensalza precisamente las cualidades; parece que se dejaba guiar por las opiniones de los demás. De su colega se estimaba que era güelfo ante todo²⁵.

El Papa retuvo esas embajadas en Roma mientras por su parte enviaba a Florencia al Príncipe Carlos de Valois, hermano de Felipe IV de Francia²⁶, con el fin de realizar su plan. En noviembre de 1301 tuvo lugar la llegada a la capital toscana del Príncipe francés. El Papa le había encomendado una misión de supuesta pacificación, pero, en realidad, de práctica unificación de los territorios italianos bajo su superior autoridad. Lo acompañaba como enviado papal el florentino Franzese Musciatto, ya más arriba mencionado, munido de las mismas secretas intenciones. Ello fue mal acogido en Florencia donde sus gobernantes resentían con desagrado las ambiciones del Pontífice. Pero Carlos, apoyado por los güelfos negros, acaudillados por Corso Donati, rival de Dante y de los güelfos blancos, acabó impo-

22 Dante lo mencionó en el *Paradiso*. *Vide infra*. Y Giovanni VILLANI: "E in quello medesimo mese di novembre, venne in Firenze il sopradetto legato del Papa, messer Matteo d'Acquasparta, cardinale, per pacificare i cittadini e fece fare la pace tra que' della casa de' Cerchi e gli Adimari e loro seguaci di parte bianca co' Donati e Pazzi e loro seguaci di parte nera". (Villani, libro VIII).

23 Vid. R.RITZLER, *I Cardinali e i Papi dei Frati Minori Conventuali*, Rpma, Seraphicum, 1971, p. 15-17.

24 "Il cardinale Acquasparta venne per legato del Papa per reconciliare Firenze e non lo poteo fare", comenta Giovanni VILLANI (libro VIII, cap. XL).

25 Así refiere Dino COMPAGNI en su crónica, III, 23.

26 Carlos de Valois fue pretendiente al trono aragonés por concesión del Papa Martín IV en 1284 durante la contienda hispano-francesa, y como tal rey se tuvo

"que's fai nomnar

Rei d'Aragò",

como le reprochaba el legítimo Don Pedro III el Grande. A falta de corona, se le impuso un sombrero, por lo que en España se le llamó burlescamente "el del chapeo". Renunció a su reino ficticio en 1295 por el Tratado de Anagni. Con el tiempo sería el cabeza de estirpe de los Valois en el trono de Francia.

niéndose. Desde entonces, los negros dominaron Florencia. Ni que decir tiene que Dante execra a Carlos en el Purgatorio²⁷ y al Papa Bonifacio VIII en el Infierno. Juzgó el Dante que aquello fue el comienzo de la destrucción de Florencia²⁸.

Efectivamente, la consecuencia fue la toma de Florencia por el Papa, que buscaba incluir a la Señoría en sus Estados y, por lo que a Dante se refiere, atacado por Donato y malquistado del Papa, fue víctima de la represalia de aquél y condenado por el nuevo gobierno de la Señoría a destierro, que fue ampliado a perpetuo en el curso de las persecuciones perpetradas en el año 1302²⁹.

En el proverbial duelo entre güelfos y gibelinos, güelfo fue el Dante, pero güelfo blanco, y al fin junto a los gibelinos militó. Güelfo blanco, es decir, en su revuelta y querida Florencia, opuesto a las injerencias externas que desde la Roma papal amenazaban su independencia. Y siempre partidario de una dominación universal e imperial, de paz y justicia, la de su *Monarchia*.

Como quiera que esas sus opiniones, dentro de su Florencia natal, hicieron que militase en la facción de

dichos llamados Güelfos blancos, ello determinó no sólo su ingreso en la política, sino concretamente en la diplomacia. A tales funciones podría adscribirse su participación protocolaria en la recepción de un personaje extranjero en Florencia en el año 1294, a la llegada del Príncipe angevino Carlos Martel, hijo del Rey Carlos II de Nápoles. El joven Príncipe era Rey, si bien sólo titular, de Hungría. Su visita a Florencia tuvo lugar en las postrimerías de su corta vida. Había nacido en 1271 y murió al año siguiente de su visita a Florencia, el 12 de agosto de 1295³⁰.

Pero su recuerdo fue honrado por el propio Dante, glorioso honor de su breve existencia y de su ficticio y efímero reinado. Los debió de unir a ambos, al Príncipe culto y al poeta gobernante, su veinteañera edad³¹, un común lirismo y amor por las letras. En el Paraíso de la *Divina Comedia*³² quedó Carlos Martel inmortalizado por las palabras que allí se le atribuyen:

“Assai m’amasti, e avesti ben onde;
che s’io fossi giù stato, io ti mostrava
di mio amor più oltre che le fronde”.

Mas la primera designación propiamente diplomática del Dante tuvo lugar cuando fue nombrado por el gobierno güelfo de Florencia su embajador en la ciudad

27 XX, 70-75. Se ha conjeturado que tal vez el Monstruo Gerión en el infierno (que personifica el fraude) represente a Carlos de Valois. Se dice de él:

“Ecco la fiera con la cola aguzza

Che passa i monti, e rompe mura ed armi”. (Inferno, XVII, 1).

Pero cierto es que Dante alude críticamente a él en otro lugar (Purgatorio, XX, 70 ss), donde se dice:

“Tempo vegg’io non molto dopo ancoi
Che tragge un altro Carlo fuor di Francia
Per far conoscer meglio e sè e i suoi”.

28 Así parece indicarlo en un párrafo del *Convivio* (II,2): “In Fiorenza, nel principio de la sua destruzione” y probablemente también llamándolo Totila II en su derrota de Sicilia (*De vulgari eloquentia*, II, VI).

29 Condenado a muerte el 10 de marzo de 1302.

30 Había participado en las celebraciones de la coronación de Bonifacio VIII con otros magnates. Lo poetiza el Cardenal Jacopo STEFANESCHI en su famoso *Opus metricum*: “Illustres Gallique duces, Carolusque secundus, Rex Siculus, Carolusque puer prolesque iuventa Floridus Ungarie, materno a stipite nomen Regis habens”.

31 A Dante se atribuye haber nacido en 1265. En su conmemoración del siglo XX se publicó la edición de 1965, en Milán, Fratelli Fabbrri, de Obras completas en diez volúmenes. que aquí también se ha utilizado.

32 VIII, vº 55-7.



Dante persuadiendo a Scarpetta Ordelauffi contra los florentinos. Pompeo Randi, 1854.

de San Gimignano el 7 de mayo de 1300, para promover un encuentro previsto para junio en Empoli.

En los años sucesivos, fue en su natal Florencia donde se desató la que sería perpetua contienda de las facciones intestinas, a una de las cuales habría de pertenecer Dante, la de los güelfos blancos, cuyo pendón traía de gules un lirio de plata. La turbada situación de la ciudad

motivó una intervención del Papa, y precisamente fue a través y por causa de las misiones diplomáticas cuando comenzó la cadena de infortunios que habría de acabar por convertir a Dante en un perpetuo exiliado.

Por el resto de sus días, Dante hubo de sufrir aquella condena que lo retuvo apartado de su patria y que le causó una permanente nostalgia: “la carità del na-



Dante en el exilio. Domenico Peterlini. Alrededor de 1860.

tío loco”, proclamaría³³, junto con un doloroso resentimiento, muchas veces patente en sus escritos, como una duradera acusación a sus compatriotas florentinos y a su ciudad natal.

Con todo, aún consta del Dante haber sido vinculado a alguna experiencia diplomática. A fines de 1302 acudió en misión a Forlì, a fin de negociar el nombramiento como *condottiero* de Scarpetta Ordelaffi, en la prevista coalición a punto de organizarse. Más adelante, la familia Ordelaffi conservaría vínculos amistosos con Dante.

Hubo entre tanto otra ocasión diplomática en su añorada patria florentina que dejaría reflejo en su epistolario. Un Pontífice efímero, que sucedió al ambicioso Bonifacio, deseó promover la pacificación en Florencia y el retorno de los exiliados blancos. En su breve pontificado de 1304, el Papa Benedicto XI, hombre de paz y de leyes por contraste con su predecesor, aspiró a obtener

³³ Infierno, XIV, 1.

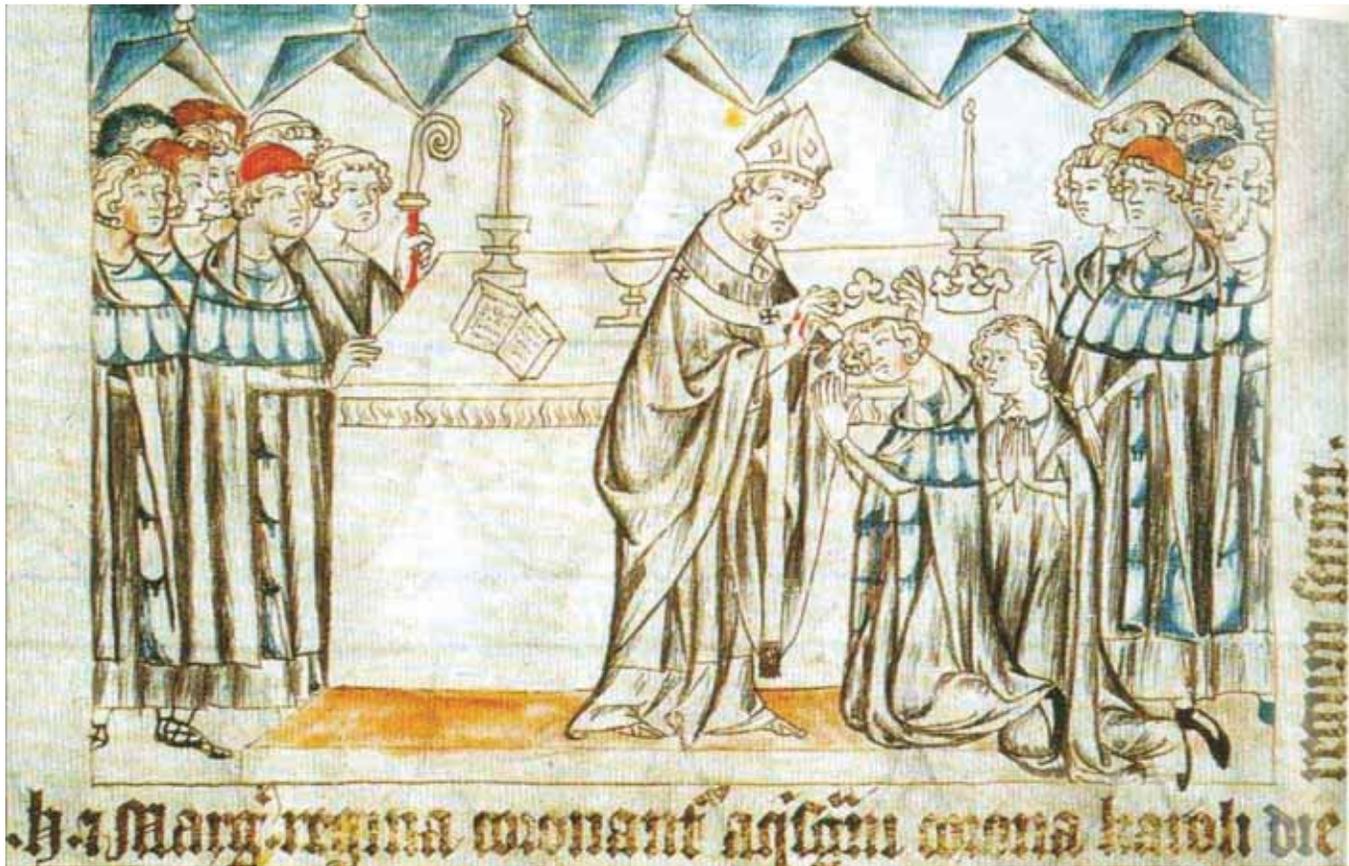
una reconciliación de los florentinos. Puso esa función en manos del Cardenal Niccolò degli Albertini da Prato, Obispo de Ostia y de Veletri, también aficionado a empresas pacíficas y más bien afecto a los desterrados gibelinos. Antes de acudir personalmente a Florencia, mandó allí a un enviado. Carácter de nuncio (“*vestri nuntii*”) le otorga Dante en la carta que dirigió al Cardenal, la primera del epistolario de Dante que nos es conocida^{34 35}, pero de tal nuncio no se dice allí más que su profesión religiosa y la inicial del nombre: “*frater L*”, y sus buenas cualidades, recomendables para su cometido: “*civilitatis persuasorem et pacis*”. Contentémonos, pues, con describirlo tal vez como un Fray Ludovico, de la Orden de Predicadores, puesto que es sabido que a los cultos y sociables dominicos se solía por entonces recurrir para menesteres diplomáticos. Por lo demás, el secretismo utilizado para su nombre parece haber sido aconsejable en virtud de lo confidencial de su misión. Tuvo que ver con Dante, particularmente interesado en aquel proyecto de paz que el Papa había encargado al Cardenal ostiense.

En la citada carta que Dante escribe a éste, figuran como remitentes el Capitán A. (de nuevo el secreto de los nombres), el Consejo y la Universidad de la parte de los blancos (“*partis Alborum*”). El Capitán debió de ser Alessandro dei Guidi³⁶, con quien Dante contaba para el proyecto de pacificación. No podía Dante, en su calidad de injusto desterrado, sino celebrar la

³⁴ La legacía del cardenal de Prato el 10-III-1303, (VILLANI, libro VIII, cap. 69).

³⁵ Que se compone de trece epiístolas, *Vide infra*.

³⁶ Alessandro dei Comiti Guidi di Romena. Se trata de él en la carta segunda del epistolario, en la que Dante da el pésame a sus hijos por su fallecimiento. Los elogios a sus virtudes que allí tributa están en contradicción con el hecho de haberlo colocado en el Infierno de la *Comedia* (XXX, 76-78), a no ser que haya allí un punto de familiar ironía.



Coronación en Aquisgrán de Enrique VII y Margarita de Brabante el 6 de noviembre de 1309. Crónica ilustrada del elector Balduino de Tréveris, alrededor de 1340.

misión del Cardenal de Prato, que tenía encomendado poner fin a las guerras que afligían a Florencia: “ut ab omni guerrarum insultu cessaremus et usu”. Llegó el Cardenal por fin a Florencia en el mes de marzo de 1304. Pero ni los buenos deseos del Papa, ni la diplomacia del purpurado sirvieron para lograr los ansiados fines. El Cardenal obtuvo el nombramiento de personajes para al gobierno de la ciudad³⁷, pero fracasó en la pacificación y en el regreso de los exiliados.

³⁷ Así lo reseña Platina en el correspondiente capítulo de su *Historia Pontificum*.

Desterrado, pues, y doliente el poeta, pero poco amigo de los otros desterrados³⁸, probablemente pueda atribuirse a ese tiempo la época de redacción del *Infierno* de su *Divina Comedia*, entre 1304 y 1308. En 1306 fue otra familia italiana la que brindó a Dante protección y a la vez lo utilizó en negociaciones diplomáticas. Fueron los Malaspina. En su nombre, Dante intervino para negociar con el Obispo de Luni, Antonio da Camilla, a fin de dirimir cuestiones territoriales que los oponían, obteniendo así una paz y

³⁸ A los que despectivamente menciona como “compagnia malvagia e scempia” (*Divina Comedia*, Paraíso, XVII, 62).

recíproco reconocimiento de derechos³⁹. Moroello Malaspina, Marqués de Giovagallo, fue destinatario de una de las epístolas del Dante⁴⁰. Con el tiempo estaría entre los dinastas italianos que prestarían homenaje al Emperador Enrique VII. Fue él también quien, de los güelfos negros toscanos, brindó acogida al Dante desterrado. Con el tiempo, Dante mencionaría elogiosamente a la familia en la *Commedia*⁴¹. También a la familia Sacchetti tributó elogios en el *Paradiso*⁴².

En los años siguientes, y ya hasta el fin de su vida, Dante hubo de soportar la citada ominosa condena de destierro, que ya lo mantuvo por siempre alejado de su añorada patria, Florencia, en la que confiaba algún día poder reposar⁴³, pero sólo si le era dado hacerlo con dignidad⁴⁴. Nunca renunció a su patria, aunque sí al proceder de sus gentes. Se tuvo por “florentinus natione, non moribus”⁴⁵.

LA LLAMADA DEL IMPERIO

Ese destierro forzado no acalló, sin embargo, antes tal vez incrementaría la fortaleza de sus ideas políticas. La mayor fue una poderosa ideología que animó por

siempre su pensamiento: fue su bien conocida aspiración a una soberanía imperial, que unificase y dignificase la dominación de su tiempo, universal, pero sobre todo italiana. Sería la revivificación del Sacro Imperio, decaído tras la muerte de Federico II Hohenstaufen, lo que colocaría a Dante en la serie de los pensadores gibelinos de su tiempo.

Conocida es la doctrina que Dante profesaba y propugnaba acerca de la soberanía universal del Imperio, independiente del Papa y superior a los demás Reyes⁴⁶. Presente su idea en varios lugares de sus obras, tuvo especial y extensa formulación teórica en su Tratado de *Monarchia*. Como es bien sabido, se sostiene allí, con abundante argumentación, la tesis de la necesidad del gobierno monárquico en claras expresiones manifestada: “Est igitur Monarchia necessaria mundo”, allí se dice⁴⁷. Y también: “ad optimam dispositionem mundi necessarium est Monarchiam esse”⁴⁸. Opinaba en consecuencia Dante, siguiendo probablemente a Homero⁴⁹ y a Aristóteles⁵⁰, que es mejor el gobierno de uno (monárquico) que el de muchos⁵¹. “Oporet esse regem unum, qui reget atque gubernet”.

39 Con el tiempo, en 1351, un Malaspina, Gabriele, sería Obispo de Luni.

40 La cuarta del epistolario.

41 Purgatorio, VIII 121-39.

42 XVI, 104. Un Sacchetti, Franco, florentino, nacido en la República de Ragusa (actual Dubrovnik), sería décadas más tarde, político, literato y diplomático (embajador) en Bolonia y Génova.

43 Poi che fu piacere de li cittadini de la bellissima e famosissima figlia di Roma, Fiorenza, di gittarmi fuori del dolce seno, nel quale nato e nutrito fui, fino al colmo de la vita mia e nel quale con buona pace di quella, desidero con tutto lo cuore di riposare”, escribe melancólico en el *Convivio* (I,III).

44 En la duodécima carta de su epistolario de mayo de 1315 rehusó regresar de forma humillante.

45 En la carta decimotercera del epistolario, dirigida a Cangrande della Scala, en la que expone el plan de la *Divina Comedia*.

46 Es la idea medieval alemana de considerar a éstos meros “kleine Könige”, por comparación con el Emperador. Dante los tiene por ignorantes: trata de desterrar los “vincula ignorantiae regum” (*De vulgari eloquentia*, (II,I,5). Se refiere a Roberto de Nápoles, al que, en alguna ocasión hace objeto de su desprecio, como un Rey sólo de palabra: “E fate re di tal ch’è da sermone». (Paráiso, VIII, 148). Opinaba el Dante que, así como los demás reyes tienen sus fronteras entre ellos (así Castilla y Aragón, pone como ejemplos), el Emperador no tiene más límite a su jurisdicción que el océano. (“sua namque iurisdicctio terminatur oceano solo”. (*Monarchia*, I, XI, 12).

47 *Monarchia*, I, IX, 78.

48 *Ibidem*, I, X, 98. Vide también I, XI, 20; I, XII, 13 y I, XIII, 8.

49 *Iliada*, II,204: “Ουκ αγαθον πολυκοιραννη. εις κοιρανος εστω, εις βασιλευς”.

50 Que a Homero cita, *Metafisica*, XII, 10, 1076.

51 “Quod potest fieri per unum melius est per unum fieri quam per plura”. *Monarchia*, I, XIV, 132.

Especialmente su teoría se oponía tajantemente a las pretensiones de una supuesta potestad del Pontificado superior a la del Imperio. A la antigua teoría de las dos espadas, la del Papado y la del Imperio, espiritual y temporal, que se había venido artificiosamente basando en la generalmente asumida interpretación de un dicho neotestamentario⁵², y aceptada tanto en la teoría como en la práctica jurídica del Sacro Imperio⁵³, el Papado, en los tiempos recientes del Dante, había propugnado su superioridad por encima del poder imperial, con lo que una espada se sobreponía a la otra, ilegítimamente según Dante⁵⁴, o, como él decía

“L’un l’altro a spento; ed è giunta la spada col pastorale”⁵⁵.

El 18 de noviembre de 1302 había promulgado el Papa Bonifacio VIII su famosa y exigente Bula “Unam Sanctam”, por la que proclamaba su pretensión de supremacía de la Iglesia y especialmente del Pontificado como ente político⁵⁶. Esa idea procedía ya de anteriores tiempos, los de otros Papas contundentes y autoritarios, Gregorio VII en el siglo XI e Inocencio III en el XIII, Incluso en tiempos de Bonifacio VIII, había habido



Cardenal Mateo d' Aquasparta en el *Políptico Gualdo Tadino*. Niccolò Alunno.

un precedente próximo, debido precisamente al Cardenal citado Mateo d'Acquasparta, autor de obras en que abundaba en tales ideas de supremacía espiritual. El Cardenal fue, como se ha indicado, un aguerrido defensor de las doctrinas del Papa Bonifacio VIII.

Contrarias como eran a sus propias ideas, Dante reaccionaría contra esa opinión del Cardenal que en días pasados había tratado de promover las pretensiones papales en Florencia y había, en suma, actuado en su contra personal al favorecer a los negros. Su reacción se

⁵² Lucas, XXII, 38.

⁵³ En el *Sachsenspiegel* de 1230, se formulaba la teoría de las dos espadas (“zwei swert liet Got in ertriche zu beschirmende die kristenheit; dem pavese ist gesazt daz geistliche, dem keisere das werliche”), pero sin que el poder religioso pudiera imponerse con fuerza sobre el temporal (“nicht dwinge”). Pero en el *Schwabenspiegel* de 1274, ya se duce que la espada del poder temporal la da el Papa al emperador (“das weltlich swert des gerihtes daz lieht der babest dem chaiser”).

⁵⁴ “Auctoritatem Imperii ab Ecclesia minime dependere”, mantenía Dante, *Monarchia*, III, XV, 200.

⁵⁵ *Divina Comedia*, Purgatorio, XVI, 109.

⁵⁶ Que conduciría a la pugna con Felipe IV de Francia, desembocada al fin en el atentado de Anagni, perpetrado contra el Papa por Sciarra Colonna, favorecido por Guillaume Nogaret y los franceses.

halla en el canto XII del *Paraíso*⁵⁷, donde ataca al Cardenal, a la vez que a su oponente Ubertino da Casale⁵⁸:

“ma non fia da Casal né d’Acquasparta
là onde vegnon tali alla scrittura⁵⁹,
ch’ uno la fugga, e l’altro la coarta”.

Frente a esa doctrina de la supremacía papal que Mateo d’Acquasparta y el Papa Bonifacio reclamaban, resurgiría el contrario principio que proclamaba el poder universal del Sacro Imperio. De éste sería adalid Dante, cuya ideología, patente en sus obras políticas, halló su referente inmediato en la presencia en Italia del Emperador de su tiempo, Enrique VII, de la Casa de Luxemburgo, el *Arrigo* de sus ilusiones y esperanzas políticas, diez años más joven que el Dante y resuelto a hacer prevalecer en Italia sus derechos imperiales.

Éstos habían sufrido un largo paréntesis después de la muerte en 1250 del Emperador Federico II Staufen al que sus contemporáneos habían calificado de “Stupor mundi”, monarca de gigantescas proporciones políticas, alemán y siciliano, de ambiciosas empresas, logradas o inconclusas, fallecido inesperadamente a mitad de ellas, admirado por muchos, bienquisto de Papas y por ellos execrado, admirado y controvertido, representante de la grandiosa idea imperial que había sido lema y meta del Sacro Imperio y que más tarde precisamente el Dante pondría todo su empeño en querer restaurar⁶⁰.

⁵⁷ Vº 124-6.

⁵⁸ Fraile benedictino, promotor de los *Fratricelli*, que profesaban la pobreza de Cristo. Excomulgado por el Papa Juan XXII, con el tiempo formaría parte de los adictos al Emperador Luis IV.

⁵⁹ El Cardenal había escrito una *Introducción a la Sagrada Escritura*

⁶⁰ Al emperador Federico II lo coloca Dante en el Infierno de la *Comedia* por hereje, pero lo ensalza en el *Convivio* (IV, 10). A su hijo Manfredo, usualmente tenido por bastardo, lo considera “benegenito” (*De vulgari eloquentia*, (I, XII, 4).

No habrá que recordar más que someramente aquí cómo a la muerte del Emperador Federico había seguido en Alemania una época turbulenta, la del llamado Gran Interregno (“die kaiserlose schreckliche Zeit”, dicen los alemanes). Para regir el Imperio vacante y cernir la corona de Rey de Romanos, los Príncipes Electores habían elegido simultáneamente en 1257 a dos Príncipes extranjeros: Ricardo Plantagenet, de Inglaterra, y Alfonso, Rey de Castilla. Al fin se entronizó a Rodolfo I, de la Casa de Habsburgo, a su muerte a Adolfo de Nassau y luego a Alberto de Habsburgo, hijo de Rodolfo⁶¹. Ninguno de estos monarcas intentó cumplir el requisito de emprender viaje a Roma para hacerse coronar Emperador por el Papa, tampoco éste precisamente muy propenso a realizarlo, incluso opuesto a ello, como se dio expresamente por parte de Bonifacio VIII respecto de Alberto I⁶².

El Dante reprochó tal desinterés de los propios soberanos alemanes al no querer consumir su poder y su misión con la coronación imperial en Roma⁶³.

El 1 de mayo de 1308, Alberto I fue asesinado por un próximo pariente⁶⁴, con lo que el trono del Imperio vol-

⁶¹ En el *Convivio* (IV, III, 6) lo menciona Dante, aludiendo a Federico II como el “ultimo imperadore de li Romani”, “non ostante che Ridolfo e Adolfo e Alberto poi eletti siano”.

⁶² Como comenta PLATINA, en su *Historia de los Papas*. También GREGOROVIVUS, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, lib. X, cap. VI, 3.

⁶³ Se lo reprochó a Rodolfo I:
“Ridolfo imperador fu che potea
Sanar le piaghe c’anno Italia morta”. (Purgatorio, VII, 94-6).
Y a Alberto I:
“O Alberto Tesdesco, che abbandoni
Costei ch’è fatta indomita e selvaggia,
...
Vieni a veder la tua Roma che piagne,
Vedova, sola, e dí e notte chiama,
Cesare mio, perché non m’accompagne”. (*Ibidem*, VI, 97 s. y 112-4).

⁶⁴ Ioannes Parricida.

vió a estar vacante. También en el campo internacional ello tenía sus consecuencias⁶⁵. Un copioso conjunto de correspondencia sobre un hecho tan espectacular aparece en los archivos El vecino occidental del Imperio, es decir Francia, ejercía su política exterior, regida por un soberano capaz y activo: Felipe IV el Hermoso.

Éste desplegaba por entonces una política exterior que se extendía por varios sectores, tanto desde el punto territorial como temático. Una de sus ambiciones radicaba en el control de la Sede papal, sita precisamente en Francia, en Aviñón; tenía Felipe IV varias exigencias que presentar al Papa francés Clemente V. Como habrá ocasión de reiterar, las principales eran la exoneración de las sanciones en que el monarca y sus ministros habían caído a causa de su anterior pendencia con el Papa Bonifacio VIII, y asimismo el proyecto de acabar con la Orden del Temple. Otro sector de aquella política consistía en invalidar como posible rival al Imperio, ya fuese disminuyendo sus atribuciones, ya fuese avanzando la candidatura de un príncipe francés en la elección imperial. Lo primero lo ensayó en el Tratado que nego-

⁶⁵ El embajador aragonés en Aviñón dio cuenta a su monarca del hecho con estas escuetos términos: “prima die mensis Maji proxime preteriti rex Alamanuie fuit interfectus per quendam nepotem suum, filium fratris “. El Papa Clemente V dio cuenta por carta (desde Poitiers a 18-VI-1308) al Arzobispo de Tréveris, Balduino, Príncipe Elector, recomendando la elección de un futuro soberano del Imperio que sea un *fortis athleta Domini et pugil strennuus Crucifixi*, términos en que alude *alibi* a Carlos de Valois, hermano del Rey de Francia. La Crónica de Guillaume de NANGIS refiere: “Albertus Romanorum rex a quodam nepote ex sorore, ut dicitur, interfectus decessit”. Al tratar en Aviñón de las posibilidades de candidatos para la elección imperial, el influyente Cardenal Aberтини da Prato había hablado al Papa favorablemente respecto de Enrique de Luxemburgo. (VILLANI, libro VIII, cap. 101). Ese Cardenal se mostraría luego su partidario en Italia y fue uno de los cardenales que lo coronaron en Roma, *vide infra*.



Mapa alegórico que muestra a Roma personificada como viuda que sufre la pérdida del papado.

ció con Adolfo de Nassau, soberano del Imperio⁶⁶. En lo segundo fracasó, al no conseguir que prosperara la candidatura de su hermano Carlos al trono imperial.

Ya se ha referido aquí que, de los anteriores monarcas en el Imperio, ninguno había efectuado el preceptivo viaje a

⁶⁶ BOCK, *op.cit.*, p. 54.

Roma. Fue el siguiente monarca quien tuvo presente esa magna empresa. El conde Enrique de Luxemburgo fue elegido Rey de Romanos⁶⁷ el 27 de noviembre de 1308 y coronado Rey de Alemania en Aquisgrán el 6 de enero de 1309. A partir de ahí, la duda estaba en seguir el ejemplo de sus inmediatos predecesores y no intentar empresa alguna fuera de Alemania, o bien requerir su derecho a ser coronado emperador en Roma, como era exigible por quien hubiera sido elegido Rey de Romanos. Dícese que aconsejaron algunos (parece que el arzobispo de Maguncia⁶⁸) que el nuevo soberano se contentase con Alemania y renunciase a la empresa italiana⁶⁹. Pero el monarca optó por la empresa más ambiciosa y conforme con su calidad de soberano del Imperio.

Su presencia será aquí constante y determinante, protagonista como fue de aquellos hechos en suelo italiano, paralela a la del otro protagonista, Dante Alighieri, su promotor ideológico y literario. Pero de Enrique VII se tratará en estas páginas en cuanto a su diplomacia, importante medio, como fue, de sus empresas y proyectos, también de la acción política en la Italia de su época, en la que quiso ser principal actor de un proyecto de gran envergadura, émulo de sus predecesores⁷⁰.

67 En una elección promovida y favorecida por su pudiente hermano, Balduino de Luxemburgo, Arzobispo y Príncipe Elector de Tréveris.

68 Peter von Aspelt, que había sido uno de sus electores, como por cierto figura en la efigie de su sepulcro en la catedral de Maguncia.

69 “L’arcivescovo di Maganza lo consigliava che non pasasse e che li bastava di esser re della Magna, mettendoli in gran dubbio e periculo il passare in Italia”. (Dino COMPAGNI, III, 24).

70 Para las fuentes de su reinado se deberá recurrir a la colección de los *Regesta Imperii*. Concretamente a Johann Friedrich BÖHMER, *Regesta chronologico-diplomatica regum atque imperatorum Romanorum 911–1313* (Frankfurt 1831) y rigurosamente a los *Regesta Imperii inde ab anno MCCXLVI usque ad annum MCCCXIII*.

Así pues, su inmediato propósito, congruente con el deseo de vivificar la idea del Imperio, se debatió y acordó en la Dieta de Spira de agosto/septiembre de 1309⁷¹. Se trataba de decidir el plan de efectuar el viaje a Italia, el acostumbrado *Romzug* germánico, para recibir la corona imperial, si bien difícilmente podría ser de manos del más bien renuente Papa Clemente V, trasladado por entonces a Aviñón, en Francia, bajo la ambiciosa tutela política del monarca francés, Felipe IV. El Papado había ya dado comienzo a un largo destierro, alejado de su sede romana. Para la diplomacia europea ya todos los caminos no irían a Roma, sino a Aviñón, donde el Sumo Pontífice había establecido su residencia.

DIPLOMACIA EN ACCIÓN

La decisión italiana, el *Romzug*, había de tener un prólogo y un desarrollo diplomático. El primer escaño sería en Alemania. Si se ha hecho aquí mención de la Dieta del Imperio en Spira, es porque en ella se realiza, por así decir, el primer acto diplomático de la futura intervención de Enrique VII en Italia, en la tierra donde el Dante podía ya augurar su deseada venida. A la Dieta acudieron desde el 30 de agosto de 1310 varias misiones de enviados de las ciudades italianas para prestar sumisión al que aspiraba a ser su soberano imperial.

Constan nominalmente algunas. De Milán parecen haber acudido significativos personajes: Mateo Visconti y Guido de la Torre, efectivos magnates de la

71 Era de rigor obtener la aquiescencia y la financiación de los Príncipes del Imperio; en época precedente, en 1287, lo habían rehusado a Rodolfo de Habsburgo.

región, y Tebaldo de Brusati, capitán de Brescia⁷², que lo era menos: seguramente disminuido su poder por hallarse a la sazón exiliado de Brescia, compensó la precariedad de su situación siendo quien con mayor aparente capacidad, prometiera al Rey Enrique el sometimiento de los italianos. Las fuentes de la época mencionan asimismo una embajada milanesa compuesta por dos frailes dominicos, Alberto de Cortebola y Otón de Porta Cumana. Otras misiones italianas debieron de acudir a Spira para testimoniar a Enrique su adhesión y pedirle su venida. Sin duda fortalecerían en el ánimo de Enrique la idea de su empresa.

Las siguientes acciones diplomáticas serían desde Alemania, hacia los dos destinos que requerían iniciativas: Francia e Italia. Con el Rey de Francia, Felipe IV el Hermoso, en París y con el Papa Clemente en Aviñón comenzó Enrique VII sus actuaciones diplomáticas, mandándoles en 1309 y 1310 sendas embajadas⁷³, cuidadosamente nutridas de personajes profranceses: el Obispo de Basilea, Otto von Grandson⁷⁴, el de Coira, Siegfried von Gelnhausen, el Duque Amadeo de Saboya, Giovanni Delfino, Conde de Vienne, el Conde Guido de Flandes, el de Saarbrücken, Juan, y el tesorero de Metz, Simon de Marville⁷⁵. Les correspondió jurar en Aviñón ante el Papa el juramento de fidelidad a la Iglesia en nombre de Enrique

VII⁷⁶. De ellos, el primero, el Obispo Otto de Basilea, no sobrevivió a la misión; fallecería en Aviñón o en el viaje de retorno.

La embajada al Papa Clemente V se realizó con toda solemnidad. Se trataba no sólo de requerir su aquiescencia⁷⁷, sino también de concertar una fecha para la coronación imperial en Roma, que en efecto el Papa fijó para el día de la Purificación del siguiente segundo año⁷⁸.

Al Papa despachó además Enrique una embajada a cargo de un fraile dominico, que más tarde habría de desempeñar otras varias, de confianza de su monarca, bienquisto del Papa, y capaz de muy diversos cometidos. Fue Nicolás de Ligny, que con el tiempo realizaría misiones y las referiría, como embajador y cronista⁷⁹. Se abría una perspectiva de diplomacia: a Aviñón para obtener la conformidad papal,⁸⁰ a París para concordarse con el Rey de Francia, y a Italia para preparar el viaje del nuevo Rey de Romanos.

⁷² *Matheus Mediolani et Theobaldus Pixie magnates et plurimi Lombardorum*, cita alguna crónica.

⁷³ El 2 de junio de 1309 y el 26 de abril de 1310.

⁷⁴ Que precisamente no hablaba más que francés. *Vid.* sobre él *infra*.

⁷⁵ El Papa Clemente recibió la embajada de dichos embajadores () y confirmó la calidad del elegido Enrique como Rey de Romanos y futuro emperador (“ipsam, ydoneum et habilem invenimus ad prefatum imperium obtinendum ac electionem ipsam canonicam extitisse”) *Vide Regestum*.

⁷⁶ “Forma autem iuramenti prestiti in Avinione per procuratores et nuntios predicti regis Romanorum tempore sue coronationis renovandi talis est: Nos Sifridus Curiensis episcopus, Amadeus viene Sabaudie, Iohannes dalfini Viennensis et Albonen. comes, Quido de Flandria, Iohannes comes de Saraponte et Symon de Marvilla thesaurarius Metensis, nuntii et procuratores serenissimi principis Henrici romanorum; regis habentes ad omnia infrascripta plenam et generalem ac liberam potestatem et speciale mandatum ab eodem”. Así constan los embajadores en la mención del juramento transcrito en el Regesto de Clemente V.

⁷⁷ Mense junio Henricus in regem Romanorum nuper electus concorditer... solemnnes nuntios et ambassiatores cum electionis suae decreto misit Avenioni, ad petendam benedictionem et consecrationem imperiique coronam de manu summi pontificis, necnon ipsius et ecclesiae Romanae favorem et gratiam consuetos”. (Crónica de Guillaume de NANGIS, año 1309).

⁷⁸ “... ad consecrationem et coronam imperii sumendam in basilica principum apostolorum de Urbe, ad festum Purificationis beatae Mariae futurum usque ad biennium”. (*Ibidem*).

⁷⁹ Al Papa Clemente dedicaría su Crónica en 1316 *Vide infra*.

⁸⁰ Para los Príncipes alemanes, el elegido ya tenía derecho a la coronación en Roma, mientras que los Papas requerían una confirmación de su parte.

Sucedía que, por primera vez desde la residencia papal en Francia, se ponía de manifiesto la improbable presencia del Papa en Roma para la coronación de un emperador, por lo que el propio pontífice expresaba sus dudas acerca del “lugar y tiempo oportunos” para ello⁸¹ y de fijar un término cierto.

El otro destino era evidentemente Italia. El viaje a Italia⁸² del nuevo monarca Enrique VII fue precedido de un importante movimiento diplomático⁸³. Procedía dar cuenta de su elección y de su propósito a los Príncipes, Estados y ciudades de la Península, cuyo legal soberano ya era.

Para ello, el 24 de junio de 1309, desde Nuremberg, se despachó una primera embajada, a cargo del jurista Enrique de Güeldres, de Enrique de Beaufort y Enrique de Ralvengo, ciudadano de Asti, y, en el mismo año, el 1 de septiembre, una segunda, a cargo de un jurista de

Aleandría, Bassiano Guasco, y de los nobles Ugolino di Vico y Juan de Kyl⁸⁴. Las embajadas no tenían, por supuesto, el sólo cometido de anunciar la ida del monarca, sino también la de concitar la sumisión de los italianos y procurarse su apoyo. También para hacerse con el imprescindible acuerdo papal⁸⁵.

En mayo/junio de 1310, ya casi coincidentes con la marcha del Rey, fueron a Italia otras dos embajadas, enviadas con destinos diferentes. A Lombardía fueron los obispos de Coira y de Constanza (Sigfrido y Gerardo) con Ugolino de Vico y Enrique de Ralvengo. A Liguria, los obispos de Basilea y de Eichstädt (Gerhard von Wipplingen y Philipp von Rathsamhausen y el citado jurista Guasco⁸⁶.

Casi a la vez, el 9 de octubre de 1310, inició Enrique VII su camino. Seguramente in pretenderlo, Giovanni Villani en su Crónica alude a los dos motivos que lo impulsaban: “il suo sforzo e le ambascerie della Italia”⁸⁷. Quería figurar como *rex pacificus*. Bajó a Italia con un escaso ejército⁸⁸, quería contrastar con Federico I y II, con los Otones y Enriques. El camino fue desde Berna a Ginebra, luego al Condado de Saboya, cuyo conde,

81 sibi per nostras manus loco et tempore opportunis debere concedi unctionem et ipsius imperii diadema certum ad hoc ei terminum assignantes.

82 El viaje fue detalladamente descrito en la aquí varias veces citada crónica de Nicolás de Ligny e iluminado en las sugestivas miniaturas del códice encargado por el hermano del Emperador, el Arzobispo de Tréveris, Balduino. En ellas no sólo se relatan gráficamente los sucesos, sino que, a través de los cuidadosamente reproducidos blasones, se pueden localizar con exactitud los principales nobles que acompañaban al monarca en los actos públicos y en las campañas. (Vid. *Kaiser Heinrichs Romfabrt*, ed. de Franz Joseph HEYEN, Boppard am Rhein, Boldt, 1965). Como fuentes primordiales del viaje pueden citarse: Nicolás de LIGNY, el notario milanés Giovanni da CERMENATE y el paduano Albertino MUSSATO (*De gestis Heinrici VII Caesaris Historia Augusta*). Puede añadirse el vicentino Ferreto dei FERRETI y también Dino COMPAGNI (*Cronica delle cose occorrenti ne' tempi suoi*), cronistas contemporáneos todos favorables al Emperador. De crónicas francesas, se ocupa Guillaume de NANGIS, historiador de Felipe IV el Hermoso.

83 Sobre el viaje y su ubicación en el complejo diplomático del momento en Italia, puede verse Friedrich BOCK, *Reichsidee und Nationalsaaten. Vom Untergang des alten Reiches bis zur Kündigung des deutsch-englischen Bündnisses im Jahre 1341*, München, Callwey, 1941, pp.125-145.

84 “Meister Heinrich von Geldonia, seinen Kleriker, den Ritter Heinrich von Beaufort und den Heinrich von Ralvengo, Bürger von Asti”. Y “Magistrum Bassyantum, doctorem legum, Hugelynum de Wick et Johannem de Kyl, milites, als seine Machtboten in Mantua”. (*Regesta Imperii*, 1246-1313, cit., Heinrich VII, 24 de junio y 1 de septiembre).

85 A la sazón empeñado en ayudar a Ferrara, atacada por la República de Venecia. Enrique VII buscaba por entonces el compromiso favorable de la Curia aviñonesa.

86 Vide Francesco COGNASSO, *Arrigo VII*, Milán, Dall'Oglio, 1973.

87 “attendendo il suo sforzo e le ambascerie delle città d'Italia” (libro IX, cal. VII).

88 “Con poca gente” (*ibidem*).



El viaje del emperador Enrique VII a Roma mientras el séquito cruza el macizo del monte Cenis en octubre de 1310. *Códice Balduini Trevirensis*

Amadeo V, era cuñado de Enrique⁸⁹ y fue, por lo tanto, su fautor; luego, ya en tierra de Lombardía, hacia Mi-

⁸⁹ Margarita de Brabante, esposa de Enrique, era hermana de María, esposa de Amadeo V de Saboya. La emperatriz Margarita murió en Génova en 1311 durante la expedición italiana en la que acompañó a su esposo. Fue beatificada en 1313. Fue enterrada en Génova. Su viudo encargó el bello sepulcro a Giovanni Pisano, que formaba parte de su Corte.

lán⁹⁰. Al Rey de Romanos acompañaban sus dos hermanos, Balduino y Walran⁹¹. De historiar puntualmente su viaje se ocuparon el citado fraile luxemburgués Nicolás de Ligny y el notario milanés Giovanni da Cermenate; ambos se ocuparían también de menesteres representativos del monarca⁹².

El viaje transcurrió por etapas. El 9 de octubre de 1310, la comitiva partió de Berna. El recorrido se fue esmalando de acontecimientos diplomáticos. Éstos fueron, de un lado, las embajadas adelantadas por el Rey a fin de anunciar su llegada o preparar su favorable recepción. De otro, las embajadas, a la inversa, enviadas por las entidades políticas italianas para anunciar sus propósitos de sumisión al monarca o para requerirle su presencia. De esas acciones diplomáticas convendrá, pues, hacer aquí la conveniente mención, puesto que la diplomacia de la época en Italia constituye el tema.

No menos habrá que hacer constar el otro aspecto que aquí se requiere. Esas recíprocas misiones se vieron en cierto modo acompañadas por un elemento propagandístico, por cierto al más alto nivel imaginable: la exigente invitación de Dante Alighieri a los señores y pueblos de Italia para que acogiesen la llegada del monarca y le tributasen la debida adhesión, como soberano del Sacro Imperio y restaurador de sus ideales⁹³.

Con ilusión sabría el Dante de las atapas del viaje imperial y sus auspiciables encuentros. En Lausana hubo ya algún hecho diplomático de importancia. Desde

⁹⁰ Amadeo V había figurado en la citada previa embajada a Aviñón para la prestación de juramento ante el Papa.

⁹¹ "Iuvenis robustissimus et in armis strenuus", según CERMENATE, I, XXXVII.

⁹² *Vide supra*, nota

⁹³ *Vide infra*.

Pisa le llegó un embajada encabezada por Michele Lante, con oferta de sumisión, obsequio de sesenta mil florines y petición de su presencia en Italia⁹⁴. Allí Enrique recibió el homenaje de embajadores italianos. Las ciudades empezaban a reaccionar de modo favorable. Una de las sugestivas miniaturas que exornan la Crónica de Giovanni Villani⁹⁵, escenifica la sumisión de los enviados italianos.

De Lausana el viaje prosiguió. El 12 de octubre se llegó a Ginebra. Siguió el tránsito por Saboya y el encuentro con el conde Amadeo. El 30 estaba en Turín, adonde llegaron los enviados de Pisa y otros. Los del común de Pisa solicitaban de Enrique VII que mandase gentes a Toscana para apoderarse de Pisa como de propia tierra⁹⁶. En la Corte del Rey Enrique figuraban ya embajadores de Estados italianos.

Florenia era siempre la excepción. El 3 de julio de 1310 Luis de Saboya, senador de Roma, allí fue como embajador de Enrique junto con dos preladados de Alemania⁹⁷ y con Simone Filippi, para proponer que enviasen embajadores de sumisión a Enrique a Lausana. Los florentinos respondieron “con parole superbe e disonesti”. Y los embajadores se volvieron “assai indegnati contro’ a Fiorentini”⁹⁸.

No sólo no aceptaron los florentinos prestar sumisión al nuevo monarca, sino que en noviembre de 1310 una

⁹⁴ Carlo CERIANA MAYNERI, *I LanteMontefeltro della Rovere*, Milano, Ceschina, 1959, p.33.

⁹⁵ Del manuscrito que se halla en la Biblioteca Vaticana.

⁹⁶ Así le informaban al Rey de Aragón, Jaime II, sus enviados: “lo común di Pisa mando una et piu volte suoi anbasciadori ne Lamagnia acierchar chol re de Lamagnia che mandasse in Toschana di sua gente a prender Pisa chome sua terra” (FINKE, *Acta Aragonensia*).

⁹⁷ Seguramente los mencionados obispos.

⁹⁸ VILLANI, libro IX, cap. 120.

Liga de ciudades güelfas le impidió el acceso desde la Lumigiana⁹⁹, lo que le obligó a realizar algún trecho marítimo para acceder a otra importante escala, Pisa, donde fue recibido con alborozo; fue un lugar que representaría buena parte de la residencia temporal de la Corte. Entre tanto, los florentinos recurrieron a iniciar el que sería el principal obstáculo de Enrique en Italia. Solicitaron la protección de Roberto de Anjou, Rey de Nápoles, a su vez favorecido de su pariente el Rey Felipe IV de Francia y del Papa Clemente V. Al Embajador que el Rey Enrique les envió que fue Luis de Saboya, lo recibieron de mala manera, haciéndole ver que ante su Monarca no se bajarían nunca¹⁰⁰, antes al contrario mandaron retirar las insignias de las águilas imperiales de donde estuvieran¹⁰¹.

Otro lugar, a la vez políticamente influyente y a la sazón dificultoso, era la República de Venecia. Complicada en un ominoso conflicto con Ferrara, había suscitado la animadversión del Papa, que había excomulgado a los gobernantes venecianos y sometido a la República a interdicto religioso. La diplomacia veneciana se movía para buscar apoyos en la situación. El Embajador véneto en Aviñón, Francesco Dandolo, fértil en recursos¹⁰², se esforzaba en ello. El Rey Enrique se implicó en apoyar al Papa y resolver el trance con Ferrara, feudo papal, a la vez que deseaba obtener un acto de sumisión de

⁹⁹ Fueron las tropas güelfas y catalanas al mando de Diego de Larrat las que bloquearon el paso de la expedición de Enrique VII.

¹⁰⁰ “che mai per niuno signore i Fiorentini inchinarono le corna”. COMPAGNI, III, 35.

¹⁰¹ E ne’ bandi loro diceano: “A onore di Santa Chiesa, e a morte del re della Magna”. L’aquile levarono dalle porti, e dove erano intagliate e dipinte; ponendo pena a chi le dipignesse, o le dipinte non ne spegnesse. (*Ibidem*).

¹⁰² Se le apodó Francesco *cane*, porque en una ocasión de presentó ante el Papa con una cadena al cuello, pidiendo absolviere a Venecia de las condenas canónicas. Con el tiempo sería Dux de 1328 a 1339.

los venecianos a su posición imperial. Lo obtendría al fin en 1311.

El 6 de noviembre de 1310, prosiguió el viaje. Siguieron, Asti, Vercelli y Novara.

La principal meta era naturalmente Milán, a donde la comitiva llegó el 23 de diciembre de 1310, y donde Enrique VII fue coronado con la supuesta corona de hierro lombarda¹⁰³ como Rey de Italia en la Epifanía de 1311¹⁰⁴.

Llegaron embajadores del Senado de Roma, Luis de Sabya, destinado a Aviñón para urgir al Papa el retorno a la Urbe. Como eso coincidía con el deseo de Enrique de que se fijase fecha para la coronación en Roma a ser posible de manos del Papa, Enrique añadió a la misión dos embajadores propios, Nicolás de Ligny y el deán de Tréveris, que a Italia había viajado acompañando a su arzobispo Balduino, hermano del Rey.

Es obvio que aquellas embajadas habían de causar un movimiento diplomático de ingentes repercusiones en todos los ámbitos políticos del suelo italiano. Puede hablarse de revuelo, y también de resurrección de ideas imperiales, de revitalización de los intentos gibelinos y de actividad de las ciudades en las que tales gobiernos regían.

La Diplomacia, pues, en acción. Los embajadores de Enrique VII eran heraldos de nuevos o más bien de renovados impulsos políticos, ansiados y propugnados por muchos, temidos o rechazados por otros.

¹⁰³ Hubo para ello que fabricarse una corona *ad hoc*, de lo que se encargó el artífice Lando di Sennis.

¹⁰⁴ Se escogería esa fecha por referencia a los tres Reyes Magos, en una fabulosa vinculación a las tres coronas: de hierro (Milán, Italia), de plata (Aquisgrán, Alemania) y de oro (Roma, el Imperio).

DANTE Y LA PRESENCIA IMPERIAL

Y desde luego, la llegada a tierra italiana de Enrique VII, soberano del Imperio alemán, no podía sino causar a Dante Alighieri un poderoso impacto de esperanza y alegría. Sus sueños de una única soberanía imperial revivida, encarnada en un Monarca legítimo, que bajaba a suelo italiano para reconstruir el viejo Imperio, se veían confrontados con la comprobación fáctica de sus imágenes teóricas. Dante, convertido en profeta de aspiraciones gibelinas, vio en la llegada del monarca germano, encarnación del Imperio, una especie de Mesías político para su tierra italiana¹⁰⁵

Los visibles testimonios de la acción de Dante se hallan en sus cartas. Ocupan éstas un lugar no desdeñable del conjunto de sus obras conservadas, en calidad de la actividad exterior de su autor. Testimonio evidente, si bien algunas de ese conjunto de trece epístolas conservadas, no han gozado del favor de la historiografía, a la hora de confirmar su autoría o su fecha¹⁰⁶ o la naturaleza de su carácter político o ideológico.

La llegada de Enrique VII a Milán dio ocasión a Dante para dirigirle una carta¹⁰⁷ (la VII de su serie epistolar que se conserva), sumamente compendiosa, en la que le prodiga elogios, le brinda sumisión y le insta a acudir a la rebelde Florencia. De nuevo sus frases

¹⁰⁵ Vid. por ejemplo las consideraciones de Ferdinand GREGOROVIVUS, *Geschichte der Stadt Rom im Mittelalter*, libro V, cap. I, 1.

¹⁰⁶ Entre 1304 y dudosamente 1320.

¹⁰⁷ Carta VII. Las siguientes cartas (octava, novena y décima) son bocetos de las enviadas en nombre de la Condesa Gerardesca Battifolle, pariente de los Guidi, a la Reina Margarita de Brabante, esposa de Enrique. La Reina falleció, como se ha dicho, durante la expedición en 1311.



Entrada del emperador Enrique VII en Milán. *Códice Balduini Trevirensis*, alrededor de 1340.

resuenan en tonos elevados, clásicos, encomiásticos y conformes con la tradición de laudes al Imperio, que Enrique encarnaba.

En tales palabras se le celebra como al rey justo cuyo patrocinio se imploraba, como sucesor de César y de Augusto, como rostro de la verdad, al que cabe preguntar como en la voz de Juan Bautista: “Tu es qui venturus es, an alium expectamus?” En él manifiesta creer y esperar, como ministro de Dios, hijo de la Iglesia y promotor de la gloria romana. En su exaltación, no vacila en enunciar las sacras palabras: “Ecce agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi”, al tiempo que, en alambicadas expresiones, le recuerda que la gloriosa potestad de los Romanos ni siquiera la onda del Océano alcanza a circunscribir¹⁰⁸. Pero, aupado por conceptos clásicos y bíblicos, no duda, sin embargo, en descender a realidades, para celebrar sus recientes victorias frente a ciudades rebeldes, concretamente Cremona y Brescia¹⁰⁹. Y a confiar que someta a Florencia, que se opone a sus designios. Y expresa al fin su confianza: “fugient Philistei, liberabitur Israel”.

La figura del Rey de Romanos, soberano del Sacro Imperio, se alza, pues, en esa carta, bajo adorno de escogidos apelativos virgilianos y escriturísticos, diríase casi mesiánicos.

¿Qué podía hacer él para prestar su adhesión, su favor, su aportación de güelfo blanco, injustamente expulsado de su patria, precisamente a causa de sus ideas? Tres cosas.

¹⁰⁸ “Nam etsi vim passa in angustum gubernacula sua contraxerit, undique tamen de inviolabili iure fluctus Amphitritis attingens vix ab inutili unda Oceani se circumcingi dignatur” .

¹⁰⁹ Que las huestes de Enrique acababan de sojuzgar implacablemente.

La primera era incitar enérgicamente a sus compatriotas a prestar sumisión al Rey de Romanos y apoyarlo en su justa decisión de hacerse coronar Emperador en Roma. La segunda era acudir personalmente a prestarle su homenaje. La tercera brindarle una imagen gloriosa en sus poemas. Cumplió. Véase cómo.

El apoyo a la causa de Enrique había de mostrarse recibiendo bien a sus embajadores y mostrándoles todos acatamiento, se dirigía ello muy especialmente a sus insumisos paisanos de Florencia. Las cartas de Dante ofrecen testimonio de esa acción. Trece son las conservadas, de variado contenido y alguna de discutible autoría¹¹⁰. Las más congruentes con el presente tema son aquéllas en las que Dante manifiesta su apoyo a la causa de Enrique VII en Italia, es decir, a su carácter de encarnación del Sacro Imperio y portador y adalid de sus ideas.

En cuanto al encuentro personal de Dante con el monarca, es tema sujeto a conjeturas. Pudo haber tenido lugar durante la estancia de éste en Turín, a donde Enrique llegó el 29 de octubre de 1310 y adonde es sabido que acudieron güelfos blancos florentinos. Otros relatos apuntan a Vercelli en noviembre. No hay un testimonio preciso de lugar y momento, sólo referencia al hecho y alguna efigie de tiempos posteriores, más imaginativa que real.

Debió de ser antes de Milán, porque en la citada carta que allí dirigió al Rey instándole a ir a Florencia, hay testimonio personal del encuentro: “benignísimo te vi y clementísimo te escuché –escribí–, como conviene a la imperial majestad, cuando mis manos tocaron tus pies y

¹¹⁰ Hay una abundantísima bibliografía, en que se valora contenido, fechas y posible atribución. Discúlpese que se prescinda aquí, por lo copiosa, de tan valiosa aportación.

mis labios cumplieron sus deberes”¹¹¹. ¿Habrían en latín? Enrique no parece haber hablado lenguas italianas. Su lengua materna sería el francés. Hablaría alguna de las lenguas alemanas del Imperio, desde luego el *letzeburgisch* de su tierra luxemburguesa. En francés estaban escrito los informes que le enviaban sus embajadores desde Italia.

Todo esto, en cuanto a la actuación de Dante y a su cooperación con el monarca imperial y a su personal saludo y pleitesía.

En cuanto a la obra literaria, ciertamente el propio Enrique VII no podría quejarse del lugar que su semblanza ocupa en la *Divina Comedia*, donde al “Alto Arrigo” se le califica de salvador y recuperador del Imperio en Italia:

“E’n quel gran seggio a che tu li occhi tieni
per la corona che già v’è sù posta,
prima che tu a queste nozze cenì,
sederà l’alma, che fia giù agosta,
de l’alto Arrigo, ch’a drizzare Italia
verrà in prima ch’ella sia disposta”¹¹².

Y también en el Purgatorio lo menciona Dante como el hombre sabio que augura repondrá a Italia bajo la autoridad del Imperio y pondrá así fin al poder temporal de la Iglesia.

El primer medio para secundar esos planes era convencer a su patria italiana de que la llegada a su suelo del nuevo monarca era la realización de sus venturas. Ese es el tema de la carta quinta, por lo demás bien conocida y repro-

¹¹¹ “Velut decet imperatoriam maiestatem benignissimum vidi et clementissimum te audivi, cum pedes tuos manus meae tractarunt et labia mea debitum persolverunt.

¹¹² Paradiso, XXX, 133-48.

ducida en sus sentencias como uno más de los dichos medievales con los que en otros tiempos se exaltaba, casi se divinizaba la idea del Imperio y la persona de sus titulares. Sus frases ampulosas, de lenguaje veterotestamentario puntualmente revestidas, transmiten un mensaje, imitadamente profético, para impulsar a la recepción del monarca, que es la personificación de todos los bienes.

Con tales promesas, incita a la bella y mísera Italia, “Miseranda Italia, pulcerrima”, a que enjague sus lágrimas y borre las huellas de su tristeza¹¹³, y a que confíe en que llega la consolación y la paz para los que aman la justicia, porque llega el esposo, el solaz del mundo, la gloria del pueblo¹¹⁴ y, concorde con la tradición imperial, le da los nombres del imitado mundo clásico, “Divus et Augustus et Cesar”, resonando un tono cristiano, “aquél que te liberará de la cárcel de los impíos”¹¹⁵, y no sin una imagen rural y campestre, la del labrador que rige sus bueyes con el arado, en la que parece evocarse versos de Godofredo de Viterbo, el también ensalzador del Imperio en tiempos del Medievo¹¹⁶.

A sus compatriotas, estando Dante en Torre dei Guidi, en casa, pues, de amigos, escribió Dante para excitarles a sus deberes ante la presencia del monarca germano en Italia. Desde allí, desde los manantiales del Arno (sub fontem Sarni) el 31 de marzo de 1310¹¹⁷, escribe una carta, la sexta de su colección, intentando convencer a sus compatriotas florentinos a que reciban a los embajadores de Enrique y se

¹¹³ “Exsicca lacrimas et meroris vestigia dele”.

¹¹⁴ “Sponsus tuus, mundi solatium et gloria plebis tuae, clementissimus Henricus”.

¹¹⁵ “qui liberabit te de carcere impiorum”.

¹¹⁶ “Immo ferunt aratrum, vomere rura solunt”, dice de los reyes antiguos. 30, cit. *apud* Richard HEER, *Die Tragödie des Heiligen Reiches*, Kommentardband, Stuttgart, Kohlhammer, 1953, p. 81.

¹¹⁷ Y fecha además en el año primero del faustísimo curso en Italia del Emperador Enrique VII.

sometan a su señor natural. Es un texto muy explícito de la ideología de su autor y de sus esperanzas para su Patria.

Esperanzas que con indignación advertía fallidas. Culpables de ese fallo eran, ante todo, sus propios compatriotas florentinos. Por ello, en su carta sexta, no sólo los conmina a obrar, sino que les endilga reproches tales como “perversos”, “locos” y “rebeldes”¹¹⁸; y los amonesta porque están ciegos¹¹⁹, y los acusa con durísimas palabras porque osan oponerse a la gloria del romano príncipe, rey del mundo y ministro de Dios y le niegan sometimiento¹²⁰.

Comiéncese por recordar aquí que, al inicio de lo que para el Dante había de ser contemplado como el albor de una nueva prometedor era, hizo pública una carta¹²¹ de la mayor trascendencia política. En ella, el “humilde exiliado sin culpa” se dirigía a los señores de las ciudades italianas, a los duques, marqueses, hombres y pueblos de Italia, para anunciarles, en términos de apasionada ilusión y de bíblicas referencias, que estaba a punto de terminar el tiempo de desolación y que ya Dios había enviado otro Moisés para salvar a su pueblo y conducirlo al reino de la paz.

En la serie de abundantes manifestaciones vehementes de apoyo a la idea imperial o de propaganda, afirmación o encomio de sus pretensiones a lo largo de los siglos medievales, pocas habrá tan entusiastas y apasionadas como las contenidas en esta carta, que es un alegato formulado en el modo de una profecía. Al mismo tiempo se entendía allí una imperiosa exigencia.

¹¹⁸ Sceleratissimi, amentes, discoli.

¹¹⁹ “Quia ceci estis”, “mira cupidine obcecati”.

¹²⁰ “debite subjectionis officium denegando”.

¹²¹ La quinta de la serie. *Vide alibi*.

Aprovecha, claro está, en la carta, para fundamentarse sus ideas predilectas: la vigente autoridad del Imperio Romano¹²², las desdichas de una Italia abandonada¹²³ y de la navicilla de Pedro con adormecido piloto¹²⁴, y de los males que afligen a ciudades que, como otra Sagunto, padecen la ignominia de la servidumbre. Y les recrimina: “¡Ah, vosotros, los más vanos de los toscanos, insensatos tanto por naturaleza como por el vicio!”, a la vez que atribuye al divino y triunfador Rey Enrique, después de a Cristo, las palabras de la profecía de Isaías¹²⁵: “soportó nuestros males y aguantó nuestros dolores”.

Es decir, es un apoyo entusiasta al monarca y una imprecación contra sus malhadados florentinos, que rehúsan fidelidad al Rey y a él lo mantienen desterrado.

Contribuyó Dante en lo que pudo a que los italianos recibieran con adhesión a los embajadores imperiales, deploró cuando lo rehusaran (especialmente sus compatriotas toscanos) y celebró cuando los recibimientos fueron de sumisión y pleitesía.

Y recíprocamente, por su parte la presencia de Enrique VII contribuía soberanamente a confirmar a Dante en sus ideas, en sus aspiraciones entusiastas por la renovación del Imperio, que está en sus obras y en sus pensamientos.

La idea del Imperio universal cristiano, encarnada en el Sacro Imperio Romano Germánico es la idea política

¹²² Por el que la divina Providencia decidió que habían de ser gobernadas las cosas humanas..

¹²³ “Italia misera, sola, privatis arbitriis derelicta, omnique publico modramine destituta”.

¹²⁴ “Nauclerus et remiges in navicula Petri dormitant”.

¹²⁵ LIII, 4.

que recorre e impregna las teorías de la Edad Media¹²⁶ y es la concepción tradicional que Dante acoge y propugna. Y lógicamente resultaba que, siendo el “principium unitatis” propio de la metafísica medieval, exigía necesariamente “un solo” Imperio¹²⁷, que tenía que ser la continuidad del Romano. No podía ser otra cosa. Así lo entendieron los emperadores alemanes medievales. Federico I¹²⁸ hablaba de Constantino, Valentiniano y Justiniano como de sus predecesores¹²⁹. Ese Imperio único y universal, procedente del Imperio Romano, ofrecía dos vertientes: una religiosa, basada en el Cristianismo. Otra Política, basada en el Derecho.

Para la religiosa, hay base en las expresiones del Nuevo Testamento. Así en las epístolas de San Pablo a los Romanos (XXX, 1-5)¹³⁰, a los Efesios. (VI, 5-9) y a los Colosenses (III, 22)¹³¹ y en la atribuida a San Pedro (I, II, 13-15)¹³². Es, en suma, la idea que está latente en la expresión “al César lo que es del César” en el evangelio de San Mateo (XXII, 21). En consecuencia, el Imperio cristiano, ejercido por los emperadores alemanes, era sagrado, pero lo era precisamente por ser romano.

¹²⁶ Vide sobre ello James BRYCE, *The Holy Roman Empire*, London, new edition, MacMillan, 1950, *passim* y cap. XV:

¹²⁷ Giovanni da Cermenate, el notario milanés citado en relación con la historia y hechos de Enrique VII, escribió: “unus enim creator omnium Deus est, unus Papa et unus Imperator” (VII, 4).

¹²⁸ En tal sentido, es decisiva la manifestación que él hizo en la Dieta de Besançon de 1157.

¹²⁹ Es un hecho asumido por la Historiografía, referente a las alegadas atribuciones del Sacro Imperio en la Edad Media, que después de lo acordado en el Concordato de Worms de 1122 entre el Emperador Enrique V y el Papa Calixto II, en que se pone fin a prerrogativas imperiales en el terreno eclesiástico, las teorías en pro de los poderes del Imperio se acogieron ya sobre todo a la tradición romana.

¹³⁰ Toda autoridad procede de Dios.

¹³¹ Los siervos obedezcan a sus amos.

¹³² Someteos al rey y a sus gobernadores o delegados. Temed a Dios y honrad al rey.

Esas ideas consentían a Dante estructurar su *Monarchia* en un ámbito político que, por ser romano, es cristiano, diríase incluso agustiniano¹³³. En su *Monarchia*, recoge y define Dante sus propias concepciones. La primordial es aseverar que Cristo quiso nacer bajo el Imperio Romano, “existente Monarchia perfecta, sub divo Augusto Monarcha”, cuando el género humano era “felix in pacis universalis tranquillitate”¹³⁴. El emperador es, pues, vicario de la figura de Cristo, como se había pretendido en siglos precedentes¹³⁵.

Para los teóricos medievales del Imperio, el emperador es un César cristiano. Para Dante, tan cerca están ambos conceptos, el cristiano y el cesáreo, que lo figura en una impresionante imagen del *Inferno*. Aparece allí Lucifer, con tres bocas; en cada una de ellas tiene a un horrendo pecador: en una está Judas, que traicionó a Cristo; en las otras están Bruto y Casio, que traicionaron a Julio César¹³⁶.

Por lo demás, el pueblo romano estaba –dice Dante– llamado a imperar por naturaleza. “Romanus populus a natura ordinatus fuit ad imperandum”¹³⁷. Había finalmente obtenido *de iure* el Imperio que por las armas había conquistado. “Romanus populus subiciendo sibi orbem, de iure ad imperium venit”. Y es su propio Derecho el que garantiza y hace visible el poder del Imperio. Los emperadores alemanes incorporaron sus leyes al Derecho Romano, de por sí vigente. Federico I incluía sus leyes en el “Corpus Iuris Civilis”.

¹³³ San Agustín, y muy especialmente su *Ciudad de Dios* estuvo siempre presente en la ideología política del Sacro Imperio. Eginardo cuenta que era el libro preferido de Carlomagno.

¹³⁴ *Monarchia*, I.

¹³⁵ Así a Conrado II en la *Vita Chuonradii II* de Wipo: “ad summam dignitatem pervenisti: verus es Christus”. “Advocatus Christi” es llamado Federico I por su antipapa Victor.

¹³⁶ XXXIV, 52.

¹³⁷ *Monarchia*, II, VI, 11.



Dante ante el emperador Enrique VII. Revista *Die Gartenlaube*, 1865.

Por ser cristiano y romano, el Imperio instauraba la paz. Es otro concepto del Imperio medieval que el Dante hacía suyo. Un título que Dante concede a Enrique VII es el de pacífico. Tal calidad empleó deliberadamente el propio monarca al iniciar su viaje a Italia, como ya se mencionó aquí¹³⁸. Y es que un mérito que acompañó a la expansión del Imperio Romano en Europa fue la adquisición

¹³⁸ Aunque hubo de desmentirla posteriormente en su cruel avasallamiento de ciudades rebeldes como Cremona y Brescia o de reiterado asedio armado a Florencia o proyectos bélicos contra Nápoles.

de la paz, la Pax Augusta. Es otro de los principios básicos del Dante¹³⁹ y de los atributos que él confiere al Emperador Enrique, también en consonancia con la tradición imperial¹⁴⁰. En realidad, no se trataba de una

¹³⁹ “His passion for the heroism of Roman conquest and the ordered peace to which it brought the world is the centre of Dante’s political hopes”. (BRYCE, op.cit, p. 267).

¹⁴⁰ S.Bernardo de Claraval celebraba a Lotario II como al deseado emperador de paz que obtendría la derrota del Anticristo. Así también Otto von Freising a Federico I: “Vos autem, princeps clarissime, qui et re et nomine pacificus iure appellamini “ (*Gesta Friderici*).

mera especulación teórica. Muchos en su tiempo estaban contemplando la bajada de Enrique VII a Italia como una empresa de paz, “discendendo di terra in terra, mettendo pace come fusse uno agnolo di Dio”, se cuenta en la crónica de Dino Compagni¹⁴¹.

Efectivamente, para muchos, el Sacro Imperio y su ideología estaban, después de la muerte de Federico II Staufen, necesitando una restauración. Esa fue la tarea y la meta de la deseada implantación del Emperador Enrique VII y que Dante juzgó ser tan oportuna y vindicable en sus días¹⁴².

En sus obras literarias, en sus invectivas políticas, en sus enseñanzas doctrinales comparece siempre su ideario político. A veces, se le vislumbra en una escasa conjunción de palabras. Compruébese el mero título de su quinta carta, aquí ya comentada. Reza así:

“Universis et singulis Italiae Regibus et Senatoribus alme Urbis nec non Ducibus, Marchionibus, Comitibus atque Populis, humilis Italus Dantis Alagherii florentinus et exul inmeritus orat pacem”.

Si atentamente se mira, hay tres datos en ese pomposo enunciado. El primero es la amplísima retahíla de destinatarios: todos los señores y pueblos de Roma e Italia. A ellos va a instar que se sometan al monarca del Imperio. El segundo es el autor: Dante Alighieri, florentino, a quien sus compatriotas –importa señalar– han condenado injustamente al exilio. El tercero es que ese autor ruega por la paz.

¹⁴¹ *Op.cit.*, III, 24.

¹⁴² JORDAN, Edouard, “Dante et la théorie romaine de l’Empire”, en *Nouvelle Revue historique du droit français et étranger*, XLV (1921), pp. 353-396. SEIDLMYER, Michael, *Dantes Reichs- und Staatsidee*, Heidelberg, Winter, 1952.

Ese brevísimo añadido, “ruega por la paz”, se prestaría a demandar: ¿Qué paz?

La paz por la que Dante ora no es la reconciliación de los florentinos, güelfos y gibelinos, tan duramente enfrentados. Es la paz que el nuevo monarca imperial viene a traer, tiene derecho a imponer en suelo italiano. No puede olvidarse que es una paz que precisamente puede compensar a Dante de su forzado exilio, reparar su injusta condena. No es meramente una paz local, como la que en anteriores décadas había propugnado contra sus compatriotas el güelfo Guittone de Arezzo, también con duras palabras¹⁴³. La que Dante propugna es la *pax universalis*, que es derecho y deber del Imperio, por la que su monarca es *Imperator pacificus*.

La actitud del Dante como adalid de la causa de Enrique VII, muchas veces aludida y comentada por la historiografía que de él y de la empresa italiana del Emperador se han ocupado, es desde luego un claro testimonio de la ideología del gran poeta, deseoso de ver restaurada la autoridad del Sacro Imperio en una Europa que augura regida por los principios que se exponen en su obra *Monarchia* y en los textos de sus cartas. Eso es lo que Dante hubiera querido ver plasmado en un hipotético triunfo de las empresas de Enrique VII. No puede ocultarse sin embargo que, en las vibrantes expresiones en las que propugna esos principios y defiende su consecución, late asimismo un reconocible (y, por lo demás, justo) propósito de revancha, la de un condenado y desterrado

¹⁴³ Dante lanzará contra sus injustos compatriotas una durísima invectiva, que se basa en dos motivos: lo han desterrado a él y rehúsan someterse al monarca imperial; los llama “ciegos” y “malvados”. Guittone de Arezzo los había llamado “infatuati, miseri fiorentini” y a su ciudad “l’alta fior, la sfiorata fiore”. El motivo era la opresión debida a los gibelinos. Similar crítica, pero opuestas motivaciones.

do por sus ingratos compatriotas toscanos. Es significativo que, en una de sus cartas a los florentinos, la citada sexta de la colección epistolar que de él se conserva, Dante casi confiesa o revela una notoria mención, la de Aquel que dice: “la venganza es mía”¹⁴⁴. El triunfo de las empresas de Enrique VII hubiera acarreado la derrota de los odiados negros, el desbaratamiento de la obra de Carlos de Valois en Florencia y el fin del gobierno de Corso Donato. Paz imperial en Italia, desde luego, pero también desquite de su condena y fin de su destierro¹⁴⁵.

Sus ideales no se pudieron lograr.

Debiera, en todo caso tenerse presente que la idea de un *imperator pacificus* como ilusión y esperanza, se mostraba generalizada en aquellos días. Pero, a la vez, por parte de la Iglesia, se auspiciaba la elección de un soberano fuerte y voluntarioso, presto a emprender una guerra de Cruzada. Cuando, a la muerte del Rey de Romanos Alberto I, el Papa Clemente V preveía la elección de un sucesor¹⁴⁶, tuvo interés en incitar a los Príncipes Electores alemanes para que eligiesen a un monarca que se mostrase pronto a una Cruzada contra los infieles, que el Papa por entonces fomentaba.

MOVIMIENTOS ITALIANOS

Los embajadores del Rey de Romanos tenían amplias misiones: recibir la sumisión de Estados y ciudades, premiar a los sumisos y exigir obediencia a los insumisos, así pregonar por doquiera los derechos del soberano im-

¹⁴⁴ “Gladus Eius qui dicit: mea est ultio, de caelo non cecidit”.

¹⁴⁵ “Paz o venganza” escribe COGNASSO, *op.cit.*, p.115. “Venganza y no justicia parece que le guió en la condena de algunos”, opina Hartzenbusch en su prólogo a la citada edición española (p. X).

¹⁴⁶ *Vide alibi*.



Jaime II. Rey de Aragón. Anónimo, 1634.

perial¹⁴⁷. Importante era, pues, el carácter de los recibimientos que obtuvieran.

Como acaba de recordarse, los recibimientos tributados a Enrique fueron, en casi todos los lugares, más que satisfactorios, por lo general gozosos y festivos. Así lo habían sido previamente sus embajadas. En Milán, al Obispo Gerardo de Constanza dio ocasión de pronunciar su consabido discurso¹⁴⁸. En Pavía cumplió hacer los honores, a Filippone di Langosco, Conde de Nomello, uno de los fieles adictos a la causa impe-

¹⁴⁷ Al referir sus embajadas, explica bien Nicolás de Ligny sus cometidos: plenissimam auctoritatem habentes recipiendi fidelitates civitatum et omnium nobilium... .. premiandi fideles et inobedientes puniendi, legati sui ivimus in Tusciam (*Relatio de itinere*, 34, 12. Sobre Ligny y su obra, *vide infra*).

¹⁴⁸ “Regis Henrici pulchra adnodum et acceptabili oratione nuntiavit adventum.” (CERMENATE, I).

rial¹⁴⁹. En Venecia, el propio Dux Gradenigo protagonizó la sumisión, bien es verdad que con las habituales reservas de aquel precavido gobierno. Luego en Génova, en octubre de 1311, tuvo lugar un nuevo acto de sumisión¹⁵⁰. La excepción fue naturalmente Florencia, donde su gobierno, a cargo de los güelfos negros desde la intervención de Carlos de Valois, acaudillados por Corso Donato, principal enemigo de Dante, ni fue receptivo a las expresas recomendaciones de las cartas de éste, ni podía recibir bien a los embajadores, llegados el 2 de julio de 1310, ni someterse de grado a un monarca del Sacro Imperio. Las ciudades güelfas le eran hostiles. También ellas tenían su propia diplomacia. Enviaban sus embajadores a Aviñón, donde podían contar con una mayor receptividad, o al Nápoles de los Anjou, o a otras ciudades. También recibían embajadores de fuera. El Rey de Aragón Jaime II les envió los suyos, tanto a Florencia, como a Lucca¹⁵¹; el caballero pisano pasado a servicio del monarca aragonés Vanni Gattarelli, fue su agente en 1306¹⁵².

Dada la forma política de la Península italiana, la diplomacia había de ejercerse con las ciudades que componían su variada estructura, y ello recomendaba una aplicación de agentes viajeros. El Rey de Aragón Jaime II, a quien interesaba Italia en su política expansiva¹⁵³ (ya poseía Cerdeña por concesión

de Bonifacio VIII¹⁵⁴, en Sicilia le había sucedido su hermano Federico y a Pisa aspiraba), convenían los embajadores itinerantes, que en sus misiones cubrían amplios territorios. En 1308, Fortín Martínez, Pere de Villarrasa y Dino Silvestri fueron embajadores de Aragón itinerantes en Lucca Florencia, Génova y Siena¹⁵⁵. Bernat de Sarriá lo fue en Génova, Nápoles y Sicilia en 1308¹⁵⁶. Para tratar con la Florencia güelfa utilizó Jaime de Aragón agentes o embajadores naturales u oriundos de aquellas regiones. Así el ya citado Vanni Gattarelli o Manfredo di Notte, que en 1315 suscribió con los responsables florentinos un Tratado que no gustó al regio mandante aragonés¹⁵⁷. Para sus empresas italianas, éste había de buscarse amigos en el entramado de aliados y rivales de la Península. Su hermano Federico lo era potencialmente, como enemigo de Roberto de Nápoles¹⁵⁸. Importantes eran los tres focos de la política internacional italiana, a sa-

¹⁴⁹ Vid. en COGNASSO, *op.cit.* p. 99.

¹⁵⁰ En las láminas miniadas de la Crónica de Balduino de Luxemburgo *Kaiser Heinrichs Romfahrt*, ed. de Franz Joseph HEYEN, Boppard am Rhein, Boldt, 1965, p. 85, lámina 16 b, se escenifica la pleitesía en Génova: "Iuraverunt regi Janue".

¹⁵¹ SILVA, P. "Giacomo II d'Aragona e la Toscana (1307-1309)", *Archivio Storico Italiano*, LXXI, vol. II (1913), pp. 23-57.

¹⁵² SALAVERT y ROCA, Vicente, *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón (1297-1314)*, Madrid, CSIC, I, pp. 300 ss. BOSCOLO, *Anuario de estudios medievales*, III, p. 497.

¹⁵³ SALAVERT, "La isla de Cerdeña y la política internacional de Jaime II de Aragón", *Hispania*, X, (1950).

¹⁵⁴ Confirmada por Clemente V: "Felicis recordationis Bonifacius Papa, praedecessor noster, sibi et haeredibus suis sub certis modis et conditionibus sub perpetuum feudum concesserat". Vide en *Regestum Clementis Papae V*. Se refiere a la concesión del feudo de Córcega y Cerdeña por Bonifacio VIII el 4 de abril de 1297.

¹⁵⁵ ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, V, 82. SALAVERT, I, p.384 y II, apéndices 207 ss.

¹⁵⁶ SALAVERT, I, p. 334.

¹⁵⁷ FINKE, *op.cit.*, II, p. 594.

¹⁵⁸ Interesadamente, le había informado su hermano Federico de Aragón, Rey de Sicilia y a su vez enemigo de Roberto de Nápoles, acerca de la posición de la para él muy conveniente, hostilidad entre Enrique y Roberto a causa de la política de éste en Florencia y Milán, donde efectivamente favorecía la causa contraria a la imperial: "e creu quel rey Robert ha del rey Dalamayna per moltz desplaers, que dien que li ha feyts en Toscana e en lombardia mantenen la part contrria sua" (FINKE, *op.it.*, I, p. 224). Curiosamente, al revés, Roberto de Nápoles escribía a Jaime de Aragón previniéndole de la amistad entre Enrique y Federico y sus planes matrimoniales: "ex coniunctione parentele et confederaciones dicti regis Frederici cum dicto Romanorum rege adversario nostro precipuo et patente". (*Ibidem*, p. 226). Roberto confiesa ahí paladinamente que Enrique VII es su adversario principal y evidente.



Federico III Rex Siciliae, mosaico del Duomo di Messina, siglo XIV.



Emperador Enrique VII.



Roberto. Rey de Nápoles. Simone Martini, 1317.

ber, el Rey de Romanos Enrique VII, el de Nápoles, Roberto de Anjou, y el de Sicilia Federico de Aragón. A ellos habría que sumar al Papa de Aviñón, representado por sus cardenales legados, y a la Liga güelfa de Florencia, vacilante el primero, resueltamente anti-imperial la segunda.

Por su parte el Rey Enrique pudo ya, desde su llegada, ejercer una compleja diplomacia con las ciudades italianas. Disponía de una red de servidores, a los que distribuir cargos en su Corte o enviar a misiones. Tal fue el caso de Simone Filippi. Al igual que Dante, era un desterrado, en su caso, de Pistoia, donde había sido güelfo blanco. El Rey lo empleó en misiones diplomáticas a Florencia, a Verona, a Mantua.

Aun cuando es obvio que para aquella época sería imprecendente y sumamente extemporáneo hablar de un servicio diplomático, sí puede al menos indicarse que varios de los personajes que integraban el Consejo de Enrique VII, es decir su cuerpo de gobierno, fueron varias veces empleados en funciones diplomáticas y, como tales, aquí mencionados: eran los Obispos de Trento (Canciller del Rey), de Lieja, de Basilea y de Novara y el jurista Enrico de Güeldres. Conocidos son, en efecto, los nombres de los personajes que formaban lo que podría llamarse el equipo de gobierno de Enrique VII en Italia¹⁵⁹. Más deseable sería poder identificar como verdaderos retratos

¹⁵⁹ Para los cargos del gobierno de Enrique VII en Italia, *vide* COGNASSO, *op.cit.*, pp.165 ss.



Enrique VII entra en Brescia. *Codex Balduineus*.

de algunos de ellos las estupendas y realistas esculturas de los cuatro cortesanos que figuran en el sepulcro del Emperador en la catedral de Pisa¹⁶⁰.

Pese al corto tiempo de la intervención de Enrique VII en suelo italiano, el emperador ejerció una considerable actividad, bien identificable en la tela de araña de la compleja diplomacia que por entonces cubría y enredaba el suelo de Italia. Antes de su propia pre-

sencia, sus embajadores recorrieron ciudades y tierras preparando su llegada; luego fue él mismo quien hizo lo propio, recabando partidarios, concordándose con aliados como el aragonés Federico II de Sicilia, o combatiendo rivales como el angevino Roberto de Nápoles, o padeciendo la voluble actitud del Papa de Aviñón, el francés Clemente V.

Porque los enemigos le fueron creciendo al monarca alemán, al ritmo de sus pasos. Las etapas del viaje de Enrique VII fueron otros tantos hitos de éxitos y reveses, de hechos de gobierno y de sorpresa de actitudes rebeldes.

¹⁶⁰ Atribuibles al escultor de Siena Tino di Camaino, en el estilo de Giovanni Pisano, autor del sepulcro. *Vide Enzo CARLI, Il Pergamo del Duomo di Pisa*, Pisa, Pacini, 1975, p. 21.

Durante su estancia en Milán, el Rey de Romanos restableció allí el poder de los Visconti. Al distribuir sus cargos, hizo a Mateo Visconti su vicario imperial en Milán (como lo había sido bajo Adolfo de Nassau) y a su propio cuñado Amadeo vicario de Lombardía. En la adhesión de las ciudades italianas a la causa imperial, allí donde la diplomacia no tuviera éxito, había de imponerse la fuerza de las armas. Así sucedió en Cremona y en Brescia, sometida a asedio y dominada en 1311. El monarca pacífico se mutó en el guerrero que procedió a avasallar sin piedad a los que se le oponían. Recordaría a Roma y a Virgilio: “parcere subjectis et debellare superbos”.

De allí la comitiva imperial pasó a Génova.

Fue Génova, en octubre de 1311, un escenario de activa diplomacia. En efecto, entre fines de 1311 y comienzos de 1312 se dio una época de afanosos tratos diplomáticos entre los monarcas. Mientras Enrique estaba en Génova. Federico II de Sicilia le enviaba embajadores para urdir planes de matrimonios dinásticos de sus hijos¹⁶¹, finalmente no efectuados, (el almirante Corrado Lancia y luego Corradino di Castelmainero fueron sus embajadores¹⁶². Los de Enrique eran Ubaldino degli Ubaldini y Lamberto dei Cipriani¹⁶³). A Palermo fue, en alguna ocasión, como embajador de Enrique, el toscano Simone Filippi, su tesorero. Acudieron allí incluso embajadores del poco amigo Roberto de Nápoles: fue-

ron el jurista Pietro Guglielmo di Castronovo y Conrado de Acquaviva. En Génova, convertida en centro de actividades internacionales, poseía Jaime de Aragón un agente diplomático Cristiano Spinola¹⁶⁴, que lo tenía informado de todo cuanto acontecía en la región, tal como ésta se hallaba en ebullición por la presencia del monarca alemán, Rey de Romanos. Seguramente mientras Enrique VII residía en Génova, consta que estuvo acreditado ante él un Embajador de Jaime II de Aragón; sería Gilabert de Centelles¹⁶⁵.

A la vez, Enrique y el Rey de Nápoles, Roberto de Anjou, destinado a convertirse en su rival por el dominio de Italia¹⁶⁶, todavía se enviaban recíprocamente embajadores, pese a sus intereses opuestos. Como enviado de Roberto acudió ante Enrique el embajador Ricardo Gambatessa, que traía cartas en las que Roberto le mostraba su afecto y su deseo de acompañarlo en su coronación¹⁶⁷. En nombre y acreditación de Roberto acudieron a Génova, como sus embajadores ante Enrique VII, el Senescal de Provenza y el arcediano de Aix. Primaba aún la diplomacia por encima de sólo previsibles disensiones. También desde Aviñón el Papa parecía mostrarse aún favorable.

¹⁶¹ Beatriz de Luxemburgo, hija del Emperador (luego casó con Carlos Roberto de Hungría), y Pedro de Aragón, Duque de Calabria, hijo de Federico.

¹⁶² Luego ya en Roma el senescal conde de Modica, Manfredo di Chiaramonte. (BOCK, *op.cit.*, p. 137). Fra Pellegrino era agente permanente.

¹⁶³ Luego, ya desde Roma Filippo Reali y Vanni Zeno. (COGNASSO, *op.cit.* p.292, LIGNY, 48 y 47).

¹⁶⁴ BURNS “The Catalan Company”, *Speculum*, (1954), p.758.

¹⁶⁵ Jaime II mantuvo contactos diplomáticos con los soberanos del Imperio, antecesores de Enrique VII. En 1299 utilizó los servicios del ciudadano de Pisa, Paganello di Vico, como su enviado a la Corte del Rey de Romanos Adolfo de Nassau, que debió de llegar ya en tiempos de su sucesor Alberto I de Habsburgo. Y a éste envió otro embajador, Jacobo de Torroella. (*Vide* sobre ello M.A. OCHOA BRUN, *Historia de la Diplomacia española*, vol. II, p. 107). A Enrique VII debió de transmitir una misión de Jaime su embajador por tierras italianas Gilabert de Centelles, como aquí se sugiere.

¹⁶⁶ Puede consultarse William ROWSKY, Florence and Henry of Luxemburg, King of the Romans. The rebirth of Guelfism. *Speculum, a Journal of mediaeval studies*, XXXIII (1958), 2.

¹⁶⁷ “In quibus continebatur magna dilectio, voluntas et desiderium veniendi Romam ad ipsum honorandum in sua coronatione”.

Así pues, en aquella Corte ocasional del Rey de Romanos, donde éste se ocupó de reconciliar a los Doria y los Spinola, se produjeron negociaciones entre él y los embajadores del Nápoles de Roberto de Anjou, de la Sicilia de Federico de Aragón y de los representantes de las ciudades gibelinas de la Toscana. Trabajar relaciones internacionales y recabar apoyos italianos eran los dos objetivos primordiales de su política. También negociaba el diplomático Rey de Aragón Jaime II, muy implicado en temas italianos¹⁶⁸; allí murió, en septiembre de ese año, Arnaldo de Vilanova, que hacía gestiones en su nombre. Científico, médico, teólogo semiherético, embajador, hombre famoso en su época, Arnaldo de Vilanova fue un perpetuo y ubicuo embajador del Rey de Aragón¹⁶⁹, especialmente en la Corte Papal¹⁷⁰. Giovanni Villani, que lo tiene por “gran savio filosofo”, menciona su muerte “in mare, andando per anbasciadore a corte di papa”¹⁷¹.

No todo eran tratos y amistades. Una muestra de las dificultades que se oponían al viaje del Rey Enrique seguía siendo Florencia. A pesar de las reclamaciones de Dante a sus conciudadanos para que abriesen las puertas de su ciudad al monarca y a pesar de la carta a éste pidiéndole que hacia allí dispusiese su camino, la propia Florencia se lo negaba de hecho. La comitiva imperial hubo de emprender un viaje por vía marítima hasta llegar a Pisa. Allí el Rey fue recibido con grandes muestras de adhesión.

¹⁶⁸ Para las relaciones entre Aragón y los imperiales en Italia, *vide* FINKE, Heinrich, “Zur Korrespondenz der deutschn Könige und Fürsten mit den Herrschern Aragon sim !4. und 15. Jhhunderten”, *Spanische Forschungen der Görres-Gesellschaft, 1. Reihe*, 5, p. 506 ss.

¹⁶⁹ “Dilecto physico et consiliario nostro”, lo llamaba el Rey.

¹⁷⁰ FINKE, *Acta Aragonensia*, Berlin/Leipzig, 1908, I, 124, 450, 692, 701.

¹⁷¹ Libro IX, cap. III.

Parecía finalmente abrírsele la ruta a Roma, donde aspiraba a ceñir la corona imperial, previa conformidad de la lejana Curia papal.

Pero ésta precisamente había ido alterando paulatinamente la brújula de sus posiciones.

EL ENGAÑO DEL GASCÓN

Como se ha indicado, a medida que el Rey Enrique progresaba en su viaje hacia la meta romana, en medio de los entrecruzamientos de las embajadas que incesantemente se removían en suelo italiano, se iban delineando las alianzas y las enemistades. Desde Aviñón, el Papa Clemente al principio había aprobado, o simulado aprobar la empresa con que Enrique aspiraba legítimamente a ceñir de sus manos la corona de oro en Roma. No podía el renuente Papa hacer de otro modo. Necesariamente tenía que acomodarse a reconocer la legitimidad de la elección de Enrique de Luxemburgo como Rey de Romanos, es decir soberano del Sacro Imperio, efectuada por los Príncipes Electores alemanes con arreglo a Derecho. No podía oponerse tampoco a la justa pretensión de éste de ser coronado Emperador en Roma de manos del Pontífice. Pero no puede tampoco ignorarse que, además de las escasas o nulas intenciones del Papa de abandonar Aviñón y trasladarse a una Roma turbulenta e incómoda, las ideas de restauración imperial que el Rey Enrique mostraba y el peligroso apoyo que los gibelinos italianos le brindasen eran más que suficientes para infundirle sospechas y reservas. De ahí sus continuas tácticas, por lo menos dilatorias en cuanto a la fecha de una coronación. Confesaba ya públicamente el Papa que había de dejar sus funciones a cardenales delegados por él, porque él no podía trasladarse a Italia a causa de los deberes que le incumbían en Francia (“in citramontanis partibus”), según lo hizo saber a tales cardenales el



Clemente V y Felipe, el hermoso, reciben a los templarios.
Maître de Boucicaut, siglo XV.

19 de junio de 1311 y hallarse por lo tanto impedido de coronar por sus propias manos al monarca¹⁷².

Otro más grave motivo había para ir distanciando paulatinamente al Papa Clemente de los propósitos y alegaciones del rey Enrique. Era la actitud del Rey de Francia, Felipe IV. El Papa, en Aviñón, es evidente que dependía en gran medida de las intenciones del monarca francés¹⁷³,

¹⁷² “Multa et ardua plurimumque negotia, qui necesario in citramontanis partibus expedienda nobis negotia incumbabant tunc temporis et incumbunt, praedictam unctionem et diadema aliaque sollemnia per nostras manus regi non poterant memorato concedi”. (*Regestum Clementis Papae V*, año VI, cap. 754., ff 186 a y ss).

¹⁷³ En el canto XIX del *Inferno*, Dante coloca a Clemente V entre los simoníacos por haber comprado la tiara al Rey de Francia.

que era casi su anfitrión. Que a los intereses del francés no convenían ni las ideas ni las pretensiones de Enrique en Italia era claro. Y también lo era que el Rey de Francia tenía utensilios para presionar al Papa aviñonés.

Las presiones las ejercía a través de su diplomacia ante la Curia mediante sus embajadores. Esas presiones, acompañadas de las antedichas reservas que de por sí tenía el Papa, fueron poco a poco, convirtiendo la conformidad con Enrique VII en larvada oposición. En buena parte, por la cada vez más necesaria connivencia con los planes de Felipe IV de Francia, con cuyo embajador Guillaume de Plesians personalmente tenía que habérselas y cuya cercanía a Aviñón era a la vez bienvenido apoyo y onerosa exigencia. Ello venía a coincidir con la habitual reticencia del Papado a condescender con los proyectos de soberanía italiana de los titulares del Sacro Imperio.

Por esto, el Papa terminó por disociarse de los planes de Enrique VII y someterse del todo a los de Felipe IV. Todo ello se realizó en el terreno de la Diplomacia, muy activa por entonces en la Corte aviñonesa.

Las embajadas de Enrique VII, solicitantes y respetuosas, eran atendidas allí con condescendientes evasivas. Estaban desempeñadas aquellas embajadas por importantes personajes, incluso por un Príncipe soberano, Amadeo V de Saboya, cuñado, como se ha dicho, del propio Rey de Romanos. Ejercía en ellas también Nicolás de Ligny¹⁷⁴, fraile, prelado, confesor y cronista de Enrique VII¹⁷⁵.

¹⁷⁴ Acompañado del deán de Tréveris.

¹⁷⁵ *Vide infra* sobre él. El Papa lo estimaba, lo hizo Obispo *in partibus* de Butrinto, a propuesta seguramente de Enrique VII, y al Papa dedicaría Ligny su crónica en 1316.

Por su parte, las embajadas de Felipe IV, exigentes y demandantes, presentaban las pretensiones del Rey, que eran dos y ciertamente de la mayor trascendencia. Eran dos empresas para las que quería convencer al Papa.

La primera era reclamar al Papa que formalmente desautorizara a su segundo predecesor, Bonifacio VIII¹⁷⁶ de las condenas que había pronunciado contra el Rey francés y su ministro Guillaume de Nogaret y los exonerara expresamente de dichas condenas, fulminadas contra ellas, tras el atentado que aquel Papa había padecido de los franceses en Anagni, tiempo atrás. El tema era grave, conseguir que a un Papa, ofendido, lo desautorizara otro Papa, exculpando al ofensor.

La segunda era conseguir que el Papa disolviera a la poderosa y rica Orden del Temple, cuyos cuantiosos tesoros pasasen a propiedad del Rey de Francia. Para ello hacían falta condenas canónicas de herejía y de imputación de horribles crímenes y el instrumento solemnísimos de un Concilio que el Papa había de convocar en territorio francés. No menos grave era acabar así de un plumazo con una Orden que se había hecho benemérita en la lucha contra los enemigos del Cristianismo.

A ambas pretensiones se sometió el Papa Clemente V. A la primera, mediante su Bula “Rex Glorie”, de 17 de abril de 1311, que exoneraba a Felipe IV y a Nogaret de las penas canónicas que les infligiera el Papa Caetani. A la segunda, mediante la convocatoria del Concilio de Vienne y el largo proceso que culminó con la supresión de la Orden del Temple y las ejecuciones y crueles condenas a los templarios.

¹⁷⁶ A éste había sucedido el efímero Benedicto XI de muy corto reinado, víctima de la peste en Perugia, en 1304. Seguidamente fue elegido Clemente V, ya en Lyon.

Algo hay, usualmente poco atendido y, sin embargo, har-to congruente con el presente tema. En la densa y profusa Bula “Vox in excelso”, de 22 de marzo de 1312, por la que Clemente V abrió el proceso contra los templarios, se prueba su dependencia respecto del monarca francés. De éste impropriadamente indica que sus alegaciones contra los templarios no proceden de un deseo de hacerse con sus bienes (avaricia que a nadie se ocultaba y que el futuro claramente denunciaría). Pero además, por si fuera poco, esa Bula reconoce que el Concilio de Vienne, que disolvería a la Orden del Temple y condenaría a sus miembros tuvo como primer impulso precisamente una iniciativa diplomática. El Papa allí da cuenta de las muchas e importantes gestiones diplomáticas del Rey de Francia para aquel propósito¹⁷⁷.

Verdad era que la Diplomacia estaba desempeñando en todo aquello un papel decisivo. Es cierto que la actitud política del Papa se debía a la insistencia de los embajadores franceses. Seguramente el más importante de ellos fue Guillaume Bonnet. Era éste un eclesiástico de la diócesis de Angers, de la que era tesorero, al que Clemente V, usando de un derecho de reserva que desde 1305 se había atribuido para cubrir la vacante de la diócesis de Bayeux, había nombrado obispo de esa sede en 1306¹⁷⁸. Felipe IV lo había usado en misiones diplomáticas¹⁷⁹, y especialmente lo mandó a Aviñón para protestar ante el Papa acerca de la supuesta benevolencia de éste respecto de Enrique VII en noviembre de 1310. Es significativo que de esa embajada formaba parte Guillaume Nogaret. También lo es, sabiendo

¹⁷⁷ “Multas et magnas nobis informationes per suos nuntios et litteras destinavit”. *Conciliarum Oecumenicorum Decreta*, Herder, 1962, p.313, lin. 18-20.

¹⁷⁸ Lo fue hasta su muerte el 3 de abril de 1312.

¹⁷⁹ Así en Flandes para reclamar derechos feudales de la corona de Francia.



Concilio de Viena (1311-1312). Pablo La Croix. 1880.

la importancia de la gestión de la diplomacia francesa en el caso de los templarios, que precisamente el Obispo Bonnet fuera uno de los prelados designados por el Papa para investigar en el proceso que llevaría a la Orden al desbaratamiento, condena y disolución.

Consecuencia de todo lo expuesto fue que la posición del Papa respecto de la del Rey Enrique en Italia y de su

aspiración de verse reconocido y coronado, varió sustancialmente. Sus instrucciones ya fueron en adelante las de obstaculizar, mediante sucesivas demoras, la decisión de la coronación romana y además las de apoyar la acción de Roberto de Anjou, Rey de Nápoles, deudo cercano del monarca francés y ambicioso de gobernar en la península italiana y que también había evolucionado desde sedicente amigo de Enrique a su más o menos abierto rival.



Los poetas toscanos (Dante, Pétrarque, Guido Cavalcanti, Boccacce, Cino da Pistoia et Guittone d'Arezzo). Giorgio Vasari. 1544.

Todo esto había convertido la política italiana en un enredoso juego diplomático no exento de matices y de mutaciones, en los que primaba ya un visible cambio en la actitud del Papa Clemente.

Bien conocido esto por la Historia de aquellos tiempos y lugares, de sus actores y de sus hechos, podría el lector que tales sucesos aquí repase, preguntarse en qué medida tiene este desarrollo que ver con la persona, las ideas y los versos de Dante Alighieri, que ocupa en estas páginas sitio tan relevante. Tiene que ver y no poco.

Sucede que nada de aquella maraña de opciones, intenciones y acontecimientos pasaría inadvertida a Dante. Todo aquello se asemejaba a una *ournée des dupes*, una verdadera trama de engaños, especialmente la notoria desviación de la política papal que había causado un tal viraje en sus decisiones y que tocaba y mucho a los deseos de restauración imperial que Dante albergaba y propugnaba. Y éste juzgó severamente tal desvío papal, como nada menos que un fraude. Y la tajante contundencia de ese juicio aparece en los versos de la *Commedia*, en que se alude al engaño del que el Gascón hizo objeto al alto Rey Enrique.

“Pria che il Guasco l’alto Arrigo inganni”¹⁸⁰.

Gascón era ciertamente el Papa Clemente, natural del país occitano¹⁸¹, así pues fácilmente reconocible en los versos de Dante. Así su engaño ha quedado dramáticamente enjuiciado en los versos de éste, que reflejan la que habría sido su indignación.

¹⁸⁰ Purgatorio, XVII, 82.

¹⁸¹ Había nacido en Vilandraut en 1294, en la región de la Girona.

LITERATURA DE POR MEDIO

Se ha venido planteando en calidad de tema, a lo largo de estas reflexiones y relatos, la coincidencia de tan notables circunstancias como la diplomacia, los enfrentamientos guerreros e ideológicos, el Papado y el Imperio, las fuentes históricas y los bellos tercetos, todo ello animado por la obra de Dante Alighieri y en el suelo de aquella sugerente, ubérrima, multiforme Italia del *Trecento*. No sorprenderá que vuelva a producirse aquí una intervención de la Literatura en medio de las ideas y las personas que protagonizan estos sucesos.

¿Cuántos nombres de personajes italianos de varia condición no figurarán en las colecciones poéticas de aquellos siglos? Son éstas un centón de siempre posibles comparaciones de obras, versos y personas. En una de esas colecciones de sonetos¹⁸², aparece uno dedicado a Manno Adimari, el personaje florentino aquí mencionado entre los doce embajadores que acudieron a Roma en 1300. El soneto XV se tiene por compuesto “per Manno overo Alamanno Adimari, uno del XII ambasciatori Fiorentini a PP Bonifacio VIII”. El soneto concluye:

“O dillo o Manno tu, che tra’ migliori
Allano in Puglia havesti, in Cuma argento,
Quand’ hebbe più che Muse, Arno oratori”.

El término “oratori” ¿querrá decir “embajador” o más probablemente “orador” en sentido literario?

Más arriba ha hallado mención la figura del catalán Diego de Larrat. Personifica éste, en efecto, la

¹⁸² Alesandro ADIMARI, *La Clio overo cinquanta sonnetti sopra più persone della famiglia o casata degli Adimari*, Florencia, Massi / Landi, 1639. (Cit.en GOOGLE Books).

connivencia del diplomático, el capitán de armas, el adalid güelfo, y además la presencia de un español a las órdenes de Roberto d'Anjou, Rey de Nápoles, peleador a sus órdenes contra las huestes y los proyectos del Emperador Enrique VII. Tan conocido en sus días y en aquella tierra debió de ser Larrat, que nada menos que Giovanni Boccaccio en su *Decamerón* echó manos de su persona para hacerlo intervenir en una de sus veladas. Está en la tercera de la séptima jornada de la famosa obra. Allí comparece como un agraciado catalán, que ejerce como mariscal en la corte del Rey Roberto¹⁸³ y es tenido por seductor de bellezas y buscador de aventuras, aunque se trate de una poco edificante historia de adulterio con el agravante de parentesco de un obispo y de su punible disimulo.

El renombre de Larrat y sus peripecias lo lleva a figurar en otro lugar poético. Se dio cuenta aquí de un suceso que vincula a Dante Alighieri con un colega de sus días, el poeta Cecco Angioliere, lírico y divertido, burlesco hasta la sátira. Se ha hecho famoso por el soneto en el que proclama: “S’i’ fosse foco, arderei ‘i’l mondo”. Fue aquí cuestión de él cuando reprochó a Dante haberse hecho lombardo, a la vez que él se hacía romano¹⁸⁴. Son varios los sonetos que Cecco dedica al Dante o lo menciona. En uno de ellos, que a Dante dirige, se propone Cecco dejar de poetizar del personaje amado de Becchina, protagonista de sus poemas, y tratar de un “Mariscal”. Es posible, pues, que reaparezca allí Diego de Larrat, si efectivamente de él se trata.

¹⁸³ “Un gentile uom catalano, chiamato messer Diego della Ratta, maliscalco per lo Re Roberto”.

¹⁸⁴ *Vide supra*,

En los versos del soneto se burla de él y donosamente lo maltrata, como de un fanfarrón que parece florín de oro y es de latón, que parece gallo y es gallina. No está claro si se refiere al mariscal Larrat o a algún otro que ostentase el mismo título. No estará de más, en todo caso, esta referencia al modo burlesco de tratar a veces por entonces a los personajes de aquellas pendencias, cuando eran sólo de apariencia. El soneto dice así:

Lassar vo’lo trovare di Becchina
Dante Alighieri, e dir del Mariscalco:
Ch’è par fiorin d’oro ed è di ricalco
Par zuccar caffetin ed è salina,

Par pan di grano ed è di saggina,
Par una torre ed è un vil balco,
Ed è un nibbio e pare un girfalco,
Se pare un gallo ed è una gallina.

Sonetto mio, vattene a Fiorenza,
Dove vedrai le donne e le donzelle;
Dì che ‘l su’ fatto è solo di partenza.

Ed eo, per me ne conterò novelle
Al bon re Carlo conte di Provenza;
E per sto mo’ gli frizzarò la pelle.

Nada es en esto seguro¹⁸⁵, salvo el gracejo¹⁸⁶ del autor y el envío al Dante. Mucho fue en la época el contacto con la Literatura, la participación de sus autores en los sucesos. Quede aquí, pues, solo este ejemplo.

¹⁸⁵ O si se corresponde con la época en que el soneto realmente fue escrito y enviado a Dante. El tema ha dado lugar a una copiosa bibliografía.

¹⁸⁶ Diríase quevedesco.

En otro orden de cosas y en más elevado nivel, no debería omitirse lo que por aquellos días brillaba ya en Italia y que tal vez podría llamarse un amanecer literario.

En todo este conjunto de circunstancias, en el ambiente político de la Italia de aquellos años iniciales del siglo XIV, no puede olvidarse el movimiento al que por entonces se daba comienzo y que sería de trascendental influencia en el desarrollo intelectual de toda Europa. Se estaban sembrando o cultivando ya los primeros tallos del riquísimo vergel que conocemos ni más ni menos que como el Humanismo renacentista¹⁸⁷. Fue el ingente mérito de aquella sociedad, de sus inspirados poetas, de sus innovadores prosistas, de sus acertados y generosos mecenas y tal vez de todo aquel mundo abigarrado y en buena parte desconcertante que fue el paisaje político, cultural y social que componía la vida de la Península.

Estaba allí ya el Dante, estaba por venir el Petrarca, daba sus primeros frutos el *dolce stil nuovo*, florecía una lírica de altos sentimientos y de exquisitas formas, se fundían variados motivos a los que dar expresión artística.

Y todo ello en aquella Italia, cuyo horizonte se poblaba cotidianamente de conflictos locales, de disputas de ciudades o de ideologías, de constantes fluctuaciones de gobiernos, de brillantes personalidades cuyas esperanzas alternaban de cumplidas a fallidas, de resurrección de imperiales ideas y realizaciones. Y de diplomacia, cuyos actores recorrían en todas direcciones los senderos de la política, de sus proyectos y de sus ambiciones.

¹⁸⁷ Sobre esa época de Pre-Renacimiento o Pre-Humanismo en Italia, la bibliografía es inconmensurable. Aquí no queda más que manifestarle el debido tributo de admiración. Para el lector español podría sugerirse Jill KRAYE (ed), *Introducción al humanismo renacentista*, Cambridge University Press, ed. española, 1998.

Interpretar aquí nosotros, en estas páginas, que para ello se quedan cortas, los pasos del primer Humanismo, con su suprema riqueza y sus promesas de porvenir, sería pretensión estéril. Acomodar esos pasos de tan provechosa trascendencia intelectual con los de los hombres que por entonces dedicaban parte de sus esfuerzos a los cometidos de diplomacia o en los espacios en que ésta se movía, sí podría suministrar algunas pocas conexiones útiles para columbrar sucesos o intenciones.

El propio Dante, los datos de cuya biografía se insertan en ese conjunto de actividades, ha sido ya una muestra. Otros personajes pueden servir también a ese fin. Uno de los más conspicuos y además inscribible en el marco de las situaciones que aquí se vienen tratando es el paduano Albertino Mussato.

Su nombre figura desde luego junto a los primeros que iniciaron o inspiraron lo que habría de ser el Humanismo renacentista. Además, figura también con razón en los fastos de la diplomacia. Y finalmente fue servidor, cronista y propagador de la persona e ideas del Emperador Enrique VII. Son elementos todos que lo autorizan a personalizar sucesos y momentos de lo que aquí se describe.

Hombre de las letras de su tiempo, precursor de las futuras, discípulo del humanista Lovato Lovati y capaz de influir en las ideas del Petrarca, Mussato fue un conocido jurista de su Padua natal. Por eso fue elegido para funciones diplomáticas. Fue Embajador de Padua ante el Papa Bonifacio VIII en 1300. En siguiente década, la ciudad lo nombró su Embajador para representarla ante Enrique VII con ocasión de su coronación en Milán. En ese año de 1311 desempeñó varias embajadas ante dicho monarca. Eran momen-

tos en que se dilucidaba la futura posición de Padua en relación con su rival Verona, que acabó por primar en las decisiones adoptadas por Enrique VII.

La relación de Mussato con el Rey se plasmó en un muy importante designio: el de describir su paso por Italia y sus fastos imperiales. Ya se ha mencionado el título de su obra histórica. *De gestis Heinrici VII Caesaris Historia Augusta*. A esa crónica del Emperador, siguió otra acerca de sus consecuencias: *De gestis italicorum post Henricum Caesarem*. Eso da testimonio de su interés por la época y por su protagonista. Pero de su personal afecto a éste da prueba un poema que le dedicó, el número 33 de sus poesías, escrito en dísticos latinos de culto clasicismo, pero que ofrecen la singular y acaso significativa notabilidad de estar compuestos de catorce versos, como en los sonetos que ya proliferaban en la literatura de su tiempo, y tal vez a modo de una especie de seña distintiva de los nuevos estilos. En ese poema¹⁸⁸, en el que declara que su espíritu se ha convertido hacia imperiales sedes (“anxia¹⁸⁹ Caesareas sese convertit ad arces”), expone su alegría por ser tenido por fiel amigo del monarca:

“Frons, Henrice, meae satis est incomta camenae,
Lecta tamen veri nuntia fida soni.
Et mihi grata tamen; saltem quia reddet amicum
Me tibi, sulcandum iam bene stravit iter”.

¹⁸⁸ Las obras de este y otros poetas fueron publicadas por Luigi Padrin, *Lupati de Lupatis, Bovetini de Bovetinis, Albertini Mussati necnon Jamboni Andreae carmina quaedam ex codice Veneto nunc primum edita*, Padua, 1887. Sobre Mussato y su poema *vide* Romald G. WITT, *In the footsteps of the Ancients. The origins of Humanism from Lovato to Bruni*. Boston /Leiden, 2003. Especialmente el capítulo “Albertino Mussato and the second generation”, *cf.* p. 121.

¹⁸⁹ Probablemente una elipsis que encubre la mención del “alma”.

Un hecho de su biografía lo acompasa al Dante: también Musato fue desterrado de su ciudad, Padua, en 1325 y en el destierro murió en 1328, en Chioggia.

Sirvan los datos de este notable literato, cuya obra histórica es ilustrativa del reinado italiano de Enrique de Luxemburgo, para al menos ubicar aquí los rasgos del fenómeno del Pre-Humanismo italiano, no ajeno a los fastos de Dante y del Emperador, que en estas páginas se tratan.

VERONA

Los nombres de las ciudades de la Italia de entonces (y tanto vale decir las de todos los tiempos) despiertan en quien los oye o los lee, elocuentes ecos de sucesos de Historia, de imaginaciones de literatura, de eufonías líricas, de visiones de Arte o simplemente de vivas evocaciones de un sugerente pasado.

Así, Verona. Ciudad próspera en riqueza, notoria en el gobierno de los Ecalígeros y de las familias que allí regían la vida y sus avatares y conflictos, a la vez que brindaban a insignes artistas sus mecenazgos. Fue siempre Verona, desde los tiempos de los antiguos romanos, cruce de caminos, escala de vía fluvial del Adige, encrucijada de las rutas de la Italia del Norte con el consiguiente dominio de perspectivas.

De esa propicia atalaya disfrutaba Dante para advertir y estimar lo que sucedía en Italia. Era un lugar privilegiado. En 1303 acudió Dante a Verona, ante Bartolomé della Scala, y parece haber prolongado su estancia allí en el siguiente año 1304. Su compatriota florentino y colega poeta Cecco Angiolieri, le reprochó, con aquel motivo, haberse hecho lombardo, a la vez que él



Plaza dei Signori (Verona), en tiempos de Cangrande.

se había ido a Roma. Fue en un soneto bien conocido: “s’eo só fatto romano, e tu lombardo”¹⁹⁰.

En Verona se hallaba, pues, a la vera y al amparo de sus amigos y protectores, los *Scaligeri*¹⁹¹, señores de aquel lugar, que le brindaban una bienvenida hospitalidad. Allí Bartolomé della Scala lo

¹⁹⁰ Que comienza diciendo: “Dante Alighier, s’i’son bon brgolardo”, (“Si soy yo un buen bufón”). (*Rime*, 66).

¹⁹¹ A Alberto I della Scala muerto en 1301 sucedió su hijo Bartolomeo I della Scala, y en 1304 Alboino I della Scala que murió en 1311, sucedido por Alberto II della Scala y por el renombrado Cangrande della Scala, relevante prohombre gibelino.

acogió¹⁹², y luego su principal anfitrión, que fue Alberto Canfrancesco, *Cangrande*, della Scala, que le consentía disfrutar de aquel refugio¹⁹³, desde el cual podía Dante enjuiciaba el entresijo de los movimientos diplomáticos, que también afectaban a la región.

¹⁹² Desde allí (donde estuvo invitado de Bartolomeo Della Scala), se trasladó por algún tiempo a Sarzana en Liguria, y después pasó a residir en Lucca, en 1314, en compañía de una Signora Gentucca, a la que tiempo después mencionaría en el *Purgatorio*, XXIV, 37.

¹⁹³ “Lo primo tuo rifugio e il primo ostello
Sarà la cortesía del gran Lombardo”.
Che in su la Scala porta il santo ucello”
(*Paraíso*, XVII, 70). Alude al águila surmontando una escala en el blasón de los Escaligeros).

Desde allí también le tocó viajar en una misión.

Porque sería en tal misión diplomática encomendada entonces por los Escalígeros durante su estancia en Verona, cuando acudió a Padua, Treviso y Venecia. Esto último le dio ocasión de conocer los arsenales venecianos, que admirablemente describió¹⁹⁴, precisamente para evocar la brea hirviente del Infierno.

Pero no sólo eso. Allí las poderosas y ricas familias dirimían sus pretensiones y competían en rivalidades, a menudo enconadas. Desde luego, eso causaba consecuencias en medio de las aquí referidas circunstancias de renovaciones imperiales y aspiraciones gibelinas. Pero también en meras competencias de las stirpes ciudadanas. Y ¿cómo no aludir a las más famosas? Por aquellos días reñían en Verona Montescos y Capuletos. Los nombres de Romeo de los primeros y Julieta de los segundos tienen su prominente lugar en las páginas de la literatura y en la emoción de los humanos. ¿Qué son los puros nombres? diría Julieta en palabras de Shakespeare. Algo eran. sin embargo, y causaban atroces disensiones. Los Escalígeros que allí gobernaban trataban de poner orden en las disputas internas. Tal intentaba el citado Bartolomé della Scala (una escalera de plata en fondo de gules, surmontada de águila traía de blasón), mientras Dante Alighieri buscaba aminorar allí sus males de destierro por los años de 1303 y 1304. No le fueron indiferentes las disensiones internas. Dejó su huella en versos del *Purgatorio*:

¹⁹⁴ Infierno, XXI, 7-9:

“Quale nell’Arzanà de’ Viniziani
bolle l’inverno la tenace pece
a rimpalmare i legni lor non sani”.

Alude a la tenaz pez hirviente que sirve para empalmar los navíos averiados, con lo que ejemplifica el castigo reservado a los estafadores, la inmersión en brea hirviendo, tal como la vio hervir en el Arsenal de Venecia.

“Vieni a veder Montecchi e Cappelletti,
Monaldi e Filippeschi, uom sanza cura:
Color già tristi, e questi non sospetti”¹⁹⁵.

LA RUTA A LA CORONACIÓN

Sobre todo, desde Verona tendría entonces oportunidad el talento político de Dante de apreciar dos circunstancias: la deseada meta de la coronación imperial de Enrique VII, aspiración gibelina que no podría sino favorecer sus propios deseos de restauración de su posición propia, y de otra parte la ambigüedad papal, jugando a la vez dos cartas, la angevina del Nápoles de Roberto y la imperial de Enrique, juego en el que este último resultase víctima. Eso explica su contundente condena del doble juego que desde Aviñón, a juicio de Dante, ejercía el Papa gascón.

Es decir, en la mente del poeta, su grandiosa apelación a la paz y la justicia, combinada con la queja por el injusto destierro de su patria, gravitarían sobre el espectáculo de las versatilidades y el general amago de fraude, vigentes en el mapa político. Era la ideología de Dante, nadando en el proceloso bátrato de los tratos diplomáticos de su Italia convulsa, presa a su vez de codicias propias y foráneas. El premio para la posteridad es que tales sucesos se vean reflejados magistralmente en la colosal *Comedia* y en las varias y sabrosas epístolas, que así adquieren carácter de retrato y semblanza de la vida pública, como él la contemplaba.

Merece reseñarse que, acerca de los movimientos diplomáticos de por aquel entonces en Italia ofrece

¹⁹⁵ VI, vº 106-8.



El Rey va por Lodi, Soresina y Paderno hacia Cremona". *Codex Balduini Trevirensis*, 1340.

información un cronista, que era asimismo diplomático al servicio de Enrique VII, que debió de traérselo consigo de sus propias tierras luxemburguesas de donde era nato. Era Nicolás de Ligny, un fraile dominico, que obtuvo la sede *in partibus* de Obispo de Butrinto¹⁹⁶. Además de prolijo historiador del viaje y

¹⁹⁶ En la antigua Albania. Se le conoce también como Niccolò Bortontinense. *Vide infra*,

andanzas italianas de Enrique, fue en varias ocasiones su embajador, a veces acompañado de un cofrade de su orden el también dominico Bernardo de Montepulciano.

Ligny refiere los tratos de Enrique con Roberto, que no pasaron de intentos, porque sus posiciones y alianzas se hallaban muy distanciadas. Pero en Brescia, en el verano de 1311, se intentó en efecto un entendimiento entre En-

rique y su rival del Sur, Roberto d'Anjou: fue un encuentro diplomático en el que se planeaba el matrimonio de sus hijos. Embajadores de Roberto eran el Obispo de Albi y un diácono que lo acompañaba, los de Enrique eran los obispos de Lieja (Teobaldo de Bar) y de Basilea (Gerhart von Wipplingen)¹⁹⁷. Información sobre todos estos tratos facilitó noticia Nicolás de Ligny¹⁹⁸; informa éste favorablemente, si bien a la vez confiesa no saber lo que allí se trató, una muestra de la confusión, seguramente deliberada, con que casi todos disimulaban sus planes.

Más tarde, el propio Ligny fue titular de embajadas por encargo del Rey de Romanos. Una de ellas, desde Pisa, a 10 de abril de 1312, es objeto de su detallada narración¹⁹⁹. Fue la que desempeñó en compañía de otro embajador imperial, Pandulfo Savelli, notario apostólico, de una linajuda antigua estirpe vinculada a los Papas²⁰⁰. Acudieron ambos a Roma y a Nápoles; todavía intentaba Enrique algún acuerdo con el monarca napolitano. También a la Curia aviñonense fue Ligny embajador de Enrique VII, en compañía de muy ilustres personajes, principesco alguno y prelaticios los demás²⁰¹.

Era evidente que sobre las relaciones, sólo aparentemente incólumes, pero realmente deterioradas, entre el Papa y el Rey de Romanos, gravitaba el hecho de la coronación, varias veces demorada a causa de tácticas dilatorias de la Curia, que ya habían hecho imposible la casi inminente Fiesta de Pentecostés. En enero de 1311, el Papa se resolvió a proponer al Rey la fecha del día de la Asunción del

año 1311 para la coronación en Roma²⁰². Para comunicarlo, acudieron al Rey a Milán dos nuncios papales: eran el Arzobispo electo de Salerno, Roberto de Malovicino, y el canónigo de Perigord, Hugo Gerard²⁰³.

Sin embargo, el Papa requería un entendimiento con el Rey de Francia y urgía a Enrique a proceder mediante una embajada. Ésta tuvo lugar, a Francia y a la Curia, en julio de 1311, a cargo del Obispo Gerardo de Basilea, el de Novara, Ugucione dei Borromei y el dominico Jean de Clermont. Ellos solicitaron de nuevo del Papa una confirmación de la fecha y modo de la coronación de su amo. Se preveían tantas dificultades que osaron pedir al Papa que resolviera dónde en Roma podría tener lugar el solemne acto, si no era posible hacer en la basílica de San Pedro. A tanto llegaba ya la general desconfianza, que los ulteriores sucesos confirmarían.

Los retrasos continuaron. El proyecto imperial, sueño de los gibelinos en Italia, fue haciéndose cada vez me-

¹⁹⁷ COGNASSO, *op.cit.* p. 254.

¹⁹⁸ “Episcopus Albensis et unus archidiaconus ex parti Roberti regis ad tractandum pacta, condiciones et alia quae necessaria erant circa matrimonium filii sui et filiae Regis Romanorum, (*op.cit.*, p.23, 28).

¹⁹⁹ *Op. cit.*, 34, 12 y ss.

²⁰⁰ Pandulfo era sobrino del Papa Honorio IV.

²⁰¹ Desde Pisa, *vide alibi*.

²⁰² “Albanensis, Ostiensis et Sabinensis episcopi vosque Francisce et Luca, vel illi vestrum qui praesentes fuerint, eisdem regi et reginae mitras et diademata imperii, regi quoque sceptrum, pomum et gladium et alia sollemnia. [...] Prout decet tam arduum et solemne negotium quae vobis comittimus nostris vice et nomine exsequentes in dicto festo Assumptionis, si poteritis commode vel alio certo convenienti die, quem idem rex ad hoc pro qualitate negotiorum imminentium duxerit eligendum”. (*Regestum Clementis Papae V*). *Vide infra* sobre estos cardenales.

²⁰³ A esa diócesis de Périgueux pertenecía Arnaldo de Puyana, agustino, familiar de Clemente V, quien por entonces (febrero de 1310) lo nombró Obispo de Pamplona. (El Rey de Navarra era Luis I *Hutin*, por abdicación en su favor de su padre Felipe IV de Francia, a quien sucedería como Luis X). Las estrechas relaciones de Navarra con el Papado eran las de Francia, puesto que los monarcas franceses lo eran también de Navarra por el matrimonio de Felipe IV con Juana I de aquel reino. De los avatares del nombramiento de Puyana se ocupó el cardenal de Sabina, Pedro Hispano, a intervalos de su misión diplomática de Clemente V en Inglaterra, que en otro lugar de aquí se cita. (Puede verse GOÑI GAZTAMBIDE, “Los obispos de Pamplona del siglo XIV”).

nos viable, topando con demoras papales, hostilidades francesas y napolitanas, oposiciones güelfas. La diplomacia, las idas y venidas de embajadas, no encauzaban propósitos ni los posibilitaban.

La Diplomacia medieval, cuya propia itinerancia da idea de asombrosa movilidad, mostró en esos años en Italia una capacidad de acción, que da relieve a sus actores (Nicolás de Ligny, Gerardo de Basilea, los nuncios papales, los embajadores de Roberto de Anjou, de Federico de Sicilia, de Jaime de Aragón), trayendo y llevando mensajes y ejerciendo de portadores de complejas y a menudo versátiles instrucciones de sus soberanos, a la vez capaces de toda clase de sutilezas en la consecución de sus planes. Los güelfos, atentos a las variadas directrices procedentes de la Curia aviñonesa, los francófilos a la orden de París o de Nápoles, los aragoneses de España o de Sicilia, y, moviéndose peligrosamente por las rutas de Italia, el soberano alemán, aspirante a revivir sueños imperiales, movían sus peones diplomáticos al albur de las posibilidades reales y de las pretensiones posibles. Para ilustrar las ideas y las personas, nada mejor que sondear en las poderosas imágenes de la *Divina Comedia* o en las recomendaciones de las epístolas de su autor, o en las descripciones latinas del Butrinense o en las multicolores miniaturas de la Crónica de Balduino de Tréveris, pobladas de soldados, de caballos, de banderas, de capelos de cardenales y yelmos de guerreros, de abigarradas escenas de combates o de alguna solemne coronación.

En fin, paisajes y escenas como las que, décadas más tarde, ilustrarían la Crónica de Froissart o las Horas del Duque de Berry, abren al admirado lector u observador, los umbrales de los sucesos medievales con una plasticidad que sirve para revelar empresas e intenciones, logros o designios que impulsaron grandes acontecimientos.

La Italia de aquellos años, con su diplomacia tenaz y movidiza, da una muestra de un acacer versátil y azaroso, aventurado y contingente, en busca de resultados inminentes y a la vez inseguros.

Tal fue el recorrido de Enrique VII, Rey de Romanos, a fin de ser coronado emperador en Roma, a través de amigos y de enemigos, por las rutas de Italia. Tenía Enrique en Italia aliados, cuyos embajadores le transmitían apoyos: los güelfos blancos de Florencia, Federico II de Sicilia²⁰⁴, su propio cuñado Amadeo V de Saboya, que recelaban del creciente poderío de Roberto de Anjou, Rey de Nápoles, pariente del Rey de Francia y favorecido del Papa Clemente. Amigos potencialmente fieles, pero difíciles los caminos, dudosas las ciudades, Roma incierta. Todavía el Rey Roberto buscaba acuerdos con Enrique; en mayo de 1312, aún llegaba a su Corte embajador Giovanni de Lucidomonte para restaurar los tratos enhebrados en Génova²⁰⁵.

¿Y los romanos? De un lado, la Ciudad Eterna estaba parcialmente ocupada por tropas venidas de Nápoles y apoyadas en la Urbe por la facción de los Orsini, también hostil al Rey Enrique. Y el Papa, voluntariamente ausente en Francia. El pueblo reclamaba su retorno y lo amenazaba con elegir por su cuenta un emperador, alegando antiguos modos de elección popular²⁰⁶. De ello daba cuenta a Jaime II su embajador en 1305²⁰⁷.

²⁰⁴ Enrique VII era también aliado del Rey de Hungría, que disputaba a Roberto el trono de Nápoles, por derecho de primogenitura, como heredero de Carlos II, de mejor línea.

²⁰⁵ DÖNIGES, *Acta*, 1312.

²⁰⁶ Que se resucitarían en ulteriores tiempos de Cola di Rienzo, con el Emperador Luis IV, sucesor de Enrique.

²⁰⁷ *Vid.* sobre ello Friedrich BOCK, *op.cit.*, p. 131.

El Dante tomaba partido en aquel conjunto de controversias desde su posición proimperial. En sus obras ataca al Papa Clemente y a los ubicuos franceses. Así, expresamente en el Paraíso²⁰⁸ de su *Commedia*: “In vesta di pastor lupi rapaci / si veggion di quassù per tutti I paschi”.

Al Papa Clemente y a sus secuaces reprochaba por hacer guerra a los de Letrán en vez de a sarracenos y judíos, como debieran. Los de Letrán son la familia Colonna, partidarios del Emperador, el cual, al fin hubo de coronarse en San Juan de Letrán²⁰⁹.

“Lo Principe de’ nuoi Farisei,
Avendo guerra presse a Laterano,
E non con Saracin né con Giudei”²¹⁰

En el Infierno, identifica a Sodoma y a Cahors²¹¹.

Cada vez más protagonista de aquellos sucesos fue el Rey Roberto de Nápoles. Su actitud fue al principio ambigua, finalmente hostil a los planes de Enrique VII y aun su mera presencia en Italia. Por eso favoreció a los florentinos, suscribió las instrucciones planes del Papa en Italia, que claramente lo favorecían. Y se opuso a lo planes de restauración imperial, de corte gibelino.

Bien conocida es, y siempre sugestiva de recordar, la disparidad con la que Roberto fue juzgado por los dos colosos de la literatura italiana del momento, Francesco Petrarca y Dante Alighieri. Para Petrarca, Roberto d’Anjou fue el mecenas protector de la Cultura, el que

²⁰⁸ XXVII, 55 ss.

²⁰⁹ *Vide infra*.

²¹⁰ Infierno, XXVII, 85 ss.

²¹¹ Infierno, XI, 50. Ciudades tenidas por propias de blasfemos y usureros.

impulsó su coronación como poeta laureado, el monarca benemérito de las Letras y las Artes en Italia, el paradigma de reyes y gobernantes. Para el Dante fue el obstáculo de la restauración imperial, el monarca mezquino, enemigo del Emperador Enrique. Aparece así en la *Comedia*²¹².

Roberto efectivamente se convirtió en el más poderoso enemigo de las empresas de Enrique, valladar de sus empresas y, por ende, de su proyecto de coronación romana. Para ello contaba con el apoyo, a veces disimulado, a veces palmario, del Papa Clemente desde Aviñón. Contaba con las ciudades güelfas, de ideología anti-imperial, concordadas en Ligas y confederaciones. Y contaba también con tropas, por ellas facilitadas, que se enfrentaban con variado lugar y marte con el ejército de Enrique.

Entre esos auxilios y cooperaciones, habrá que citar la útil presencia de caballeros catalanes, que ofrecieron a Roberto sus servicios. Eran personajes de ideología güelfa, que lo sirvieron tanto en el campo militar, al frente de sus propios soldados, como en misiones de carácter diplomático. Alguno procedía de la diplomacia aragonesa de Jaime II: así el ya citado Gilabert de Centelles. Otro fue Simó de Bell-lloc, originariamente embajador aragonés en Nápoles y luego allí personaje notorio en la Corte angevina. Otro fue Dalmau de Banyuls y otro fue, además y sobre todo, jefe de sus tropas: es el caso de Diego de Larrat, que se enfrentó varias veces a los imperiales y gibelinos. Todos fueron destacados paladines de la causa güelfa, al servicio de Roberto d’Amjou, Rey de Nápoles. De ellos se hay podido afirmar que eran hombres inteligentes y am-

²¹² Paraíso, VIII, 148.

biciosos aptos para la guerra y la diplomacia²¹³. Dada esa su afiliación, no es extraño que cayeran ellos o sus congéneres del entorno del Rey Roberto bajo las invectivas de Dante Alighieri²¹⁴.

Finalmente, a despecho de obstáculos, inconvenientes e insidias, Enrique VII entró en Roma por la Porta di Santa María del Popolo el 7 de mayo de 1312 y se alojó primero en la Torre de las Milicias, luego en el Aventino. Debíó de encontrarse con una Roma devastada por las destrucciones y las ruinas, alterada por luchas, envilecida por rivalidades. Ocupada parcialmente la Urbe por tropas hostiles (los napolitanos, los Orsini y los catalanes²¹⁵), resultaba imposible efectuar la coronación en la basílica de San Pedro, como era lo habitual. Estaba ocupada por tropas rivales. Esto colocaba en una difícil situación a los cardenales²¹⁶ comisionados por el Papa para, en su nombre y por su autoridad delegada, coronar emperador a Enrique VII.

La anómala situación dio lugar a una nueva embajada, despachada al Papa, a Aviñón, por el Cardenal

213 “Tutti erano uomini intelligenti e ambiziosi, preparati per la guerra e per esercitare il comando delle truppe ma anche per le missioni diplomatiche e di governo” .(María Teresa FERRER i MALLOL, “Cavalieri catalani e aragonesi al servizio dei Güelfi in Italia”. *Medioevo. Saggi e Rassegne*, 20 (1996), pp. 161-194, cf. p. 194).

214 Cuando alude a “l’avara povertà di Catalogna” (Paradiso, VIII, 77).

215 Las tropas de Gilabert de Centelles y de Diego de Larrat se hallaban allí para oponerse a los imperiales.

216 Al fin fueron Nicolás de Prato, Arnaldo de Fougères y Lucas de Fieschi. De Nicolás Albertini de Prato se trató más arriba, con ocasión de la misión que desempeñó en Florencia. Arnaud de Fougères, Cardenal Obispo de Sabina (sede en la que había sucedido en 1310 al español Pedro Rodríguez, *Petrus Hispanus*), era influyente personaje en la Curia de Aviñón, intervino en el proceso contar los templarios y no carecía de experiencia diplomática, como legado papal que fue en Inglaterra para las paces entre Felipe IV de Francia y Eduardo I de Inglaterra. También Nicolás de Prato y Pedro Hispano fueron en sus días legados papales en Inglaterra, donde Clemente V intervenía como mediador entre ambos monarcas.

Legado, el principal de los tres, para preguntar si cabía realizar la coronación en sitio diferente a la basílica petriana²¹⁷. No resuelto el problema, no quedó otro remedio que acudir a Letrán, en cuya basílica de San Juan²¹⁸ fue al fin Enrique VII coronado Emperador el 29 de junio de 1312 por los tres cardenales afectos²¹⁹, en ausencia del Papa y con condicionada y un tanto remisa autorización de éste²²⁰.

IMPERIO ROMANO RENOVADO

Así pues, una vez superados tantos avatares, viajes comprometidos, enfrentamientos de vario resultado, recepciones gloriosas y expugnaciones forzadas y, sobre todo, numerosos ejercicios de diplomacia y andanzas de embajadores, Enrique VII alcanzó su propósito de llegarse a Roma para su coronación imperial.

Hay un texto en que él mismo refiere, minuciosamente detalla y además solemnemente enjuicia esa postrera secuencia de sucesos. Un texto acaso nunca o raramente analizado y, sin embargo, sumamente elocuente. Es la “notificatio coronationis” que remitió

217 “utrum liceret eis alibi quam in Sancto Petro regem coronare, quia de hoc erant opiniones diversorum”. (LIGNY, *op.cit.*, 59,10 ss).

218 Apresuradamente reparada. Había sufrido un pavoroso incendio el 6 de mayo de 1308.

219 “Coronatur a tribus cardinalibus in imperatorem”, ilustra la imagen en la Crónica de Balduino de Luxemburgo (*Codex Baduini*, lámina).

220 Décadas más tarde se haría lo mismo con el nieto de Enrique, el Emperador Carlos IV, que sería también coronado en Roma por cardenales nombrados por el Papa aviñonés. Para el futuro, ya se incluiría en el *Caeremoniale Romanum* un párrafo “coronatio Imperatoris, absente Papa”. (*Vide* el de Agostino Fabrizio PICCOLOMINI, dedicado a León X, p.XXIII).

al Rey de Inglaterra Eduardo II²²¹ para darle cuenta de aquellos acontecimientos²²², al día siguiente de los hechos, el día 3 de las kalendas de julio de 1312²²³.

En ese relato, el Emperador describe los acontecimientos. Lo hace en primera persona, dando así al texto una incontestable veracidad y sobre todo una deseada trascendencia, en la que está siempre presente el poder y la dignidad imperiales. Cuenta cómo, a través de Lombardía, “*terram Imperio nostro subjectam*” y una vez sometida la rebelde Brescia que se había rebelado (“*nephando ausu nostro culmine rebellavit*”), se había dirigido por fin a Roma. Allí se había previsto su coronación en la Fiesta de la Asunción, pero tantos sucesos la habían retardado, estando el Papa requerido en Aviñón por graves menesteres²²⁴, que habían demorado la coronación y consagración²²⁵. Para éstas —dice— se había previsto lo hicieran finalmente los venerables cardenales plenamente apoderados por el Papa²²⁶, exceptuados

221 La Buena relación entre ambos monarcas se habría iniciado cuando Enrique estuvo presente en Westminster en la coronación de Eduardo II y su esposa Isabel de Francia el 25 de febrero de 1308. Sin embargo esa presencia parece no haber sido posible porque consta haber estado en Poitiers pocos días antes.

222 Se puede consultar en el volumen I, p.104 de la vetusta y monumental colección de Thomas RYMER, indispensable fuente para el conocimiento de las relaciones internacionales de la Inglaterra medieval, que lleva el compendioso título de *Foedera, conventiones, litterae et cuiuscumque generis Acta Publica inter Reges Angliae et alios quosvis Imperatores, Reges, Pontifices, Principes vel Communitates ab ineunte saeculo duodecimo, viz. ab anno 1101 ad nostra usque tempora habita aut tractata*.

223 Precisa: “*Regni nostri anno quarto, Imperii primo*”.

224 ¡Y tanto! Eran el Concilio y el proceso contra los templarios. Y seguramente las pocas ganas que el Papa tenía de volver a Roma.

225 “*propter sui absentiam praefatae nostrae coronationis et consecrationis gaudia retardari*”.

226 “*Venerabilibus patribus dominis Arnaldo Sabinensi, Apostolicae Sedis Legato, Leonardo Albanensi et Nicholao Ostiensi et Velletrensi episcopis et Francisco Sanctae Luciae in Silice ac Lucae, Sanctae Mariae in Via Lata, Diaconis Cardinalibus vices suas plenissimas in hac parte commisit*”.

los dos que previamente habían fallecido²²⁷. Para la ceremonia, indica que él mismo había elegido la Fiesta de San Pedro y San Pablo²²⁸.

Pone el Emperador comprensiblemente énfasis en ponderar la magnificencia del suceso, en que le fue impuesta la diadema imperial con todas las acostumbradas solemnidades y ante copiosa multitud de clérigos y nobles, los cuales habían convenido por una causa: su flagrante deseo de contemplar cómo se dotaba al mundo del gozo de ver renovado el Imperio Romano²²⁹.

Este acontecimiento era la cumbre de sus propósitos, el deber que sus múltiples inmediatos antecesores no habían podido o querido ni siquiera intentar. Era el logro que lo igualaba a sus antiguos gloriosos predecesores germanos de siglos atrás, los Otones, los Salios, los Hohenstaufen.

Y era la conseguida meta de su expedición a tierra italiana.

Añádase ahora. En toda esta exposición autocomplaciente hay algo más que un relato vivido con satisfacción.

El Emperador quería no sólo referir sino interpretar la magnitud del suceso. Y lo hizo con los argumentos de una doctrina que de siglos pasados venía fundamentando la necesidad y el poder sacro del Imperio. Una doctrina religiosa y política a la vez. Y filosófica.

227 “*Albanensi et Sanctae Luciae dumtaxat exceptis, quos ab humano consortio conditio vitae mortalis absolverat*”. El Cardenal Obispo de Albano era Leonardo Patraso, Arzobispo de Capua, fallecido el 7 de diciembre de 1311. El Cardenal titular de Santa Lucía in Silice era Francesco Orsini, fallecido el 17 de diciembre de 1312.

228 “*Dum festum Apostolorum Petri et Pauli duximus eligendum*”.

229 “*ad videndum nova exorta mundo gaudia Romano Imperio denovo iam renato sicut flagranti desiderio dudum videre optaverant, convenerunt*”.



Coronación del emperador Enrique VII en la basílica de Letrán. *Codex Balduini Trevirensis*, 1340

Una doctrina basada en la **similitud** entre lo celestial y lo terrestre. Según ella, el Emperador sustenta la idea de que, igual que en el Cielo, las huestes angélicas se hallan bajo un solo Dios, así también en la tierra los hombres, aun divididos en reinos y provincias, han de someterse a un solo Príncipe, de suerte que la máquina del universo, bajo un solo creador, proceda bajo un solo Príncipe que incrementa la paz y la unidad. El texto es expresivo en su formulación de alta teoría:

“Quemadmodum sub si Deo uno omnes Ordines Caelestium Agminum, sic universi homines, distinc-

ti Regnis et Provinciis separati, uni Principi Monarchae subessent, quatenus eo consurgeret Machina Mundi praeclarior, quo sub uno Deo, Factore suo progrediens, sub uno Principe ac in se pacis ac unitatis augmenta susciperet et per amoris gressum et Devotae Fidei stabilimenta rediret”.

Las elocuentes frases formuladas por el Emperador no son sólo un acto de satisfacción, sino también una expresión de la ideología que animaba sus acciones: la equiparación del orden celestial con el humano, logrado a través del Sacro Imperio. Precisamente será aquí

congruente señalar que esa aludida correspondencia entre las dos esferas, es una de las ideas básicas del tratado sobre la Monarquía, en el que Dante expuso su concepción de lo divino y lo terreno: “De intentione Dei est ut omne causatim divinam similitudinem representet. [...] Ergo humanum genus bene se habet et optime, quando secundum quod potest Deo assimilatur. [...] Sed tunc genus humanum maxime est unum, quando totum unitur in uno, quod esse non potest nisi quando uni principi totaliter subjacet”²³⁰.

El hecho, pues, que tuvo lugar el día de San Pedro y San Pablo en la basílica romana de San Juan de Letrán, fue una real plasmación de la idea imperial medieval, tras no pocos afanes, como aquí se ha visto, restaurada. Todo el orbe debía estar sometido a un solo monarca, “sub uno solo Principe”. Es la idea que se habría de formular en la constitución extravagante de Pisa de abril de 1313 en la que se proclamaba: “omnis anima Romanorum Principi sit subjecta”²³¹.

Para aquella época en que la teoría hallaba a menudo reflejo en las Artes plásticas, se ha podido especular con el hecho de que la figura del Emperador en la famosa *trecentesca* obra de Andrea di Bonaiuto en la *capella degli Spagnoli* de Santa María Novella en Florencia (*Il trionfo della Chiesa*) quisiera representar a Enrique VII, mostrándole al lado del Papa en el centro de la triunfal y alegórica composición, en la que tiene a su izquierda a un rey y a un conde.

Tuvo también su eco en el curso de las relaciones internacionales. Por ello resulta cuando menos sorprendente que un importante historiador que trata de tales

²³⁰ *Monarchia*, I, VIII, 5.

²³¹ *Vide infra*.

relaciones en la Edad Media, François Ganshof²³², despache sumariamente estos hechos en el espacio de pocas líneas²³³, en las que llama a Enrique VII “un pobre hombre” y a la Italia de entonces “un nido de víboras”. Menos mal que en esas líneas por lo menos accede a recordar que el más elocuente y el más ilustre defensor de aquellas ideas fue Dante Alighieri.

LAS FINALES EMPRESAS DE ENRIQUE VII

La estancia del Emperador en Roma, ya su ciudad, suscitó nueva controversia. El Papa, celoso de las eventuales iniciativas de aquél, encomendó a sus cardenales que las prohibieran. Esta decisión papal se basaba en la llamada “Donación Constantiniana” por la que el Emperador Constantino había supuestamente hecho al Papa Silvestre del territorio romano y que se entendía ser el fundamento legal de los Estados pontificios. El Dante negaba el supuesto de tal donación en base a estos argumentos: o el emperador Constantino la había hecho no siendo Emperador, en cuyo caso no había legitimidad, o bien lo era, en cuyo caso no tenía poder para desprenderse de sus propios derechos²³⁴.

La polémica se mantuvo inmediatamente a raíz de la coronación y subsiguiente estancia del Emperador en

²³² François L. GANSHOF, “La Edad Media”, en la renombrada *Historia de las relaciones internacionales* de Pierre RENOUVIN.

²³³ P. 181, tomo I, vol. I, de la ed. española de Aguilar, 1967.

²³⁴ “Aut ille imperator erat cum dicitur Ecclesiae contulisse aut non, et si non, planum est quod nihil poterat de imperio conferre; si sic, cum talis collatio esset minoratio iurisdictionis, in quantum Imperator hoc facere non poterat”. (*De vulgari eloquentia*, III, X, 11). Además, se alegaba la prescripción del evangelio de San Mateo a los discípulos: “nolite possidere aurum nec argentum in zonis vestris”.

Roma. Una defensa doctrinal de los derechos imperiales se ejerció por Giovanni di Calvarusso²³⁵.

El Emperador quedó allí pocos días. Su posición se debilitaba²³⁶. El 21 de julio abandonó la Urbe.

Obtenida ya la corona en Roma y pese a lo precario de su posición en Italia, escaso de partidarios, abrumado de enemistades y escaso de dineros²³⁷, el Emperador Enrique VII concibió planes de mayor ámbito, para consolidar su poderío en la Península²³⁸. Es seguro que él entendería esas empresas, como una consecuencia obvia de sus deberes imperiales de **aumentar** las proporciones incluso territoriales del Imperio. Así es como se entendía la atribución del “Augustus”, en la forma latina de “augmentare”. La expresión y título de “Semper Augustus” fue siempre en la Historia del Sacro Imperio así interpretada. Su traducción en la habitual titulación alemana de los emperadores se formuló (hasta el fin del Imperio en la Edad Contemporánea) en los términos de “immer Mehrer des Reichs”, es decir “siempre acrecentador” o aumentador del Imperio. Y hay razón para suponer que Enrique VII así lo pensaba, cuando en la varias veces citada crónica de Nangis expresamente se lee “[Imperium] dilatare cupiens ut Augustus”.

²³⁵ Como es sabido, la Donatio Constantiniana fue denunciada como un fraude histórico por el humanista Lorenzo Valla en 1440. Siglos antes, se atribuye al Emperador Otón III haber ya señalado la superchería.

²³⁶ Sobre las dificultades de la situación del Emperador después de su coronación y su estancia en Roma y en el Lacio, véase la detallada exposición que hace GREGOROVIVUS, *op.cit.*, lib.XI, cap.II.

²³⁷ “pecunia et auro nimium pauper”, refiere CERMENATE, 20.

²³⁸ El cronista francés Guillaume de NANGIS lo expresa así: “Suscepta itaque corona imperii, famam sui nominis amplius dilatare cupiens ut Augustus, suo rebelles imperio civitates Italiæ circuire, et sibi cum valida et armata manu subjicere potenter accelerat et audacter”.



Muerte de Enrique VII. *Codex Balduini Trevirensis*, 1340

Con tales propósitos, desde Roma, el Emperador se dirigió a Florencia. Una vez más, intentaría hacerse con aquel tenaz bastión enemigo. A las puertas de Florencia el 20 de septiembre, se le negó sumisión. Resulta siempre llamativo observar cómo el Dante se mostró apasionado servidor y promotor de la causa del Emperador Enrique, mientras su ciudad natal y añorada fue acérrima opositora de dicha causa, invencible pese a los ataques, aun cuando los gibelinos y güelfos blancos estaban con el Emperador.

La sumisión fue imposible, el asedio, ineficaz²³⁹. Los florentinos, a los que su exiliado compatriota Dante Alighieri había tratado de “ciegos” por rehusar la obediencia a su Emperador, trataron de negociar a través del enviado Riccardo Ughetti. La negociación fue llevada por parte imperial por el fraile Bernardo de Montepulciano. Hubo asimismo tratos diplomáticos con la ciudad de Siena, en nombre de la Liga, conducidos por Bonduchio di Salimbene, podestá de Pistoia. Todo fue inútil. Los embajadores imperiales fueron rechazados el 28 de octubre. De las negociaciones da noticia el asiduo diplomático imperial, el Obispo Nicolás de Ligny, que en ellas intervino. No hubo acuerdo. Florencia permaneció rebelde. Dante vituperó reiteradamente su actitud, incluso irónicamente en la *Divina Comedia*: Gózate, Florencia –le decía–, que se te conoce hasta en el infierno:

“Godi, Fiorenza, poi che sè sì grande,
Che per mare e per terra batti l’ali
e per lo inferno il tuo nome si pande”²⁴⁰.

Contra ella se había ya fulminado el 24 de diciembre de 1311 la proscripción imperial (*Reichsacht* o *Reichsbann*, *Bannitio civitatis*)²⁴¹.

En ella se declaraba al Común de Florencia y a sus habitantes reos confesos de contumacia y se les privaba de

“mero y mixto imperio”²⁴² de cualquier autoridad de señoría y se les condenaba a la confiscación de todos sus bienes por la Cámara del Imperio Romano²⁴³, así como de privación de privilegios municipales.

Los florentinos contaban con el apoyo de Roberto de Nápoles que le habían solicitado con insistencia. Eso les daba pie para su actitud²⁴⁴. En el resto de la Península, la posición del Emperador se mantenía desigual, por regiones y ciudades, entre güelfos y gibelinos, remisos o leales a la causa imperial. Desde Génova, el enviado aragonés Cristiano Spinola, personaje importante²⁴⁵ y siempre bien informado, remitía al Rey Jaime de Aragón informaciones de la actitud de las principales ciudades lombardas, a la espera del resultado de la campaña que se preveía inminente contra los enemigos meridionales; porque todavía se empeñaba Enrique VII en un plan, militar esta vez y arriesgado.

Era una campaña contra su rival angevino, Roberto de Nápoles. Se requerían adhesiones de las ciudades, se remitían comisarios imperiales para asegurarse el apoyo local de los vicarios y podestás, se reunía medios financieros. La recluta de un ejército parecía prever un resultado positivo. De Alemania y también de Bohemia, donde reinaba su hijo Juan, recibía promesas de apoyo.

²³⁹ “Come a Firenze vennero ambasciadori dello ‘mperadore e furono cacciati”. Fueron Svelli y otros eclesiásticos. (VILLANI, IX, XXV1).

²⁴⁰ *Inferno*, XXVI, 1.

²⁴¹ Una especie de solemne excomunió laica que emitían los emperadores del Sacro Imperio. Se halla en los *Monumenta Germaniae Historica*, Constitutiones et acta publica imperatorum et regum, IV-1, n° 716, pp. 701 ss. Según César CANTÚ (*op.cit.*, IV, p. 407, nota), el texto de la condena fue traducido al italiano en la afamada colección de literatura italiana titulada *Delizie degli eruditi toscani*, vol. XI, p. 103.

²⁴² Con el que el soberano retiraba toda delegación de ejercicio de poder y de administración de justicia a un feudatario.

²⁴³ La *Reichskammer*.

²⁴⁴ Con el tiempo, Roberto había de fallarles. Se lo recriminó uno de aquellos poetas de su época, Pietro de Faitinelli, *il Mugnone*, literato de Lucca, con palabras despectivas, con las que exhortaba a sus compatriotas a no esperar al Rey holgazán, heredero de Carlos II: “Non speri il pigro Re, di Carlo erede”.

²⁴⁵ Christianus de Spinola figura en una relación de mayo de 1313 al frente de “XII sapientes ad tractandum et ordinandum” en el Consejo de Génova.

La actividad del Emperador en esos meses fue de grandes proporciones y en varios ámbitos.

En primer lugar lo fue en el terreno militar. Preparaba una campaña de considerables dimensiones. Se trataba de invadir el Reino napolitano de su rival Roberto, que contaba con muchas fuerzas y poderosos aliados. Enrique organizaba una armada de galeras para atacar por mar y un ejército para la frontera terrestre. Era la mayor empresa desde que se inició su presencia en Italia.

En segundo lugar, era obvio que tal empresa requería un amplio movimiento diplomático. Hacían falta dos cosas: garantizarse el apoyo político y militar (éste naval y terrestre) de su principal aliado Federico de Sicilia, tan interesado como él en desplazar de Nápoles al monarca angevino. Un logrado y ya antiguo acuerdo diplomático cooperaba a tal propósito. El Rey Federico de Sicilia, rival permanente del angevino de Nápoles, confirmaba la alianza con el Emperador, publicada en la Dieta de Castrogiovanni y corroborada por intercambio de embajadores. De tal cometido, asegurar la alianza y obtener sustanciosa ayuda militar (mercenarios en la Península y galeras para el mar²⁴⁶), el Emperador dio el encargo a un embajador. Fue un prelado afecto a la cusa gibelina, Bonifacio Donoratico, Obispo de Queronea, destinado a tratar con Federico; sus instrucciones detallan la petición de apoyo y la confirmación de la alianza²⁴⁷.

²⁴⁶ En 1314 asedió Trapani con una flota siciliana el vicealmirante de aquel Reino, Giovanni Chiamonti, de la familia afecto a Enrique, ya citada a propósito del Conde de Modica, hermano de Giovanni. (*Vide* V. AGNESI, *loc.cit.*)

²⁴⁷ “Formae ambaxiatae quam debet referre dominus Bonifatius episcopus kiriensis illustri Frederico Regi Trinacriae ex parte domini Imperatoris”, en *Acta Heinrici VII Imperatoris*.

Además, la necesidad de apoyo se hacía patente en las ciudades italianas, estuviesen o no gobernadas a la sazón por vicarios o podestás nombrados por el Emperador. La tarea, de imprescindible utilidad, fue encomendada por el Emperador a dos embajadores, a los que correspondía efectuar un extenso y variado itinerario y a los que fueron para ello suministradas detalladas instrucciones²⁴⁸. Se conoce la identidad de los embajadores: fueron Johannes Rubeus Gualandis de Pisa y Vermillius de Alfani de Florencia²⁴⁹. Otros comisarios fueron nombrados para ejercer la autoridad imperial a fin de resolver controversias entre ciudades rivales²⁵⁰.

En tercer lugar, se imponía una necesidad legal, notificar a Roberto de Nápoles la condena imperial en que había incurrido y que era la causa de la empresa bélica que contra él se preparaba.

A tal efecto, contra Roberto de Nápoles se procedió en Pisa por el Emperador a fulminar la condena de la proscripción imperial²⁵¹. Para ser su portador se designó a un eclesiástico afecto a la causa imperial. Fue el citado Bonifacio Donoratico, dominico, Obispo de Queronea, en la isla de Creta, que habría de contar con una larga biografía al servicio de dicha causa²⁵². Igual se hizo desde

²⁴⁸ Vide en *Acta Heinrici VII Imperatoris*, “Legationis et legationum relationes”.

²⁴⁹ Que había actuado representando al Emperador ante la Corte de Bonifacio VIII. (César CANTÚ, *Historia universal*, ed. española, Madrid, Gaspar y Roig, 1865, IV, p.406, nota).

²⁵⁰ Bassiano de Guaziis, profesor en derecho, y Johann de Castione, auditor palatino, nombrados comisarios para resolver disputas entre paduanos y vicentinos Bassione es el jurista nombrado para las primeras embajadas de Enrique VII a Italia en 1309 1310, *vide supra*.

²⁵¹ Con fecha de 26 de abril de 1313 se designó testigos: entre otros, el mariscal Enrique de Flandes y Manfredo de Chiaromonte. (Döniges, *Acta*, 2.198).

²⁵² *Vida infra*.

Pisa contra los enemigos italianos, es decir, las ciudades que se oponían a los planes imperiales²⁵³.

Otras embajadas, entre el Emperador y el Papa, se hacían por entonces camino a Aviñón. Se trataba de dar a éste noticia oficial de la coronación y recabar la aquiescencia pontificia en noviembre de 1312. El emisario imperial fue Jean de Constance, quien dio cuenta a los embajadores papales, despachados de vuelta a la Curia: eran el citado dominico Jean de Clermont y el arcediano Ugolino da Marciano. En enero de 1313 fueron enviados a la propia Curia de Aviñón embajadores del Emperador al Papa²⁵⁴.

Pero éste se prefiguraba de nuevo como posible adversario. Advertido (acaso amenazado) por su patrono el Rey de Francia, pariente del napolitano y, en todo caso, siendo congruente el Papa con su propia decisión de apoyar a Roberto como su hombre en la política italiana a despecho del Emperador, despachó dos nuncios a éste último en junio de 1313. Eran dos frailes dominicos, un clérigo y un diácono²⁵⁵, Armand de Bellevue y Jean Pellegrin, portadores de un mensaje alarmante: el Papa había tenido conocimiento de ciertos preparativos bélicos contra el Rey de Nápoles, su vasallo. La advertencia era clara. A despecho de amables mensajes enviados desde Aviñón al Emperador, flotaba una excomunión en el enrarecido aire político. De nuevo “el gascón” mostraba sus amagos. También habían sido advertidos los aragoneses. Federico

de Sicilia era rival de Roberto, pero Sancho de Mallorca era su pariente. La situación entraba en crisis.

El riesgo era muy grande, y el cauto Nicolás de Ligny reñiere haber hecho al Emperador advertencias muy oportunas: El Papa podría fulminar la excomunión contra él si procedía contra sus indicaciones, pero el Emperador, fiado demasiado en la justicia de sus planes, le contestó: si Dios está con nosotros, ni el Papa ni la Iglesia nos destruirá²⁵⁶. Decía fiarse de los favorables sentimientos que el Papa en Roma le había mandado expresar a través de su camarlengo Terrier de Villeson.

Pero ya chocaban las dos series opuestas de condenas, que no podían sino prefigurar una colisión. Desde el reino de Aragón, presumiblemente neutral, el Rey Jaime recibía las alarmantes y contradictorias noticias: el Emperador fulminaba condenas contra Roberto y su Reino napolitano. A su vez el Papa amenazaba a quienes agrediesen a ese Rey y a ese Reino²⁵⁷.

El Emperador, reasegurado por los apoyos que estimaba recibir de Italia y de Alemania, quería salvar su proyecto de ataque al Nápoles angevino, pese a la demasiado evidente amenaza del Pontífice. Convenía, pues, precaverse explicando a éste sus motivos y hacerlo de la manera más amable y conciliatoria posible, haciendo protesta de ser cristianísimo emperador, fidelísimo a la Sede Apostólica. Para ello hacía falta una solemne embajada a Aviñón, integrada por altas personalidades, por diplomáticos sagaces y animada de propósitos y modos de cordial afabilidad,

²⁵³ Informa oportunamente Nicolás de Ligny: “In Pisis, Regem Robertum et multos alios et multas alias civitates Ytalie propter crimen lesae majestatis comdemnavit”.

²⁵⁴ “Nuntii Imperatoris veniunt ad Curiam pro ratificatione coronationis quam imperator in urbe receperat”. (*Regesta Imperii*, Döni- ges, *Acta*, Pápste, Clemens V, enero de 1313).

²⁵⁵ La Orden de Predicadores acaparaba misiones diplomáticas en la época.

²⁵⁶ “Si Deus pro nobis, nec dominus Papa nec Ecclesia destruet nos”.

²⁵⁷ El procurador aragonés en Aviñón, el arcediano Juan López daba cuenta al Rey de las constituciones y sentencias emitidas por el Emperador Enrique contra el Rey Roberto y, a su vez, del proceso del Papa Clemente (decreto “Inter caetera”) “contra invadendos regnum Siciliae” (abril y julio 1313). FINKE, I, 238, 282.

para subrayar los vínculos de afectuosa relación y aun de pretérita gratitud. El Emperador tenía que mostrar al Papa su reverencia y dilección²⁵⁸, presentarse como gran amigo del Papa, si quería triunfar en su plan de oponerse con las armas a quien verdaderamente lo era de aquél.

Se dispuso por ello el 17 de julio de 1313, el envío de una embajada a Aviñón de tales características. Sus componentes estaban bien escogidos. Figuraban en ella muy conspicuos prelados: el Patriarca de Aquileya, Ottobono Razzi von Ortenburg, el Arzobispo de Génova, Porchetto Spinola (un distinguido gibelino), y el Obispo de Trento, Enrique de Metz, que era además y muy significativamente Canciller del Emperador. Se añadía el Obispo de Butrinto, es decir el aquí a menudo citado Nicolás de Ligny, cronista y confesor del Emperador que era apreciado por el Papa. Y también figuraba Amadeo V de Saboya, es decir un importante príncipe territorial, pariente estrecho del Emperador, su cuñado.

Hay algunas reservas que formular ante tan cumplida embajada. Del Patriarca y del Arzobispo Spinola no hay seguridad historiográfica de haber figurado en dicho elenco. El Duque de Saboya posiblemente no llegara a unirse finalmente a la embajada. Y en ésta se menciona además al fraile Mateo, adscrito al círculo religioso del Emperador y, en cierto modo garante de su devoción²⁵⁹.

Pero ni esta misión podía aplacar al Pontífice, ni era ya tiempo de alcanzar objetivos

El Papa tuvo ocasión de alegar motivaciones jurídicas. Aducía que en la condena imperial a su protegido napolitano se habían omitido requisitos, como la

necesaria audiencia del imputado²⁶⁰. Sin embargo, el Emperador hubiera podido formular una interesante contra alegación, la basada en preceptos contenidos en su extravagante²⁶¹ “ad reprimenda”, un edicto o constitución imperial de 2 de abril de 1313. En ella se eximía taxativamente de requisitos procesales en caso de crímenes de lesa majestad²⁶², especialmente contra el Imperio, “en cuya tranquilidad se basa la regularidad de todo el Orbe”²⁶³. (Por cierto que en ese

²⁶⁰ Aunque sí es cierto que se le citó. Cuenta Guillaume de NAN-GIS “etiamque regem Siciliæ Robertum, quem ibi hostem senserat et rebellem, in platea sanctæ Katherinæ publice citavit, quatinus Aretium coram ipso, sub poena coronæ et regni, infra tres menses compareret”. En realidad, se dio una “interlocutio” para la comparecencia de Roberto, citado el 12 de febrero de 1313, con muchos testigos convocados por el Emperador en Monte Imperiale (nombre dado por Enrique a la localidad de Poggio Bonizio), antes de salir de Pisa. La sentencia definitiva se dio el 26 de abril de ese año.

²⁶¹ En la terminología jurídica medieval, llámase “extravagantes” a aquellas válidas decretales o disposiciones que no han sido recogidas en ninguna compilación canónica. Aunque el texto y la concordancia gramatical exige el enunciado “ad reprimenda”, parece que los glosadores acostumbraban citarla “ad reprimendum”, de manera genérica.

²⁶² Se entiende los delitos especificados en la “Lex Julia majestatis”, de la legislación romana, promulgada por Octavio Augusto en el año 8 de la Era Cristiana, sobre un ley anterior de Julio César. Es una prueba de la aquí ya aludida continuidad que se deseaba entre el Derecho Romano y el del Sacro Imperio de siglos más tarde.

²⁶³ Se dice allí expresamente: “Ad reprimenda multorum facinora, qui ruptis totius debite fidelitatis habenis, adversus Romanum Imperium, in cuius tranquillitate totius orbis regularitas requiescit, [...] Deo propitio, perpetuo valitura lege sancimus, ut in quocunque; laesae maiestatis, et maxime ubi dominum Romanorum Imperatorem, vel Reges aliquid, quod dictum crimen tangat, asseratur commissum, possit procedi per accusationem, inquisitionem seu denuntiationem, summarie et de plano, sine strepitu et figura iudicii”. Sobre enjuiciamientos y comparaciones de esta “extravagante”, puede verse FAIRÉN GUILLÉN, Víctor, “El proceso en la Extravagante ‘Ad Reprimendum’ del emperador Enrique VII (1313) y su exégesis por Bartolo de Sassoferrato. Sumariedad penal y civil”. *Anuario de Historia del Derecho Español*, (2003). *Vide* también el texto en BRYCE, *The Holy Roman Empire*, cap. XV, ed.cit., p.255., *Idem* en César CANTÚ, *op.cit.*, IV, p. 405, nota, El original se halla en *Acta Heinrici VII*, abril 1313

²⁵⁸ Así lo refiere Ligny.

²⁵⁹ *Vide* sobre esto, COGNASSO, *op.cit.*, p.360.

texto se muestran las mismas ideas acerca de la identidad entre el Imperio y el advenimiento de Cristo que campean en las páginas de la *Monarchia* de Dante y que han sido aquí comentadas; incluso expresamente el término “tranquillitas”).

En medio de sus preparativos militares y misiones diplomáticas, efectuados en la primavera y verano de 1313, el Emperador viajó enfermo desde Pisa, donde había últimamente residido. Se hallaba animado de esperanzas de éxito: las reclutas de tropas, las promesas de ayuda parecían augurar un resultado favorable de su empresa, concorde con los propósitos de restauración del poder imperial en Italia, al que había dirigido sus miras y aportado sus esfuerzos. No tuvo tiempo para más. Tal postrera aventura del Emperador fue interrumpida por su temprana muerte en Buonconvento el 24 de agosto de 1313, víctima seguramente de la malaria que por tiempos aquejaba allí a las gentes²⁶⁴.

Circuló también el habitual rumor de un poco probable envenenamiento. Este hecho se atribuye nada menos que a la malévola intervención del fraile que fue mencionado aquí como embajador del Emperador a Florencia. Según la dudosa versión, Enrique VII era atendido espiritualmente por un confesor habitual, Fray Mateo. Pero, comoquiera que éste se hallase en 1313 formando parte de la citada pluripersonal embajada a Aviñón²⁶⁵, se ocupaba de tal tarea penitencial el fraile dominico Bernardo de Montepulciano. Se achacó a éste haber sido sobornado por los florentinos para que atentase a la vida del Emperador; siempre según esa versión, el fraile le habría envenenado mientras le administraba la

²⁶⁴ Y que años más tarde causaría la muerte al propio Dante.

²⁶⁵ *Vide supra*.

Eucaristía²⁶⁶. El tribunal que acabó exculpando al fraile de ese crimen fue presidido por el aquí varias veces citado Cardenal Nicolás Albertini da Prato.

DANTE Y LA NUEVA SITUACIÓN

La luctuosa noticia del desdichado fin del Emperador Enrique VII²⁶⁷ hubo de dar al traste con las ilusiones del Dante acerca de una anhelada restauración de los ideales y realidades del Sacro Imperio. Ya no quedarían más que las nostalgias que hallaron frecuentes y doloridos ecos en varios pasajes de los versos de la *Divina Comedia*, donde aquellas ideas quedaron inmortalizadas.

¿Qué restaba, pues, al Dante de sus sueños, de sus esperanzas en la resurrección de un Imperio, de sus entusiasmos encarnados en la figura del Emperador que acababa inesperadamente de fallecer? La respuesta se halla en una ulterior carta y constituye una algo decepcionante nueva toma de posición, en buena parte contradictoria con las anteriores manifestaciones políticas o aun literarias de su autor.

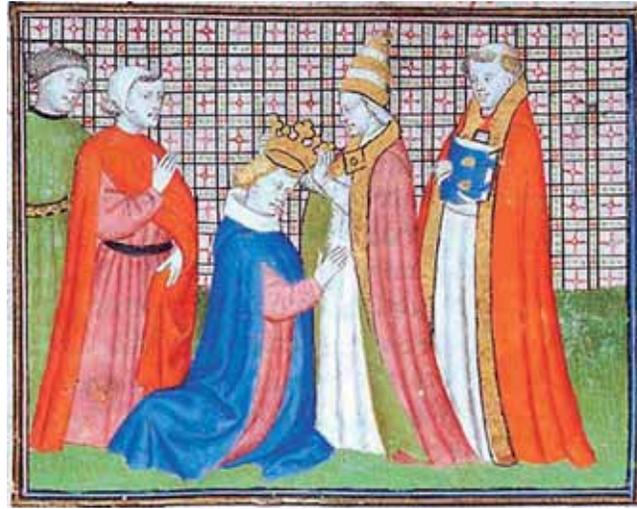
Es la carta undécima de la serie de sus epístolas. No va dirigida, como las anteriores, a ningún amigo, ni a sus injustos compatriotas florentinos, ni al Emperador, cau-

²⁶⁶ He aquí por ejemplo el relato de la Crónica de Guillaume de NANGIS: “post peractas multas et insignes victorias, morbo pariter et febre correptus, vel, ut dicebant aliqui, Eucharistiam sumendo de manu sacerdotis et proprii confessoris de ordine fratrum Praedicatorum existentis, corrupti pecunia per regem Robertum vel, ut verius creditur, per Florentinos sibi adversarios, veneno potionatus, diem vitae clausit extremum”.

²⁶⁷ Giovanni VILLANI (libro X) da de él una opinión muy favorable: “savio giusto e grazioso, prode e sicuro in arme, onesto e cattolico; e di piccolo stato che fosse per suo lignagio, fue di magnánimo cuore, temuto e ridottate; e se fosse vivuto più lungamente, avrebbe fatte grandissime cose”.

dillo de sus ideales, ni a la Emperatriz, su respetada consorte. Va dirigida a los cardenales, los miembros del Sacro Colegio de una Santa Sede, a la que él en tiempos pasados había tributado más reproches que elogios. El Papa Clemente V había fallecido el 20 de abril de 1314 y consecuentemente se había iniciado un conclave, que se anunciaba largo (lo fue²⁶⁸), turbulento y conflictivo. Por ello, Dante dirige su carta a los cardenales italianos, es

decir, los de su propia nación, a los que en ella insta a proceder en el conclave en beneficio de su patria y en contra de los purpurados extranjeros, concretamente de los vascos²⁶⁹, cuyo oprobio desea alcanzar. Para obtener tal resultado en el conclave, deberían imponerse a los extranjeros, cosa imposible. Los cardenales italianos a los que Dante se dirige eran solamente siete, de un conjunto de veintitrés purpurados. Eran Niccolò Albertini da Prato, aquí citado ya como benemérito fautor de paces y reconciliaciones, los dos Colonna, Giacomo y Pietro, Napoleone Orsini, Giacomo Stefaneschi, Guglielmo dei Longhi y Francesco Caetani²⁷⁰. En el conjunto de cardenales se hallaban los tres que habían coronado a Enrique VII en Roma: Prato y Fieschi (italianos)²⁷¹ y Fougères (francés). Se preveía, pues, una pugna entre cardenales ita-



El antipapa Nicolás V corona a Luis IV el bávaro, el 15 de mayo de 1328 circa 1410. Virgil Master.

lianos y franceses, como la que años más tarde habría de volverse a dar, acabado el destierro y para causar el comienzo del cisma, en 1378. Era la “miseria” y “discordia” que causaría la disensión en el Papado.²⁷²

Lo que ya sucedía en 1314 es que, habiendo fallecido el Emperador en el que Dante había concentrado sus esperanzas políticas, tanto las universales como las personales, quedaba sólo cifrarlas en otro cen-

tro, ya no en el Imperio, sino precisamente en el Papado. Y el Dante en esa carta, como todas las suyas inflamada de apasionados sentimientos, contempla a Roma, la dominadora de los pueblos, viuda y solitaria²⁷³, por lo que instaba a los cardenales italianos a propugnar virilmente esa tarea de resurrección de sus ideales, en beneficio de su Italia y de la Iglesia, la esposa de Cristo, cuya sede es Roma, a despecho del oprobio vasco²⁷⁴ y en gloria de los latinos²⁷⁵. Era el postrer intento de Dante de luchar por la

²⁶⁸ Del 20 de abril de 1314 al 7 de agosto de 1316.

²⁶⁹ Gascones, franceses, que entonces también llamaban lesines (lemovicenses).

²⁷⁰ Vid. EUBEL, *Hierarchia Catholica Medii Aevi*, p.

²⁷¹ Que al comienzo del conclave estaba en Italia.

²⁷² Producida “propter eorum et Lemovicensium miseriam et discordiam” que las fuentes aducen. Vide PASTOR, *Historia de los Papas*, vol. I.

²⁷³ Emplea una cita del profeta Jeremías: “sedet sola civitas plena populo”. (*Lamentaciones*, I, 1).

²⁷⁴ Es decir, el destierro de Aviñón.

²⁷⁵ “pro Sponsa Christi, pro sede Sponse que Roma est, pro Italia nostra, et un plenus dicam, pro tota civitate peregrinante in terris, viriliter propugnetis, ut de palestra iam cepti certaminis ab Oceani margine circumspecta, vosmetipsos cum gloria offerentes, audire possitis ‘Gloria in excelsis’, et ut Vasconum opprobrium qui tam dire cupidine conflagrantes Latinorum gloriam sibi usurpare contendunt, per secula cuncta future sit posteris in exemplum”.

consecución de sus metas universales, ya encomendados a la Iglesia, que deseaba ver retornada a su sede de Roma.

El conclave, dispersado, asediado por turbas, contaminado por injerencias políticas²⁷⁶ y trasladado de lugar²⁷⁷, condujo a la elección del cardenal Jaques Duèse, natural de Cahors, es decir, otro Papa francés, que adoptó el nombre de Juan XXII. De los cardenales italianos a los que Dante había escrito su apasionada arenga, Pietro Colonna votó a favor de Duèse, es decir en contra de los deseos de aquella arenga. El nuevo Papa, que había sido Canciller del monarca angevino Carlos II y luego de su hijo y sucesor Roberto²⁷⁸, estaba muy lejano de propugnar los ideales del Dante, antes bien, más enérgico y combativo de cuanto había sido su antecesor, resultó ser todo lo contrario de lo que el poeta patrocinaba.

En Alemania entre tanto, la vacante producida por la muerte del Emperador Enrique VII causó en el Sacro Imperio en 1314 una doble elección, al no ponerse los Príncipes Electores de acuerdo sobre un solo candidato. En sendos suburbios de Frankfurt, a un lado y al otro del río Meno, fueron, pues, elegidos como rivales Federico III el Hermoso, de la Casa de Habsburgo, y Luis V, el Bávvaro, de la Casa de Wittelsbach²⁷⁹.

²⁷⁶ Ejercidas por el Conde de Forez, que vetó al Cardenal Fournier en nombre del Delfín Luis (futuro Luis X de Francia). Se suele colocar en esa intervención el origen del privilegio francés de exclusión en los conclaves. (Vid. sobre el tema M.A.OCHOA BRUN, *Encuentros europeos de Diplomacia*, p.294, El privilegio de exclusión en los conclaves).

²⁷⁷ Comenzado en la residencia papal de Carpentras, luego trasladado a los Dominicos de Lyon.

²⁷⁸ A cuyo hermano Luis d'Anjou llegaría más tarde a canonizar.

²⁷⁹ La pendencia por el trono alemán entre Luis V y Federico III se resolvería en 1322, en la batalla de Mühldorf, en la que Federico fue derrotado. Se llegó a un acomodo en 1326, por el que Luis quedó como soberano del Imperio y Federico como meramente asociado, hasta su fallecimiento, producido en 1330.

Todo eso tuvo su repercusión en Italia, donde se produjeron adhesiones a uno o a otro de los monarcas alemanes. Los Donoratico de Pisa se adhirieron a la causa gibelina de Luis el Bávvaro, mientras que en Lucca, en 1315, Castruccio Castracani fue nombrado vicario por Federico de Habsburgo, a quien apoyaba su suegro Jaime II de Aragón. Por su parte, del lado opuesto, el nuevo Papa se propuso poner fin al poder de los gibelinos. Por su Constitución de 31 de marzo de 1317 destituyó a todos los vicarios nombrados en su día por Enrique VII y el siguiente 16 de julio nombró a Roberto de Nápoles vicario general en la Península. La obra de Enrique VII había sido efímera, el viento se la llevó²⁸⁰

La subsiguiente intervención de Luis V en Italia (luego Luis IV como Emperador), su pugna contra el Papa Juan XXII, al que opuso un Antipapa, Nicolás V, y el intento de reiteración del poder imperial, quedan cronológicamente fuera del presente contexto.

UNA POSTRERA EMBAJADA DEL POETA: VENECIA

En anteriores páginas se rememoró ya aquí la estancia de Dante en Verona, a la vera de su protector y amigo Cangrande della Scala. Según Flavio Biondo, una carta de Dante dirigida a él referente al maltrato de los florentinos a los embajadores de Enrique habría sido el comienzo de su amistad. En todo caso, aquéllos debieron de ser años seguramente de paz y

²⁸⁰ Desde un punto de vista nacional un historiador alemán así efectivamente juzgaría: “Was Heinrich VII. In Norditalien an deutschen Michtstellungen aufgebaut hatte, war bald wie vom Wind verweht”. (Michael FREUND, *Deutsche Geschichte*, Gütersloh, Bertelsmann, 1961, p. 231).



Dante en la corte de Guido Novello. Andrea Pierini, 1850.

de provecho. También de cultivo de una ideología proimperial en que ambos plenamente coincidían. En Verona se respiraría una atmósfera imbuida de tales ideas. Un historiador allí residente, Giovanni de Matociis, un hombre de iglesia, beneficiado de aquella catedral con un cargo de órdenes menores cuyo título le ha quedado como propio apelativo, Mansionario, publicó por entonces (hacia 1310) precisamente una *Historia Imperialis*. Por lo demás, no hace falta recor-

dar que Cangrande era un convencido gibelino y que estaba siempre en trato y connivencia con los embajadores de Enrique VII ²⁸¹. Canciller de Cangrande en su Corte de Verona acabó años tarde siendo el citado jurista Benzo di Alessandria, humanista, político y diplomático, vinculado seguramente a los tratos con

²⁸¹ BOCK, *op.cit.*, p. 197.

dichos embajadores²⁸². Vicario de Verona, nombrado por Enrique VII en 1311 fue Lapo degli Uberti, cuyo nombre figuró en la lista de los doce embajadores a Bonifacio VIII en el Jubileo de 1300.

Allí, en la Verona de los Escalígeros, trabó amistad Dante con Ugucione della Faggiola, importante personaje de la ideología gibelina, en sus días nombrado por Enrique VII su vicario en Génova en 1313 y buscador de refugio en Verona, como lo fue en 1317 Spinetta Malaspina, también vicario imperial que fue, de Reggio en 1311. Ambos eran amigos de Cangrande y coincidentes con los criterios políticos del Dante, por más que todos estuviesen decepcionados en sus esperanzas, después de la muerte del que hubiera sido su adalid, el Emperador. Ugucione había perdido el poder en Pisa, se había refugiado en la Verona de Cangrande y finalmente fue muerto en la contienda de Treviso en 1318.

Al fin, sin que se sepa con certeza por qué, Dante se cansó de la protección del Escalígero y decidió abandonar Verona. Algún motivo se insinúa en una obra de Petrarca, su contemporáneo y amigo²⁸³, en su *liber rerum memorandarum*²⁸⁴. Cuenta allí Petrarca cómo el Dante, exiliado de su patria, había hallado refugio en la Corte de Cangrande, donde fue tenido al principio en honor, pero poco a poco fue de día en día retrocediendo en el afecto del amo²⁸⁵. La causa fue el disgusto

²⁸² Años después, le tocaría actuar en el acuerdo habido entre Roberto de Nápoles y el Rey Juan de Bohemia, hijo de Enrique VII.

²⁸³ “Concivis nuper meus”, escribe Petrarca.

²⁸⁴ Lib. II, *Opera*, ed. de Basilea, I, f. 480.

²⁸⁵ “Exul patria, cum apud Canem Mgnum, commune tunc afflictorum solamen ac profugium versaretur, primo quidem in honore habitus, deinde pedetentim retrocedere coeperat, minusque in dies placere domino”. (*Ibidem*).

que a Dante causaban las groserías y frivolidades de los bufones, recibidas allí con general aplauso. Ese debió de ser el motivo de su desagrado y de su partida.

El hecho es que Dante abandonó Verona y, en busca de aires nuevos, marchó a Ravenna. Fue invitado por Guido Novello a fijar allí su residencia en 1318.

Un nuevo mecenazgo propició así la estancia de Dante en Ravenna²⁸⁶. Gobernaba allí como podestà, Guido Novello di Polenta. Durante su mandato (1316-1322), ejerció un influjo benéfico en dos ámbitos: favoreció la cultura y fomentó la paz. En ambos sectores le tocó intervenir al Dante. En cuanto a la cultura, actuó Dante en medio del círculo intelectual promovido por Novello en su ciudad. Fueron años fecundos para su obra. Concluyó allí el *Paradiso* de la *Commedia*, compuso obras menores como la «Questio de aqua et terra», El mismo Novello era un poeta distinguido en su tiempo, en la línea lírica del “Dolce stil nuovo”. Dante lo menciona en la Segunda de sus Églogas.

Sin embargo, no estará de más recordar que Francisca de Rímimi era hija de su amigo y protector Guio di Polenta, y Dante no tiene escrúpulo en mencionar su historia, conmovedora desde luego, pero no precisamente edificante, en el canto V del *Inferno*.

En el terreno político, correspondió al Dante una intervención diplomática, la última de su carrera y de su vida, que ha dado título a este epígrafe. El motivo fue poco previsible y más bien ocasional.

²⁸⁶ Describe así en la *Comedia*, Inferno XXVII, 40 s:

“Ravenna sta, com’ è stata molt anni.

L’aquila da Polenta la si cova”.

Alude al águila en el blasón de los Polenta.

Era Dux de Venecia desde 1312 Giovanni Soranzo, a quien compitió resolver numerosos problemas y crisis internacionales y locales, para lo que hubo de ejercer frecuente diplomacia²⁸⁷. Un tema vidrioso y finalmente resuelto fue una pendencia con el Papado de Aviñón, resuelto por la Bula “Decet sedis” de Clemente V en 1313. Pero un nuevo conflicto con la rebelde ciudad de Zara obligó al Dux a exiliarse temporalmente a Ravenna y a tomar decisiones de castigo contra los conspiradores de aquella ciudad, una vez asediada y sometida.



Tumba de Dante, Ravenna.

Otro conflicto surgió precisamente entre Ravenna y Venecia por disputas por el comercio de la sal. Ataques navales causaron la alianza de Venecia con Forlì. Sucedió que Forlì estaba gobernada por la familia Ordelaffi, una estirpe gibelina que había en tiempos pasados apoyado a Dante y a los güelfos blancos de Florencia. Quizá por eso resolvió el podestà Novello, al decidir el envío de una embajada a Venecia, escoger precisamente al Dante, en razón de aquella antigua amistad. Marchó, pues, Dante de Ravenna a Venecia a comienzos de 1321 y allí quedó hasta el verano²⁸⁸.

²⁸⁷ Para lo que contaba con abundante experiencia, había sido anteriormente varias veces embajador de la República veneciana en varios lugares (en Sicilia ante Federico II en 1300, en Egipto ante el Sultán Al Nassir en 1304, en Ferrara ante el Marqués Azzo III en 1307).

²⁸⁸ El texto, presumiblemente apócrifo de una carta de 30 de marzo de 1314 aludiría a una embajada anterior de Dante a Venecia, en nombre de Guido de Polenta.

Es posible que la visita a la ciudad de los canales complaciera al Dante, si bien no era la primera vez que estuviera allí²⁸⁹. Disfrutó de la hospitalidad del Dux Soranzo, que lo era desde 1312²⁹⁰, pero el regreso le resultó fatal. Hubo de viajar de vuelta bajo el calor estivo

y el clima húmedo de las lagunas costeras de Venecia hacia el Sur, pasando en cercanía de los Valli di Comacchio y bordeando el Adriático. Fuesen los inconvenientes del clima o la malaria que posiblemente en su curso contrajo, debió de llegar enfermo a Ravenna, donde falleció el 14 de septiembre de 1321, tras ese infausto viaje.

Si, al comienzo de la carrera política del gran poeta fue, como se ha referido, la diplomacia una inauguración de sus actividades, habría de resultar que una postrera embajada vino a coincidir con el fin de su vida.

Ésta no concluyó con su muerte. “No todo murió”, como diría de sí Horacio. Su fama pervive y pervivirá. No sólo como poeta, sino también como relator de las circunstancias de su época, de las pendencias que presentó, y en las que participó, entre unos y otros rivales.

Esas pendencias tampoco se extinguieron en sus días, sino que continuaron después de su muerte, en forma

²⁸⁹ Se mencionó ya la misión que efectuara a la región durante su época de Verona.

²⁹⁰ Hasta su muerte en 1328.

de dependencia entre las ideas. Su obra fue condenada expresamente por aquellos a los que había combatido. El sustancioso Tratado *Monarchia*, en el que había recogido Dante su ideario político, fue quemado públicamente en Bolonia por orden del Legado pontificio, el Cardenal francés Bertrand du Pouget, en 1329. Aquellas ideas, sin embargo, fueron heredadas no mucho después por otro polémico y ardoroso tratadista, Marsilio de Padua, en su *Defensor Pacis*. Y otro emperador, Luis IV, de la Casa de Wittelsbach, sucesor del luxemburgués, también en el propósito de resucitar el viejo Imperio, bajaría a Italia para enarbolar de nuevo sus banderas.

Embajador ocasional y circunstancial, pero comprometido siempre con los sucesos internacionales que aquejaron a su tierra italiana, exiliado perenne de su patria florentina e ideológicamente firme en sus concepciones, Dante Alighieri quiso y supo reflejar en su grandiosa obra y también en sus producciones menores el panorama de los acaecimientos de su tiempo y de las gentes que los protagonizaron. En sus versos, en sus tratados y en sus cartas está todo ello magistralmente contado, con decisión en sus ideas y con pasión en sus descripciones.

En aquellas que preceden, se ha aspirado a atraer al lector al menos a cuatro consideraciones. La primera recordar los datos esenciales de la ideología política de Dante y del apasionamiento con que la sirvió. La segunda advertir la indignación que le produjo la actitud hacia él de sus conciudadanos florentinos, que lo condenaron a muerte, lo forzaron a un injusto destierro. del que no quiso librarse por no poder hacerlo sin humillaciones inadmisibles. La tercera, percibir el eco que eso dejó en las admirables páginas de sus obras. Y la cuarta, contemplar el escenario en que todo ello se produjo, es decir. en el espacio de la diplomacia que en su día y en coherencia con aquellas ideas y aquellos hechos se movió en la agita-

da, pero siempre sugestiva Italia del *Trecento*, en la que el Emperador Enrique VII de Luxemburgo aspiró a revivir los fastos del Sacro Imperio.

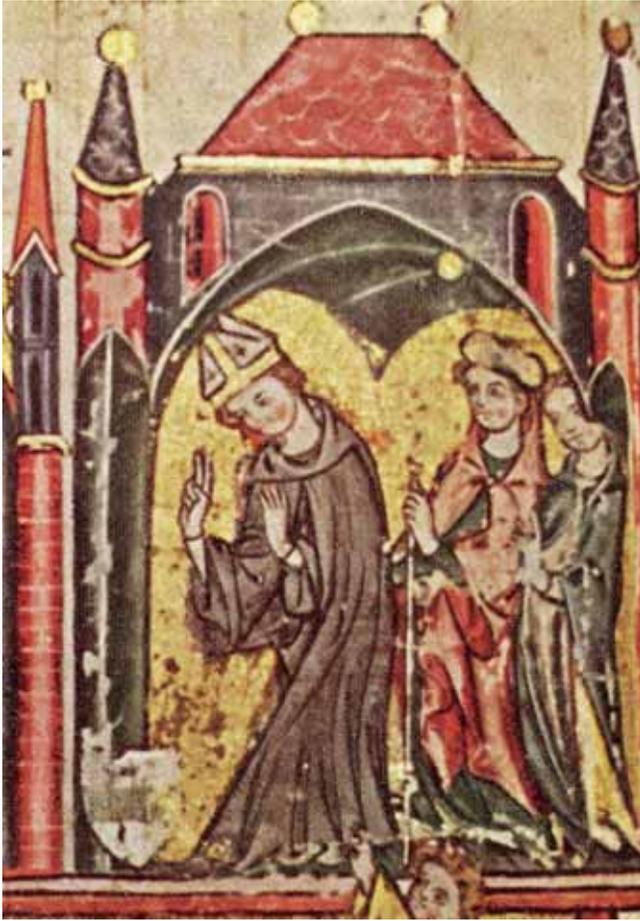
Ello ha dado pie a estos meros apuntes, referentes, pues, a un capítulo de diplomacia y literatura, que engloba a un protagonista de la Cultura y a los embajadores de su tiempo.

EMBAJADORES DE LA ÉPOCA

Se ha venido tratando aquí de sucesos y personas de la Diplomacia en los días del gran personaje de su tiempo que fue el Dante.

Indiscutida lumbrera de la Literatura, no sólo italiana, sino de toda nación y época fue Durante Alighieri florentino, a quien llamamos con admiración simplemente el Dante. Nació y vivió en Italia, pero pervive en el mundo. Su época está plena de sus ecos y su influjo. Pero acompañan su recuerdo otros grandes personajes, impulsores de Política, creadores de Historia; tales fueron los protagonistas de los sucesos que se dieron en aquellos años y lugares, los de los primeros decenios del asendado siglo XIV europeo. El autoritario Papa Bonifacio, el Emperador Enrique VII, el angevino Roberto de Nápoles, Felipe el Hermoso de Francia, Federico II de Sicilia, Jaime el Justo de Aragón. Sus nombres y sus hechos ocupan, mediante la peripecia de sus relaciones, el panorama que a la posteridad curiosa se ofrece.

Por debajo de ellos, pero no sólo como sus servidores, sino como decisivos ejecutores de sus mandatos, se hallan los encargados de aplicar su diplomacia. Son los deuterogonistas (*sit venia verbo!*), que llevan la parte secundaria de sus actividades. Descritas éstas, no sería superfluo dedicar



Phillip von Rathsamhausen predicando. Pontificio de Gundekar II.

alguna mención a las personas de esos eficaces y movidos representantes de las voluntades de sus mandantes. Al menos, a los que parecen tan destacados por sí mismos o por los papeles que les correspondió adoptar en aquellas escenas, que, a veces, dada la movilidad de sus pasos y la trascendencia de sus funciones, mecerían figurar en la Comedia de su ilustre contemporáneo. En todo caso, solamente por haber en cierto modo compartido con él ideas y misiones, no estará de más enumerarlos aquí, aunque de forma somera y de parca selección. No hay aquí espacio ni ocasión para esbozar una descripción de la complejísima,

abigarrada Italia de entonces, pero sí se consentirá el propósito de atisbar algunos sujetos de su diplomacia.

Los de mayor importancia por lo decisivo y exigente de sus funciones son probablemente los que sirvieron a Enrique VII, soberano del Imperio. Estaban encargados de difundir su autoridad como monarca de Italia y restaurador de su potestad, lo que requería dignidad personal, habilidad en su gestión, capacidad en lo que ésta tenía de imposición a ciudades y súbditos que oscilaban entre la sumisión y el rechazo y buena relación con los partidarios de la ideología gibelina o de los güelfos blancos florentinos.

Estos embajadores de Enrique VII, por la mera razón del origen y reino de su soberano, o bien se contaban entre los personajes o servidores que él se llevó consigo de sus propios Estados, o bien fueron seleccionados entre sus partidarios italianos, los primeros por su cercanía al monarca, los segundos por el conocimiento de la tierra y de sus gentes.

Procedentes de regiones germánicas fueron varios obispos. Lo era el Canciller y hombre de confianza de Enrique VII, el Obispo de Trento, el cisterciense Enrique de Metz. Usuales destinatarios de las embajadas medievales lo eran tales prelados por motivos obvios: dignidad en la jerarquía eclesiástica, maestría en lengua latina de universal manejo, fácil trato con extranjeros colegas en episcopado; esto se hacía más recomendable en las relaciones con el Papado. Para prestar en su nombre el juramento de protección a la Iglesia y, a la vez, solicitar del Papa la precedente coronación imperial, el recién elegido Rey de Romanos Enrique despachó el 2 de junio de 1309 una embajada a Clemente V a Aviñón, presidida por un obispo, Eudes (Otto) de Grandson, de Basilea, al que acompañaba otro colega de episcopado, Siegfried obispo de Coria.

Estos dos fueron personajes de notoria importancia. Otto de Grandson²⁹¹ procedía de un antiguo linaje sito en la región helvética de Vaud (Waadt). Su carrera eclesiástica lo llevó a ascender desde canónigo (preósito capitular) en Lausana, a Obispo de Toul en 1306. En ese año, como pasase a la sede arzobispal y electoral de Maguncia quien fuera Obispo de Basilea, el influyente hombre de Iglesia y de Imperio Peter von Aspelt, el Papa Clemente V concedió a Grandson la sede basiliense. Pero las condiciones de Grandson tuvieron además, como no era impropio de la edad, dotes que lo recomendaron para misiones diplomáticas. Intervino en las varias relaciones entre Lorena y los obispados de la región fronteriza de Francia y el Imperio y fue además nombrado por el Rey de Inglaterra Eduardo I en Francia.

Entre esas condiciones no estaba sin embargo el dominio de lenguas, que hubiera sido propio de región fronteriza. Parece que no hablaba más que francés²⁹², cultura que desde luego le era suya natural. Los inconvenientes que de ello derivaron lo hicieron malquisto del cabildo de su diócesis, Basilea, y también del monarca alemán Alberto I, quien chocó con él y le acortó atribuciones. Al ascenso al trono de Enrique VII, éste se las restituyó y le confió la presidencia de la solemne y copiosa embajada que envió al Papa Clemente V y al Rey de Francia Felipe IV, al término de la cual falleció, probablemente en julio de 1309. A su muerte, hubo una doble elección en Basilea ente dos candidato, Luithold von Rötteln y Gerhard von Wippingen, sobrino de Grandson, quien confirmó la sucesión y también había de figurar en la diplomacia de Enrique VII, como aquí se reseña.

²⁹¹ Vide sobre él Auguste BERNOUILL, "Otto von Granson", en *Allgemeine Deutsche Biographie*, (1887), vol. 24, p. 657 s.

²⁹² "war seinem ganzen Wesen nach Franzose und verstand von deutscher Sprache keine Sylbe", BERNOUILL, *op.cit.*

Otro tanto se hacía imprescindible para tierra italiana, donde la diplomacia de Enrique VII había de ejercitarse especialmente y donde se imponían también los tratos con la Iglesia local. Tales fueron, en los iniciales movimientos de Enrique, los enviados que tenían la misión de anunciar la llegada del nuevo monarca a suelo itálico.

Para esa misión se escogió de nuevo al Obispo de Chur (Coira), Siegfrid von Gelnhausen, antiguo canónigo de Aschaffenburg en Baviera. También había sido vicario del arzobispado de Maguncia, principado electoral del Imperio. Desde allí se había ocupado de temas políticos en tiempo del anterior soberano, Alberto I, Nombrado Obispo de Coira desde el 28 de noviembre de 1298, su experiencia política en temas del Imperio lo recomendaría para participar, como se ha reseñado, en la primera embajada de obediencia de Enrique VII al Papa Clemente V en 1309. Más tarde pasaría a Italia con el Emperador y al fin, regresado a su diócesis, fallecería el 19 de julio de 1321.

En su misión italiana, Siegfrid acompañaba al Obispo de Constanza, Gerardo de Bevar, probablemente el jefe de la delegación, porque fue quien se encargó de las piezas oratorias, imprescindibles en tales casos. Los discursos de los embajadores eran materia obvia y omnipresente de diplomacia medieval. Algunos se hicieron proverbiales: Joan Margarit de los Reyes Católicos en Venecia, Alonso de Cartagena en el Concilio de Basilea, Allain Chartier, embajador de Carlos VII de Francia. No en vano a los embajadores se los llamaba "oradores".

Gerardo ejercía la diócesis desde hacía poco, desde fines de 1307. Borgoñón probablemente de nación (del Franco Condado), había ocupado anteriormente el arcedianato en la diócesis de Autun. Moriría en 19 de agosto de 1318.

Fraile cisterciense era Philipp von Rathamshausen, desde 18 de febrero de 1306 hasta su muerte en 25 de febrero de 1322 Obispo de Eichstädt, que acudió a Génova en representación de Enrique VII.

Otro Obispo Embajador fue el nuevo de Basilea²⁹³, que era por entonces Gerhart von Wipplingen (*alias* Vui-pensis)²⁹⁴, había sido anteriormente Obispo de Lausana en 28 de diciembre de 1301, sede que cambió el 30 de julio de 1309 por la basiliense, en la que lo había precedido otro importante personaje de la política de sus días, su tío, el citado Obispo Otto de Grandson. Al amparo de la influencia y las enseñanzas de su tío, había desempeñado misiones diplomáticas de la Corte inglesa ante la de Felipe IV de Francia y la Curia, todavía italiana, del Papa Bonifacio VIII.

A Wipplingen le tocó ir en embajada a Liguria y a Toscana en 1310; ya se ha referido que la embajada fue mal recibida en Florencia, gobernada por los hostiles güelfos negros. Más tarde, en 1311 le encomendó Enrique VII una embajada para negociar en Brescia con los representantes designados para ello por Roberto de Anjou, a fin de intentar un acomodo entre ambos monarcas, de ideas políticas tan opuestas, como luego pronto se aseveraría.

En esa embajada participó otro prelado. Era Teobaldo de Bar, hijo de Teobaldo II de Bar. Dedicado a la carrera eclesiástica, fue obispo electo de Metz en 1296, más tarde Obispo electo de Lieja en 1302, sede que ocupó al fin desde el 13 de marzo de 1303 hasta su muerte el 29 de mayo de 1312, acaecida precisamente en Italia. El beli-

²⁹³ Medio siglo después (1356) la ciudad habría de ser destruída por un devastador terremoto.

²⁹⁴ Para éste y para los obispos alemanes medievales en general, ha de verse Edwin GATZ (ed), *Die Bischöfe des Heiligen Römischen Reiches*, Ein biographisches Lexikon, Berlin, 2001.

coso obispo participaba militarmente en las campañas de Enrique VII, cuyo pariente era, y en una de ellas murió combatiendo contra las huestes de los Orsini en las calles de Roma²⁹⁵. Fue enterrado en San Pedro en Vaticano²⁹⁶.

En Aquileya, sede entonces patriarcal, título que heredaría la sede veneciana, era prelado Ottobono Razzi von Ortenburg desde 1302 hasta su muerte el 13 de enero de 1315. Formó parte de alguna embajada de Enrique como Rey de Romanos.

Por el gozne temporal entre el fin del siglo XIII y comienzo del XIV ostentaba la importante sede arzobispal de Génova Porchetto Spinola, un fraile franciscano, nombrado por Bonifacio VIII en 1299. Resignó el cargo en 1301, quedando como administrador. Lo recuperó seguidamente. Fue partidario de los gibelinos y participó en la contienda, favoreciendo a Enrique VII, quien lo mandó en embajada al Papa a Aviñón. Seguramente contribuyó a la beatificación en 1313 de la Reina Margarita, esposa de Enrique VII, fallecida en 1311.

También sirvió a la diplomacia de Enrique VII el Obispo de Novara, Ugucione dei Borromei, nombrado obispo en 1304 por Benedicto XI. Falleció en 1329.

Probablemente el más asiduo Obispo-Embajador de Enrique VII en tierra italiana y sin duda el más útil para su historiografía fue Nicolás de Ligny. Fue éste un fraile dominico que el Emperador se llevó consigo desde su natal

²⁹⁵ Se refiere en la crónica miniada de Balduino de Luxemburgo, *vid. Kaiser Heinrichs Romfahrt*, ed. de Franz Joseph HEYEN, Boppard am Rhein, Boldt, 1965, p. 97, en cuya lámina 22 b, se escenifica el combate y se menciona: “obiit Thibaldus episcopus Leodiensis”. Su blasón traía de gules una columna de plata.

²⁹⁶ Posiblemente el único obispo de la Historia, muerto guerreando en Roma y enterrado en San Pedro.

Luxemburgo a Italia. Lo favoreció haciéndolo nombrar el 13 de mayo de 1311 para una sede episcopal *in partibus infidelium*, la antigua de Butrinto (*botrontinensis*) en el Épiro, Albania, por lo cual se le denomina a veces Niccolò Botrontinense. Enrique lo empleó en varias misiones diplomáticas, tanto a Aviñón a como Roma y a Nápoles, y así también desde Pavía a la siempre conflictiva y rebelde Florencia, en compañía de otro embajador, un cofrade de la Orden de predicadores, Fray Bernardo de Montepulciano²⁹⁷.

El principal mérito de Ligny es que, además de fraile, confesor del Rey, Obispo y Embajador, fue minucioso cronista. Su historia latina, titulada “Relatio de itinere italico Henrici VII imperatoris” de 1316 y dedicada al Papa Clemente V²⁹⁸, es una fuente importante para el tema, especialmente por haber podido ser testigo de muchos de los sucesos que narra, lo que da a su relación un carácter más fidedigno que interpretativo de los sucesos. Regresado a su patria, murió en Toul el 1 de marzo de 1316.

Un prelado de muy continuada fidelidad a la causa proimperial, diríase con una larga hoja de servicios a tal política, fue un noble dominico, Bonifacio (Facio) Donoratico, de los condes de Donoratico²⁹⁹, que de la sede de Sagona en Córcega (sufragánea de Pisa) fue trasladado en 1306 a la de Queronea (*chironensis*) en Creta. Tuvo un destacado papel en el despliegue diplomático efectuado por el Emperador en 1312/13 en Pisa. Fue su embajador ante Federico de Sicilia, su aliado, y tuvo encomendada

²⁹⁷ Este último se vería más tarde implicado en el supuesto envenenamiento del Emperador. *Vide supra*.

²⁹⁸ Edición de Eduard HEYCK, Innsbruck, 1888.

²⁹⁹ Familia por cierto vinculada a una leyenda del conde Ugolino della Gherardesca, referida por Dante Alighieri en el canto XXXIII del Infierno.

la incómoda tarea de transmitir la proscripción imperial, fulminada por Enrique VII contra Roberto de Nápoles en 1312, en víspera de la guerra que contra él se proponía llevar a cabo. En los años siguientes, Donoratico siguió profesando la ideología imperial, según la cual fue importante partidario del Emperador Luis IV, sucesor de Enrique VII, y estuvo presente en su coronación, efectuada en Roma por el Antipapa Nicolás V, que aquél había impuesto en Italia en contra del Papa aviñonense Juan XXII. En continuación de ello, Nicolás V lo nombraría cardenal en su promoción de 15 de mayo de 1328, confirmándolo en la administración apostólica de la sede quironense. Comprensiblemente, el Papa de Aviñón lo destituyó de dicha sede³⁰⁰ y de sus dignidades eclesiásticas³⁰¹.

Es evidente que las ocupaciones políticas o diplomáticas de aquellos prelados, para las que demostraron estar particularmente dotados, los eximirían del gobierno de sus diócesis, de las que largo tiempo estuvieron ausentes. Ello era harto frecuente y causaba determinaciones oportunas. El Canciller del Emperador Enrique, el obispo de Trento, Enrique de Metz, fue expresamente dispensado por el Papa Clemente V de sus deberes diocesanos o de su participación en el Concilio de Vienne³⁰². El Obispo de Coira, Siegfried von Gelnhausen, que, como se ha referido, tanta parte tuvo en misiones diplomáticas y en el viaje italiano del Emperador Enrique, nombró para regir en su ausencia su obispado al prepósito capitular Rudolf von Montfort como vicario general en 1310³⁰³,

³⁰⁰ En la que le sucedió el prior de la basílica romana de los Santos Apóstoles, Juan.

³⁰¹ Para los datos de ellas y de otros obispos de la época, *vide* EUBEL, *Hierarchia Catholica Medii Aevi*.

³⁰² *Vide* sobre él Armando COSTA, *I vescovi di Trento. Notizie, profili*. Trento, ed. diocesana, 1977, p.97 ss.

³⁰³ Puede verse sobre el Obispo Gelnhausen Veronika FELLER-VEST, “Gelnhausen, Siegfried von”, en *Historisches Lexikon der Schweiz*.

que acabó siendo su sucesor en la sede en 1322. El obispo Wippenen se hacía representar en su sede de Basilea por el Vicario General Otto von Avrenches.

Otro cometido apropiado para los diplomáticos cesáreos y de cualquier época, lugar y obediencia es el de versado en Derecho. Por cierto, no es el caso del citado Nicolás de Ligny; éste manifiesta más de una vez ser ignaro en Derecho: “Cum de iure numquam lectionem audiverim, de quo doleo multum”, confiesa³⁰⁴.

Jurista sí sería, y empleado en varias embajadas de Enrique VII fue el alejandrino Bassiano Guasco. Intervino en las primeras misiones enviadas por el monarca a Italia, ya en 1309 y 1310 y, más tarde, como comisario para resolver disputas locales en 1313.

En la misión enviada por Enrique VII a la Corte de Aviñón y más tarde a la de Felipe IV en París, iba un jurista, de nombre Simón de Marville, que era el tesorero de la iglesia de Metz y que se había ya iniciado en los temas internacionales del reinado al haber intervenido como testigo en el acta notarial de la elección de Enrique VII como Rey de Romanos que se entregó al Papa³⁰⁵.

También jurista fue Benzo di Alessandria, notario, adscrito a la Corte de Enrique VII desde la estancia y coronación de éste en Milán y ocupado en misiones en Lombardía; fue persona vinculada al Cronista Albertini di Mussato, historiador del viaje de Enrique en Italia y de sus avatares³⁰⁶. Con el tiempo, Benzo regiría la cancillería del gobierno escaligero en Verona, como se ha referido.

³⁰⁴ *Op. cit.*, p. 68, 11.

³⁰⁵ Redactada el 27 de noviembre de 1308. (MGH, Constitutiones IV, N° 262, pp. 228 ss).

³⁰⁶ *Vide alibi*.

Jurista sería también Enrique de Güeldres, que formó parte de la primera embajada de Enrique VII a Italia en 1309. Lo sería también el cronista milanés Francesco de Cermenate, notario que se ocupó de relaciones con el Vicario imperial Werner Homberg en Lodi. Por parte española, cuando Bernat de Sarriá desempeñó sus embajadas aragonesas de Jaime II por Italia (Génova, Nápoles y Sicilia en 1398), lo acompañaba un jurista, escribano y familiar del Rey, un catalán llamado Pere Desledó (o Pedro de Ledó)³⁰⁷.

Los nobles alemanes que desempeñaban funciones en la Corte itinerante de Enrique también se ocupaban de diplomacia. El mariscal de la Corte, Conde Enrique de Flandes, fue nombrado plenipotenciario para los mencionados tratos de boda familiar con Federico de Sicilia. Intervino también, por cierto, en los hechos de guerra, así como en festivos torneos; tal aparece en las atractivas miniaturas de la Crónica del arzobispo Balduino³⁰⁸.

Por supuesto, los italianos de familia noble adicta a la ideología imperial eran adecuados para representar al Emperador ante ciudades o Estados de Italia, por lo que aparecen reiteradas veces como titulares de sus embajadas. Son a menudo los nombres del florentino Ugolino di Vico, de Enrico di Ralvengo, en las primeras misiones a Italia, así como de Ubaldino degli Ubaldini y Lamberto dei Cipriani³⁰⁹, Filippo Reali y Vanni Zeno, en los tratos con Federico II de Sicilia en 1311 y 1312.

Si los embajadores del Emperador Enrique VII pueden reputarse los más importantes de aquellos años,

³⁰⁷ SALAVERT, I, p. 334.

³⁰⁸ Bajo su blasón que trae de oro un león de sable. N° 64, p. 149 y correspondientes láminas miniadas en *Kaiser Heinrichs Romfahrt*, ed. cit.

³⁰⁹ Ambos gibelinos desterrados de Florencia. A Cipriani lo nombró Enrique VII vicario de Plasencia en 1311.

puesto que representan el impulso político en la vida internacional italiana que de su aspiración imperial dependía, no le van muy a la zaga las actividades diplomáticas de otros centros de acción exterior de dentro y de fuera del ámbito italiano.

Los Estados de tal ámbito tuvieron mucho que ver, ya a favor, ya en contra de los propósitos del Emperador y, por ello, sus embajadores, bien secundándolos, obstaculizándolos o variando circunstancialmente en sus posiciones, o simplemente negociando en diversos tratos recíprocos, actuaron en la diplomacia del momento. Dos soberanos destacaron, los dos contrapuestos en cuanto a los tronos meridionales de Nápoles y de Sicilia, angevino el uno y aragonés el otro, Roberto de Anjou y Federico de Aragón³¹⁰. El primero usó de embajadores tanto para negociar acuerdos imposibles con su rival imperial como para dañar sus intereses. Muy relevante entre ellos fue quien figura como Obispo de Albi, probablemente Geraldo de Fargis, que sucedería en esa sede al Cardenal Bertrand des Bordes, fallecido en ese año en Aviñón.

Con los angevinos de Nápoles también intercambiaba embajadores Jaime II de Aragón, pese a la anterior discordia que hubo hasta la Paz de Castabellotta de 1302. Hubo diplomacia aragonesa con Carlos II de Anjou/Nápoles ya en Provenza, a cargo de Guido de Canyaveiras, en 1308³¹¹ y, más tarde, de Guillem Esquerrer en 1310 y 1312, tanto ante Roberto como ante su rival Federico en 1311. En 1312 acudieron Fray Fernando García y Guillem Lacera. Uno de los temas a tratar tuvo

310 Dante maltrata a ambos rivales: a Carlos II de Anjou, padre de Roberto, en el Purgatorio (VII, 127 y XX, 79 ss y Paraíso, XIX, 128ss) y a Federico en Purgatorio VII, 118 y Paraíso, XIX, 130-3).

311 Embajadas que se aprovechaban también para las relaciones con la Corte francesa y con la Curia papal de Aviñón.

que ver con la boda de Roberto con la Infanta Sancha de Mallorca, hija de Sancho II de Mallorca y nieta de Jaime el Conquistador.

Rival, como se ha dicho, de Roberto, a quien disputaba el trono de Nápoles, era Federico II de los aragoneses de Sicilia. Mantuvo éste duraderos tratos diplomático con Enrique VII, con quien planeaba una alianza matrimonial de sus hijos Beatriz y Pedro. Para ello Federico usó de sus embajadores, el almirante Lancia y luego Corradino di Castelmainero, También más tarde, en 1312, el conde de Modica, Manfredo di Chiaramonte, familia noble que había pasado al servicio de los aragoneses³¹². Tenía Federico II incluso una especie de enviado o agente permanente ante el Emperador. Era un fraile, llamado Fra Pellegrino, lo que da idea de la deseada continuidad de sus relaciones.

La diplomacia, pues, de los aragoneses estuvo presente en casi todo tiempo y lugar en la Italia de entonces, revuelta en alianzas y pendencias, campos los dos muy propicios para tratos y embajadas.

Por lo referente a las Repúblicas marineras del Norte de Italia, muy activas y ricas en diplomacia, consta haber acudido a rendir pleitesía a Enrique VII el 20 de enero de 1311 en Milán una embajada de Venecia, compuesta de Pietro Zeno, Guido Canal, Vital Michel y Bolleto Giustiniano, Después llegaron los de Génova: Pietro Doria, Pietro Ugolini, Lucchetto Grimaldi, Leonardo Medico, Giovanni Cancelliere, acompañados de

312 Manfredo había casado con Isabella Mosca, la hija del Conde de Modica. Había obtenido el señorío de Ragusa y el feudo de Gulfi. Poseía experiencia diplomática, como embajador que había sido ante el Papa Bonifacio VIII en 1295. (*Vide* Vladimiro AGNESI, *Personaggi ed episodi della Storia di Sicilia*, Palermo, Flaccovio, 1976, p. 146).

miembros de las familias Cibo, Fieschi, Spinola y Bocanegra, todos ellos muy vinculados al gobierno y a la diplomacia genovesa. De Pisa, los embajadores fueron Giovanni Zeno y Giovanni Bonconte³¹³.

De un muy notorio personaje de la diplomacia veneciana de aquel tiempo se ha tratado aquí como Dux que fue de la República, Soranzo, pero consta haber ejercido como embajador de ella en Sicilia ante su Rey Federico II en 1300, y en Ferrara ante el Marqués Azzo III en 1307.

También desde fuera de la Península italiana, tenía la Diplomacia su influjo, a veces meramente informativo, pero a veces decisivo.

Información es lo que obtenía de los sucesos italianos el Rey de Aragón, Jaime II, cuya diplomacia era activísima, tanto en Italia mediante informadores sagaces, como muy especialmente en Aviñón, donde sus embajadores (“procuradores, nuntii et ambasciadores”) eran asiduos y activos. Muy frecuentes son allí los nombres de Juan Borguño³¹⁴, Juan Pérez, Vidal de Vilanova, Pedro Martínez de Gotor, Bernat de Fonollar, a veces acreditados también ante Felipe IV de Francia o ante el Concilio de Vienne³¹⁵. Tal vez el más notable fuera Vidal de Vilanova, mayordomo que fue de la Reina D^a Blanca de Aragón, Embajador en muchas ocasiones ante los sucesivos Papas Bonifacio VIII en Roma, Benedicto XI en Perugia y Clemente V y Juan XXII en Aviñón.

³¹³ Se facilitan datos y nombres en COGNASSO, *op.cit.*

³¹⁴ Vid. MADURELL MARIMÓN, J.M., “Juan Borguño, embajador de Jaime II”, *Analecta Sacra Tarraconensia*, XV (1942), pp. 265-291.

³¹⁵ Fuente fundamental ha sido siempre y sigue siendo la obra *Acta Aragonensia* de Heinrich FINKE.

Teniendo en cuenta que uno de los caracteres más constitutivos de la vida política y social de los estados y ciudades de la Italia de entonces fue –referido y estudiado hasta la saciedad, en una un poco excesiva y enojosa insistencia y prolijidad por la historiografía– es el de la actividad económica y concretamente mercantil, no extrañará ver en el papel de sus diplomáticos a personajes vinculados con el comercio. Han sido citados dos, al menos, que tienen que ver con las circunstancias que aquí se analizan o referen. Uno fue Palla Strozi, banquero florentino y de familia de banqueros; fue uno de los doce embajadores presentes en el jubileo del Año Santo de 1300 en Letrán. Otro fue Musciatto Franzese (es realidad Giovanni Paolo, o “Ciampolo”), riquísimo personaje (con fama de malvado, dicho sea todo³¹⁶), que sirvió en menesteres políticos internacionales al papa Bonifacio VIII, a Felipe IV de Francia y al Rey Carlos II de Nápoles. Seguramente volátil en sus fidelidades, secundó la política de Bonifacio VIII en Florencia, para más tarde ser uno de sus oponentes en el famoso atentado que el Papa sufrió en Anagni, por parte de Guillermo Nogaret y Sciarra Colonna. Acaparador de cuantiosa fortuna en tiempos de su servicio en Francia, padeció al fin una penosa bancarrota. (Fue protagonista de la primera de las jornadas del *Decamerón* de Boccaccio, bajo el nombre ficticio de *ser Ciappelletto*).

Constituyen todos ellos una lista de nombres, correspondiente a una pléyade de embajadores y enviados, cuya copiosa cita disculpará el lector, en aras de la voluntad de presentar al menos un testimonio nominal de aquella diplomacia, ciertamente abundante y viajera, que cruzó por los caminos de Italia en aquellos años in-

³¹⁶ Citado en las crónicas de Giovanni VILLANI y de Dino COM-PAGNI.



Dante y Beatriz contemplan el cielo más alto, el Empíreo. Gustave Doré. Del libro *La Divina Comedia*, Dante, 1892.

augurales del siglo XIV; testigos fueron de movimientos de considerable valor histórico: las luchas de güelfos y gibelinos, angevinos y catalanes, de las aspiraciones imperiales, las sutilezas papales, la intervención aragonesa y, desde luego, la presencia, siempre sugestiva y aleccionadora de Dante Alighieri.

Otros embajadores imperiales y nuncios papales o enviados de los múltiples Estados habían de surcar después los caminos de Italia, siguiendo las rutas trazadas anteriormente con parecidos proyectos, en el enredoso campo de la Diplomacia, que allí enfrentaba contrapuestas ideas y ambiciones.

¿Habrán servido estos apuntes al conocimiento del lector acerca de aquella época, tumultuosa en enfrentamientos y pródiga en sucesos, que fue coetánea de la *Divina Comedia* y de los fastos de su autor?

¿Habrán acompañado algunos de los pasos del camino de su biografía?

EL CAMINO

La actividad viajera ha sido en todo tiempo característica de la Diplomacia, de cuyos rasgos se ha venido tratando aquí. Y ciertamente también propia de la de aquellos tiempos y lugares, en los que los enviados de príncipes, de señores y de ciudades recorrían afanosos las rutas de una Italia convulsionada por luchas de güelfos y gibelinos, arrojados muchos por apostólicas misiones aviñonesas o impulsados por altas pretensiones del Sacro Imperio.

Al inicio de estos apuntes, con los que se ha querido traer a colación la ingente y admirable figura de Dante

Alighieri, por mor de las embajadas que desempeñó y de las que en su tiempo y en su tierra se dieron, hubo ocasión para aquella dramática descripción de su extraviado camino que lo llevaría, a través de una selva oscura, hasta los umbrales de la ciudad doliente.

Y se aventuró la idea de que Dante, perenne desterrado, continuo viajero, tendría que considerar el camino como el medio de sus días y el medidor de sus pasos. Un camino a veces a lo largo de un río de limpias aguas³¹⁷, o un derrotero nuevo para la propia nave ya alejada del litoral³¹⁸, una senda que quizás escape de las cosas que no son presentes³¹⁹, pero una ruta que pudiera mejorarse acaso con la dulzura de la poesía³²⁰.

Habiéndose invocado, pues, para comenzar, los versos del primer camino hacia el Más Allá, nada mejor para concluir que aducir otros, muy hermosos por cierto, en que se hallen más gratos sentimientos, disfrazados de hábito ligero de peregrino:

“Cavalcando l'altr' ier per un cammino,
pensoso de l'andar che mi sgradia
trovai Amore in mezzo de la via,
in abito leggier di peregrino”³²¹.

317 “avendo poi che pasando per uno cammino lungo lo quale sen gia uno rivo chiaro molto...” (*Vita Nuova*, I, 19).

318 “chè si conviene omai altro cammino a la mia nave più lungi del lito”. (*RIME*, 78).

319 “Deh peregrini che pensose andate forse di cosa che non v'è presente”. (*Vita Nuova*, XL).

320 “Certo il viaggio ne parrà minore prendendo un così dolce tranquillare” (*Rime*, 19).

321 *Vita Nuova*, I, 9.



EL MITO DE EUROPA

LA EUROPA DE LOS HUMANISTAS

MITO Y GEOGRAFÍA

LAS CONCEPCIONES RENACENTISTAS: LAS REGIONES DE EUROPA

LAS TIERRAS Y LAS GENTES

LOS INGREDIENTES DE LA UNIDAD

EL OPTIMISMO

LA DEFENSA DE EUROPA

LA CONMISERACIÓN DE EUROPA

LOS LÍMITES DE EUROPA

CONCLUSIONES



Mitos hay que simbolizan una realidad. Otros, celosos, la ocultan, otros, astutos, la simulan, otros, generosos, la revelan. Pero hay un mito, uno de los más populares tal vez, por lo más repetido, cuyo cometido no es simbolizar, ni ocultar, ni simular, ni descubrir. Lo que hace es convertirse en realidad. Es el mito de la Princesa fenicia raptada por el padre de los dioses. Al final de su recorrido, desde Oriente, a lomos del toro jupiterino, la Princesa secuestrada funda Europa.

Entonces, puesto que aquí de tales cosas se trata, ¿es el mito de Europa en realidad una embajada desde Oriente a Occidente, a lomos de Júpiter?

Odiseo, cuando partió de Oriente, quería recuperar su perdida patria griega.

Eneas, cuando partió de Oriente, viajó para crear una patria nueva, Roma.

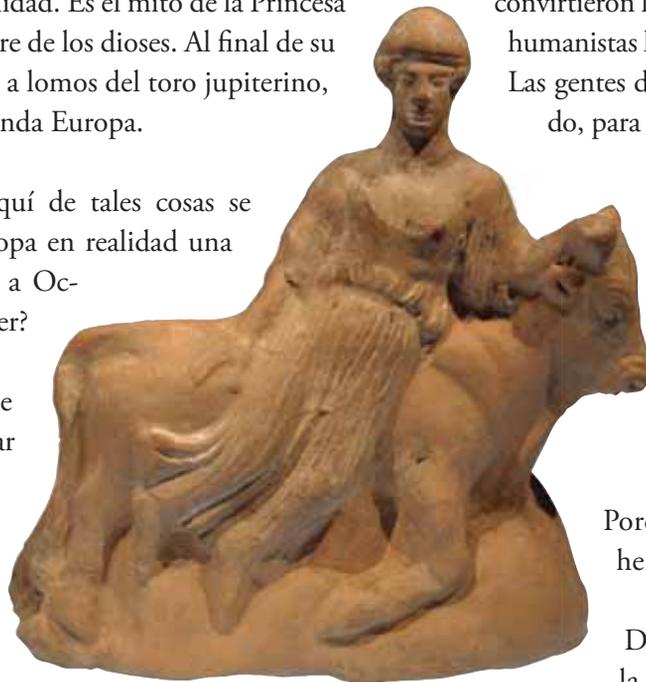
Europa, pues, ¿es un viaje? ¿Un rapto? ¿Una invención? ¿O más bien la Princesa fenicia es una mensajera, portadora de un nombre para un continente?

Ese nombre es algo más. Es un descubrimiento que se ha convertido en una idea, luego en una realidad, luego en un presente, después en un atisbo de futuro. Es decir, es una cadena de siglos que perdura, un itinerario que no ha acabado, un recuerdo y a la vez una intuición, una crónica y una sugerencia.

El mito se ha hecho suceso, de su rapto ideal se ha construido un mapa.

Zeus transformado en toro rapta a Europa. 475-425 a.C.

Los antiguos contemplaron el rapto con asombro, convirtieron la imagen en un acontecimiento; los humanistas hicieron de la descripción un relato. Las gentes de hoy quieren continuar el recorrido, para hacerlo una senda que pervive.



Por eso, Europa es mito, es antigüedad y actualidad. La embajada del Oriente se ha hecho lugar en otras tierras, pero conserva un mensaje remoto y cercano, que son caracteres de toda embajada.

Porque la idea de embajada está inherente al suceso mítico.

De esta suerte, en el modo en que la Historia, la Literatura y la Mitología sugestivamente subsisten, en el origen de la oposición Oriente y Occidente, y nada menos que en la creación del continente europeo, los mitos intervienen, pero también la reclamación (diríamos diplomática) por enviados y heraldos¹, que Heródoto atestigua. He ahí, una vez más, la feraz convivencia de Mito y Realidad. (Luego este título, lector amigo, no estaba aquí de más).

Y puesto que en este libro, que el lector –acaso a su pesar– tiene en sus manos, desde su título se trata

¹ Κηρυκκα, αγγελλους, es decir, heraldos, enviados.



Ilustración xilográfica de Helena y Paris de una traducción alemana incunable de Heinrich Steinhöwel de De mulieribus claris de Giovanni Boccaccio, impresa por Johannes Zainer en Ulm ca. 1474

de mitos y no menos de antigua cosa de embajadas, bueno será también aquí dar inicio al relato europeo con una referencia a ambos conceptos, ni excluyentes ni contrapuestos. En su lugar se ha escrito en páginas precedentes que el bello e inimitable mito de Ifigenia ofrece en el mismo umbral de su comienzo, la referencia a una embajada. Es la que remite desde el puerto de Aulis el Rey Agamenón de Micenas al Rey Príamo de Troya. El motivo es exigirle la devolución de la hermosa Helena, esposa de su hermano Menelao de Esparta, que ha sido inicuaamente raptada por el audaz Paris, que se la lleva en su barco a Troya, surcando las olas de ese mar tan nuestro.

Heródoto, sagaz e imaginativo contador de historias, ya se aludió en páginas precedentes cómo describe, en el comienzo de uno de sus libros, un cruce de reproches, que sería también un cruce de embajadas, entre ambos polos de la civilización, Poniente y Naciente. Para ese valeroso contador de historias, el rapto de Helena había tenido un contundente contrapunto: si el Oriente troyano raptó a la griega Helena, no era sino la venganza de otro rapto inverso y anterior: el de Europa, desde Fenicia hacia Occidente, a lomos de un toro divino².

Despacha así Heródoto, de un modo admirable, diríase sonoro y elocuente, el comienzo de la pugna de un lado y otro del mundo, pero también el inicio de una fecunda construcción.

Una embajada, una exigencia, entre Occidente y Oriente.

² Heródoto (*Historias*, I, 2 ss).

LA EUROPA DE LOS HUMANISTAS

¿Europa?

Quienes hoy en día habitamos en este continente nos hallamos visiblemente inmersos en una omnipresente conciencia europea. Algunos dirán que en una empresa; tal vez no tanto. Una tal empresa vendría de mucho atrás. Nos hallamos –eso sí– anclados irremisiblemente en el espacio europeo, pero también en el más vago e impreciso ámbito del tiempo. Es indudable que un signo del desarrollo histórico del espacio de Europa en el transcurso del tiempo, ha sido el de haber preservado su identidad y el de haber sabido recuperarla cuando parecía perdida. ¿Es ello así?

No creo que pueda haber duda alguna sobre el hecho de que Europa se haya actualmente convertido en un lugar común. Se la menciona como una especie de estandarte con el que representar algún movimiento, simbolizar alguna idea. Se emplea incluso como paradigma de magnitudes ilustres, como acicate para proyectos de dudosos contornos, también como reverencial herencia de un pasado que no suele concebirse de modo unitario o bien como renuncia dolorosa a algo presuntamente caduco y perdido.

Podría recordarse lo que inteligentemente alegó Aldous Huxley en su *Perennial Philosophy*, cuando aludiendo a los libros sagrados de todas las religiones, nuestra Biblia incluida, escribió que se los suele tratar con una “insensibilidad reverencial”³. Es decir, suscitan tanto respeto que nadie se para a pensar qué es lo que en ellos se dice. Mucho menos lo que en ellos quiera significarse.

³ “A kind of reverential insensibility, a stupor of the spirit, an inward deafness to the meaning of the sacred words” (*op.cit.*, introducción).

Algo así sucede con el concepto o simplemente con el término “Europa”. Efectivamente, en nuestros días, en el asaz revuelto y vertiginoso vocabulario de esta edad, el término Europa, de tanto decir, acaba por no decir nada. Pero algo conserva, por contradictorio que ello sea, de todo lo que aquí se ha dicho ahora mismo: ejemplo, acicate, herencia, renuncia. De todo ello hay cuando decimos “Europa”, por supuesto cada cual con el significado que se pretenda darle, nada unívoco, desde luego.

Pero no sólo en nuestros días. A lo largo de la Historia de este continente, también el término y el concepto han querido decir cosas diferentes, desde el mito hasta la realidad, también desde la nada más inocua e inane hasta la más pomposa solemnidad. Tan variado ha sido su significado, que conviene aquí poner cuidado en limitarlo, para no despeñarse por sus terraplenes, ni dejarse arrastrar por sus torrenteras. ¡Cualquiera sabe adónde podrían llevar!

Por eso se ha circunscrito aquí lo que quiere exponerse a un cuadro que reduce aspiraciones aunque también puede entenderse que exalta el punto de vista, encumbra la visión. Y ello porque se ha puesto un título concreto: “la Europa de los humanistas”. Y cuando alguien se refiere al Humanismo ya de por sí se enaltece el método e incluso de antemano los resultados.

También para los humanistas del Renacimiento, Europa muestra una multiplicidad de facetas. No es extraño. Aquella época con su ideología es a menudo un caleidoscopio que cumple el requisito que caracteriza a este multicolor objeto: a la vez ilustra y fascina. Y por ello confunde y deslumbra. El Renacimiento —¿cómo podría olvidarse?— es ante todo una deliberada reminiscencia de un pasado insigne que se aspira a

restaurar. Y ese pasado, el mundo clásico, está afortunadamente configurado por la fantástica y ubérrima caterva de sus mitos.

MITO Y GEOGRAFÍA

Pero detengámonos de momento en una clarificación fundamental: Europa ha iniciado su presencia en la Historia de dos modos: un mito y un concepto geográfico. Ni se repelen ni se explican recíprocamente. A lo sumo se complementan en la sutil medida en que la bella y etérea imagen de un mito pueda acoplarse a un escenario real.

Bien es verdad que, en la remota Antigüedad que les dio origen, acaso mito y geografía no nacieran del todo divergentes. Ambas cosas adolecían de un contorno difuso. El mito admitía, como todos, muchas versiones. La entidad geográfica, por su parte, ofrecía límites cambiantes.

Sería sugestivo pensar que a ambas cosas las uniera la idea de raptó. El raptó es un componente de muchos mitos. Júpiter es el seductor por excelencia, que se disfraza, adquiere y transporta según su voluntad: el mentido robador de Europa, que mencionara Garcilaso. Pero el raptó brinda precisamente la noción del movimiento de un lugar a otro, es decir se mueve en un ámbito geográfico.

Cuando Júpiter, convertido en un toro poderoso y galán, raptó a la joven ninfa Europa, hija del Rey Agenor, y se la trajo a Occidente, procedente del Asia, otra tierra nació a lomos del astado divino hacia los confines de Poniente. Entonces se produjeron varios efectos, en los que prima la idea de distanciació. El



De situ orbis cum figuris necnon cum annotationibus Francisci Nunnis de la Yerva. Mela, Pomponio, Francisco Núñez de la Yerva, 1498.

rapto es separación, con lo que ello acarrea de discordia. Es también fraude. “Pasando el mar el engañoso toro”, dictaminó Lope de Vega⁴. Un rapto lleva en sí la imagen de un delito. Es un arrebato que da lugar a nuevos desafíos. Tal mítica concepción se halla del todo inserta en la mitología: el arrebato de Europa desde Oriente a Occidente se corresponde a la inversa con el de Helena desde Occidente a Oriente. En ese orden de pensamiento, Heródoto que, sin embargo, no aduce el mito de Zeus, sitúa aquellos iniciales sucesos en un contexto de raptos entre pueblos del Este

y del Oeste. Esto para él es sinónimo de separación de razas y origen de disputas⁵. La expresión de Heródoto para distinguir a orientales y occidentales, en su caso de griegos y persas, con la que comienzan los libros de sus *Historias*, es, pues, la de separación: “los persas –escribe– reclaman para sí el Asia y los pueblos bárbaros que la habitan y consideran a Europa y a Grecia como cosa separada”⁶. La ruta de la rauda fuga del mito se solidifica, por así decir, en la división de dos continentes y también en la causa de su discordia.

⁴ Soneto 87.

⁵ *Historias*, I, 4.

⁶ “την δε Ευρωπην και το Ελληνικον ηγηνται κεχωρισθαι”. *Ibidem*.

Mas parece así en realidad que la discordia no sea la consecuencia, sino más bien el origen de la aparición de Europa. Ésta se concibe por los escritores clásicos como un eco de la pugna. En el pensamiento clásico hay, pues, una contraposición entre Europa y Asia, no conceptual, sino fáctica, basada en los hechos reales, que tienen el tinte heroico de la victoria. Desde Europa se contempló al rival asiático como oponente del ideal europeo. Y se celebró como propio el triunfo de Europa: “Europae succubuit Asia”, alardea Cornelio Nepote refiriéndose a las victorias de Temístocles. No sólo la misión, sino el propio sentido de Europa sería, por lo tanto, la defensa frente al exterior. Habrá de volverse aquí sobre este pensamiento.

No todos los geógrafos de la Antigüedad siguieron ese camino conceptual. Otros se atuvieron a criterios más científicos y puramente descriptivos como es el caso de Pomponio Mela, que en su *De situ orbis* hace una mera descripción del continente y de los estrictos límites⁷ de aquella Europa que Plinio llamara la más bella de las tierras⁸ y que para griegos y romanos era con Asia y África una de las tres partes del mundo. O bien la mencionan en contextos de relatos históricos, como Silio Itálico en su epopeya púnica⁹, o Marciano Capella, que tiene a España por el límite y principio de Europa¹⁰.

Pero se ha prometido tratar aquí de la concepción de Europa vista desde la perspectiva del Humanismo

⁷ “Brevis Europae descriptio” en *De situ orbis*, lib.I, cap. III.

⁸ “Terrarum pulcherrima” (*Naturalis Historia*, III, 3).

⁹ Pej, *Punica*, I, 221.

¹⁰ “Europae tamen principium inchoamentique limen Hispaniae contributum”, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, VI, 627. Cit en C.FERNÁNDEZ-CHICHARRO, *Laudes Hispaniae*, Madrid, 1948, p.144.



Mappa mundi estilo T y O. San Isidoro de Sevilla. Las Etimologías (Kraus 13).

renacentista. Lo que sucede es que tal concepción no brota naturalmente de improviso, sino que es el producto de una herencia que recorre las edades antigua y media. En el mundo cristiano medieval, una vez oscurecido (o repudiado) el mito, subsistió ya la sola y evidente idea de la Geografía, basada en la separación del continente europeo del asiático.

Al fin del Medievo resurgió la idea del viejísimo mito. A la búsqueda de un remoto antepasado, la Antigüedad clásica lo ofrecía. Ya Dante se había complacido en aducirlo: “Europa vero avo antiquissimo, scilicet Dardanno”¹¹, en consonancia con el vetusto mito renacido. Y ciertamente, no podían los espíritus del Humanismo

¹¹ DANTE ALIGHIERI, *Monarchia*, Lib.II., III.



Hypnerotomachie. Ed. Martin, 1546.

resistirse a su belleza y a su poder de sugestión, tan plebérico de riqueza. Era, como todos los legados de la antigua Mitología, un símbolo; como todos los símbolos, la sombra de una realidad que se investiga.

Europa vino a través del mar: “Medii per aequora ponti”, refirió ya Ovidio en los bellísimos versos de sus *Metamorfosis*¹² en que describió el famoso rapto. Europa es una travesía. Para los humanistas del siglo XV, tan ávidos y cuidadosos de las imágenes, ésta hubo comprensiblemente de tener una especial fascinación. Junto a la xilografía de la renacentista *Hypnerotomachia Poliphili* del siglo XV italiano que muestra a Europa a lomos del toro, se lee el logrado juego verbal que hubiera envidiado el

¹² II, 872.

propio Ovidio: “per il tumido mare timida transfrettava”¹³. Y el mito que vino de Oriente a través del mar habría de extenderse hasta nuevos confines, el último, España; así en la famosa *Crónica* de Schedel: “zu dem nidergang biss an Hispanien”. Y se añade el elemento topónimo: “un tercio del mundo lleva su nombre”¹⁴.

La separación de Asia constituye, pues, el origen de Europa. Esa separación es un divorcio ciertamente

¹³ “Quella nympha... ascenso havea sopra il mansueto e candido toro. Et quello quella per il tumido mare timida transfrettava”. *Hypnerotomachia Poliphili* (Venecia, 1499).

¹⁴ “Europa hat im namen von Agenoris des königs libye tochter: die Jouis von affrica raubet und in die innsel Creta fueret. Und einen dritteil der werlt nach ihr nennet. Und die hebt sich an dem fluss Thanai und steygt ab durch das meer gein mitternacht wesende zu dem nidergang biss an Hispanien“. *Crónica de Schedel*, 1493, f. XIII, vº.

marcado por una disensión, la idea de la pugna entre griegos y persas está palpable, como en el comienzo del primer libro de las *Historias* de Heródoto. Pero también es un curioso homenaje a los inicios de donde se procede. Para Nebrija, las letras vinieron del Oriente asiático, para Leon Battista Alberti, el Arte de la pintura vino de Egipto a Grecia y de ahí a Italia: “Aegyptii affirmant sex millibus annorum apud se picturam in usu fuisse prius quam in Graeciam esset translata. E Graecia vero in Italiam dicunt nostri venisse picturam post Marcelli victorias ex Sicilia”¹⁵.

LAS CONCEPCIONES RENACENTISTAS: LAS REGIONES DE EUROPA

Merece considerarse en todo caso que la idea de disgregación, por la que Europa nace, se contagió a su propio interior. Lejos de ser algo unitario, lo inmediatamente perceptible de Europa es ser un conjunto de cosas. También el propio mito parece desdoblarse en significados. Interpretando el *trionfo* del citado “Sueño de Polifilo”, se ha querido ver una variada simbología. Edgar Wind interpretó en ellos a los cuatro elementos: Europa y el toro simbolizan la tierra, Leda y el cisne el agua, Dánae y la lluvia de oro son el aire y Sémele el fuego¹⁶.

La época del Renacimiento europeo tiene también un carácter de disgregación. El mundo unitario del Medioevo estaba centrado en la *Christianitas*. El Imperio y el Papado eran las dos cabezas visibles, temporal y espiri-

tual, de un solo cuerpo. Esa *Res Publica Christiana* que constituye la Europa medieval se basaba en una unidad espiritual. La Sagrada Escritura se aducía constantemente. En el gozne de dos tiempos, Dante lo apuntó aún en su tratado *De Monarchia*¹⁷, cuando cita el Salmo “Ecce quam bonum est, et quam iocundum, habitare omnes in unum”. Lo interpreta incluso también en el *Paradiso*¹⁸: “Quanto buono e iocondo è che dei fratelli dimorino assieme”.

Pero el derrumbamiento de esa idea de unidad europea, fundada en la ideología política cristiana, había de dar lugar a su sustitución por el conglomerado de Reinos constituidos ya sobre el ideario del que hoy conocemos como el “Estado moderno”, al que Burckhardt tuvo precisamente por una creación más del Renacimiento. Es el paso de la Cristiandad medieval al mundo moderno¹⁹. La comunidad de Estados del siglo XV sucede al difuso conglomerado de la Edad Media. Por eso ese siglo puede ser tenido por el orto de la idea de Europa²⁰.

¹⁷ Lib. I in fine.

¹⁸ 132, 1.

¹⁹ Puede verse Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *La construcción de la Cristiandad Europea*. Madrid, Homologes, 2008.

²⁰ En la segunda mitad del siglo XV se produce el advenimiento de la Historia europea: “die Adventszeit der europäischen Geschichte”, (Josef ISENSEE, “Europa, die politische Erfindung eines Erdteils”, en *Europa als politische Idee*, Berlín, 1994, Wissenschaftliche Abhandlungen und Reden zur Philosophie, Politik und Geistesgeschichte, vol. 19, pp 105 ss, cf. p. 110. Vid también las muy pertinentes observaciones de Sir John Elliott “The period between the mid-fifteenth and the mid-seventeenth centuries sees, in the famous formulation of the nineteenth-century Swiss historian, Jacob Burckharst, Europe’s *discovery of the world and of man*. In the spread of humanism across the continent, we have a pan-European movement, with Erasmus as its presiding genius, and the creation of a genuine republic of letters among the European elite, who communicate with each other in a common language, Latin”. Sir John ELLIOTT, en *La dimensión cultural en la Unión Europea: impulsores y euroescépticos*, X Foro hispano británico, Fundación Hispano Británica, 13 y 14 de noviembre de 2006, pp, 23 s.

¹⁵ Leon Battista Alberti, *De pictura*, lib. II, 26, 29-32.

¹⁶ Edgar WIND, *Los misterios paganos del Renacimiento*, ed. española, Barcelona, Barral, 1972, p. 170, nota.

A tenor de esos cambios, la idea de Europa había de ser afectada por nuevas concepciones. Europa estaba pasando a ser considerada ya un conjunto de naciones. A comienzos del siglo XV, en el Concilio de Constanza se clasificaron los prelados asistentes por naciones²¹. Ya el propio Dante lo había entrevisto tiempo atrás en el citado tratado sobre la monarquía: según él, Europa tiene regiones y de ellas la más noble es Italia, “Europae regio nobilissima”²². La importancia de Italia –nótese– es, pues, que es la más noble de las regiones de Europa.

Las naciones son partes de Europa y Europa es una parte del universo, una parte determinada y concreta. Sus límites son difusos, se difuminan en la vaguedad, solemne vaguedad eso sí, de las concepciones geográficas de la Antigüedad en que Europa, Asia y África se repartían el universo en convencionales y arbitrarias configuraciones o compartimentos; o las del Medioevo cuando se tenía la figura de Europa por semejante a un triángulo, cuyos vértices eran las Columnas de Hércules, Inglaterra y el río Don²³.

Cuando en 1460 el humanista ferrarés Ludovico Carbone enumeró, en el elogio fúnebre de su colega Guarino de Verona, a aquellos humanistas venidos de todas partes para escucharlo, citó muchos lugares geográficos de Italia y de fuera. No se le ocurrió decir “de todas partes de Europa”. Y sin embargo sabía que éste

²¹ Italia, Germania, Francia, Inglaterra, España.

²² “Quae ultima uxor [Lavinia] de Italia fuit, Europae regione nobilissima” (*Monarchia*, lib. II, III). Y de sus habitantes dice: habitantes: “...maior pars Europam colentium” (*ib.*, lib. III, XIV).

²³ Lo recoge, por ejemplo, Dante en su carta al Emperador Enrique VII: “Tricornis Europae margine” (Epístola VII, 3. Fechada el XV de las calendas maias del primer año de la ida de Enrique VII a Italia) La carta se conservó originariamente en una traducción italiana; allí se lee: “da lembi della tricorne Europa”).

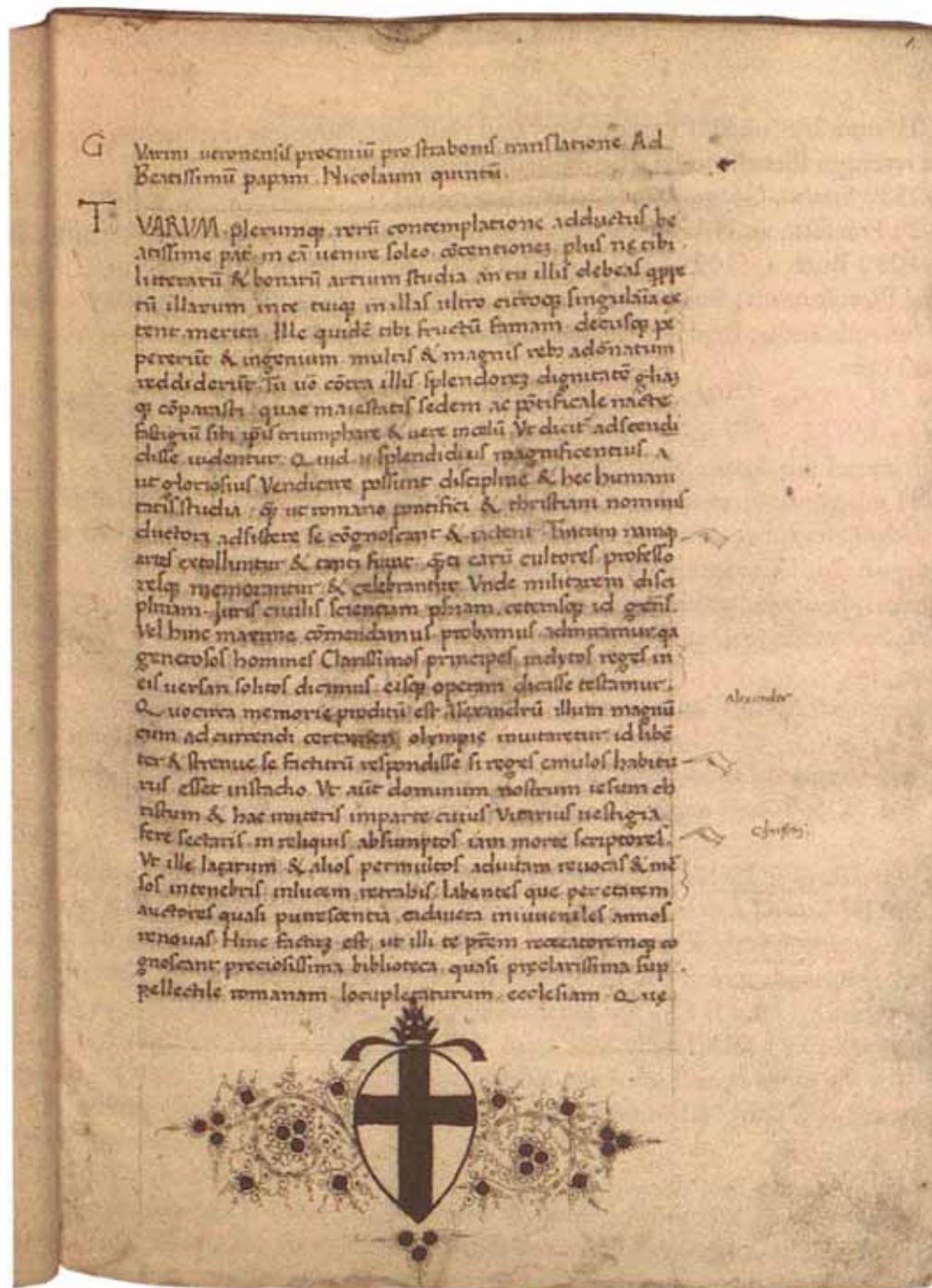
era nuestro continente. En el mismo texto mencionó entre los méritos de Guarino haber traducido al latín, por encargo del Papa Nicolás V, la obra geográfica *De situ Orbis* de Strabón, “qui Asiae, Europae Africaeque tractatum decem et septem libris pulcherrime divisit”.

Lo verdaderamente llamativo es que, precisamente cuando la Cristiandad se ve sometida a un proceso de desintegración, de pérdida de su unidad espiritual, empieza a sonar el nombre de Europa con características muy propias. Se aventuró aquí que un signo palmario de Europa es la preservación de su identidad, pese a cambios y novedades. El fenómeno es particularmente visible en medio de las conmociones de los comienzos de la Edad Moderna. La secularización introducida por el Renacimiento, tanto en el mundo de las ideas, como en el de los hechos y las instituciones, así como la cesura causada más tarde por la Reforma, despojaron ciertamente al continente de su vieja unidad espiritual. Milagrosamente ello no fue óbice para el mantenimiento de su homogeneidad. Sin acaso darse puntual cuenta de ello, los europeos de entonces siguieron teniendo a Europa como su patria común.

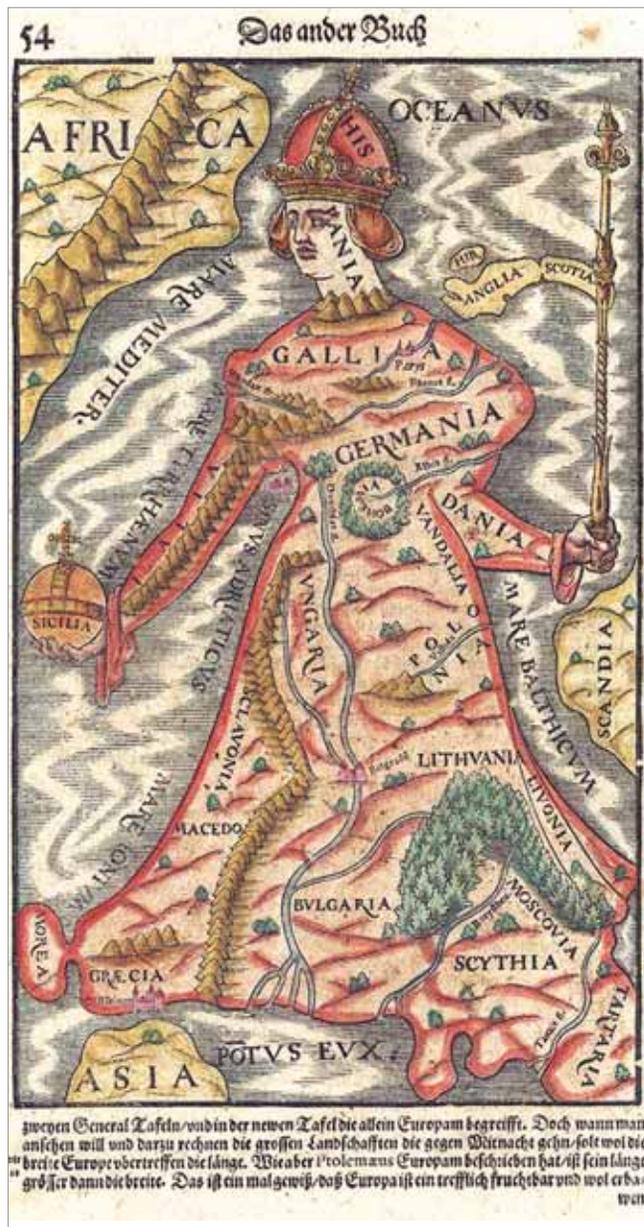
Parece indudable que un gran mérito corresponde a los humanistas.

Para ellos, Europa existía aun cuando sea verdad que rara vez o casi nunca la mencionen expresamente como algo más que un mero ente geográfico. Pero de sus obras se desprende una evidente conciencia europea. Lo que sucede es que la idea de Cristiandad, propia de la Edad Media se ha ido esfumando para dejar paso a otro concepto: el de un conjunto de naciones.

Ese conjunto no es un ente plural; antes bien, está unido, aglutinado por algo. Ese algo es determina-



Dedicatoria de Guarino al Papa Nicolás V con motivo de su traducción latina de *Geographica*, de Estrabón. Siglo XV.



Mapa de Europa como reina, impreso por Sebastian Munster en Basilea en 1570.

ble. Dos elementos se disputan esa capacidad unitiva, integradora; ambos proceden de la herencia: son la herencia cultural (basada en la lengua) y la religiosa (basada en el legado cristiano).

La comunidad cultural originada por la tradición romana y la lengua latina está aseverada regiamente por la afirmación majestuosa del prefacio de las *Elegancias* de Lorenzo Valla y repetida muy a menudo por los escritos de los humanistas: las naciones todas están ligadas por la lengua latina, heredada de Roma. Por otro lado, en la comunidad cristiana se apoyaba similar pensamiento: tales naciones europeas son una sola criatura en virtud del Cristianismo: “Apud Christianos philosophos –escribió Erasmo– non est Hispanus, nec Gallus, nec Germanus, nec Sarmata, sed nova creatura”²⁴.

Sin embargo, se topa aquí con una paradoja. Mientras que es comprobable en la ideología renacentista el pensamiento de la comunidad de las naciones europeas, cierta en virtud de su Historia y deseable para la armonía general y la paz, resulta igualmente llamativa la voluntad de cada nación de mostrarse superior a las demás de Europa.

¿Qué quiere esto decir? Simplemente que, al consolidarse la idea de las peculiaridades de las naciones, cada cual buscaba motivos de preeminencia sobre las demás. Pero ello se hacía dentro del marco de esa Europa de la que todos, aun sin nombrarla, eran bien conscientes y, a ser posible, sobre algún fundamento del mundo clásico. Son muchos los ejemplos. Para España, el *Paralipomenon* del Cardenal Margarit, el alegato de Alonso de Cartagena, la Historia de Rodrigo Sánchez

²⁴ Apología de Erasmo contra Stúñiga, *Opera omnia*, IX, 285 ss

de Arévalo, la Crónica de Lucio Marineo Sículo, los pronunciamientos de Nebrija²⁵. Para Alemania ha de citarse a Cochlaeo y a Luis Vives, que reputó a Germania como la más insigne región de Europa²⁶. Leonardo Bruni hizo famoso su Panegírico de Florencia²⁷. Más tarde lo refutó Pier Paolo Decembrio oponiéndole su elogio de Milán²⁸. Bien conocidos son asimismo los encomios que a su tierra dedica Guicciardini en su *Storia d'Italia*. Así también el humanista francés Etienne Pasquier aducía a Salustio cuando éste opinaba que los galos superaban en armas y caballería a las demás naciones²⁹. Otro tanto se muestra en los encomios de Luis de Camoens a España y a Portugal en sus *Lusíadas*³⁰. Es un pugilato de excelencias entre las tierras y gentes de Europa, en el que incluso se juega con su geografía; recuérdese si no el archifamoso mapa de Europa en el que, orientada verticalmente de Oeste a Este se delinea una figura femenina cuya cabeza coronada es la Península Ibérica. Precisamente esa es la misma idea que poéticamente se complace Camoens en describir en sus bellos versos³¹.

²⁵ Siempre será objeto de admiración hojear la *Hispania illustrata*, en la que se contienen ponderosos ejemplos. (Ed. de Frankfurt, 1603, 4 vols).

²⁶ "...praestantissimam Europae partem", *De Europae dissidiis et bello Turcico*, en *Opera omnia*, VI, p. 481.

²⁷ *Oratio de laudibus Florentinae Urbis*.

²⁸ *De laudibus Mediolanensium Urbis in comparationem Florentiae panegyricus*.

²⁹ "Les Grecs en science, les Gaulois au fait des armes et haute chevalerie étaient estimés emporter le dessus de toutes les autres nations" *Les recherches de la France*, I, IV.

³⁰ *Os Lusíadas*, especialmente en el canto III, versos 17 s y 20 ss.

³¹ "Eis aqui se descobre a nobre Espanha, como cabeça ali de Europa toda". (*Os Lusíadas*, canto III, vº 17 s). "Eis aquí, quase come da cabeça de Europa toda, o Reino Lusitano, onde a terra se acaba e o mar começa e onde Febo repousa no Oceano". (*Os Lusíadas*, canto III, vº 20-23).

LAS TIERRAS Y LAS GENTES

Por cierto que, si en la Antigüedad Europa fue dos cosas, un mito y un concepto geográfico, en la época de los humanistas, ambas cosas pervivieron o de nuevo se suscitaron. El mito pervivió en los artistas, en los poetas³², en los creadores de emblemas y símbolos.

El concepto geográfico, por su parte, siguió siendo deudor de la Antigüedad, ya sea clásica, ya bíblica. Caspar Peucer, el humanista alemán próximo a Melanchton, mencionó la división de los hijos de Noé, que dio lugar a la población de los continentes, y a Jafet correspondió Europa³³. Y los talentos de la edad renacentista colocaron en su sitio el nombre de Europa. Así el mapamundi de Claudio Ptolomeo, editado por Nicolaus Germanus, un benedictino alemán sito en Florencia, en 1474. O el de Juan de la Cosa de 1500 del Museo naval de Madrid. El viajero y cartógrafo Sebastian Münster se esmeró, imitando a Plinio, en calificar a Europa de tierra cálida, de dulce clima³⁴.

A la idea de las naciones como partes de Europa siguió el comprensible e inevitable correlato de que las partes configuraran un todo. Ya se habla de "toda la

³² Por ejemplo en los bellos versos latinos de Garcilaso:

"Nunc taurus nivea conspicuus nota
frontem, caetera candidus" (odas, II, 22 s).

³³ "Cham Libyas gentes et partim Asiaticas, quae versus meridiem et solem Orientem incolunt, condidisse et propagasse; posteros Iaphet Europaeos, qui terrae tractus in Occasum et Septentrionem vergentes tenent" ("De oraculis", en *Commentarius divinationum generibus*, Francfort, 1607, pp. 222 s). Igualmente lo evoca Joan de Margarit en su *Paralipomenon Hispaniae*: "Europa provincia est quae primo a filiis Iaphet et filio eius Tubale dicitur incolatum habuisset".

³⁴ *Cosmographia universalis*, París 1551, Basilea 1559.

Europa”, como de un continente común a sus partes y habitantes. Y cuando el Dante quiso celebrar a un contemporáneo no vaciló en aventurar que nadie discutiría su valía “por toda la Europa”³⁵

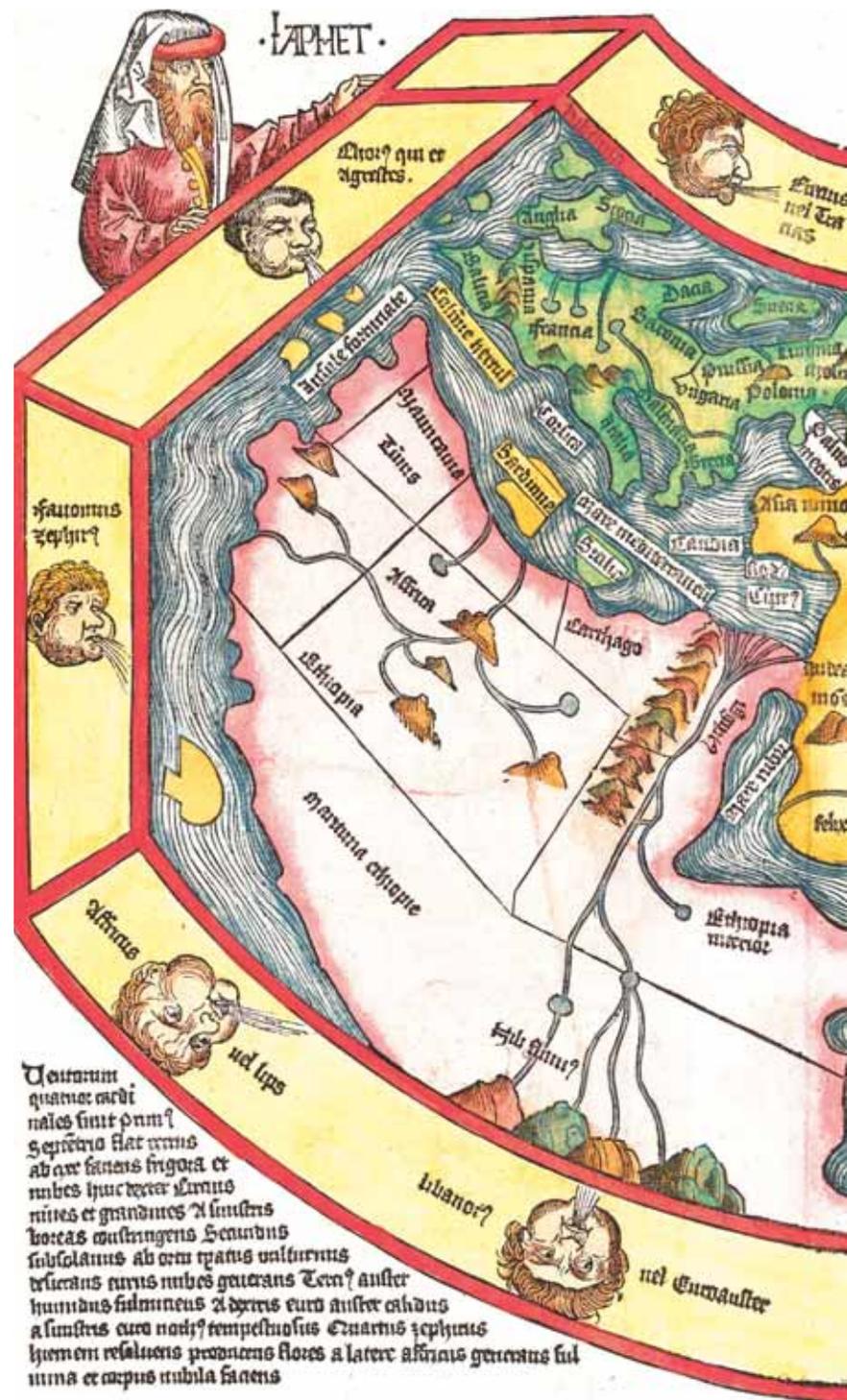
Eso parece ser más corriente en el siglo XVI como expresión coloquial. Pietro Bembo escribe a su hijo Torcuato a Mantua: “pensando che hai tu più ventura che tutto il rimanente de’ fanciulli della Italia, anzi pure di tutta l’Europa, i quali non hanno così excelente e singolar precettore”³⁶. O también como indicación de universalidad: en el Concilio V de Letrán (1512-17), se convocó a sabios “multi ex diversis Europae partibus”³⁷.

Por ello se hizo ya comprensible el hablar de “las cosas de Europa”, de “las rutas de Europa”. Uno de los más grandes hombres del Humanismo renacentista lo hizo así y marcó sin duda un hito poderoso en el recorrido de la noción europea. Hora es ya de hablar de él. Fue Eneas Silvio Piccolomini. Escritor latino de historias, de tratados, de cartas y de poemas, Secretario del Emperador, clérigo luego, Obispo después y Cardenal, para acabar siendo el Papa Pío II, es su figura un señero ejemplo del espíritu de su época. Y también un narrador de Europa, de sus tierras, de sus naciones, de sus caracteres geográficos y políticos. En su ingente obra acerca del orbe, (*De Mundo in universo forma eius et plagis terrae*), en la famosa *Historia rerum ubique gestarum*, Piccolomini describe y detalla en minuciosa prosa latina lo que él mis-

35 “dove si dimora per tutta Europa, ch’ ei non sien paesi?”. (*Divina Comedia*, Purgatorio, canto VIII, 122 s).

36 Carta de 10-XI-1538 desde Venecia. Opere in volgare, Firenze, Sansoni, 1961, p. 758.

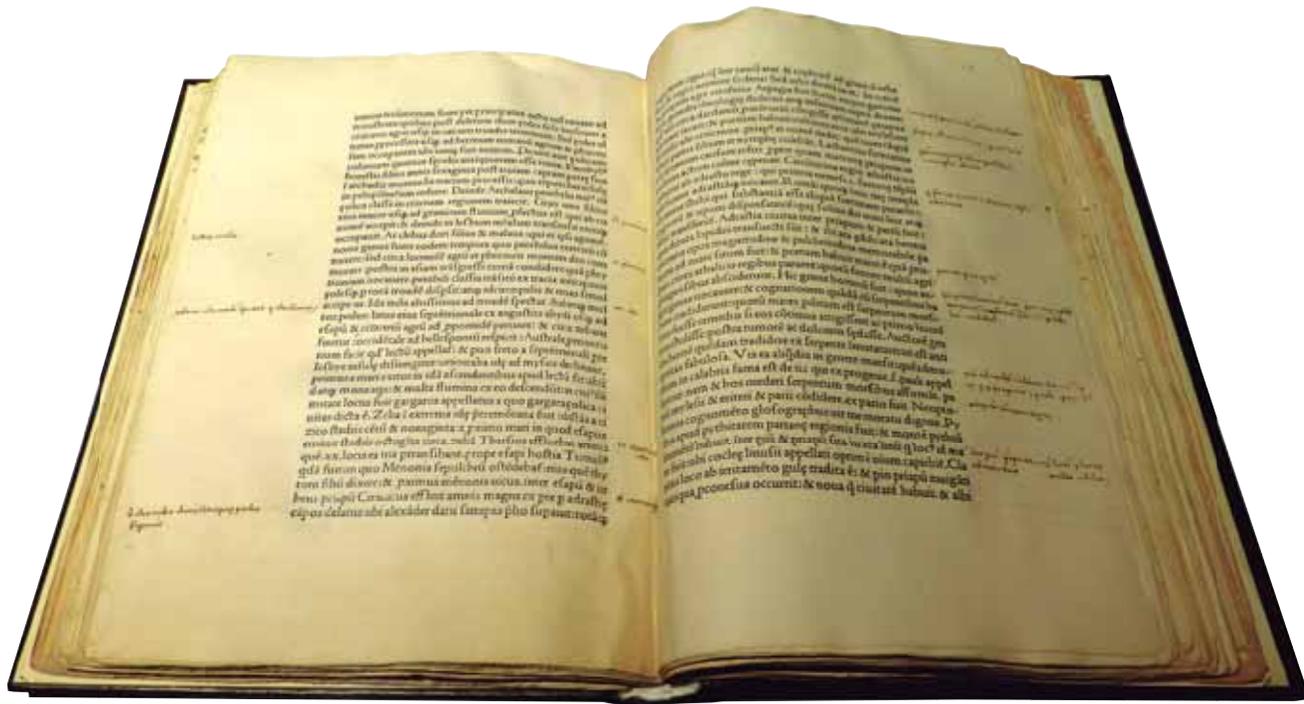
37 Sesión IX, 5-V-1514. (*Conciliotum Oecumenicorum Decreta*, Herder, p. 586, 27).





Mapamundi con los tres hijos de Noé. Xilografía de la Crónica de Nuremberg.





Historia Rerum Ubique Gestarum. Eneas Silvio Piccolomini, con notas de mano de Colón. Venecia 1477.

mo ha visto en sus viajes y recorridos. Él mismo alega que ha “cabalgado por todos los caminos de Europa”. Y en su obra analiza sus límites topográficos³⁸, sus aspectos más variados. Son “las cosas de Europa” que él apetece poner en conocimiento de todos, como un sagaz y compendioso descubrimiento, casi como una revelación. En la ya citada –también mayúscula– Crónica de Schedel de 1493, se transcribe la descripción de Europa de Piccolomini, y se subraya cómo él declara en el comienzo de su obra haber querido “sacar a la luz las cosas europeas”³⁹. Nótese el adjetivo. Se volverá sobre ello.

³⁸ Vid. p. 285 de la edición de Basilea.

³⁹ “Eneas Silvius pius hat im Anfang diss seins buechleins zugesagt, dass ER die europaischen sachen an das licht bringen wol”.

LOS INGREDIENTES DE LA UNIDAD

Entiéndase desde luego que lo que aquí se aspira a dilucidar no es en modo alguno la pesquisa de las bases sobre las que se quiera fundamentar el proyecto de unión política de Europa. Eso lleva por otros caminos y ciertamente no son caminos coincidentes. Para unos la unidad política de Europa debe buscarse en el Imperio Romano de Occidente. Para otros será Carlomagno su presunto hacedor, que no en vano fue llamado en su tiempo “Apex Europae”, “Pater Europae”⁴⁰. Habrá

⁴⁰ *Monumenta Germaniae Historica*, “Poetae minores”, II, 32.

quien busque tal propósito en el Imperio de Carlos V, a quien un su biógrafo anglosajón llamó “Charles of Europe”⁴¹. O bien al Rey Sol en la Europa del siglo XVIII. En tiempos más modernos se atribuirá el plan a Napoleón, cuya influencia unificadora (aunque obra de conquista más que de asimilación) fue palmaria. En el curso del siglo XX se obró la realización de algo que todos conocemos, bien es verdad que a través de fases no siempre elocuentemente alentadoras: carbón y acero, mercado común, comunidad económica hasta llegar a una unión, todavía en muchos sectores hipotética.

Lo que aquí se busca no es el proceso de aglutinación de los entes políticos varios en uno solo. Exclusivamente se desea aquí rastrear los ingredientes de una idea, las huellas dejadas por una herencia espiritual, tal como se vio en los días, tan fecundos, del Renacimiento. De ahí el título, acaso no muy concreto y definido, pero por eso mismo tal vez más sugestivo: la Europa de los humanistas.

Y es precisamente por el sendero, tan codiciadero y ameno de las humanidades, por el que cabrá adentrarse en la pesquisa: por el cultivo de los “studia humanitatis” que, recordando a Cicerón, descubrió Francesco Petrarca cuando estudió con los entusiasmados y despiertos ojos de su afán de conocimiento, el discurso *Pro Archia*⁴². Porque son precisamente tales connotaciones culturales las que, creo que por primera vez, propiciaron, en plena eclosión renacentista, una egregia unión de las naciones. Quien lo hizo fue Lorenzo Valla, reconocido príncipe de los humanistas italianos del siglo XV.

⁴¹ D.B.WYNDHAM LEWIS, *Charles of Europe*, trad.española, *Carlos de Europa Emperador de Occidente*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934.

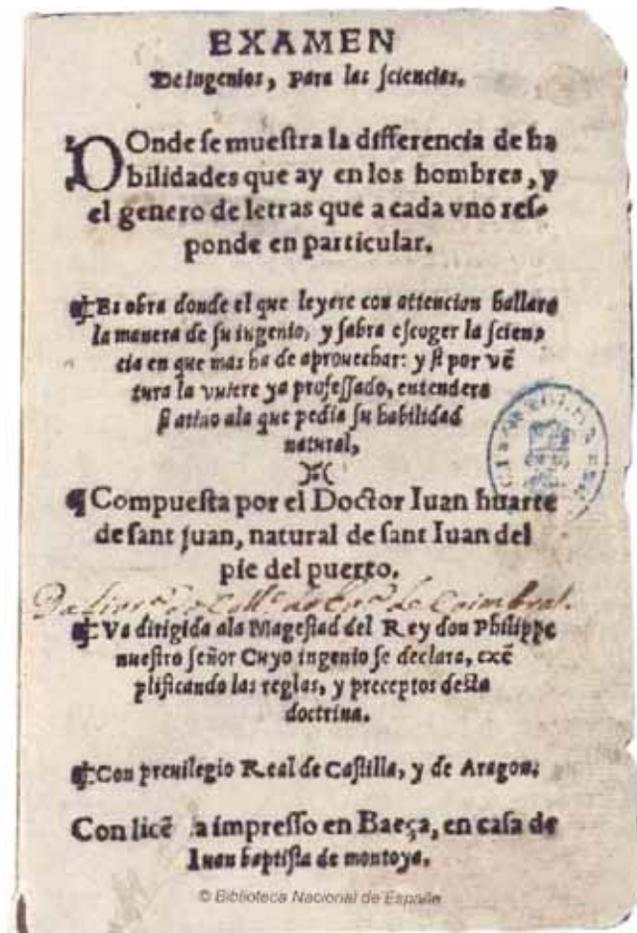
⁴² Lo relató en una notoria epístola (*Variae*, 45).

En el umbral de su preciada obra *De linguae latinae elegantia libri sex* escribió Valla un prefacio que, en mi opinión, puede emparejarse a aquel con el que nuestro Nebrija dio inicio a su *Arte de la lengua castellana*, dedicada a la Reina Católica. Donde Nebrija aludió a la unidad de España, Valla lo hizo a la unión de las naciones europeas. Donde Nebrija habló del español, Valla lo hizo del latín. Pero ambos alegaban el soberano poder de la cultura sobre las gentes.

Escribió, pues, Lorenzo Valla en el prefacio de sus *Elegantias*: “Nostra est Italia, nostra Gallia, nostra Hispania, Germania, Pannonia, Dalmatia, Illyricum, multaeque aliae nationes. Ibi namque Romanum Imperium est, ubicumque Romana lingua dominatur”. Es decir, allí está el Imperio donde está la lengua. A todas esas naciones, que orgullosamente enumera aquel nostálgico de Roma, están resueltamente reunidas e identificadas por la lengua latina. Es la cultura, pues, la que aglutina a los pueblos.

Permítase traer a colación aquí una vez más el mito del rapto a lomos del toro de Júpiter. Es una referencia no exenta de sabor literario del que su autor debió de ser consciente. Cuando Nebrija se preguntó de dónde nos vino el regalo de las letras, echó mano del mito. Escribió así en su famosa *Gramática* que “de Fenicia las trajo a Grecia Cadmo, hijo de Agenor, cuando por la forzosa condición que su padre le puso de buscar a Europa, su hermana, la cual Júpiter había robado, vino a Boecia, donde pobló la ciudad de Tebas”⁴³. Cabe sonreír ante la donosa conjetura, pero también admirar la fuerza del mito que subyacía, sin que los propios humanistas se dieron cabal cuenta, a

⁴³ *Gramática de la lengua castellana*, cap. I.



Examen de ingenios, para las ciencias. Juan Huarte de San Juan, 1575.

la idea de la Europa que acogía sus pensamientos y favorecía el que por ella se esparciesen para establecer la unidad de la cultura que propugnaban.

Desde luego que se trata de la cultura de la antigua Roma rediviva. El cultivo del latín común va aparejado a la evocación de Roma, que subsiste pese a las ruinas. La nostalgia de Roma es no sólo histórica, sino presente, real. Los humanistas ensalzan la Roma de su momento, no sólo la Roma antigua.

Desde luego los italianos: Petrarca, pero también los europeos de otras naciones. El ejemplo más visible está en la poesía: Jacob Locher Philomusus⁴⁴ poetiza su despedida de Italia y ensalza de la vieja Roma su patética caducidad y su gloriosa permanencia. Ianus Vitalis⁴⁵ lo hizo en un poema memorable: “Qui Romam in media quaeris, novus advena, Roma / et Romae in Roma nil reperis media”⁴⁶. Son versos que dieron lugar al soneto de “Les antiquités de Rome” de Joachim Du Bellay en 1558: “Nouveau venu qui cherches Rome en Rome / et rien de Rome en Rome n’aperçois”, que bellamente reiteraría más tarde Quevedo en su famoso soneto “Buscas a Roma en Roma, peregrino / y a Roma misma en Roma no la hallas”. Es esa nostálgica romanidad la que da pie a la moderna europeidad y le proporciona carta de naturaleza⁴⁷.

Una tal reunión de los pueblos del continente en razón de la lengua (“compañera del Imperio” la llamó Nebrija a su vez en su memorable prólogo) me suscita una consideración que juzgo importante. A mí me parece que la diferencia entre esa patente y valerosa formulación de Lorenzo Valla y las evocaciones que tantas veces se han hecho y hacen (y hacemos, para decir toda la verdad), es que la nuestra es la expresión de una nostalgia, la de aquellos hombres era la seguridad de una herencia.

⁴⁴ 1471-1528. Discípulo de Celtis, y traductor del *Narrenschif* al latín (Schnur, *Lateinische Gedichte deutscher Humanisten*, Stuttgart, Reclam, 1967, p. 244).

⁴⁵ Palermo *circa* 1485-*circa* 1560.

⁴⁶ En *Delitiae poetarum Italarum*, Frankfurt, 1608.

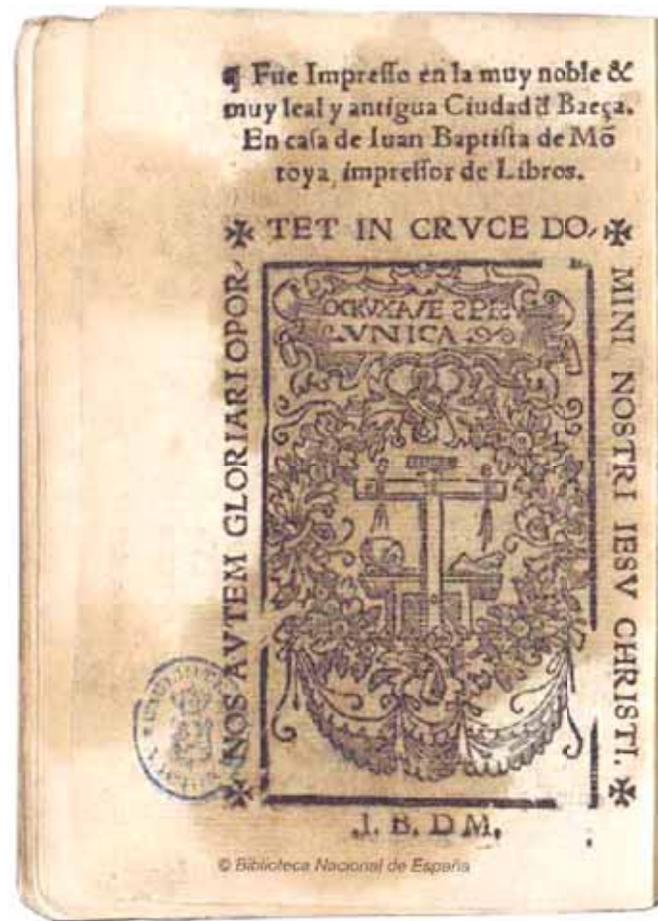
⁴⁷ “La romanidad funda implícitamente la europeidad”, formula certeramente Gabriel-André PÉROUSSE “Miradas de humanistas sobre Europa a finales del siglo XVI”, en *La idea de Europa en el siglo XVI*, Madrid, UNED, 1999, pp. 129 ss, cf. p. 138.

La herencia cultural va, por supuesto, acompañada de otro signo de identidad: la tradición cristiana. Tanto es así, que para aquellos hombres Europa y el Orbe cristiano se unificaban. Diríase que eran sinónimos. El Orbe romano había pasado a ser el Orbe cristiano, que comprendía las naciones europeas. Piccolomini en el prefacio a su descripción de Europa se refiere a tal identidad: «Apud Europaeos, aut qui nomine Christiano censentur»...⁴⁸ Y Erasmo en su *Panegírico Gratulatorio a Felipe el Hermoso*, escribe: “Nempe ut Hispaniam, Galliam, Germaniam, Britanniam, hoc est Orbem Christianum, qui citra Alpes est”⁴⁹.

Es por otra parte obvio que el Orbe cristiano que aquellos hombres del Renacimiento invocaban procedía de su pasado, pero no era el mismo de aquel pasado. Los valores que se cultivaron en la Edad Media o estaban ya extintos o sustancialmente modificados. Aun cuando sería desde luego erróneo hablar en modo absoluto de una secularización de las ideas, es indudable que el concepto de Cristiandad había cambiado, para pasar de ser la plasmación de la única forma política a una adscripción religiosa común y perdurable. El Cristianismo de los humanistas adoptó formas de crítica que siglos atrás no se habrían sufrido. Era más crítico que descreído. Piénsese en Lorenzo Valla, en Poggio Bracciolini o Pontano o en las acerbas críticas erasmianas o, más tarde, en la realidad de la Reforma protestante y de sus literatos Hutten o Melanchton o del propio Lutero. Pero no por ello puede ignorarse la sincera y masiva adhesión de todos al ideario cristiano que sabían inspiraba su manera de ser, de pensar y de obrar.

⁴⁸ *Opera Omnia*, p. 397.

⁴⁹ *Opera Omnia*, IV, p. 522 E.



Examen de ingenios, para las ciencias. Juan Huarte de San Juan, 1575.

Es decir: los hombres de aquella época, los siglos XV y XVI de nuestro continente, eran conscientes de la unidad de los hombres de Europa en virtud de la vigorosa fuerza aglutinadora que les daba su herencia cultural, tanto laica como religiosa. Y eso incluso en la misma renovada indagación de la ciencia. A Huarte de San Juan se le ha visto como encarnación de las ideas europeas de su tiempo⁵⁰.

⁵⁰ El *Examen de ingenios* es el mejor ejemplo de la Europa fundada por los humanistas, para Gabriel-André PÉROUSSE, *op.cit.*, p. 140.

EL OPTIMISMO

Ello condujo a una satisfactoria autoconciencia, muy propia de la eufórica manera de pensar y sentir de los humanistas de entonces. La conciencia de Europa conducía al elogio de Europa. Es decir, a un exaltado optimismo inicial. Eran los días estelares de los que Lorenzo Riber, en su magistral introducción a Erasmo describió precisamente como días de “alcióna bonanza”⁵¹.

El orgullo de ser europeo o de habitar en Europa, entendida ésta como manantial de riqueza cultural y depositaria de un legado insigne, mantenía la cohesión de aquella patria común: la herencia cultural. Profana o religiosa pervivía como un regalo de los tiempos pretéritos, no desmentido ni dilapidado. Ello explica que gentes diversas, procedentes de distintos ámbitos y actuando bajo diferentes cielos mostrasen una tal comunidad.

Aquel optimismo de los humanistas europeos a veces –las más– se nos aparece como una conmoción grandiosa; otras también –justo es reconocerlo– como una demasiado generosa ingenuidad. La europeidad no excluyó por desgracia las guerras que desangraron aquellos pueblos. Los humanistas recomendaban concordia a los Príncipes, sus Mecenas bienhechores. Pues los sujetos del poder eran los soberanos, a ellos se dirigían los humanistas para trasladarles sus propuestas, sus solicitudes, sus sueños, sus utopías. Al margen estaban los pueblos, que gozaban o por lo general padecían las empresas de sus monarcas. Lo que deliraban los reyes, sufren los aqueos. Precisamente eran los hu-

⁵¹ RIBER, *Obras de Erasmo*, Madrid, Aguilar, p. 31.

manistas los portavoces de lo que los pueblos reclamaban. Más adelante volveré sobre ello.

También parece cierto que ese general entusiasmo pudo tener sus excepciones. Por lo que a España se refiere, se han identificado reacciones adversas a las ideas de fuera, entendidas como novedades, contra las cuales era preciso esgrimir los postulados de la periclitante Cristiandad medieval. Tal se ha querido advertir en corrientes de pensamiento jurídico, algunas procedentes de la Italia española, como es el caso del jurista Mateo de Affitto y otros⁵².

El admirable hecho es que los humanistas del Renacimiento europeo dominaban por completo el escenario cultural del continente. Sus obras se difundían por doquier, todos se conocían, se estimaban, se cartaban, eran verdaderamente europeos, fuesen o no conscientes de esa general europeidad que los unía. Era el caso de Lorenzo Valla, de Budeo, de Piccolomini, sobre todo de Erasmo, en todos los rincones de Europa conocido y admirado allí donde sus obras se recibían. Sobre la difusión europea de las *Elegancias* de Valla dio testimonio con estas palabras Hernando Alonso de Herrera: “hos versat Italia, hos circumfert Gallia, hos habet omnis bibliotheca”⁵³.

Algunos eran cultivadores puros del intelecto (me resisto a utilizar el término de “intelectuales”, hoy día tan

⁵² Francisco ELÍAS DE TEJADA ve en ellos lo que él denomina “causa común antieuropea de los pueblos españoles”, a la que la ciencia jurídica de Nápoles ofreció una considerable aportación. (*Nápoles hispánico*, Madrid, 1958, ediciones Montejuorra, I, p. 377 y *passim*.)

⁵³ *Expositio Laurentii Vallensis de elegantia linguae latinae*, BN de Madrid, ms R-9302, fº 1 vº). Lo cita Francisco RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, Salamanca, Universidad, 1978, p. 100, nota.



Lorenzo Valla. Jean-Jacques Boissard.

mal atribuido), como Nebrija, Ficino, Pico. Otros eran hombres civiles, esencialmente dados a la política, como Collucio Salutati, Gioviano Pontano, Tomás Moro, sobre todo Maquiavelo. Otros eran hombres de Iglesia como los Papas Parentucelli (Nicolás V) o Piccolomini (Pío II), o el cardenal Margarit. A otros bien podemos llamar anacrónicamente “diplomáticos”, porque se ocupaban de las negociaciones entre los Príncipes como sus embajadores; tales fueron Ermolao Barbaro, Comynes, Gianozzo Manetti, Antonio Becadelli, Eduard Lee, Alberto Pio de Carpi (el famoso polemista con Erasmo), o Baltasar de Castiglione, o Guicciardini⁵⁴.

⁵⁴ Vid. OCHOA BRUN, Miguel-Ángel, «La Diplomacia española y el Renacimiento», *Diplomacia y Humanismo*, Madrid, Fundación Pastor de Estudios Clásicos, 1989, pp. 26-63.



Erasmo. Grabado de Alberto Durero, 1526.

Sus viajes sembraban sus ideas, sus obras llegaban a todas partes en medio de aquel flujo general que caracterizaba la eclosión de la época. Téngase presente que fue precisamente en el siglo XV cuando, por iniciativa del Emperador Federico III se instauró una amplia red de correos que unen entre sí a las principales ciudades europeas.

Por esos rumbos, hechos ya fáciles, corrían las obras y las personas de los humanistas y la beneficiaria fue precisamente Europa, ese continente que ellos aún no se atrevían a identificar con un ámbito común en que su ideología se ejercitaba. Es sabido cuán decisivo fue el viaje de Nebrija a Italia, adonde fue para fomentar luego en su España natal la recuperación de la más pura latinidad.

En todas partes se expandían sus ideas a lo ancho y a lo largo de esa Europa⁵⁵ que ellos se gloriaban en habitar y a la que estimaban como heredera de Roma, cuya lengua usaban. Y se sentían ufanos de sus ideas.

A tal extremo se llegaba que tenían por lo más importante la condición de hombre, desde que Pico de la Mirándola escribiera su archifamoso elogio “de hominis dignitate”⁵⁶. Pero iban más allá. Esa dignidad les venía de su cultivo de las letras. “Los hombres sin las letras, no en vano llamadas humanas, apenas merecen el dictado de hombres”, escribió Erasmo a Louis Lallemand⁵⁷. (Una casualidad: la carta fue escrita causalmente el mismo día de la batalla de Pavía). Y a Lutero escribía el canónigo Botzheim: “a mi hado debo vivir en estos tiempos, en que no sólo las letras humanas, sino también las divinas recobran su antiguo esplendor”⁵⁸. Adviértase que se dice *recobrar* no *inventar*.

El entusiasmo fue también geográfico. Un ejemplo: un humanista alemán, Johannes Cochlaeus⁵⁹, que escribió en 1512 una obra de Geografía titulada *Brevis Germaniae descriptio*, enumeró y describió todas las naciones y pueblos de Europa con sus características más excel-sas, deteniéndose —claro está— en las tierras germánicas

55 “La llamada de Valla a pelear en defensa del latín se oyó y tuvo eco en Europa entera”, comenta justamente Francisco RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, Salamanca, Universidad, 1978, p. 73.

56 También Antonio de Ferrariis, *Della distnzione e nobiltà del genere umano*, o Ferrán Pérez de Oliva, *Diálogo de la dignidad del hombre*, o Bartolommeo Facio, *De excellentia ac praestantia hominis*, o Gianozzo Manetti, *De dignitate et excellentia hominis*,

57 *Obras*, ed.cit de RIBER, p. 1260.

58 *Ibidem*, p.77.

59 Su nombre era Johannes Dobneck, latinizado al gusto de la época en *Cochlaeus* por ser nacido en Wendelstein, donde nació en 1479.

cuya superioridad ensalzaba⁶⁰. Y no un alemán, sino el valenciano Luis Vives, coincidiría, si bien en muy distinto ánimo, como más adelante se mencionará, en que “Alemania es la parte más fuerte de Europa”⁶¹.

Significativo es que el citado Cochlaeus además de mencionar las naciones del continente, cite expresamente a los *europaeos* («gentes Europaeae»), que habitan el continente, También Giovanni Francesco Pico della Mirándola se había referido a los belicosos pueblos que un día habitaron Europa, pero no son los europeos en los que ya se pensaba en el momento⁶².

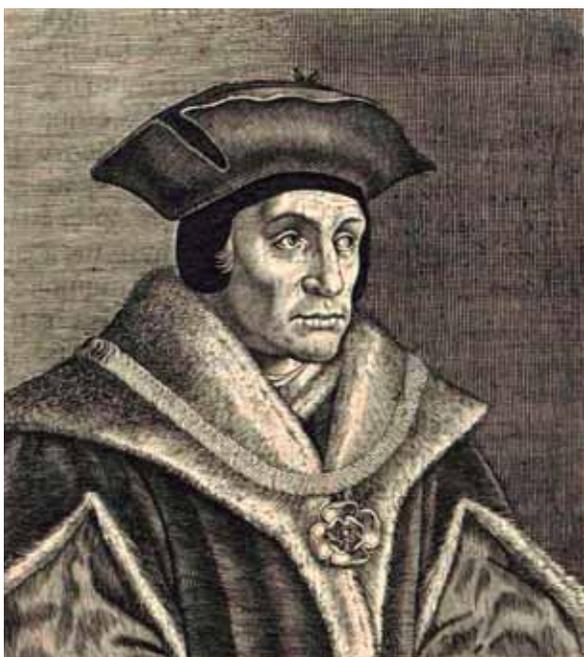
Los *europaeos*. Mientras que, a lo largo del tiempo, se citó el nombre del continente, con lindes más o menos fijas, dudosas o míticas, el término *europaeos*, para designar a sus habitantes fue mucho menos frecuente. Aristóteles en su *Política*⁶³ aludió a los pueblos que habitaban las frías tierras que llama Europa, valerosos pero poco reflexivos, aunque sí libres; los

60 «Germani in bellica virtute caeteris Europae populis longe videntur superiores» (II, 9); «nullam in Europa latiore esse Germaniam» y ello a pesar de que «Hispania sex septemve regnis se iactitet». «[Sunt Alpes] montes quidem totius Europae maximi» (III, 10). «Danubius totius Europae omnium fluviorum maximus, ut refert Aristotiles libro II Meteorum» (III,14). O en la descripción de Nuremberg, «centrum Europae simul atque Germaniae» (IV, 1), que es «percognita» desde Portugal hasta el Este. Cita a los principales emporios mercantiles de Europa donde se hallan los mercaderes de Nuremberg: Lisboa, Lyon, Venecia, Buda, Cracovia, Viena, Colonia, Amberes, «atque in reliquis Europae emporiis» (IV,5). Las obras de Durerero pueden adquirirse «ex tota Europa» (IV, 30). Menciona también a los europeos: «gentes Europaeae», que habitan por doquiera (IV, 27). (La cita de Aristóteles es Μετεωρολογικων, I, XIII).

61 *De Europae dissidiis et de bello Turcico, in fine*

62 “Est regio Europa gelido subjecta trioni, bellaces habitant populi: quos Romula pubes vix domuit”, (*Hoeroicum carmen de mysteriis Dominicae via*, dedicado al Emperador Maximiliano I, ed. de Basilea, 1557, p. 359).

63 Lib.VII, 6.



Tomás Moro.



Maquiavelo.



Papa Nicolás V.



Papa Pio II.



Philippe de Commines. Nicolás de Larmessin, 1682.

distinguía de los de Asia, más reflexivos, pero esclavizados; y finalmente citaba a los griegos, que habitaban en el medio y eran reflexivos, valerosos y libres⁶⁴. Su geografía confunde, pues.

Sin embargo, el origen del vocablo es remoto. Sorprende que un término tan poco a menudo usado, *européo*, disfrute de una tal antigüedad, porque se estima que la primera vez que el término aparece para designar a los habitantes de Europa y precisamente en un sentido no sólo geográfico, sino también de comunidad organizada, fue por obra de un escritor hispano, el continuador de la lusitana *Crónica* de Isidoro de

⁶⁴ *Politica*, VII, 6.



Baldassare Castiglione.

Beja, al referirse elogiosamente a los vencedores de la batalla de Poitiers en el siglo VIII⁶⁵.

Pero ese gentilicio dejó de usarse. En la época aquí escogida hablábase de “los pueblos de Europa”, de “las gentes” o “las cosas” de Europa, pero prácticamente nunca de “los europeos”.

⁶⁵ La obra está en MOMMSEN, *Monumenta Germaniæ, Chronica minora*, II, p. 362. Alude así a ello Denis de Rougemont: “L’adjectif européen est d’un usage plus ancien; il paraît déjà au lendemain de la bataille de Poitiers (732) dans l’oeuvre d’un clerc espagnol, continuant la chronique d’Isidore de Beja. L’auteur y qualifie d’Européens les vainqueurs de ces grandes journées, et répète avec complaisance ce nom qui indique l’éveil d’un sentiment nouveau». ROUGEMONT, Denis de, *Écrits sur l’Europe, Oeuvres complètes*, III, 1, 1994, pp. 287 s.

Y he aquí algo que la mera casualidad (como en la Historia sucede tantas veces) se torna elocuentemente significativa. El gentilicio del fraile del siglo VIII inaugura una alegación que en la Europa renacentista había de cobrar colosal importancia.

LA DEFENSA DE EUROPA

Efectivamente, había de llegar un momento (crucial y definitorio para lo que estamos exponiendo) en que la vindicación del continente se hace decisiva para su propia consistencia conceptual. Europa se identifica con su defensa.

Si hasta ese tiempo, la denominación de Europa se presentaba con significación predominantemente geográfica, o de la Geografía deducía, asaz tímidamente, su entidad, hay una época en que la necesidad de su proyección se hizo una con su propia noción.

Dos sucesos, uno feliz y otro desdichado, estallaron en el siglo XV que sacudieron a todas las gentes con su insólita espectacularidad. Uno vino de Occidente en 1492, la conquista de Granada. Otro, de Oriente en 1453, la pérdida de Constantinopla.

Es a este último acaecimiento al que ha de aludirse aquí ahora. Desde hacía siglos no se había experimentado una tal catástrofe, que además se mostraba como una duradera amenaza. Europa, esa Europa cuya conciencia se había ido conformando en las gentes y en los pueblos con caracteres cada vez más nítidos, estaba horrorosamente intimidada. Y de ello, de la necesidad de subvenir conjuntamente a ese peligro, pasaron los *europeos* a ser conscientes en el siglo XV, como lo habían sido los del siglo VIII en Poitiers.

Ante el pavoroso hecho de la caída de Constantinopla, que fue un trágico aldabonazo para las gentes de Occidente, se alzaba la exigente pregunta: ¿qué podría hacerse? Dos antagónicas respuestas se entrecruzaban: buscar la concordia o aprestarse a la cruzada.

En esa atmósfera de sincretismo y tolerancia ideológica que apuntaba en el siglo XV, se hallaba presente la idea de la concordia entre los europeos como ideal. Como es la Religión lo que estaba en la base de toda ideología, Nicolás de Cusa y Marsilio Ficino, cada cual por su lado, propugnaban la paz entre los credos. Precisamente el Cusano, ante el horroroso evento de la caída de Constantinopla, que sacudió a todos los cristianos, y que él conoció de camino de Roma a Brixen el 28 de julio de 1453, todavía creía poder propugnar, en vez de la Cruzada, una paz en la fe (“pax fidei”). Sugería “una Religio in rituum diversitate”⁶⁶.

Pero ya el enemigo era muy otro. Había pasado la época del deseo de conciliación entre las iglesias oriental y occidental intentada en el Concilio de Florencia. El enemigo ahora era el pugnaz otomano, que había derribado los muros de Constantinopla y amagaba proseguir su obra de dominadora expansión. Frente a él se imponía la urgencia de la defensa. El humanista milanés Lampugnino Birago abunda en los mismos terrores en el tratado que dedicó al Papa Nicolás V, en el que muestra cómo el turco amenaza a toda Europa por el miedo⁶⁷.

Pero ¿qué es lo que había que defender? Ni más ni menos que Europa. Precisamente cuando un supervi-

⁶⁶ Frente a ellos, más estrictos e intolerantes en materia de fe, tanto Savonarola como Gianfrancesco Pico rehusaban la idea de tal concordia.

⁶⁷ “Metu Europae toti terribilis immineat”. Puede verse en Agostino PERTUSI, *La caduta di Constantinopoli. L'eco nel mondo* Mondadori, 1976, p. 187 s.

viente florentino, Jacopo Tedaldi, alude a la catástrofe de la capital de Bizancio, caída en manos de los turcos, la llama significativamente “la città più forte d’Europa”⁶⁸. Mas ya no se trataba de repetir cruzadas medievales por los Santos Lugares, ni llamar a pugnas contra infieles, se trataba precisa y expresamente de defender a Europa. El erudito cretense, emigrado a Italia, Jorge de Trebizonda, había escrito una exhortación *pro defendenda Europa* en 1452, es decir incluso antes de la caída de Constantinopla, dedicada al Papa Nicolás V.

Reapareció entonces con súbitamente aguzados contornos la acerba distinción entre Asia y Europa, el peligro del mar por donde vienen a ésta los males. Uno piensa en la vetusta contraposición de griegos y persas. En una carta del humanista Poggio Bracciolini dirigida a Alfonso el Magnánimo para excitarle a emprender una Cruzada, resuenan los viejos tópicos: es precisa una escuadra para salvar a Europa porque desde Asia los otomanos obtienen sus medios y sus recursos por mar⁶⁹. En la guerra había perecido Ladislao de Polonia precisamente empeñado en cerrar a las escuadras turcas el Helesponto; y al tratar de ello resonaron los nombres de Europa y Asia⁷⁰.

68 En una información sobre el asedio, en 1453, enviada luego al Cardenal Alain de Coëtivy, Obispo de Aviñón. Puede verse en Agostino PERTUZZI, *La caduta di Constantinopoli. Le testimonianze dei contemporanei* Mondadori, 1976, p. 187 s.

69 “...nunquam Teucros Europa pelli posse, dum mare previum erit, dum ex Asia praesidia subministrabuntur”. “Europam ajiunt corpus esse et Asia animum ac spiritus accersiri”. (cit. *apud* Andrés SORIA, *Los humanistas de la Corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, Universidad, 1956, p.229.

70 “Classis in Helespontum ad prohibendum ex Asia in Europam transitum”. Carta de Eneas Silvio Piccolomini, a la sazón Secretario imperial, al Duque de Milán desde Wiener Neustadt el 13 de diciembre de 1444. *Opera*, ed.de Basilea de 1551, p. 536, ep. LII. “Bello Turcarum et Hungarorum Rex Poloniae et Cardinalis S.Angeli ceciderunt”. El monarca polaco había muerto el 10 de noviembre.

La mano del acaso más distinguido humanista de entonces, la de Eneas Silvio Piccolomini, antes y durante el ejercicio de su Pontificado, se agitó repetidamente con la mención de Europa. Sólo que ahora no era ya la Europa cuyas partes y regiones geográficas él mismo asépticamente había descrito en su *Historia rerum*. Ahora era la Europa afligida por una amenaza que venía de Asia. Por eso no era ya una parte geográfica del Orbe, era una comunidad de gentes unidas por lazos comunes y urgida por una guerra de conquista. En nombre del Papa español Calixto III (su antecesor en el solio) dirigida a Ladislao de Hungría, en la que se exhorta a la unidad de los Príncipes cristianos contra los otomanos, insinuó la posibilidad de liberar a Europa⁷¹ o incluso de recuperar Asia⁷². Y con expresión de excitada alarma, manifestó luego el propio ya Papa Pío II, con tonos de doliente clamor. la magnitud de la pérdida en su Bula *de profectioe in Turcos*: «Graecia est amissa et Europae maxima pars»⁷³.

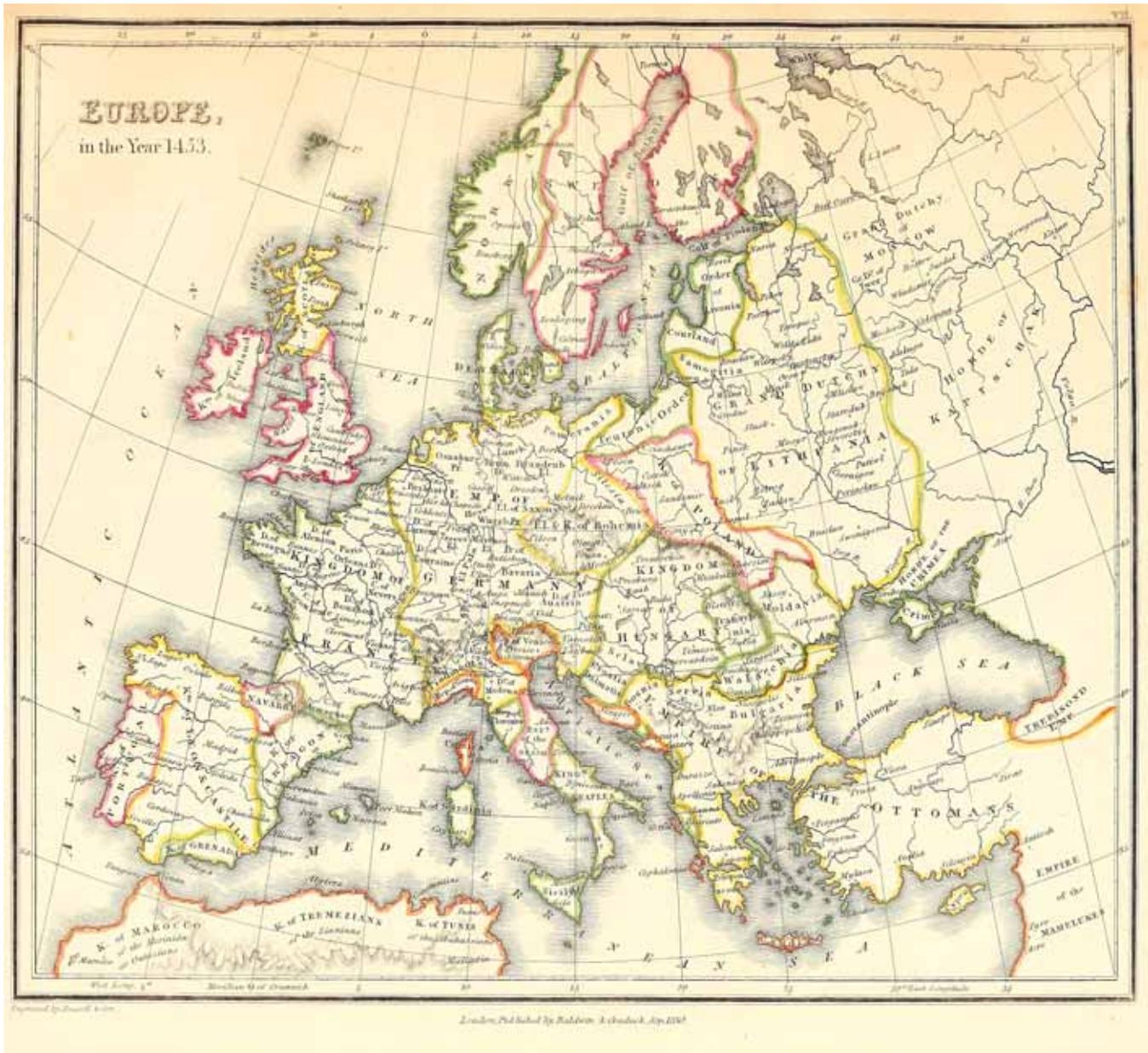
El nombre de Europa, pues, se hace universal y resuena cada vez más a menudo al tratar de su defensa frente a los nuevos bárbaros que la amenazan. Otro humanista, el suizo Vadian, incitaba vehementemente a expulsar a los enemigos “ex universa Europa”⁷⁴. Así también el consejero, jurista y embajador Johannes

71 “Turcos ipsos brevi e Graecia pelleremus, omnemque prorsus Europam ab eorum faucibus eriperemus”. Es un texto latino debido a la mano de Eneas Silvio Piccolomini, Roma, 20-X-1457, (Aenei Silvii Piccolomini Senensis Opera inedita, Roma, Salviuccio, 1883, p. 133).

72 PiccolominI, ep. CCCXCII, al Duque de Milán 8 Cal.Nov. 1468. *Opera*, p. 868. ...non modo Europa Mahometeam idolatriam depellemus, verum Christiana signa in Asiam traducemus».

73 *Opera*, cit., p.916. Bulla. 11 Cal.Nov.1463.

74 Discurso ante Segismundo de Polonia con ocasión de la cumbre de monarcas en Viena, Vadian, *Lateinische Reden*, 96 y 98.



Europa en el año 1453.

Cuspinian. Se ha hecho ya por entonces lugar común hablar de la Europa oprimida. “Omnis fere Asia cum magna Europae parte Turcarum arma opprimitur”, se lee en una extensa y por demás ponderosa carta de Alciato⁷⁵.

Nunca hasta entonces había sonado tanto el nombre del continente ahora en tal peligro. Bien es verdad que la indagación histórica reserva sorpresas. En plena Edad Media, en que la mención de Europa es cuando menos escasa, surge de pronto en un contexto precisamente relativo a su defensa. Está en una carta del Papa Calixto II al Emperador Enrique V que gobernaron entre el siglo XI y el XII, fautores de la reconciliación tras la polémica de las Investiduras obtenida en el Concordato de Worms. Pues bien, el Papa escribió al Emperador nada menos que esto: “Quantum diutina Ecclesiae Imperiique discordia Europae fidelibus intulerit detrimentum”⁷⁶.

Siglos más tarde, esa exigencia de defensa y, con ella, la reiterada mención de Europa como objeto urgente de su vindicación reapareció, pues, con caracteres de universal inquietud en la época de que aquí se trata, es decir la segunda mitad del siglo XV.

Curiosamente también como una especie de recurrencia en el tiempo, para contener el novísimo ataque se apelaba a un vetusto (si bien nunca olvidado) concepto medieval: la Cruzada.

⁷⁵ Así Andrea ALCIATO en carta a Bernardo Mattia, (Gian Luigi BARNI, *Le lettere di Andrea Alciato giureconsulto*, Firenze, Le Monnier, 1953, p. 268, 180).

⁷⁶ Cit *apud* CHABOD, F., *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Univ.Complutense, 1992, pp. 30 s. (Trad.de *Storia dell'idea d'Europa*, Bari, Laterza, 1961).



La caída de Constantinopla (1453). Jean Le Tavernier, después de 1455.

¿Cruzada? Se resucita, pues, la vieja idea. Pero la meta no era ya la recuperación de los Santos lugares (aunque alguna vez hipotéticamente se evocase), sino la defensa de la Europa cristiana. Europa aparece como sujeto y objeto de su propia defensa.

Así pues, en el horizonte de la Historia surge entonces Europa con caracteres ahora poderosos y nítidos. En la horrenda sombra de la amenaza destructora, a los clarines de la defensa resuenan, como nunca antes, los términos de Europa y de los europeos.

Ha aparecido el concepto de los “hostes communi”. Es decir, hay una comunidad, puesto que hay enemigos comunes.

Pero esos enemigos que aquejan a Europa, ¿son sólo de fuera? No. Hay enemigos interiores que también afectan y afligen a toda Europa, a esa Europa que ya no es sólo un concepto meramente espacial. Es más; los otomanos acaso se hubieran servido de las decadencias europeas para atacar sus tierras⁷⁷.

En este orden de ideas, corresponde un lugar especial al humanista español del momento: Juan Luis Vives.

Como todos los demás tratadistas, Vives había mencionado a Europa como realidad geográfica⁷⁸, bien es verdad que convirtiéndola ya en una entidad de características propias, de la que elogia la singular fortaleza (“fortissima quidem est omnium [gentium] Europa”⁷⁹), o la de sus habitantes (“fortissimam mundi gentem et animosissimam esse eam, quae Europam incolit”⁸⁰), que en ello superan a los demás pueblos⁸¹.

Pero la presencia de Luis Vives en estas consideraciones merece un puesto sobresaliente. Acaso el que más lo merezca. Su referencia a Europa es modernísima, cercana a nuestras concepciones. Se ha escrito con razón: “Vives habla de Europa, utilizando esta voz en un sentido político, cosa infrecuente entonces. Quizá

quepa al valenciano el honor de haber empleado por primera vez, o con más énfasis que nadie a principios de la Edad Moderna, la voz Europa con la significación de una entidad humana colectiva de bien diferenciada personalidad”⁸², es decir, con las connotaciones espirituales de comunidad, que hoy sentimos. Él mismo, al tratar de definirse, se presenta como «Valentinus, Hispanus, Europeicola», respondiendo también, tal vez, a la gradación de San Agustín en su *De civitate Dei*, «domus, urbs, orbis»⁸³.

Ahora bien, tierra tan privilegiada, cuyo ser ya se presenta con definida claridad, padece un grave mal interior: su discordia o, como Vives expresa, *dissidia*. Para Vives, que tiene a Europa como tan poderosa personalidad, es ésta ante todo protagonista de sucesos o, más bien, sufridora de infortunios. Así lo manifiesta en carta al Papa Adriano VI en la conocida obra que titula significativamente “De Europae statu ac tumultibus”⁸⁴.

Como Erasmo, que machaconamente en sus obras y en su epistolario, fustiga el mal de las disensiones y pugnas entre los Príncipes, culpa Vives del infortunio de Europa tanto a los enfrentamientos internos de sus monarcas⁸⁵, como a los devastadores ataques externos de los otomanos, pero ya cita como objeto de tales desgracias expresamente a Europa misma, en

⁷⁷ Esa idea de la previa culpa de los europeos se muestra en una Crónica anónima de un monje después de la ruina constantinopolitana de 1453. (cit. en *Mémoires d'Europe*, textes réunis et présentés par Christian BIET et Jean-Paul BRIGHELLI, I, Gallimard, 1993, p. 40.

⁷⁸ *Opera omnia*, V, pp. 236, 240, 285.

⁷⁹ *Ibidem*, VI, p. 481.

⁸⁰ *Ibidem*, VI, p. 477.

⁸¹ Afirma incluso: “quippe leones qui in Europa nascuntur plus habent animi quam Punici”, *ibidem*.

⁸² Antonio FONTÁN, “La política europea en la perspectiva de Vives” en *Colloquia. Europalia*, I, Lovaina (1986), p. 38.

⁸³ Lib.XIX, cap. 7. La *Ciudad de Dios* agustiniana fue un objeto de profundo estudio por parte de Vives.

⁸⁴ *Ibidem*, V, pp. 164 ss.

⁸⁵ Es curioso que la idea aparezca exacta y rigurosamente igual en un aislado pero expresivo texto del Medievo: Europa citada como escenario de discordias entre los Príncipes, en la citada carta del Papa Calixto II al Emperador Enrique V. *Vid.* nota 76

su “De Europae dissidiis et bello Turcico dialogus”⁸⁶, donde deplora los “Regum Europae dissidia”⁸⁷. Así pues, contempla Vives a Europa como escenario de guerras largas y lamentables, por cuyo deseado fin se preguntaba: “Ecquando per hos triginta annos Europa a bello cessavit?”⁸⁸.

Ahí está Europa en Vives: los males proceden de las disensiones de los europeos entre sí, luego, *sensu contrario*, el bien deseable es la concordia europea, la carencia de disensión. Francisco de Vitoria en *De potestate civili* trata de una «monarquía de todas las naciones cristianas». Las naciones nacen de la necesidad, había escrito Erasmo⁸⁹. Es una armonía concebida en la práctica como una integración de los Estados europeos y una superación de sus endémicas luchas intestinas⁹⁰, es decir en la línea de lo auspiciado por Vives. Se inserta ello en los principios del buen gobierno como exigencia de concordia entre las naciones. Ese es un paso muy visible en la ideología renacentista.

¿Y Erasmo? Escribió con toda razón Marcel Bataillon: “¿Por qué, al buscar en el umbral de la Edad Moderna un personaje representativo de Europa, acude el nombre de Erasmo al espíritu? Erasmo, a diferencia de Eneas Silvio y de Vives, nunca escribió el nombre de Europa en el título de ninguna obra suya. En el completísimo índice general de su ingente correspondencia, falta también ese nombre”⁹¹.

⁸⁶ *Ibidem*, VI, pp. 452 ss.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 478.

⁸⁸ En “De sudore Christi”, *Opera*, VII, 61.

⁸⁹ “Necessitas civitates repperit” *Opera omnia*, IV, 627 B.

⁹⁰ Introducción a la *Relectio de Indis*, p. LXXXV.

⁹¹ BATAILLON, Marcel, conferencia “Erasmus et l’Europe”, dada en Brixen 16-VII-1967, trad. en la *Revista de Occidente*, 58, (1968), pp. 1-19 y republ. en *Erasmus y el erasmismo*, Barcelona, Crítica, 1977 y 2000, p. 48.

Sin embargo, ya advirtió oportunamente Federico Chabod: “el sentimiento de la unidad europea está más vivo en Erasmo que en Eneas Silvio”⁹². Y ello porque Erasmo se considera ciudadano de esta parte del mundo, que comprende los países y las ciudades que comparten los ideales del Humanismo. Es para Chabod el europeísmo cultural de Erasmo⁹³, quien, como expresa justamente Lorenzo Riber “surte a toda Europa de sus ideas”⁹⁴ Ese *homunculus*, como él usaba llamarse, friolero y erudito. “A fuer de oráculos recibe Europa todo cuanto tocó con su péñola aquel hombreillo frío, que escribe arropado en pieles finas”⁹⁵.

Efectivamente, Erasmo de Rotterdam, en cuyas escritos es difícil hallar el nombre expreso de Europa, cuando lo hace al fin es para mencionarla como sacudida por guerras y turbaciones: “Ninguna parte hay de Europa que no sufra perturbaciones, preludio de guerras”⁹⁶. Para ello debía imponerse la paz, personaje tan reiterado y omnipresente en el clásico irenismo erasmiano, la paz no sólo como ausencia de discordia, sino como construcción de la armonía. Ese debería ser el camino que el roterodamense quisiera mostrar a Europa. Pero resulta además –de nuevo un pensamiento concorde con aquella ideología– que la paz es un fundamento de las letras humanas. «Los estudios de las letras suelen ir tras los ocios de la paz»⁹⁷.

⁹² *Storia dell’idea d’Europa*, Bari, Laterza, 1961.

⁹³ Ver tales enjuiciamientos en BATAILLON, “Erasmus y el erasmismo, cit. *supra*, p. 51.

⁹⁴ “Recibe Europa todo cuanto tocó con su péñola este hombreillo frío que escribe arropado en pieles finas”. (RIBER, *loc.cit.*, p. 47).

⁹⁵ *Ibidem*.

⁹⁶ Erasmo a Pirckheimer, Friburgo, 15-VII-1529, *Opera omnia*, I, II, 1220 C: “nulla fere Europae pars vacat a tumultu, nec adhuc quicquam video praeter belli praeludia”. En la edición de RIBER, p. 1605.

⁹⁷ Juan Ginés de Sepúlveda, *Diálogo llamado Democrates*, dedicado al Duque de Alba.

Pero nótese que esa lamentación por los males de Europa era además una alarma. Ante las miserias de Europa que coinciden con la inminencia de un asalto extranjero, Erasmo requiere unidad: “in dies exspectatur Turcarum incursus, cuius potentiam vix oppresserimus, etiamsi concordēs auxilia in unum contulerimus”⁹⁸.

Se trataba de la exposición a un peligro común, que a todos llamaba a la defensa en los días, en toda era inquietantes, del paso del siglo. En la Dieta de Augsburgo de 1500, Maximiliano apelaba a la defensa común del Imperio Alemán⁹⁹.

Parece en suma como si la imagen y el concepto de Europa se fuesen haciendo tanto más frecuentes y más nítidos, cuanto mayores fuesen los males que la afligieran.

Por esos rumbos, sapientes y melancólicos, transcurrirían los pensadores del Barroco, herederos como fueron de los humanistas de la época precedente. Los *desastres de Europa*, convertidos en un lugar común, trajeron de nuevo a sí la imagen de la “Europa raptada”, en la que unos y otros se achacaban recíprocamente las culpas¹⁰⁰. No podían, en todo caso, sustraerse a la “Europa como experiencia”, sobre la que tanto comentaría Saavedra Fajardo, que bien la conoció y sobre la que escribió sus *Empresas*, como él cuenta, en el prólogo caminando por sus rutas, en el ocio que le dejaron sus misiones.

⁹⁸ Carta a Campegio, Friburgo, 18-VIII-1530, ep. MCXXIX, ap. FROUDE, *Life and letters of Erasmus*, p. 394. *Opera omnia*, XXX,II, 1303, C.

⁹⁹ También periclitante, como la Cristiandad entera.

¹⁰⁰ Se atribuye al Cardenal Richelieu una comedia simbólica y antiespañola titulada precisamente *Europe*.

Diríase, pues, que el Renacimiento fue una genial y luminosa renovación de lo antiguo, pero en su patético ocaso, los espíritus eminentes de la época parecen haberse dado cuenta con amargura de no tener continuidad en sus ideas, ni comprobar realizaciones. La fe se convierte en utopía.

Siguió efectivamente la idea de “Europa como utopía”. Abrió el camino Moro. Continuó Campanella en su “Città del sole”. También Francesco de Lisola, embajador de Leppoldo I y “europeo por los cuatro costados”¹⁰¹ y “defensor de España”. Los españoles ensalzaban a España, a la que tenían por cabeza de Europa: “quod sit Hispania caput Europae et nobilium eius Regnum” opina Jaime Valdés¹⁰². Es una idea en la que curiosamente se aúnan la vetusta idea geográfica con el concepto cultural y político: “quod sit caput et principium Occidentis, ubi Europa sita est”¹⁰³. Aquellos hombres veían además a “Europa cristianizada” por la Monarquía Católica. Francisco de Aldana apostrofaba a Felipe II como aquél “en quien estaba Europa bautizada”¹⁰⁴. Juan de Palafox atribuía a España, si se mantenía unida, la misión de salvar a Europa¹⁰⁵. Esa es su Europa, dotada de base real y de dominio escatológico. Juan Scoto calificaba a Carlos V de nuevo astro entre los pueblos de Europa: “Europae populis haec nova stella micat”¹⁰⁶.

¹⁰¹ Por tal lo tiene José María JOVER, *El sentimiento de Europa en el siglo XVII*. Hispania (1949 p. 35).

¹⁰² *De dignitate regum regnorumque Hispaniae*, 1602, dedicado a Felipe III. Vid. Juan BENEYTO, *España y el problema de Europa, contribución a la Historia de la idea de Imperio*, Madrid, Editora Nacional, 1942, p. 355.

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ *Ibid.* en Juan BENEYTO, *op.cit.*, p. 352.

¹⁰⁵ *Diálogo político del estado de Alemania*.

¹⁰⁶ Vid. en BENEYTO, *op.cit.*, p. 363.

Baltasar Gracián tratando de Carlos V y sus empresas africanas acuñó una de sus lapidarias expresiones: “las conquistas del África eran sus vacaciones de la Europa”¹⁰⁷. Tal espíritu se respira también en la literatura de emblemas y empresas donde, como en pocos estilos, el Renacimiento se torna Barroco, sin sentir. Se pasa insensiblemente de Alciato a Saavedra o a Solórzano sin disminuirse el caudal de la sabiduría.

LA CONMISERACIÓN DE EUROPA

Sucede entonces que, pues es víctima de tantas amenazas, destino de tales infortunios, Europa se convierte en objeto de conmiseración.

Los hombres de los siglos XV y XVI son dolorosamente conscientes de que con las invasiones otomanas se les ha amputado algo. ¿El qué? Una parte de Europa.

En su monumental obra sobre la Historia y la estructura territorial y política de Roma y de su Imperio, dedicada al Emperador Fernando I, el hermano y sucesor de Carlos V, el erudito veronés Onufrio Panvinio, se refiere a las regiones surorientales del continente (Istria, Iliria, Dalmacia, Épiro) como “Europae provinciae deperditae”¹⁰⁸.

La dolida consideración de todos los males que conurbaban a Europa indujo comprensiblemente al sentimiento de compasión por su desdicha, ya más allá del mito a la realidad. Es la “pobre Europa” que can-

tara Horacio (la “vilis Europa”), pero transformada, porque ahora ya llevaba sus males, no en la desgracia del rapto, sino en sí misma. Son los “tumultos”, las “disidencias”, la “pérdida” que lamentaban Vives y Erasmo en sus diálogos y consultaciones. Ya Eneas Silvio Piccolomini, cuando había contemplado el desolador panorama de sus días, repleto de guerras y amenazas, lo había personalizado en el asendereado continente y desconsoladamente había exclamado: “Hic est Europae vultus”¹⁰⁹.

Naturalmente, todos esos males no podían ser contemplados pasivamente, requerían la común responsabilidad de los europeos para sanarlos. Los males de Europa no son sólo para lamentarlos, sino para ocuparnos de ellos —reclamaba Erasmo—. No para quedar impasibles, “como si lo que pasa en Europa no nos interesara”¹¹⁰.

Había una especie de responsabilidad que se entendía colectiva. En 1562, durante la última serie de sesiones del Concilio de Trento, predicó un sermón Bartolomé Carranza en el que empleaba conceptos y aun términos erasmianos. Dirigiéndose a los padres conciliares, les increpó: “imaginad que Cristo vuelva, ¿cómo le restituiréis su Iglesia, acorralada en este rincón de Europa?”. Y alude a la caída de Rodas, a la invasión de Hungría y a la muerte del Rey Luis¹¹¹. Ello inevitablemente recuerda las palabras de Erasmo en la “Utilissima consultatio”: “Rhodum captam, ...cruentas incursiones factas in Ungariam. extinctum Lodovicum Regem”¹¹².

¹⁰⁷ *El político Fernando*, 32, 5.

¹⁰⁸ Regiones que los venecianos tomaron a los griegos, luego los turcos a los venecianos. “Veneti Graecis imperatoribus paulatim, harum vero regionum partem Venetis Turcaeposyae ademerunt”. *Imperium Romanum*, ed. de París, 1558, p. 295.

¹⁰⁹ En carta escrita desde Graz el 24 de septiembre de 1453 a Leonardo Benivoglienti, Embajador de la República de Siena en Venecia.

¹¹⁰ Erasmo a Juan Rinck en 17-III-1530, *apud* RIBER, 1610.

¹¹¹ Cit *apud* RIBER, *op.cit.*, p. 39.

¹¹² *Opera omnia*, V, 352, D. 17-III-1530.

Todo ello se había por entonces desoladoramente convertido en un dramático lugar común. Pietro Bembo escribió en un soneto:

“...l'arco
c'ha Rodo e l'Ungheria piagate e spente”¹¹³,

mientras también Luis Vives se lamentaba de la caída de Rodas en 1522, como de algo propio. Así también Andrés Laguna, en la obra que seguidamente habrá de comentarse, se preguntaba dolorido, dónde está Adrianópolis, dónde Constantinopla, dónde Salónica, dónde la florentísima Rodas¹¹⁴.

El pensamiento, pues, transita desde el optimismo antes evocado, a un innegable pesimismo. Se suele usar ya del término “Europa” más como compasión y pena, que como ámbito de preponderancia. Sus males son causa general de penurias. En las “angustiis Europae” cifra Erasmo los males sobrevenidos¹¹⁵.

Por supuesto, la obra paradigmática es la famosa de Andrés Laguna, apenas citada. Su patético título es –imitando a Terencio– la “Europa que se atormenta a sí misma”, *Εαυτηντιμωρουμενη*. La obra se escribió como un discurso¹¹⁶ sobre los males contemporáneos de una Europa sumida en mil desgracias, despedazada por pugnas. Aterrada, asediada, víctima sacrificada.

Sin duda que Laguna compuso su obra con ingredientes de imitada retórica (Erasmo está en la base de mu-

chas expresiones e ideas, sobre todo en los adagios del Roterodamense), además de concebida como alegato de ocasión para ensalzar a Carlos V y a su hermano Fernando. A menudo se han señalado sus oportunismos de intención, su exageración y sus defectos de estilo¹¹⁷. Nada de eso quita importancia al hecho de su aparición y, sobre todo, al fondo que le subyace: el lamento por una Europa mísera y desmembrada, que se busca inspire compasión.

Tres elementos merecen consideración: el primero es la presentación de Europa como un personaje lacrimabundo y quejumbroso. Es una Europa “funestissima”, que se muestra como la Erinnia de una tragedia (así en el prefacio) y a la que se rodea deliberadamente de atroces connotaciones: “in tanta omnium aerumnarum colluvie, in tanto omnium afflictorum examine, in tanta rerum omnium consternatione”¹¹⁸.

En segundo lugar se la compara con la Europa de otros tiempos pasados, con los que se halla en penoso contraste. “Yo soy la Europa triste e infeliz –viene a decir–, que en otro tiempo era objeto de admiración”¹¹⁹.

En tercer lugar se apunta a los culpables. Son los que más arriba se han identificado: los enemigos externos (la invasión otomana) y los internos (la discordia entre los propios Príncipes europeos). Se hace decir a Europa expresamente: “No les basta

¹¹³ Rime, soneto 109, (Opere in volgare, Firenze, Sansoni, 1961, p. 508).

¹¹⁴ *Europa Heautentimoroumene* 103-107.

¹¹⁵ Bella, extensa y sustanciosa carta de Erasmo al Papa Adriano VI, Basilea, 1-VIII-1522, *Opera omnia*, III, I, 727 F.

¹¹⁶ Que el propio autor pronunció en Colonia el 22 de enero de 1543.

¹¹⁷ Puede verse la completa introducción de Miguel-Ángel González Manjares a la cuidada edición de la obra bajo auspicios de la Junta de Castilla y León, Valladolid, 2001.

¹¹⁸ *Op.cit.*, II, 10.

¹¹⁹ “Ego sum illa infelix, tristis et funestissima Europa, quam ipse, meo dum in vigore florescentem, es persaepe admiratus”. *Op.cit.* II, 44.

con verme atacada por todas partes por un enemigo externo y crudelísimo, sino rodeada igualmente por traiciones e insidias”¹²⁰.

Acaso pueda señalarse una novedad, que se une a las expresadas causas de la ruina de Europa, que Laguna quiere apuntar en su obra. Tal vez, en efecto, no quepa culpar sólo a la belicosidad de todos, de dentro y de fuera, sino también a otro nefasto pecado: la codicia. Apoyándose en un adagio de Erasmo, a su vez procedente de versos de Menandro, se lamenta: todos aspiramos a ser ricos y vivir bien, pero no podemos¹²¹.

La idea no es del todo nueva, sólo lo es acaso achacada a Europa, pero ya había sido referencia de los humanistas. Palabras no muy diferentes empleó por entonces un humanista alemán, profesor de Heidelberg, Jacob Moltzer, cuando reprochó el apego (enemigo de las letras) a las riquezas temporales: “divitias quando solum spectamus et aurum”¹²². Los emporios comerciales surgidos en época entonces reciente (piénsese en los Medici florentinos) acarrearán evidentemente el pecado de egoísmo y el riesgo de la avaricia, tal como fue expresamente denostada por Gian Battista Alberti en su obra *I libri della famiglia*, o por Pontano en su tratado *De magnificentia*¹²³. También condenó la avaricia Alfonso Ortiz («del poco reposo que dan al hombre las muchas rique-

zas») en su *Tratado consolatorio*¹²⁴. Y en la misma se hallan, desde luego, las acerbas e irónicas críticas de Fray Antonio de Guevara contra las costumbres de la Corte¹²⁵ o la avaricia de las gentes¹²⁶.

Para los hombres de la España del siglo XVI, por lo tanto, de Europa no pueden venir sino males. Hay un significativo párrafo cervantino en el libro II del *Persiles y Sigismunda*: «Luego pasaron a preguntarle por nuevas de lo que en Europa pasaba». Y en medio del relato ficticio de la novela, las nuevas que dan son de peligros y discordias¹²⁷.

Téngase presente lo siguiente. Para los hombres del Renacimiento, la aspiración había estado dominada por la mirada al pasado, que se quería restaurar. Pero paulatinamente se advierte que el estado de Europa es tal que hasta la herencia se pierde. “El estado feliz de nuestros mayores se tambalea en Europa” escribía a fines del siglo (1594) un pesimista Justo Lipsio a un amigo español¹²⁸. Al propio Rey Don Felipe III, siendo Príncipe de Asturias formulaba también Lip-

120 “Nec satis enim illis est visum, si undique ab externo eodemque immanissimo hoste misera atque miseranda concutiar, nisi etiam interna prodicione et insidiis similiter circumveniat” *Op.cit.*, III, 39.

121 “Βουλομεθα πλουτειν παντες, αλλ ’ ου δυναμεθα. Παντες καλωσ ζην θελομεν”.

122 Jacob Moltzer, *Micyllus*, 1503-1558, Rector de la Universidad de Frankfurt y profesor de la de Heidelberg, latinista y helenista, traductor de clásicos al alemán.

123 *Vid.* sobre ello GARIN, *Il Rinascimento italiano*, Florencia, Il Portolano, 1980, pp. 170 s, 178 s.

124 Canónigo de Toledo y capellán de Isabel la Católica. *Tratado consolatorio a la Princesa de Portugal, Sevilla*, 1493, cap. XIII (*Vid.* en *Antología de humanistas españoles*, ed. Ana MARTÍNEZ. ARANCÓN, Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 260 s).

125 En la que “las damas se querrían casar, los comerciantes despachar; el Duque de Béjar, vivir; Antonio de Fonseca, remozar; don Rodrigo de Béjar, heredar, y aun Fray Dionisio, obispar” (I, 12, 90).

126 Vitupera al hombre avaro, “que tiene ocupados sus ojos en las viñas que planta, las manos en el dinero que recibe, la lengua en los factores con quien riñe, los pies en ir al ganado que tiene, el tiempo en las trampas que trae, las orejas en las cuentas que toma, el cuerpo en las compras que hace y el corazón en los ducados que guarda” (I, 314).

127 CERVANTES, *Persiles y Sigismunda*, libro II, cap. XXII.

128 “Status ille felix et quem mayores viderunt, varie non hic solum, sed in Europa labat”, Carta a Francisco de San Vítores. *Vid.* en Alejandro RAMÍREZ, *Epistolario de Justo Lipsio y los españoles (1577-1606)*, Madrid, Castalia, 1966, p. 78.

sio el deseo de que se apaciguasen las turbaciones de Europa¹²⁹. Esta idea parece haber invadido la mente estoica y melancólica del insigne pensador, en quien concurren los posos del Renacimiento y las semillas del Barroco, porque asimismo en carta a Antonio de Covarrubias en 1599, se quejaba de la ausencia de paz en Europa: “cur non pax Europam respicit?”¹³⁰. Y aun más dramáticamente escribiría a Quevedo, en carta por cierto repleta de referencias clásicas, esta triste confesión, “somos el común sepulcro de Europa”¹³¹. Curioso es advertir que, en otra carta a un insigne diplomático, el Embajador Baltasar de Zúñiga, achaque Lipsio a los males de Europa el alejamiento precisamente de las Letras, pensamiento tan afín al ideario renacentista¹³².

Es decir, los hombres del primer Renacimiento contaban con la recuperación del pasado, la dignificación del presente y la esperanza de hacer propio el futuro. Significativo es el pensamiento de Pier Paolo Vergerio (1370-1444) que, en su tratado *De ingenuis motibus et liberalibus studiis adulescentiae* expresaba cuán bueno sería conocer lo que hicieron los antiguos y hacer propio el porvenir: “quod et praeteritum est et futurum nostrum facere”. Apunta la idea de la herencia de los antiguos contrapuesta a una cierta desconfianza hacia el futuro¹³³.

Dos cosas se muestran. La primera es que, ante el desastre de una Europa afligida, se piensa ante todo

en la restauración de la unidad, como en Erasmo, o en la reunión de la Respublica Cristiana bajo un solo cetro, el de Carlos V, como Acuña, Bembo y los humanistas italianos y españoles propugnaron¹³⁴. Innumerables serían los testimonios de los humanistas, incluso propugnadores del ideal de una Monarquía universal.

La segunda inevitable observación es que, advertidos los males de Europa, aquellos hombres, sagaces y sutiles, pero tan capaces de la melancolía¹³⁵, como originariamente (y quizá ingenuamente) lo fueron del entusiasmo, entendieron los males que aquejaron a la realidad y miraron hacia el refugio de la imaginación. Es decir, se pasó de la fe a la utopía. Incluso se sugiere hallar el reino ideal en una imaginación, sabia, pero conscientemente irreal, como en Tomás Moro, más tarde en Campanella. Y ello explica que, en la siguiente centuria, conturbada Europa por las atrocidades de la Guerra de los Treinta Años, Diego de Saavedra Fajardo se vería constreñido a advertir que las *Locuras de Europa* precisaban urgentemente de remedios. Eran los desastres de Europa plasmados en alguna hermosa pero trágica tela de Rubens¹³⁶.

Ello coincide con el suceso de que Europa se diluía otra vez. Esta vez en más amplios, irreales confines, los del Orbe, ciertamente más propicios al dominio de la Utopía.

129 *Op.cit.*, p. 125.

130 *Ibi.* P. 274.

131 Parodia ahí Lipsio un verso de Catulo: “Commune sepulchrum Europae Asiaeque” (*Carmina*, LXVIII, 89). *Vid. Epistolario cit.*, p. 411.

132 *Ibid.* P. 318.

133 Cit.en *l'Umanesimo en la Storia e antología della letteratura italiana*, a cura di Vincenzo DE CAPRIO, Florencia, La Nuova Italia, 1976, pp.2 s.

134 Bembo escribía a Carlos V “Pensi di soccorrere ai gran danni della Cristiana Republica, che a questi tempi ha del suo infinito valore e pietà e religione infinito bisogno” (carta a Carlos V desde Padua a 23-VI-1539, (*Opere in volgare*, Firenze, Sansoni,1961, p. 822).

135 Evocadores natos de las “neiges d’antan”, como François Villón.

136 Que luego en el siglo XX inspiraría a Picasso en su *Guernica* para similar condena de la guerra.

LOS LÍMITES DE EUROPA

Desde la Antigüedad, como se ha visto, se trazaron límites a Europa, difusos por lo general. Desgajada de Asia, Europa ocupaba un espacio que al Oriente lindaba con las orillas remotas de Fenicia. En el siglo XVI, la ya aludida caída de Rodas en 1522 traspasa amenazadoramente aquellas lindes.

Pero hacia el Occidente, se abrieron nuevas rutas. Dije que en la segunda mitad del siglo XV ingentes sucesos alertan el pánico y la esperanza. El pánico proviene de la caída de Constantinopla en 1453. La esperanza, del Descubrimiento de América en 1492. El *finis terrae* es reemplazado por el *plus ultra*. Europa por un lado se empequeñece, pero por otro su cultura se amplifica.

Todavía Comynnes, cuando describe las tierras de su mundo, manifiesta limitarse a Europa¹³⁷. Ya Erasmo, en su bello comentario al capítulo XXIII del Evangelio de San Lucas, se refirió hermosamente a los tres continentes del Viejo Mundo: “Invitat e sublimi ligno, nationibus omnibus conspicuus: ipsa tria crucis cornua procul invitant et Asiam et Europam et Africam ad aeterna salutis consortium”¹³⁸. En la epístola nuncupatoria de la misma paráfrasis, a Enrique VIII, menciona cómo la semilla cristiana se expandió: “per Asiam, per Africam et Europam late panderet ramos suos”¹³⁹.

Pero entre tanto se había inaugurado ya algo espectacularmente nuevo. Así como los historiadores clásicos desde Heródoto describieron la aparición de Europa,

desgajada de Asia, así a los humanistas del Renacimiento tocó otra aparición, la de América desgajada de Europa. Su erudición clásica los hacía inmediatamente entrar en comparaciones que son otras tantas evocaciones. Pedro Mártir de Anglería, en la tercera década de su *De Orbe Novo*¹⁴⁰ refiere la llegada de los españoles a un río de las Indias comparando su advenimiento al de Eneas al Tíber: “uti est in Romanis initiis de Aenea Trojano in Italiam ad Latium Tibrim devecto”. Renacen los mitos antiguos al paso de las invenciones nuevas. Nebrija advertía el ensanchamiento supercontinental de España: “falta poco para que los confines occidentales de España y de África se unan con el lado oriental del mundo”¹⁴¹. Y en sus brillante lenguaje épico advertiría también Camoens que en el litoral portugués acababa Europa y empezaba el ámbito del mar: “onde a terra se acaba e o mar começa / e onde Febo repousa no Oceano”¹⁴².

Ante todo, la comparación se imponía. Naturalmente, lo primero que se advirtió fue la diferencia con Europa: Americo Vespuccio mencionó de América, que sus indios «las riquezas que en esta nuestra Europa y en otras partes usamos como oro, joyas, perlas y otras riquezas, no las aprecian»¹⁴³.

Entre Europa y América se trama una ligazón imprescindible. En Europa pesaba, como una insólita aparición, la presencia de las Indias. En los hombres del Descubrimiento, pesaba la imaginación de los humanistas. Es sabido cuánto influyeron en las ideas de Cristóbal Co-

¹³⁷ “Je n’ai parlé que d’Europe, car je ne me suis point informé des deux autres parts, comme d’Asie et d’Afrique” (*Mémoires sur Louis XI*, Lib. V, cap.XVIII).

¹³⁸ *Opera omnia*, VII, 462 E_F. RIBER, *op.cit.*, p. 878.

¹³⁹ *Ibidem*, 278, Basilea, 23 de agosto de 1623.

¹⁴⁰ Cap. VII, f° XLVIII.

¹⁴¹ *Décadas, Exhortatio ad lectorem, in fine*.

¹⁴² (*Os Lusíadas*, canto III, vº 20-23).

¹⁴³ *Cit ap.* MANZANO, *Colón y su secreto*, 676, cita a su vez, para la obra de Vespuccio, *El Nuevo Mundo*, Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos. Estudio preliminar de Roberto LEVILLIER, Buenos Aires, Editorial Nova, 1951, p. 205.



Planisferio realizado por Rumold Mercator, 1587.

lón las de Eneas Silvio Piccolomini. Decenios más tarde, cuando Hernando Colón compró libros en Lovaina en 1520, figuraban entre ellos, las obras de Erasmo y la Utopía de Moro. Y es evidente que el hecho del Descubrimiento influyó en Moro y al revés. La “Utopía” influyó en el pensamiento jurídico, político y social español referente a la civilización de Indias¹⁴⁴.

Mas entonces pudo plantearse a los viejos europeos, en tanto contemplaban los males de su continente, una alarmante cuestión: ¿Y si los males de Europa fue-

ran una epidemia expansiva, un perjuicio exportable? Asaltado por esa idea, Luis Vives expresó el temor de que los males de Europa, si ésta se desplomara, se trasladasen a América¹⁴⁵.

Pero eso se planteaba ya en un orden de cosas y en un mundo de ideas que va más allá de lo que se estaba llamado a exponer y analizar, que no deben sobrepasar la concepción que los humanistas del Renacimiento se hicieron de Europa, así como la evolución e incluso el derrape que tal concepción en su tiempo padeciera.

¹⁴⁴ LÓPEZ ESTRADA, Francisco, La fortuna de Tomás Moro y su “Utopía” en la España del Siglo de Oro”, Firenze, Olschki, 1996.

¹⁴⁵ *De Europae dissidiis et de bello Turcico, in fine.*

CONCLUSIONES

¿Ofrece, pues, el mito, adecuado quizá al fértil pensamiento de los humanistas una propia imagen de Europa que represente una construcción diferente y acaso válida para hoy? Se podrá, en todo caso, establecer una gradación de la evolución de ese pensamiento que contribuya a formular alguna idea acerca de esa presumible imagen.

Llegados a este punto, deploraría mucho que se me formulase un grave reproche: el de haber ofrecido una continuidad de tópicos, habilidosamente hilvanados en ordenadas citas. No ha sido eso. Aunque, en parte, sí.

¿Cómo podría hacerse de otro modo? Con la técnica de la fabricación de un tapiz, yo me he servido de los hilos de colores que (siempre sólo a mi juicio, claro está), mejor valieran para la construcción de la escena. Pero ésta es, así lo estimo, correcta. Esa es la imagen en la que yo creo.

Mas es posible también que se pregunte ahora o acaso se tuviera la intención de preguntarme, cuál es la tesis. Y en ese caso, yo tendría que revestirme de la más modesta compunción para decir simplemente que tesis no hay.

Y tal vez se insistiría en cuestionarme si en la Europa en que vivimos, tan asendereada de males y de sucesos, esa Europa cuyo nombre nos repiquetea cotidianamente de palabra y por escrito, podrían obtenerse de parte del perenne mito de Europa, cuyos caracteres me he esforzado en reseñar, alguna lección, algún mensaje.

Es probable que también ante tal pregunta, mi respuesta fuese lo más parecido al silencio. Las circuns-

tancias son muy otras. Los siglos no han pasado en vano, dejando tras de sí muchos obstáculos para una comprensión de Europa, de sus tareas, sus fines y sus medios. Para empezar, la Europa de otros tiempos tiene nada o poco que ver con esta nuestra. Además, el concepto de la Historia como maestra de la vida, que los historiadores gustamos de repetir para sacar algún resultado de nuestros asertos, tal vez sea discutible en la práctica. Antes bien, se me ocurre enunciar que es la vida la que es maestra de la Historia.

Mas si no me es posible (o no osaría) extraer de aquí corolarios aplicables a nuestro tiempo, sí creo obligado sugerir alguna conclusión. La conclusión de todo lo expuesto podría ser ésta: Europa fue inicialmente un mito de la Antigüedad, pasó luego a concretarse en un concepto geográfico, finalmente se convirtió en un ente basado en tradición, herencia cultural e ideológica, concebido por los europeos como una construcción de las naciones y las gentes que habitan el continente, conscientes de una común pertenencia. En suma, Europa tal como ahora la conocemos y concebimos no es ya ni sólo un mito ni sólo un mapa. Europa es una obra de los europeos. Un autor de nuestros días, que ha reflexionado breve pero sustanciosamente sobre este apasionante tema, ha venido a dar en este pensamiento: Europa es una cuestión de la autoconciencia de los europeos¹⁴⁶.

Esta autoconciencia tiene un ingrediente de inquietud y de nostalgia. En otro tiempo, todos se entendían en ella y todos delimitaban sus fronteras espirituales; todos la sabían común, pero también la sabían

¹⁴⁶ “Was Europa ist bestimmt von jeher allein der Europäer“.
“Europa ist also eine Frage des Selbstbewusstseins der Europäer“.
(Josef ISENSEE, *loc.cit.*, pp. 113 s).

frágil. En las convulsiones atroces del siglo XX, los otros, nuevos humanistas de esos años convulsos y destructores la invocaban como un áncora, como un fundamento sobre el que sostenerse. Stefan Zweig, el escritor austríaco tan europeo, aludía al continente llamándolo “nuestra patria sagrada”¹⁴⁷.

Quizá sea lícito, pues, aprender algo de aquella versátil pero aleccionadora concepción que, a través del mito, sobre los lomos del toro jupiterino, fue siglo a siglo conformándose de Europa: dinámica, consciente, rica en ideas, sabedora de sí misma. No una Europa triunfalista ni desenraizada. Una Europa crítica, sí. Que requiera atención, análisis. No para idolatrarla ni para denostarla. Para mejor explicarla, sí; y para mejorarla, ordenarla, sanarla.

●

¹⁴⁷ En la introducción a su biografía de otro gran europeo Romain Rolland.



LA CULTURA CLÁSICA: MITO O ENSEÑANZA

LA REALIDAD DE LA CULTURA

LA NECESIDAD DE LA CULTURA

LAS LENGUAS DE LA CULTURA

LA CULTURA COMO ESPEJO

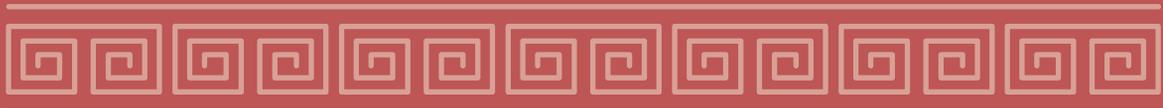
LA CULTURA HA DE REVIVIRSE

LA CULTURA HA DE APRENDERSE

LA CULTURA Y EL TIEMPO

LA CULTURA COMO REMEDIO

UN UMBRAL A LA VIDA



LA REALIDAD DE LA CULTURA

He aquí otro tema, que al lector se ofrece, no como un argumento para ser contemplado, sino como una vía, un método. La Cultura es ahora y aquí otro objeto, otra forma en la que advertir la realidad del pasado, el pasado que llamamos clásico. No de Grecia, no de Roma, no de los hechos de sus gentes, con sus destellos y sus oscuridades, con sus logros y sus dislates, de lo que aquí ha de tratarse, sino de la ingente luminaria de su sentir y de su pensar, que hoy nos siguen alumbrando y que felizmente perviven: la Cultura Clásica. Ella nos fue transmitida, por el rico cauce de los siglos, y nos ha configurado nuestra manera de entender el mundo.

Se me ocurre pensar que, tanto para las interpretaciones mitológicas, como para los ulteriores episodios que he querido sugerir al lector, una fuente de conocimiento radica en aquello que se ha querido llamar la Cultura Clásica. Ella ha permitido abarcar aquí desde los relatos de la Mitología o la historia del mundo helénico o helenístico, hasta los entornos de la vida de Dante Alighieri, o el recorrido de Europa a través de su mito. Cultura Clásica llamamos desde los sucesos del Olimpo, a los versos de Homero o de Virgilio, a los sucesos del Renacimiento italiano o sus secuelas. Historiadores y literatos, cronistas y poetas han recurrido a sus herencias, esperanzados y satisfechos, para buscar contenido a sus producciones, fundamento a sus asertos y también aliento para sus ufanos osadías: la Cultura Clásica.

Por ello, dejando de lado las cuestiones que las anteriores páginas hayan podido suscitar, será necesario plantear una pregunta final, sumamente grave y ponderosa, de consecuencias inevitablemente abrumadoras. Es ésta:

¿Es la Cultura Clásica también un mito?

Cuando a algo se concede esa calificación, se hace usualmente añadiendo un tanto de desinteresado desdén, de displicente rechazo a lo que ha perdido su vigencia, si alguna vez la tuvo. O se pretende distinguir entre valores útiles y bagajes innecesarios. O entre el pasado, poco instructivo, y el mañana, indispensable y exigente.

Es en suma la diferencia que hay entre una antigüedad y una antigualla.

Atrevámonos, pues, a formular ya la pregunta.

¿Es acaso la Cultura Clásica también un mito? ¿Un mito del que nos servimos para simular conocimiento, o ciencia de las cosas o de las reflexiones? Y ¿en qué consiste? ¿Consiste quizá en saberse de memoria la *Teogonía* de Hesíodo? ¿En saber lenguas que se califica de muertas? ¿En evocar sabiamente la *Odisea* de Homero cuando se inicia un viaje o en citar oportunamente el *carpe diem* al adoptar alguna decisión urgente? ¿Induce a la superficialidad de las apariencias o a la profundidad de los saberes? ¿Un mito?

¿O es más bien una realidad?

Parece necesario, parece indispensable asumir esta segunda opción. Sólo si la Cultura Clásica es una realidad para cada uno de los humanos que piensa, que razona y que siente, que experimenta y entiende, que aspira a conocer y enseñar, muestra ser verdaderamente el imprescindible método, el camino que lleva al aprendizaje del saber y al gozo de disfrutarlo.

Pero ¿y si fuese ambas cosas, mito y realidad?



Ilustración de “La Fábula y la Verdad”, (Libro 1. Fábula 1) de Florian. Grabado de Marie-Joseph Flouest, 1792.

La realidad sirve para convivir adecuadamente con el entorno que nos rodea y que inevitablemente nos condiciona. Asienta nuestras bases y justifica nuestros quehaceres. Nos sitúa en el escenario en que nos movemos y nos regala las exactas consecuencias de nuestras acciones, aclara lo que nos concierne y recomienda lo que nos atañe.

Por su parte, el mito, ese señero resplandor que sin embargo cela y oculta lo que parece exhibir, que nos diseña la fuerza de lo que no es y acaso pudiera ser, es a la vez remoto e inmediato, cierto pero invisible, es un espejo que al tiempo refleja y rehúsa, que alecciona sin demostrar, que convence sin pretenderlo, que acompaña sin estar aquí, y que está allá adonde irreprimiblemente se desearía ir, pero adonde la vía no es accesible a pasos torpes, que no se sientan seguros en venerar lo imposible.

Entonces, sí. Cuando la Cultura Clásica haya iluminado nuestros propósitos y tutelado nuestras aspiraciones con el señorío de su saber antiguo e incontable, nos será dado otorgarle el marchamo de ser a la vez mito y realidad, es decir, mito que imagine y realidad que consienta.

¿Permitirá el lector, último y único juez válido de cuanto aquí se expone, revivir ahora los caracteres de esa Cultura de clásicos orígenes? ¿Y hacerlo sin pedantescos propósitos ni extemporáneas ambiciones? ¿Sólo con el fin de recordar el pasado y aprovecharlo para el futuro?

Se han pisado en anteriores páginas los vestigios de heraldos remotos y se han citado los bellos tercetos de obra famosa, evocado sucesos de Florencia o de Alejandría, en suma se ha recorrido una ruta a la vez mítica y real. De esa ruta ha sido guía inexcusable el medio brindado por los testimonios de una vieja Cultura, que a los europeos acompaña y alecciona.

Podría no ser ni innecesario ni improcedente, abrir el libro de la Historia que aquí se ha hojeado y saludar las improntas que en sus páginas ha dejado, desde



La Academia de Atenas. Obra de Rafael, 1509.

siglos, la mano de la Cultura Clásica, ayer maestra y hoy todavía capaz de dar destreza a nuestros pasos.

LA NECESIDAD DE LA CULTURA

Es sabido, pero no estará de más repetirlo, que la Cultura es necesaria y útil. Se habla hoy mucho de cultura como se habla de tantas cosas de las que apenas quiere

saber nadie lo que son de verdad. De la Cultura no se puede hablar si no es con amor y con reverencia. Pero también, desde luego, con legítimo afán de provecho.

La Cultura no es un término vacío, no es un título. Ni mucho menos un objetivo de acción. La Cultura no es un monolito que se contempla, no es un fetiche que hechiza, no es un ídolo que se adora, no es una rutina que se arrastra, ni un ornamento que se

exhibe. La Cultura es un campo donde se siembra y se recoge, es un camino que se recorre, es un acervo que se posee, es una conversación entre los humanos. La Cultura es algo vivo que todos disfrutamos y hacemos, que nos enriquece y que contribuimos a enriquecer. Y que nos sirve.

No sé si la Cultura es algo que se difunde. Tal vez. De lo que sí estoy seguro es de que la Cultura es algo que se aprende, es algo que se posee, es algo que se transmite. Se transmite en el tiempo y en el espacio. De ahí su movilidad. De ahí también el requisito de su enraizamiento. Esa es, desde luego, la bondad intrínseca de lo que llamamos la Cultura Clásica. Sin imitación de los antiguos no se puede escribir bien en lengua ninguna. Eso decían los hombres del Renacimiento, que eran tan orgullosos, tan hermosamente engraidos. Y sin embargo es un gesto de soberana humildad. Ellos volvían la vista a Virgilio, a Horacio, a Homero y a Eurípides. Sería deseable seguirlo haciendo. Ellos nos darán la savia para nutrirnos, nos mostrarán el camino para proseguir. Seguramente Cervantes estaría satisfecho si supiera -tal vez lo intuyó- que él, tan moderno en su día, es hoy el clásico antiguo, al que nos honramos en usar como referencia.

Se dice mucho ahora y se escribe que la Cultura Clásica está en decadencia entre nosotros. Eso sería muy mal síntoma para una época y para un pueblo. Es de temer que así sea. No es simplemente que poca gente se ocupe de ella o que las aulas de sus facultades se despueblen. La Cultura Clásica fue siempre de pocos; pero, aun siéndolo, su influjo alcanzaba a muchos. Su fuente, hontanar escondido y poco frecuentado, regaba luego parajes vastos y remotos y llevaba lejos el frescor y la suavidad de sus aguas para fertilizar muchos suelos.

Y aun sin saber de dónde procedía, como sucede con los predios que generosamente riega un caudal cuya fuente está entre las montañas, todos sentían, a través de la riqueza y el bienestar del propio pensamiento, el jugoso regalo de un saber antiguo, que se hacía realidad a cada paso.

Si la Cultura Clásica decayese, no sería porque hubiera menos gentes a su servicio, no porque la cultivasen menos espíritus selectos, sino porque los demás se hubieran ido haciendo paulatinamente ignorantes de sus frutos, impermeables a su flujo, por haber perdido el respeto al misterio de sus palabras y no saber recibir, con la provechosa unción debida, los mensajes que de ella emanan.

Tal vez algo se ha roto en la cadena, algún eslabón se ha perdido en el camino, y la Cultura Clásica, que sigue generosamente fluyendo de su manantial que no se seca, no llega hasta donde acostumbraba. Seguramente su corriente topa con hoscas arideces, se enfrenta con ariscos paisajes, se quiebra en tierras que oponen a su paso una hostil resistencia; y por eso se remansa en altos y apartados valles propicios, donde pocos la gozan o donde sus aguas esperan, bajo sombras más bienhechoras y ambientes más acogedores, a que de nuevo le llegue el momento de hacerse asequible a muchos más.

Pero es lástima que así sea. Porque en un mundo y en una sociedad como son los nuestros, que con razón buscan por todas partes ensanchar los resquicios que la época hodierna deja a la libertad, y para unas gentes que en todos sitios noblemente se afanan por hermanar la libertad con la justicia y el saber con el aprender, la Cultura clásica podría ofrecer mil recursos para hermohear esa búsqueda y para hacerla más fructífera.

Efectivamente la Cultura clásica diríase que se encuentra entre nosotros en un momento de desfallecimiento. No parece que los jóvenes busquen en ella respuestas a sus inquietudes ni que los viejos apelen a ella con la necesaria fe y persuasión. El resultado es la ausencia de las lecciones de la Antigüedad, que deberían ser tan útiles, tan esclarecedoras, tan deleitosas. Hasta esa misma ausencia se hace notar como un vacío que evoca y reclama.

Afortunadamente, la Cultura clásica es imperecedera. Perduró bajo los siglos medievales, como una corriente subterránea, para revivir en el Renacimiento con nueva pujanza. Y si un día hubiese de morir, le sucedería como a las rosas, de las que escribió Shakespeare en su soneto LIV que, aun muertas, dejan que se extraiga de sus despojos fragantes perfumes¹.

Pero resulta doloroso sentir el eco de las voces de aquella antigua sabiduría, ahogadas por despegos e ineptitudes. No se pueden escuchar sus palabras allí donde clamen los gritos de la desarmonía, y por eso su mensaje está lejos de nosotros, como apagado y desoído. Puede que éste sea un mal momento. Será pasajero. Hay en la Cultura clásica gérmenes sobrados de reaparición. Queden por algún tiempo sus vestigios presentes, aunque lejanos, como los montes que azulean el horizonte, en tanto muestran la remota pero innegable seguridad de su silueta. No les afecta el desdén del tiempo ni la inclemencia de las estaciones. Escribió una vez Marguerite Yourcenar que las cimas de las montañas aceptan la noche con la misma gracia con que aceptaron la aurora².

¹ "Sweet roses do not so; of their sweet deaths are sweetest odours made". (Soneto LIV, v.1112).

² «Les cimes se recueillent, acceptent la nuit avec la même grâce qu'elles acceptaient l'aurore» («Grèce et Sicile», En pèlerin et en étranger. *Essais*, 1989, p.13).

LAS LENGUAS DE LA CULTURA

Goethe formuló una vez un voto: que el estudio de las literaturas clásicas siga siendo la base de la cultura superior³. "Que siga siendo". En su tiempo lo era. Pero los pedagogos de hoy se quejan con mucha razón de que la enseñanza de las lenguas de la Antigüedad, que son los vehículos naturales de aquellas culturas, está siendo relegada en la docencia. Simplemente, está paulatinamente dejando de estudiarse; pero no es eso sólo. No se le profesa ni siquiera la obligada reverencia. Parece que, en estos días, las lenguas clásicas ni siquiera despiertan ese respeto. Nadie se avergüenza de no entenderlas, nadie oculta púdicamente, como debiera, su desconocimiento. Está incluso llegando el tiempo en que reaparezcan las hordas de los Getas, las gentes bárbaras e ignaras de las que escribió Ovidio que se reían del latín al no entenderlo.⁴

Y sin embargo, sin las lenguas clásicas ni puede entenderse bien la nuestra, ni siquiera plenamente gozarla, desprovista de la honrosa genealogía de su stirpe. Escribió Voltaire que nuestras lenguas modernas son secas, pobres y sin armonía, si se las compara con la griega y la latina, ante las cuales la música de las nuestras no es sino melodía pueblerina.⁵ Y Jorge Santayana escribió lúcidas páginas sobre la imposibilidad de verter al "aglomerado plebeyo" de las lenguas

³ «Möge das Studium der griechischen und römischen Literatur immerfort die Basis der höheren Bildung bleiben». (*W.Meisters Lehrjahre*).

⁴ «Et rident stolidi verba latina Getae». (Ovid. *Tristes*, eleg.X, verso 38).

⁵ «Toutes nos langues modernes sont sèches, pauvres et sans harmonie, en comparaison de celles qu'ont parlées nos premiers maîtres, les Grecs et les Romains. Nous ne sommes que des violons de village» (VOLTAIRE, a Madame du Deffand, 19 de mayo de 1754).



Massimiliano Sforza de alumno con su maestro Gian Antonio Secco (izquierda). Miniatura en la copia de Massimiliano del libro de gramática latina de Aelius Donatus (*Ars minor*).

modernas la solemne y togada majestad de versos de Lucrecio o la inimitable impenetrabilidad de los de Horacio⁶. Sin embargo, la indudable exactitud de ese juicio, nacido de puntual veneración a la cultura clásica, no ha de despojarnos del justo orgullo que sintamos por poseer el tesoro de la lengua castellana, sino inducirnos a pensar que nuestra riqueza presente procede de un tesoro más antiguo, más rico, pero que también es nuestro, si lo sabemos cuidar esmeradamente y evocar con amor y respeto. Se echa de menos hoy ese cuidado y esa evocación que hasta puede que se hayan mudado en desdén e ignorancia.

No siempre fue así. Dicen que en el Parlamento inglés del siglo XVIII, cuando William Pitt se quedó, por olvido momentáneo, cortado en unos versos de Horacio que estaba citando, decenas de diputados le corearon el resto del poema. Estamos lejos de aquellos tiempos en que las lenguas clásicas estaban enraizadas en el conocimiento de las gentes cultas, por provenir de los años y las aulas de la escuela.

Pero, aun siendo bien penosa esa situación y bien justa la alarma y el reproche de latinistas y helenistas, el mal acaso sea más profundo. Es la propia Cultura Clásica, no sólo sus lenguas vehiculares, la que sufre abandono. Disfrutábase de ella en otros tiempos, se honraban todos en saberse sus herederos, se sentían impregnados de su añejo perfume incluso aquéllos —los más— que no tenían un acceso directo a las mismas fuentes —porque, como escribió Horacio, “no a todos es dado llegar a Corinto”⁷—; estaban sin embargo inmersos en su agua benéfica, aunque no siempre

⁶ SANTAYANA, *The sense of Beauty*, p. 109.

⁷ “Non cuivis homini contingit adire Corinthum”, HORACIO, *Epist.*, I, XVII, 36).

conociesen los prodigiosos meandros por los que había venido a ellos.

Esa es la consecuencia del eclipse, del desvío que padecen las enseñanzas de las lenguas clásicas. No es sólo que se haga difícil el acceso al origen de su cultura, sino que los propios signos de ésta se ensombrecen y ocultan, se convierten en máscaras mudas e incomprensibles, sólo asequibles a un conocimiento superficial, como los textos sacros de los que escribió Erasmo que no aprovechan nada a quien no sea capaz de traspasar su corteza⁸. Por ello, el mal que amenaza no radica solamente en el abandono de las lenguas clásicas en la pedagogía, en su sustitución a veces por transitorias novedades. No es simplemente aunque eso ya sea una catástrofe que se esté cortando el hilo que nos une a nuestro propio pasado. Es que la ruptura de ese hilo nos aísla muy especialmente a los pueblos de estirpe latina del modelo de pensamiento al que se acomoda nuestra lengua y que ha conformado nuestras ideas. Un escritor francés del siglo XIX, Silvestre de Sacy, denunció una vez con harta razón la barbarie en que infaliblemente se caería el día en que se rompiera el vínculo con la Antigüedad, el día en que ya no se leyese a Horacio y a Virgilio⁹. ¿Estaremos nosotros cerca de ese nefando futuro?

No quiero creerlo. La amenaza sería la barbarie. Los hombres del Renacimiento lo sabían bien. No olvi-

⁸ “Immo fortasse plusculo fructu legetur fabula poetica cum allegoria, quam narratio sacrorum librorum, si consistas in cortice” (ERASMO, *Enchiridion militis christiani*).

⁹ «... la barbarie où nous tomberions infailliblement le jour où le lien serait rompu entre l'antiquité et nous; car, il ne faut pas s'y tromper, notre littérature française est tout antique. Quand on ne lira plus Virgile et Horace, on ne lira pas davantage Racine et Boileau» (SACY, *Variétés littéraires*, 1856, II, 163).

Luca della Robbia, Prisciano, o el Gramático (1437-1439). Panel de mármol del lado norte, sótano inferior del campanario de Florencia, Italia. Museo dell'Opera del Duomo.

demos esto. Las letras humanas, que es como entonces se llamaba a lo que hoy decimos la cultura clásica, dan desde luego fundamento y base al conocimiento, apuntalan el pensamiento, crean fuentes de deleite estético; pero además, expelen y derrotan a la barbarie. Es esa *debellatio barbariei* la principal y reconocida tarea de la cultura humanística, su éxito y su prez. En pleno triunfo del Renacimiento italiano, el gran humanista Lorenzo Valla, en el grandioso prólogo a sus Elegancias de la lengua latina, proclamaba que ésta “sirve para educar a las gentes y a los pueblos en las artes, les enseña las leyes, les abre el camino de la sabiduría, para que ya no puedan ser tenidos por bárbaros”¹⁰. Es a la barbarie a la que la cultura clásica combate y desaloja; a la carencia de letras, a la fealdad y ruindad de la ignorancia. En pleno Renacimiento

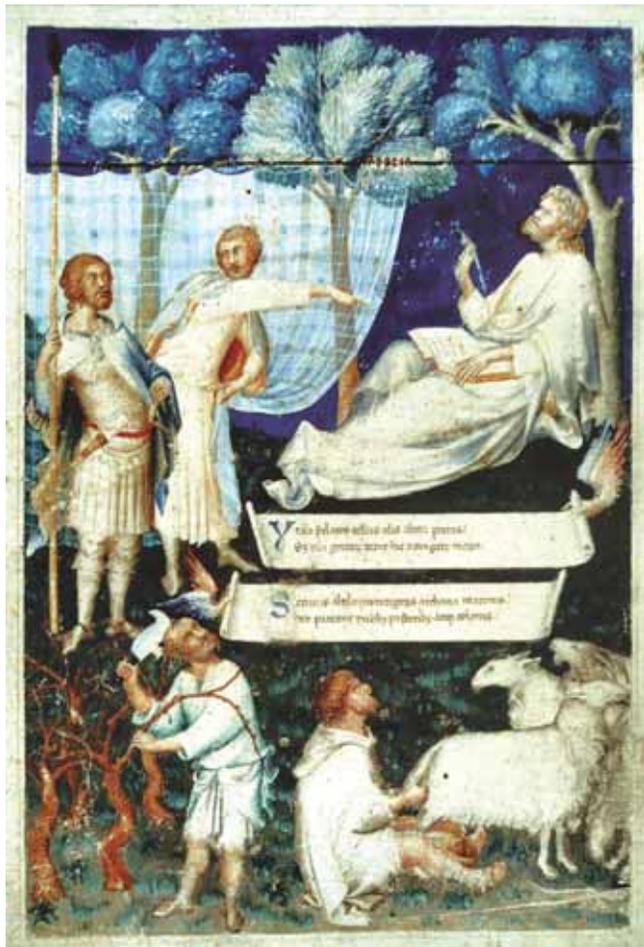


¹⁰ «Haec enim gentes illas populosque omnes, omnibus artibus, qui liberales vocantur, instituit. Haec optimas leges edocuit. Haec viam ad omnem sapientiam munivit, haec denique praestitit, ne barbari amplius dici possent» (VALLA, De linguae latinae elegantia libri sex, prefacio).

alemán, Ulrich von Hutten, conmina a la barbarie: “barbaries, exillium prospice”. A la barbarie la representó en unos versos el humanista Pedro Mártir de Anglería, con rasgos de repugnante mujeruca de aspecto brujo, sucia y tartamuda, que huía de España (pidiendo marineros que la ayudasen a embarcar), expulsada, arrojada por obra de Nebrija. Es bueno evocar ahora a Nebrija, porque harían falta sus consejos y sus labores para poner remedio a males hodiernos, para restaurar las humanidades y reparar urgentemente las penurias de su ausencia.

Restaurar las humanidades, reparar su ausencia. Eso no equivale a abandonar ningún hallazgo, ni a desaprovechar ninguna ruta. Porque aprender nunca es renunciar. La objeción menos fundada que pueda hacerse a cuanto aquí se desea formular, sería ésta: fomentar el aprecio a la cultura clásica sería el menosprecio de la cultura actual, el rechazo a todo lo que hoy está vigente, lo que nos permite vivir plenamente en nuestros días. Antes al contrario, la cultura que llamamos clásica es la que facilita el pensar, la que da ánimos al entendimiento, la que otorga reposo a la fatiga del obrar. Aún más: es la que constituye el más antiguo de los comienzos.

Entre las páginas más aleccionadoras y más congruentes con lo que aquí se propugna, me han pare-



Frontispicio del códice de Virgilio, encomendado a Simone Martini por Francesco Petrarca.

cido siempre las que dan inicio al informe acerca de la física nuclear escrito por Werner von Heisenberg¹¹, el revelador del principio de la incertidumbre de la mecánica cuántica, el cual, al comienzo de su exposición, hace comparecer a Leucipo y Demócrito, los atomistas de la Filosofía antigua.

¹¹ “Die gegenwärtigen Probleme der Atomphysik”, publ. *apud* Arthur HÜBSCHER. *Deutscher Geisteswelt*, Hanau, Dausien, 1956, II. p. 327 ss.

Además, la adopción del mensaje de aquella cultura aporta los ingredientes que nuestra sociedad necesita: la sublimación de las intenciones, la solidez de los principios, el manantial de las ideas. Es urgente aprovecharla, convertir en útil admiración el actual desdén y abandono. Corregir también los desgarros, los desafueros que ese desdén produce.

No todo es hoy así.

Felizmente también se escuchan ahora advertencias oportunas, enérgicas, que fustigan la zafiedad, la estridencia, la estolidez, la odiosa cerrazón de la ignorancia, el engreimiento de la necedad, las aristas de la descortesía, el envenenamiento paulatino de las mentes y aun de la naturaleza que nos circunda y que padece los desatinos de una mal llamada modernidad. Son las advertencias de quienes a la vez reclaman el urgente retorno al humanismo, a la disposición ordenada y diáfana de la mente, a la urbanidad humana cuyas raíces europeas se embebieron de la Cultura Clásica.

Por fortuna se alzan tales voces que denuncian el mal y lamentan sus efectos. Sean bienvenidas. Ojalá el desierto reconozca esos ecos que en su silencio claman.

LA CULTURA COMO ESPEJO

Cuando el hombre pide algo a la Cultura, seguramente, aun de forma inconsciente, lo primero que reclama es que le sirva de espejo. La primera aproximación a ella se busca en el auxilio de sus reflejos, porque la cultura es del hombre y ha de servirle para conocer y perfilar su imagen. En ello se reconoce a la cultura del Huma-



Portada grabada "Utriusque cosmi maioris..." Robert Fludd, 1617

nismo, que se basa en el famoso aforismo que hace al hombre medida de todas las cosas. En el gesto y en la apostura, en la configuración de las ideas, en el recuerdo de la propia vida y en las apetencias del futuro, en el comportamiento humano y la conciencia de sí mismo, de su limitación y de su creatividad, está la posibilidad de ampararse en el entorno espiritual que viene de generaciones y que constituye un sólido apoyo y una garantía de acierto. La circunstancia orteguiana está, por supuesto, empapada de cultura. Porque lo circundante no es sólo lo que ahora rodea a cada uno; sino también lo que es residuo secular de la obra de los hombres y está presente, como legado y como promesa.

La Cultura Clásica ha sentado muy bien, como un traje a medida, a los hombres de otros tiempos. El más hermoso espectáculo espiritual de la Historia de Europa, el más placentero y alentador, acaso sea contemplar al hombre del Renacimiento en el espejo de su Cultura Clásica, porque uno y otra se corresponden de modo admirable. No porque ese *specimen* humano sea otro Homero, otro Virgilio u Horacio o Séneca, sino porque lo que éstos construyeron está en aquél, como un eco deliberadamente buscado, cuidadosamente aunque tal vez por obra de artificio resucitado, renacido. No sabemos qué hubieran pensado Cicerón o Platón si hubiesen podido leer páginas de Pico de la Mirándola o de Ficino; pero sí sabemos que éstos incrustaron su forma de pensar y de sentir en el modelo que griegos y romanos habían creado. Y ello produjo buenos frutos.

Seguramente el espejo no da la figura exacta de lo reflejado. En la imagen que ofrece o, mejor dicho, en la efigie que ve el que mira hay un sinfín de cosas más, amén de algunas deformaciones. El que mira ve lo que él quiere ver, lo que selecciona para ser visto, a lo que aspira, lo que en sí admira o desdeña, su alegría

y su decepción, su suerte y su infortunio. ¿Qué es lo que el hombre de nuestros días podría ver si quisiese acudir al espejo de la Cultura Clásica?

En primer lugar, el reflejo de su valentía. Cuando el hombre del atribulado siglo XXI mira hacia adelante, lo hace consciente de los horrores que quedan atrás, de las insensateces de tantas aventuras y las ridiculeces de tantas creaciones, pero consciente también de que su evocación no lo hace desfallecer. Al aproximarse a cada nuevo año, lo contempla con un gesto de optimismo; no es sólo que lo espera próspero o que lo desea afortunado, sino que exige que sea así, le impone su propia decisión de progreso; los científicos prometen para sólo un par de decenios la curación de males que atribulan aún a la Humanidad y la revelación de misterios que rigen las leyes del universo. La cultura clásica cobijó justificadamente en el Renacimiento parecidos optimismos y contribuyó en la época ilustrada a animar en modo ingente el enriquecimiento de las ideas.

En segundo lugar, la confianza en sus saberes. Porque lo que sabemos no es el producto de vanas quimeras que puedan fácilmente deslizarse por la pendiente que conduce al caos, de la mano de la improvisación desordenada. Es una síntesis milagrosa y escalonada de muchos hallazgos que llegan a nosotros hoy, no como una rémora onerosa, sino como un aval confortador.

En tercer lugar, la capacidad de reposo. Ningún camino se recorre ni provechosa ni placenteramente, si no se dispone del amable refugio para aminorar el paso, acallar momentáneamente las impacencias y poner orden en la misma ruta.

Y también, el respeto. Porque está basada en la fiel transmisión de riquezas antiguas, la Cultura Clásica



La verdad, el Tiempo y la Historia. Francisco de Goya, entre 1797 y 1800.

impone precisamente la reverencia a lo conservado y transmitido. Proteger lo ya conseguido, *parta tueri*, era un lema irrenunciable de los antiguos. Reverenciar la vieja gloria de Grecia exigía el romano Plinio¹². El respeto es una garantía, pero también una norma; es una seguridad, pero también una exigencia.

¹² Reverere gloriam veterem et hanc ipsam senectutem, quae in homine venerabilis, in urbibus sacra est» (PLINIO, epist. a Máximo, lib. VIII, epist. XXIV).

La Cultura Clásica no será la Verdad. Es demasiado multiforme y compleja para acomodarse a una sublime receta infalible. Ni siquiera podrá decirse que ha representado, a lo largo de los siglos, el hallazgo de la Verdad. Pero hay dos rostros en el *Bestreben* humano: el hallazgo y la búsqueda. Una famosísima idea de Lessing formuló una de las grandes osadías que precisamente marcan la valentía de los genios porque dan la medida de su incomparable incongruencia, cuando afirmó preferir la búsqueda de la verdad a la verdad misma.¹³

Tal vez la Cultura Clásica no sea la Verdad. Pero sus hitos encauzan con precisión el camino. Y lo flanquean de belleza.

LA CULTURA HA DE REVIVIRSE

En el diálogo, que hoy tanto importaría fomentar, del hombre actual con la cultura clásica, ¿qué es lo que ésta debería esperar de nosotros? La eterna donante que es, ¿podrá también ser receptora? Me parece que no sólo lo es, sino que seguramente está, por así decir, impaciente de que nuestro tiempo le otorgue su don, su parcela de bien perenne, que acomode en las duraderas estructuras de su propio acervo.

Considerar a la Cultura Clásica como una esfinge inerte y muda es una idea harto triste y desafortunada.

¹³ “El valor de un hombre no está en la verdad que posee o cree poseer, sino en su sincero esfuerzo por llegar a poseerla; pues no la posesión de la verdad, sino su búsqueda es lo que aumenta la fuerza y hace progresar en la virtud. Si Dios tuviese encerrada en su mano diestra la verdad, y en su izquierda sólo el anhelo ardiente de ella y la condición de errar eternamente, y me diese a escoger, tomaría su mano izquierda humildemente y le diría: Padre, esto dame; la verdad pura te pertenece a Ti solamente” (LESSING, “eine Duplik”, 1778, *Sämtliche Schriften*, XIII, Leipzig, 1897, ps. 23 s).



Allegoría de la ciencia, Vinckeboons, David (1576-1629).

Naturalmente, también es torpe creer que, para que pueda sobrevivir, haya que atiborrarla de novedades.

Ambas concepciones son, sin embargo, muy frecuentes y arraigadas, patentes ya de forma expresa, ya larvada. No se olvide: la verdadera cultura está siempre viva, pero también repele las mezquindades con que se la pretenda revestir, de igual modo que a un Hermes de Praxíteles no le conviene vestir de pantalón y guerrera. Transmitir es ennoblecer; y ennoblecerse es no envilecer ni trivializar.

El hombre de hoy puede hacer ciertamente algo, quizá mucho por la cultura clásica, como el de otras edades hizo. No ha de ponerle añadidos de ahora, ni mucho menos hacer vulgar lo que es sublime, no colocarla a nuestro nivel cotidiano. El Señor anda también entre pucheros, decía Santa Teresa. Sí, pero sin olvidar que es el Señor.

Tampoco ha de surtirle a la Cultura de cosas que no pide ni necesita. Lo que sí conviene –a nosotros más que a ella– es conocerla y amarla, sentir que nos vivifica el pensamiento y nos caldea el corazón. Hacérnosla

propia es ya darle algo nuestro. Porque claro está que la Cultura clásica ha de estar en nosotros, la vemos a través de nosotros. El regalo que la Cultura clásica puede esperar del hombre de hoy, como del de otros tiempos, es que trate de revivificarla; de sacar de su letargo, con un gesto de amor, a esa Bella Durmiente, siempre capaz, siempre deseosa de despertar en la plena belleza de sus atavíos, en su constante juventud.

Resucitarla, pero no con bebedizos artificiales, que emponzoñen su despertar, sino devolviéndole, como a un árbol añoso, su propia savia, para que no se interrumpa el curso de su vida, para que no amarillee su verdor, para que no se convierta en un inerte tronco fenecido a merced de leñadores mercenarios, sino que sea un robusto tallo vivo, que siga brindando el frescor de su sombra, el parpadeo de su follaje y el gozoso rumor de sus ramas, el sabroso mosto de sus frutos.

LA CULTURA HA DE APRENDERSE

Se me antoja pensar que en la enseñanza de nuestros días no se insiste suficientemente en la necesidad de aprender. Se rodea tanto la docencia de elementos que hagan agradable la tarea y le doten de amenidad para que el alumno no se desanime, de variedad para que no se dé cuenta de lo que hace, que finalmente profesores y discípulos quizá se olviden de que lo son.

Seguramente en otras épocas se abusara de la árida machaconería de la “lectio repetita”, de la “censoria férula”¹⁴,

¹⁴ La expresión es de MENÉNDEZ Y PELAYO en su “Epístola a Horacio”.

de la inapelable fórmula del “magister dixit”, pero habría que evitar el vicio contrario: el de fomentar más el hacer o practicar que el saber, que es corolario del aprender. No son sin embargo (y el buen maestro lo supo y lo sabe) conceptos contrapuestos. Hacer, si se trata de hacer bien, supone precisamente, inseparablemente, el saber hacer. Sería malo que en nuestros días se fomentase efectivamente el fácil recurso de incitar a obrar, a improvisar, por un insaciable prurito de velocidad, en detrimento del aprendizaje, que tiene por meta el saber. Las rutas del saber son arduas y pinas, pero conforta la esperanza del reposo y del panorama que aguarda en la cumbre.

Felizmente en nuestras aulas la Cultura, animada por saberes siempre nuevos, incluso asombrosamente inspiradores, sigue siendo el camino y la meta para estudiosos y enseñantes, pero podría advenir que por huir acaso de una pedantería petulante se opte por primar una cierta timidez, un medroso deseo de no aparentar que, si por un lado es laudable modestia, por otro cae en contentamiento de ignorancia, como si ello fuese un mérito y no una carencia. La ignorancia puede ser un peldaño para la ciencia, la “docta ignorancia” de los sabios de otrora, la del Cardenal Cusano, pero no una renuncia a proseguir aprendiendo, no una resignación ni una indiferencia. Podría darse —ojalá se evite— hoy un culto a la medianía, una exaltación de lo mediocre. Ello equivaldría a fomentar miedo de ostentar sabiduría; no está mal, pero puede conducir a tener miedo de saber. Frente a esa tentación, hay que oponer valientemente el aldabonazo sonoro de un gallardo dicho horaciano: “aude sapere”: “atrévete a saber”¹⁵. Esa

¹⁵ HORACIO, epist. I, 2, 40.

es la mejor recomendación para quien se asoma al aprendizaje, porque es un alentador acicate, un desafío valeroso, una exigencia ineludible y también la prenda de una promesa. Atreverse a saber es un acto de voluntad, una labor y una esperanza. Hay que tener la modestia de no saber, pero también y sobre todo la sagrada osadía de querer saber. Y es posible – me atrevo a pensarlo– que la Cultura Clásica, aquella que se enseñaba en aulas de antaño, sea un fértil medio para tal osadía. La cultura nunca debe proporcionar vanagloria, sino precisamente atestiguar humildad. El discípulo ha de saber serlo, ha de querer serlo siempre, joven o anciano, (como lo declara por cierto el humilde autor de estas líneas).



Para ello hace falta execrar la indolencia, vencer el desánimo, repudiar la cínica abulia del holgazán y ponerse a la obra. Un humanista del Renacimiento, Leonardo Bruni, vino a decir: “Ojalá supiésemos o, por lo menos, quisiésemos aprender”¹⁶. Para eso hace falta rigor, disciplina, afán. Y hace falta estudiar.

La palabra estuvo indisolublemente unida a quienes se empeñaron en fomentar en otras épocas el cultivo

¹⁶ “Utinam vel sciremus vel etiam discere vellemus” Leonardo BRUNI, *Dialogi*.

Fleuron del libro *El educado instructor; o, museo de la juventud*.

de las enseñanzas clásicas, de las letras humanas. Un biógrafo de Alfonso el Magnánimo, el monarca al que tanto se atribuyó en su tiempo de protección de las humanidades y de entusiasmo por ellas, refiere que a menudo, cuando veía a algún joven ocioso, le decía: “¡vayte a estudiar!” Y también se dice de un ilustre hombre de la cultura, de la erudición, pero también de la acción, de las armas, de la política y de la diplomacia del Renacimiento español, Diego Hurtado de Mendoza, que frecuentemente recomendaba a sus amigos simplemente: “estudiemos”.

La Cultura Clásica a ello enseña. Y para ese fin, me parece que no habremos de dejar de la mano a Platón y a Virgilio, a Sófocles, Tucídides, Suetonio, ni a Petrarca o al Dante, ni a Cervantes ni a Garcilaso, pero sin soltar de la otra a Newton, Einstein y a Planck. Para ser fieles a la Cultura Clásica hay que saber escuchar la música de las estrellas que oía el sabio Pafnucio, pero también oír cuando la misma música se sumerge en un agujero negro de los que advirtió Stephan Hawkins. Habrá que perderse en el movimiento del interior de un átomo con la guía de Niels

Bohr o de Lord Rutherford. Habrá que asombrarse en los laberintos cuánticos, atender al prodigioso gato de Schrödinger y a la desconcertante incertidumbre de Heisenberg, atreverse a dar crédito a las propiedades del bosón de Higgs, otear la enormidad del universo o acaso su multiplicidad, y al analizar el átomo, no olvidarse de los filósofos griegos que por primera vez le dieron nombre. Apremiar los resultados del microscopio y el telescopio y hacerlo hojeando los también hoy aleccionadores versos de Lucrecio. Y asimismo admirar los logros del dominio del espacio, de las perspectivas de la robótica, que abre insólitas puertas al porvenir. Las indagaciones del mundo de hoy, el estupor de sus hallazgos, se parecen al taller en el que Fausto medía sus fuerzas con lo imposible.

Tal vez ninguna época de las pasadas haya sido tan proclive a entender las Metamorfosis de Ovidio en un sentido traslaticio y sugeridor. O ningún tiempo fue tan proteico como el hodierno. En nuestros días felizmente se aspira a dotar de artificios a la inteligencia, a facultarla para traspasar límites ignotos. ¿No es esto acercarse al dominio de los mitos? ¿Y utilizar sus rutas?

Nuestra era actual posee los medios. Su ciencia los enseña.

Porque todo eso creo que hay que conocerlo, que estudiarlo, que interpretarlo. Más aún, hay que poder insertarlo en la cadena del tiempo y del espíritu que es aquella cultura,

Es decir, nunca hacer borrón y cuenta nueva, sino actuar de modo que la cuenta nueva, lejos de emborronar y cancelar la antigua, sea siempre su feliz y fértil continuadora.

Es decir, ni abandonar las lecciones de ayer, ni omitir las invenciones de los saberes de hoy, porque las dos forman parte de nuestro imprescindible aprendizaje, que requiere dos cosas indispensables: amor y esfuerzo.

Pero a mi entender esto no significa simplemente acomodarse al tiempo, diluirse en la modernidad, sino completar el presente con el pasado, el recordable principio con el avizable futuro.

Celebró Goethe como el mayor triunfo humano el de quien sabe unir el fin de su vida con el principio¹⁷. (¡Ahí es nada!). Pero eso valdría para algo más que para la mera vida de un hombre. Refiriéndose a los Misterios de Eleusis, felicitaban los griegos a quien, acabada su vida, hubiera conocido el fin y el comienzo de las cosas, que sólo los dioses enseñan¹⁸.

Si el ayer puede hacerse combatible con el hoy, de suerte que éste repose sobre las huellas de aquél, se habrá logrado la síntesis que cualquier cultura reclama. Atendamos, pues, con decisión y gusto lo que la ciencia, la técnica y la pedagogía actuales nos ofrecen, al tiempo que recitamos las lecciones del clasicismo que nos precedió. O, dicho de un modo que tal vez concuerde con el temario de este libro: apliquemos la realidad y veneremos el mito.

¹⁷ „Der ist der glücklichste Mensch, der das Ende seines Lebens mit dem Anfang in Verbindung setzen kann“. „Sprüche in Prosa“ 133.

¹⁸ Ὀλβιος ὅστις ἰδὼν κεῖν εἷς ὑπὸ χθόνι· οἶδε μὲν βίου τελευτάν, οἶδεν δὲ διόσδοτον ἀρχάν. (Píndaro, Trenos, fr. 137).

LA CULTURA Y EL TIEMPO

Suele argüirse, en detrimento del retorno a antiguas culturas, que no es lícito ni saludable volver atrás; aún más, que ello denota nostalgias reprobables e infructuosos retrocesos. Que, por el contrario, es preciso acomodarse al tiempo, conciliarse con él, aceptar sus novedades, contemporizar. Se emplea para ello un término italiano, que puso en boga hace décadas el movimiento que, en el seno de la Iglesia Católica, vino de la mano de un Pontífice y de un Concilio innovadores: el *aggiornamento*. El término es más sugestivo que convincente y pudiera acarrear engañosas y dañinas consecuencias. Dejarse llevar del tiempo puede ser admitir la marcha de las cosas y las ventajas de lo joven y nuevo, pero también rendirse a abandonos negligentes, a renunciaciones penosas. Escribió un humanista español del siglo XV: “no vayamos tras el tiempo; forcemos el tiempo tornar a nosotros”¹⁹.

No otra cosa, desechar el tiempo y renacer al pasado, fue en su día la vuelta a las letras restauradas. Y fue el más floreciente espectáculo de la Historia de la Cultura europea. No sólo eso: aquel retorno al pasado fue el más poderoso y gigantesco paso adelante que dieron los europeos de todas las edades.

Se reprocha también que apegarse a la Cultura de ayer faculta para imitar pero no para crear. No es así. Desde luego, no podrá el hombre, como enseñó Heráclito, bañarse dos veces en el mismo río, porque el agua fluye constantemente y continúa²⁰, pero sí escoger aquella corriente que tantas orillas ha regado y tanta aurífera arena ha arrastrado. Porque el que así

navega, lejos de repetirse o de innovarse, antes bien recoge, renueva, recrea, y ello en el cauce rico que lo acoge y lo impulsa

Quizá se diga también que propugnar el cultivo de la Cultura Clásica sea fomentar el inmovilismo, negar el paso al perfeccionamiento que todo cambio lleva consigo. Verdad es que el propósito de la Cultura no es sino hacer más sabios, más prudentes a los hombres, ayudarles a que se expliquen mejor su ser y su contorno, sus capacidades y sus limitaciones; no ciertamente hacerlos cambiar. Ello es cierto. Pero queda por ver si los cambios acarrear necesariamente un perfeccionamiento. Ya señaló una vez y muy oportunamente Ramón Pérez de Ayala que “el cambio no es un perfeccionamiento. Si un peral se cambiase en manzano no por eso se perfeccionaría. Se perfecciona el peral que produce mejores peras cada año”²¹. No es a cambiar a lo que la Cultura clásica abre rutas, pero sí a caminar por el sendero del entendimiento, hecho más lúcido y más rico, más apto para descubrir y para crear. No a transmutarse en plantas nuevas, sino a dar mejores frutos.

No se me oculta que hay quienes hoy día quizás objetan que esa Cultura Clásica de que aquí trato no es sino un inútil trasfondo, semioculto por la marea del tiempo, sepultado e irresucitable. Si así fuese, muertos estarían Homero y Virgilio, Petrarca y Cicerón. Y si así fuese, no aprovecharía nada rebuscar en viejos desvanes libros empolvados o en anticuadas escuelas manuales de griego y de latín, o en vacíos coros conventuales misales carcomidos o antifonarios ininteligibles. Mejor sería entonces —se-

¹⁹ Juan de Lucena, *De vita beata*.

²⁰ DIELS, 22 B 91.

²¹ Ramón PÉREZ DE AYALA, ensayo introductorio a *Paisajes de Reconquista* de Juan DIAZCANEJA, 1925, p. 31.

gún ellos— aplicar la recia vulgaridad de la expresión cotidiana, la corta ciencia del hombre de la calle, el somero vocabulario del coloquio trivial, la urgente noticia de la inmediata actualidad. Eso sería la naturalidad que requiere nuestro mundo, en el que sería mejor disfrutar de tal naturalidad, y aun de la crudeza auténtica que suele acompañarla, que investigar los refinamientos inútiles o recrearse estérilmente en la imitación de las formas del pasado.

Tal sería verdaderamente un bien triste panorama.

Es verdad que la naturalidad es mejor que el artificio (salvo que aquélla sea como suele dañina y brutal). Es verdad que hay que preferir la pureza y la sencillez a la artificiosidad, que se debe escoger lo genuino y no lo rebuscado, lo original y no lo añadido. Pero queda por saber dónde está la pureza, la originalidad y la quintaesencia. Porque sucede ciertamente que tal pureza no se halla en lo más visible, lo inmediato, lo que no requiere estudio ni investigación: es decir, lo sólo aparente; es decir y ahí está el busilis del asunto lo más fácil, lo menos costoso, lo que está al alcance de cualquiera. Pero es que eso precisamente no suele ser lo genuino, sino al revés, es sólo lo externo, lo fútil, lo torpe e innecesario: la corteza de la realidad. La corteza engañosa, que resueltamente no es la esencia de la planta. En un árbol, lo más visible es la ruda y áspera corteza, que araña los dedos y no engendra sino molestia, no alberga sino suciedad o no produce sino corcho; por dentro circula la savia viva, dentro está la madera preciosa. Y basta también sólo levantar los ojos para poder recrearse en la armoniosa estructura de las ramas, en la verde hermosura de las hojas. Basta sólo levantar los ojos; pero hay que hacer el esfuerzo de levantarlos. Porque lo fácil es contentarse con lo que está al lado, con lo

que roza. Lo difícil es profundizar en el origen que se oculta, milagrosamente vivo, dentro y debajo. Lo fácil es contentarse, lo difícil es esforzarse y buscar.

Mi consejo, pues, es que desechemos la corteza inmediata, próxima, y busquemos algo más: busquemos el ébano y no el alcornoco. Y cultivemos el árbol, el árbol precioso y rico, la admirable expansión de su ramaje, el sabor de sus frutos, el colorido de su follaje; intuyamos o investiguemos la fuerza que se esconde, vitalizadora y poderosa, en su recóndito interior, que viene de sus raíces, firmes y ocultas, bien asentadas en una tierra fértil, que generaciones cultivaron. No sea que, de puro olvidar la frescura de las hojas o el tesoro de la madera o el vigor de las raíces, nos quedemos efectivamente sólo con la fea corteza, surcada por un “ejército de hormigas en hilera”, o con un interior que, a fuerza de olvidarlo, haya quedado vacío y podrido, y en el que “urdan sus telas grises las arañas”, como en el olmo de Machado. Si de tal árbol, sin savia y sin raíces, abandonado y seco, nacen acaso unas hojas verdes, será verdaderamente sólo un “milagro de la primavera”.

Sin embargo, el tronco añoso de la vieja Cultura Clásica nunca está muerto, nunca seco. Aún abandonado, aún confinado en un rincón del paisaje, sigue con fuerza para embellecer todos sus parajes, para recrear, para fomentar. No es árbol podrido, nido de insectos, sino tallo pronto a retoñar.

Para entenderlo así, en cualquier tiempo y momento, basta sólo con estar persuadido de algo tan fácil y a la vez tan arduo de entender, como es la perennidad. Quien reconoce lo que de perenne hay en las cosas, quien se cree capaz de serlo él mismo, ése entiende el valor de la vieja cultura. “El arte moderno se sabe mortal y en eso consiste su modernidad” escribió

Octavio Paz²². Puede que la Cultura Clásica se supiera sempiterna y en eso radique su perennidad²³.

LA CULTURA COMO REMEDIO

A todos los argumentos en favor de la Cultura Clásica, del cultivo de las Humanidades como fondo vivo de nuestra formación, se opone una objeción que no puede soslayarse. Es ésta: ¿es que verdaderamente la cultura clásica es esa savia viva de que se habla? ¿No será más bien un recuerdo inane, un innecesario bagaje que de por sí y por el tiempo se ha hecho ya inservible? ¿No será sólo obra de viejos que sólo a ellos atraiga y justifique? ¿Obra de esos viejos de los que Aristóteles dejó dicho en su *Retórica* que viven más del recuerdo que de la esperanza?²⁴ O, por el contrario, ¿por qué la cultura clásica habría de ser aún hoy y para todos válida y conveniente?

La respuesta deberá consistir en investigar qué es lo que tal cultura ha dado a nuestra civilización y qué es, por tanto, lo que presumiblemente pueda seguir dando. Un humanista germano del siglo XVI escribió esto: “Juzgaban los latinos que con el estudio de aquellas disciplinas no sólo se pulía la lengua, sino que se corregía la brutalidad y la barbarie de los ingenios”. Y corroboraba: “porque con la cultura se desprenden los más de su índole silvestre, y se suavizan y aplacan los espíritus”²⁵.

²² *Los Hijos del limo*, 1974.

²³ “Monumentum aëre perennius”, como sabía Horacio.

²⁴ *Retórica*, II, cap. XIII, 12.

²⁵ “Iudicabant illi nimirum harum disciplinarum studio non linguam tantum expoliri, sed et feritatem barbariemque ingeniorum corrigi. Nam cultu perinde ac plerique silvestrem indolem exuunt, mansuescunt ingenia cicuranturque” (MELANCHTON, *Encomion eloquentiae*, 1523, III, 51).

Es lo cierto, sin embargo, que ni la época de aquel humanista, Melancton, ni aquellas doctrinas que él y los suyos contribuyeron a difundir, resultaron aptas para fomentar la paz ni la suavidad de los tiempos; antes bien, fueron tiempos abundantes en odios, en intolerancias, en persecuciones. Hasta la Religión se convirtió en fuente de discordia, la convivencia de los espíritus se hizo ardua o imposible. ¿Dónde quedó, pues, la mansedumbre que la cultura presuntamente acarrea?

Se perdió en el bátratro de las pasiones. Porque sería hermoso pero ingenuo creer que la educación venza a la fiereza de la brutalidad humana. Pero en aquella época se puso de manifiesto que los espíritus selectos, aquéllos que propugnaban la cultura, fueron promotores de oasis de entendimiento, de feraces campos de comprensión creadora. Ellos se esforzaron en hacer prevalecer su palabra frente a la injusticia y la amenaza pugnaz. O cayeron precisamente entre las víctimas más eximias: así Tomás Moro, paradigma del humanismo católico, vencido por la brutalidad. Y ellos son los hombres que recordamos como impulsores de un mundo que deseaban más sensato.

Lo que pasa es que hay épocas en que para hallar la sensatez, hay que buscar refugio en la Utopía.

Pero la Historia de entonces y de después se curó de demostrar que aquél era el mensaje bueno, aquélla la lección provechosa. Tanto, que la doctrina de los humanistas de entonces pervivió para transmitir serenidad, equilibrio. Paz. Para algunos, incluso excesiva paz; juzgaban que el irenismo de un Erasmo era demasiado utópico, porque condenaba toda guerra y quería proscribir toda amenaza de los hombres contra los hombres. Pero ésa ha sido después y es hoy la meta de las gentes civilizadas.

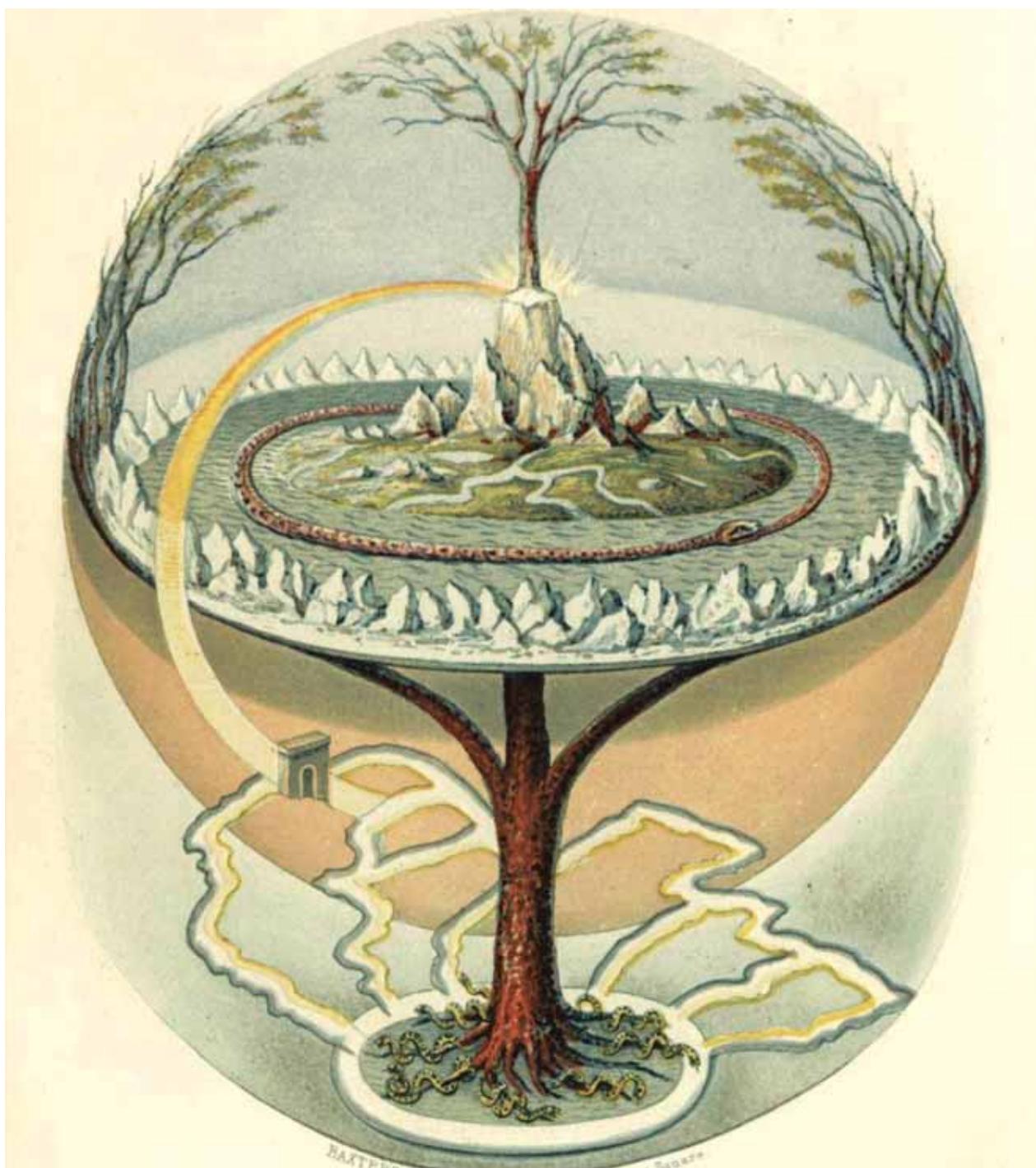


Rubens pintando la alegoría de la paz. Lucás Jordán, hacia 1660.

No es, pues, que la cultura pueda imponer la mansedumbre y hacer primar la sensatez; sino que aspira permanentemente a ello. Que es una escuela de serenidad, un lampo de entendimiento. En las cosas grandes, ya es bastante con haberlo intentado, proclama un adagio clásico.

Para concluir.

Amigo lector: yo desearía aquí haber acertado a conjugar los recuerdos mitológicos, las descripciones de personajes de la Antigüedad o del Renacimiento, la secular senda de mitos y de realidades, con los medios, siempre disponibles, de aquella cultura que los antiguos nos legaron, quizá conscientes del regalo que nos entregaban. Porque la Cultura no sólo es el método o el camino, que ambas cosas significan lo



Fresno, árbol de la vida en la mitología nórdica. Atribuido a Oluf Olufsen Bagge, 1847.

mismo, no sólo es un disfraz de la circunstancia, sino también un escenario que se ofrece, un panorama que se descubre, una perspectiva que se desvela.

O la capacidad para hacer de ella un pedazo de nosotros mismos.

UN UMBRAL A LA VIDA

Pero entonces, la Cultura, no la clásica sólo, sino toda cultura ¿es de verdad algo para el hombre? ¿Es una medicina para sus desconsoles, es un espejo para su conocimiento de sí propio? ¿Es un mecanismo para entender el entorno, para sentirlo? ¿O no será, por el contrario, un vacío nombre con el que falsamente queremos liberarnos, desde hace siglos, de los miedos y los horrores, de las guerras y las dolencias, las desesperanzas y las pesadillas? ¿Un recurso? ¿Una mentira? ¿Una presunción?

Ésta es ciertamente la más atroz de las interrogantes. No tiene respuesta. Porque la cultura procede de la razón humana y la razón no traspasa los límites, más allá de los cuales está el Érebo, el vacío que devora, el abismo sin fondo. Allí no valen los hexámetros, las odas, las máximas, las epístolas. Tampoco los electrones, los bosones, la magnitud de las estrellas.

Todas las civilizaciones, es más, todos los hombres han tocado alguna vez ese límite aterrador.

Entonces la cultura no sería más que un engaño, una tapadera que falsamente recubre la autenticidad del pozo que nos encierra, un ñoño remedio para las candentes cadenas que inevitablemente nos aherrojan. Y entonces habría verdaderamente que arrasar la biblio-

teca de Alejandría y quedar solos, inermes, desnudos pero genuinos ante nuestra vida, vaciada la mente, yertos y secos los sarmientos, prestos a la hoguera.

¿Será así? O, antes bien, ¿no será precisamente ése el encuentro con el mito? Cuando se lee una tragedia antigua, cuando se deja al espíritu que se deslice por la abrupta pendiente que presiente la sima, se advierte a menudo la trepidación que acompaña o precede a todo misterio humano. Es posiblemente que se llega a los confines del mito. Mil veces se ha definido el mito, se han trazado las diversidades que lo separan de la leyenda, se han formulado conjeturas del origen, del significado de los mitos, se ha tratado de profundizar en su lenguaje, a veces simbólico, a veces profético, a veces poético, revelación a veces de un pasado histórico inextricable o inextricable. Nada más.

Pero cuando uno se halla de verdad a las puertas de un mito, cuando hondamente se escruta su faz enigmática, o cuando se intenta pisar su dintel, podrá advertirse otro recóndito sentido de la cultura que decimos clásica, que explique quizá su pervivencia, la perenne utilidad de su lenguaje, que está próximo al misterio, capaz si no de desvelarlo, sí de hacerlo vecino de nuestras ideas y sentimientos. En suma, de abrir una nueva vía de conocimiento.

Y entonces se podrá sentir que aquello que, seguramente con término débil e inexacto, denominamos, por hacerlo de algún modo, la Cultura Clásica, sea no sólo una pauta de razón, sino también una llamada consoladora, una solución rica, inagotable, multiforme, al arduo jeroglífico que llamamos vida.



EPÍLOGO

Reposa la estructura de este libro sobre tres ideas o bien son tres puertas las que le dan acceso. Habrá que aceptar que no son temas a primera vista muy bien avenidos.

De un lado está la dicotomía de **Mito y Realidad** que en su título se anuncia y que subyace, de una manera u otra, a los demás componentes del temario, a los que confiere una ambivalencia que puede ser que a veces sitúe sus avatares, u otras los confunda y desvirtúe. Es una reveladora circunstancia el hecho de que la Mitología conservó esa relación entre Mito y Realidad. Eso tuvo su demostración cuando los dioses se convirtieron en antepasados, cuando la Mitología casi pasó a ser Historia. Los prohombres de lo que llamamos la Grecia clásica se tuvieron por descendientes de los seres mitológicos, como si su cuna hubiera sido el Olimpo, sus iniciales goces hubieran tenido lugar en el Parnaso.

Fue una singular fortuna para la Modernidad el hecho de que la Antigüedad nunca haya podido ser dada por fenecida. La sutil cinta entre los dioses, los héroes y los hombres no llegó a romperse, de suerte que Prometeo pervivió entre unos y otros. Julio César se tuvo por descendiente de Venus, las Tres Gracias han sido permanentes figuras del Arte de todas las épocas, Afrodita sigue naciendo entre las olas, Europa ha arribado a Occidente y la Eneida es el gozne entre Troya y Roma. En suma: Mito y Realidad han hallado una efectiva convivencia. Y esto es así porque el Mito y la Realidad no se contraponen ni se necesitan.

Pero seguramente conviven, porque comparten sus esencias. Nadie menos que Hesiodo ya lo advirtió cuando dejó una solemne constatación, la de que los primeros hombres vivieron como los dioses (ὥς τε θεοὶ δὲ ἔζωον¹).

En este libro, el segundo pilar lo constituye la Diplomacia, que ha venido siendo objeto de muchas de mis observaciones y descripciones en anteriores libros y cuyos remotos vestigios se hace aquí coincidir con seres, paisajes y sucesos de la Mitología. A ellos se acompaña el relato de concretos momentos de su Historia, en este caso ubicados en sendas épocas alejadas de nuestro tiempo y entre sí distantes: el Egipto ptolemaico y la Italia prerrenacentista. No han sido elegidas al azar. En una, se manifiestan vestigios de Religión y Mitología, alumbrados (consiéntase la expresión) por un resplandor que es tenido por maravilla del mundo antiguo. Sobre la otra planea la nube de una epopeya de fábula y Religión, que es juzgada obra magna de la Literatura, capaz de aunar Infierno, Purgatorio y Paraíso.

Finalmente, y si admitimos que del Mito a la Realidad ha habido sólo un paso, será lícito reconocer que lo dio la Cultura Clásica cuando tuvo la certeza de la fantasía. Las imágenes de los dioses y los héroes de lo que fue mundo antiguo se pudieron convertir en los actores de sucesos nuevos, de suerte que no se insinuara la cesura

1 *Los trabajos y los días*, vº 112.

en el tiempo ni en el traspaso de las ideas. Y Hermes, el perpetuo viajero de alas en los pies, fue el embajador de Zeus, portador de sus mensajes y representante de sus mandatos, mientras los heraldos griegos se hicieron en la posteridad garantes de la inmunidad de los Enviados, hasta en las Guerras contra los persas. En los comienzos de nuestra Era, Octavio Augusto blasonó en el Monumento Ancyrano de haber recibido embajadores de regiones remotas. Hermes devino Mercurio y continuó recorriendo el mundo con sus embajadas. La memoria de todo ello, el compendio en que se inscriben esos recuerdos y en el que se hacen asequibles a todos y en todo tiempo es la Cultura Clásica, que se hizo perenne y que sigue viva.

No sé si en estas frases habré cumplido un difícil objetivo, el de esclarecer al lector de este libro el propósito y la condición que a la vez lo fundamentan y animan. Se ha querido conducir sus capítulos por rutas irreales, remansarlas por relatos verídicos, cohonestar lo imaginativo de un rapto con el resultado de un logro y, a la postre, en páginas que quieren ser memoria y consejo, hacer votos por que esa cultura que llamamos clásica se mantenga y siga siendo a la vez fuente y vivero, ruta y cantera, guía del pensamiento.

Bajo esos epígrafes que preceden, lector amigo, puede que hallaras, si lo deseaste o lo consentiste, algunos de estos o parecidos rastros, recuerdos, ofrecimientos. Si no provechosos, al menos que te hayan sido gratos. ●

Columna del Templo de
Zeus en Atenas



ÍNDICE DE IMÁGENES

Portada	<i>Mercurio, Palacio de Amsterdam</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Amsterdam_Royal_Palace_2747.jpg
Guardas	<i>El Consejo de los Dioses</i> Autor: Rafael. Entre 1517 y 1518. Fresco en Villa Farnesina, Roma https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Raffaello,_concilio_degli_dei_02.jpg
Proemio	
Pág. 4	<i>El rapto de Europa.</i> Mosaico del Museo de Arles (Francia) https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mus%C3%A9e-Arles-Mosa%C3%AFques-Europe.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
Las Realidades de la Diplomacia	
Pág. 6	<i>Alegoría de la Paz (Eirene).</i> Autor: Ludwig Knaus. Entre 1850 y 1888. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Eirene_von_Knaus.jpg
Pág. 8	<i>Pax Optima Rerum</i> Placa trasera de chimenea en el “Friedenssaal” (salón de la paz) Ayuntamiento de Münster, Westfalia, Alemania. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:MuensterRathausFriedenssaalKaminplatte.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported
Pág. 9	<i>Aníbal y el Mensajero</i> Autor: Tito-Livio, <i>Historia Romana</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hannibal_et_messenger.jpg
Pág. 11	<i>Historia diplomática que sirve de introducción al arte crítico en esta materia</i> Autor: Maffei, Scipione., 1727 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Istoria_diplomatica_che_serve_d%27introduzione_all%27arte_critica_in_tal_materia_(1727)_%2814769328712%29.jpg
Pág. 12	<i>Cartas credenciales otorgadas por los Reyes Católicos a Cristóbal Colón. 30 de abril de 1492</i> Archivo de la Corona de Aragón- ACA-, CANCELLERÍA, REGISTROS, N. 3569 Barcelona
Pág. 15	<i>Sabiduría y Prudencia.</i> Autor: Francesco Rustici. 1610-1625 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Francesco_Rustici_-_Wisdom_and_Prudence.jpg
Pág. 16	<i>Julio Cesar y el embajador Divico</i> Autor: Carlos Jauslin. Siglo XIX https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Divico_und_Caesar.jpg
Pág. 18	<i>Retrato inglés del Conde de Gondomar.</i> C.1622-1625 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Fatte_Byshop_-_the_Black_Kinght_-_the_White_Knight_(BM_1868,0808.3215).jpg

La Diplomacia en la Mitología Clásica

- Pág. 20 *Zeus enviando a Hermes a una misión.*
Fragmento de un vaso griego antiguo
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Zeus_sending_forth_Hermes_and_Iris.JPG
-
- Pág. 23 *Pandora*
Autor: Harry Bates. 1891
Archivo: Harry Bates - Pandora, 1891, frente - en exhibición temporal en Tate Britain, agosto de 2010.png - Wikimedia Commons
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported
-
- Pág. 25 *Hermes acompañando a Príamo a postrarse ante Aquiles*
Autor: Homero. *La Ilíada*. Volumen 6 de la edición de 1720 traducida por Pope
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:THE_ILLIAD_OF_HOMER_\(translated_by_POPE\)_p6.173_24th_Book_Page_1799.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:THE_ILLIAD_OF_HOMER_(translated_by_POPE)_p6.173_24th_Book_Page_1799.jpg)
-
- Pág. 26 *Mercurio. Moneda de cobre. Suecia. 1718*
Archivo: Mercur Daler.JPG - Wikimedia Commons
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Germany
-
- Pág. 27 *Hermes con Dionisio*
Autor: Praxíteles. Siglo IV aC.
Templo de Hera. Olimpia
Archivo: Olimpia, museo 05.jpg - Wikimedia Commons
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-
- Pág. 28 *Hermes con caduceo y sandalias aladas*
Lekythos. Griego, Ático, c. 480-470 a.C
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Lekythos_of_Hermes.jpg
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported , 2.5 Generic , 2.0 Generic y 1.0 Generic
-
- Pág. 30 *Mercurio.*
Autor: Juan de Bolonia. Siglo XVI
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mercury_MET_DP-733-001.jpg
Archivo:Exekias Suicide d Ajax 01.jpg - Wikimedia Commons
-
- Pág. 32 *Aquiles y Ajax*
Autor: Atribuida a Exékias. Atenas c.530
Archivo: Exekias, anfora con achille e aiace che giocano a dai, castore e polluce, da vulci, 540-30 ac ca. 03.JPG - Wikimedia Commons
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported
-
- Pág. 34 *Tumba de Menecrates. Corfú. 570-540 aC*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:%CE%9C%CE%BD%CE%B7%CE%BC%CE%B5%CE%AF%CE%BF_%CE%9C%-CE%B5%CE%BD%CE%B5%CE%BA%CF%81%CE%AC%CF%84%CE%B7.jpg
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-
- Pág. 37 *El sacrificio de Ifigenia*
Autor: Charles de La Fosse. Siglo XVII
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Le_sacrifice_d%27Iphig%C3%A9nie_\(Charles_de_La_Fosse\).jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Le_sacrifice_d%27Iphig%C3%A9nie_(Charles_de_La_Fosse).jpg)
-
- Pág. 38 *Almas a orillas del Aqueronte*
Autor: Adolf Hirémy-Hirschl. 1898
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Adolf_Hir%C3%A9my-Hirschl_-_Die_Seelen_am_Acheron_-_942_-_%C3%96sterreichische_Galerie_Belvedere.jpg
Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-
- Pág. 40 *Mercurio y Argos*
Autor: Diego Velázquez. C. 1659
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Diego_Vel%C3%A1zquez_-_Mercury_and_Argus_-_WGA24471.jpg
-

Pág. 41	<i>El lobo y el cordero</i> Autor: Esopo. Fábulas. Grabador Wenceslao Grite. Siglo XVII https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Wenceslas_Hollar_-_The_wolf_and_the_lamb_(State_2).jpg
Pág. 43	<i>Aquiles recibiendo a los enviados de Agamenón</i> Autor: Jean Auguste Dominique Ingres. 1801 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Envoys_of_Agamemnon_by_Ingres.jpg
Pág. 44	<i>Príamo enviando a París, el rapto de Helena y el asedio de Troya.</i> Crónicas de Saint-Denis. Siglo XIV. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:TrojanWar_14thCentury.jpg
Pág. 45	<i>Embajada a Aquiles</i> Autor: Hieron, alfarero. Pintor Macron. Skyphos ático de figura roja. C. 480 a.C. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Akhilleus_embassy_Louvre_G146_n3.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 3.0 Unported
Pág. 47	<i>Destrucción de Troya. Lámina dedicada a la Guerra de Troya. Editada por François Desprez, Francia.</i> Antes de 1583 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Derni%C3%A8re_et_mis%C3%A9rable_ruine,_br%C3%B9lement_et_saccagement_de_Troye_la_grande,_par_les_Grecs_(F_Desprez).jpg
Pág. 48	<i>Oráculo de Delfos: Rey Aigeus frente a la Pythia</i> Pintor Kodros. Ático de figura roja kylix de Vulci (Italia), 440-430 a.C. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Oracle_of_Delphi,_red-figure_kylix,_440-430_BC,_Kodros_Painter,_Berlin_F_2538,_141668.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
Pág. 49	<i>Sibila de Delfos</i> Autor: Miguel Ángel. Capilla Sixtina. C. 1509 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Michelangelo_-_Delphic_Sibyl.jpg

Caracteres Míticos en la Diplomacia Griega Antigua

Pág. 50	<i>El Consejo de los Dioses</i> (Fragmento) Autor: Rafael. Entre 1517 y 1518. Fresco en Villa Farnesina, Roma https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Raffaello,_concilio_degli_dei_02.jpg
Pág. 52	<i>Clío. La Musa de la Historia. Bajorrelieve en la puerta Guillaume. Dijon, Francia. S. XVIII</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Dijon_Porte_Guillaume_01_detail_01.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported.
Pág. 53	<i>Ley anfictiónica de Delfos. Egina, Grecia. S IV aC.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Amphictyonic_law_Louvre_Ma133.jpg
Pág. 54	<i>Historiae</i> Autor: Heródoto. Traducida al latín por Lorenzo Valla. Editada por Antonio Mancinelli. Impreso en Venecia en 1494 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Dedication_page_for_the_Historiae_by_Herodotus_printed_at_Venice_1494.jpg
Pág. 55	<i>El Mundo según Heródoto en El Bosquejo de la Historia.</i> Autor: HG Wells. Ilustrador JF Horrabin. 1923 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_World_according_to_Herodotus,_H._G._Wells%27_Outline_of_History_page_161.jpg
Pág. 57	<i>Troya.</i> Crónica de Nuremberg. 1493 Autor: Hartmann Schedel https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nuremberg_chronicles_f_36r_1.png
Pág. 58	<i>Quintus Fabius Maximus ante el Senado de Cartago</i> Autor: Giovanni Battista Tiepolo. Entre 1725 y 1729 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Quintus_Fabius_Maximus_Before_the_Senate_of_Carthage_Hermitage.jpg

Pág. 59	<i>Io y Argo</i> Fresco romano de la casa de Meleagro, Pompeya, Italia. (45-79 dC) https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Affresco_romano_-_Pompei_-_io_e_argo.JPG
Pág. 60	<i>El rapto de Europa</i> Autor: Assteas. S IV aC. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cratere_Assteas_-_Il_ratto_di_Europa.png Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
Pág. 61	<i>La huida de Medea con los Argonautas</i> Autor: atribuida a Johann Heinrich Schönfeld. 1684 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_flight_of_medea_with_the_argonauts.jpg
Pág. 62	<i>Heraclès a punto de matar a Laomedon, rey de Troya. Tras Heraclès se encuentra Hesione</i> Terra sigilata. Finales del S I-principios del S II https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Herakles_Laomedon_MCA_Valle_Sabbia.jpg
Pág. 63	<i>La Embajada de Aquiles.</i> Autor: Homero <i>La Iliada</i> . Traducción: Alfred John Church. Ilustrador: John Flaxman https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_Embassy_to_Achilles.jpg
Pág. 64	<i>Hoplita griego y guerrero persa luchando. Kilix del siglo V a.C., conocido como Copa de Edimburgo</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Greek-Persian_duel.jpg
Pág. 65	<i>Historia de la Guerra del Peloponeso.</i> Autor: Tucídides Fragmento del cuarto libro https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Papyrus_Oxhyrhynchus_16_-_Thucydides_-_Penn_Museum_E2747.jpg
Pág. 67	<i>El soldado de Maratón</i> Autor: Luc-Olivier Merson. 1869 https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Phidippides.jpg
Pág. 69	<i>El rey Jerjes I en el trono concediendo audiencia.</i> Relieve de la audiencia de Apadana https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Persepolis_theasury.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 2.0 Generic
Pág. 71	<i>Representación de la retórica.</i> Mujer sentada con un pergamino y dos libros, sosteniendo un caduceo. Autor: Hendrik Goltzius.S. XVI-XVII https://commons.wikimedia.org/wiki/File:A_seated_woman_with_a_scroll_and_two_books_holding_a_caduce_Wellcome_V0047927.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International
Pág. 72	<i>Ares y otros dioses —Apolo, Artemisa, Leto, Escamandro y Afrodita— acudiendo a luchar a favor del bando troyano en la guerra de Troya</i> Autor: Homero <i>La Iliada</i> . Traducción: Alfred John Church. Ilustrador: John Flaxman https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_story_of_the_Iliad_(1911)__(14596357638).jpg
Pág. 73	<i>La tormenta impide que los soldados de Jerjes saqueen el templo de Apolo en Delfos</i> Autor: Francesco Xanto Avelli. 1536 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Avelli_Soldiers_of_Xerxes.jpg
Pág. 74	<i>Reconstrucción del santuario de Apolo en Delfos en una pintura de 1894 de</i> Autor: Albert Tournaire. 1894 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Delphi_by_Albert_Tournaire.jpg
Pág. 75	<i>Los misterios de Eleusis. Placa votiva en terracota. S IV aC.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:NAMA_Myst%C3%A8res_d%27Eleusis.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported

-
- Pág. 76 *Leonidas envía un mensajero a los espartanos*
 Autor: Endrei Zalan *La historia del mundo*. Ilustrador Ricarxpo Geiger. 1906-1908
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Geiger_Rich%C3%A1rd_-_g%C3%B6r%C3%B6g_n%C3%A9pek_027_Leonidasz_h%C3%ADrn%C3%B6k%C3%B6t_k%C3%BCld_Sp%C3%A1rt%C3%A1ba_hogy_kitartanak.jpg
-
- Pág. 79 *Los espartanos arrojan a los enviados persas a un pozo. 'Vorzeit und Gegenwart', Augsburg, 1832*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Spartians_throw_Persian_envoys_into_a_well.jpg
-
- Pág. 81 *Doctrinal de Príncipes*
 Autor: Diego de Valera. 1412-1488
 Biblioteca Nacional de España. Mss/2953. bdh0000046733
-
- Pág. 82 *Clio en el carro de la Historia*
 Autor: Carlo Franzoni. 1819
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Car_of_history.jpg
-

Diplomacia Alejandrina

-
- Pág. 84 *Faro de Alejandría*
 Autora: Magdalena van de Passe, según el diseño de: Maerten de Vos, editor: Crispijn van de Passe. Utrecht. 1614
[https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Pharos_van_Alexandri%C3%AB_De_zeven_wereldwonderen_\(serietitel\),_RP-P-2011-72-7.jpg](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Pharos_van_Alexandri%C3%AB_De_zeven_wereldwonderen_(serietitel),_RP-P-2011-72-7.jpg)
 Archivo disponible bajo la Dedicación de Dominio Público Universal Creative Commons CC0 1.0
-
- Pág. 87 *Alejandría en la época helenística*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ptolemaic_Alexandria_Map_-_es.svg
 Alejandría en la época helenística
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-
- Pág. 88 *Camafeo de Alejandro Magno representado como Zeus-Amón.*
<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:AlexanderCameo.JPG>
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported
-
- Pág. 91 *El rey egipcio Ptolemeo II Filádelfo y la reina Arsinoe II, deificados.*
 Templo en Tanis, Egipto. Período Ptolemaico, c. 285-246 a.C
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Egyptian_king_Ptolemy_II_Philadelphus_and_queen_Arsinoe_II,_deified._Ptolemaic_Period,_c._285-246_BCE._From_the_temple_of_Ptolemy_II_and_Arsinoe_II_at_Tanis,_Egypt._The_British_Museum.jpg
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-
- Pág. 92 *Ptolemeo II y Arsinoe II*
 Siglo III a. C
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Cameo_gonzaga2.jpg
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 3.0 Unported
-
- Pág. 94 *Representación artística de la Biblioteca de Alejandría.*
 Autor: O von Corven. S. XIX.
<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ancientlibraryalex.jpg>
-
- Pág. 95 *Codex Alexandrinus, S. V.*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Codex_Alexandrinus_f41v_-_Luke.jpg
-
- Pág. 96-97 *Sucesores de Alejandro Magno. Crónica de Nuremberg. 1493*
 Autor: Hartmann Schedel.
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nuremberg_chronicles_f_75v76r_1.png
-
- Pág. 99 *Oriente Próximo, hacia el 300 a. C*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Alter_Orient_0300BC-es.svg
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
-

Pág. 101	<i>Hymenaios. Termas de Neptuno, Ostia Antica, Lacio, Italia.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hymenaios_Terme_di_Nettuno_Ostia_Antica_2006-09-08.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 2.5 Generic
Pág. 103	<i>Ptolemeo Filádelfo en la biblioteca de Alessandria</i> Autor: Vincenzo Camuccini 1813 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ptoleme2_Vincenzo_Camuccini_1813.jpg
Pág. 104	<i>Ptolemeo y Eleazar intercambian cartas. Ilustración del Diccionario Enciclopédico de Brockhaus y Efron. Antes de 1906.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Brockhaus_and_Efron_Jewish_Encyclopedia_e3_111-2.jpg
Pág. 105	<i>Carta de Aristeas.</i> Traducción latina de Mattia Palmieri. C. 1480 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Aristeas_Epistula_ad_Philocratem_(BSB_Clm_627).jpg
Pág. 106	<i>El rey Ptolemeo y los 70 intérpretes. Ilustración del Diccionario Enciclopédico de Brockhaus y Efron. Antes de 1906.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Brockhaus_and_Efron_Jewish_Encyclopedia_e3_111-3.jpg
Pág. 107	<i>Ptolemeo II Filádelfo hablando con los sabios judíos que tradujeron la Biblia para la biblioteca de Alejandría.</i> Autor: Jean Baptiste de Champaigne. 1672 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ptoleme_2_by_Jean-Baptiste_de_Champaigne.jpg
Pág. 108	<i>Palestina y Fenicia en tiempos de Ptolemeo II Filádelfo</i> Autor: Maccoun, Townsend. <i>Tierra Santa en la Geografía y la Historia.</i> 1899 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:MACCOUN(1899)_p139_283_B.C.-2479_B.C._PALESTINE_AND_PHOENICIA,_TIME_OF_PTOLEMY_II._PHILADELPHUS.jpg
Pág. 111	<i>Octodracma con la efigie de Arsinoe II. 253-246 a. C</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Egitto_tolemaico,_arsino%C3%A8_II,_octodracma_di_alessandria_253-246_ac_ca.JPG Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 3.0 Unported
Pág. 113	<i>Decretos del Rey Ashoka</i> Inscripción en la roca de Kalsi cara sur https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Kalsi_inscription_south_face.jpg
Pág. 115	<i>Ptolemeo II oferente ante Isis.</i> Bajorrelieve en el templo de File https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Relief_from_the_Temple_of_Philae_by_John_Campana1.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 2.0 Generic
Pág. 117	<i>Detalle del mosaico del Nilo de Palestrina</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Praeneste_-_Nile_Mosaic_-_Section_13_-_Detail_2.jpg

Diplomacia en tiempos del Dante

Pág. 120	<i>Dante y su poema</i> Autor: Doménico di Michelino 1465. https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Dante_and_His_Poem_by_Domenico_di_Michelino#/media/File:Dante_Domenico_di_Michelino_Duomo_Florence.jpg
Pág. 123	<i>El paraíso, anónimo italiano (s. XV). La divina comedia. Dante Alighieri, 1265-1321.</i>
Pág. 127	<i>Bula Antiquorum habet fida relatio</i> Papa Bonifacio VIII. Jubileo del 22 de Febrero de 1300 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Antiquorum_habet_immagine.jpg
Pág. 129	<i>El Papa Bonifacio VIII proclama el jubileo el 22 de febrero de 1300</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:BonifaceVIIIjubile.jpg
Pág. 130	<i>El Papa Bonifacio VIII recibiendo a Charles de Valois con una delegación de la facción Güelfa. S. XIV</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Karelvalois_Bonifac8.jpg

Pág. 133	<i>Dante persuadiendo a Scarpetta Ordelaffi contra los florentinos</i> Autor: Pompeo Randi 1854. https://fr.wikipedia.org/wiki/Fichier:Dante_e_Scarpetta_Ordelaffi,_affresco_di_Pompeo_Randi.JPG
Pág. 134	<i>Dante en el exilio</i> Autor: Domenico Peterlini (atribuido). C. 1860 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Dante_exile.jpg
Pág. 135	<i>Coronación en Aquisgrán de Enrique VII y Margarita de Brabante el 6 de noviembre de 1309. Codex Balduini Trevirensis. 1340</i> Archivo: Aachener Krönung Heinrichs VII. und Margaretes von Brabant.jpg - Wikimedia Commons
Pág. 137	<i>Mateo d' Aquasparta.</i> Políptico Gualdo Tadino de Niccolò Alunno https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Matteo_d%27Acquasparta_1_(cropped).jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 3.0 Unported
Pág. 139	<i>Roma personificada como viuda durante el papado en Avignon</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:BNMsItal81Fol18RomeWidowed.jpg
Pág. 143	<i>El viaje del emperador Enrique VII a Roma mientras el séquito cruza el macizo del monte Cenis 1310. Codex Balduini Trevirensis. 1340</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Codex_Balduini_Trevirensis_-_Alpen%C3%BCberquerung_Heinrich_VII.JPG
Pág. 146	<i>Entrada del emperador Enrique VII en Milán. Codex Balduini Trevirensis. 1340</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Einritt_Kaiser_Heinrichs_VII..JPG
Pág. 151	<i>Dante ante el Emperador Enrique VII</i> <i>Die Gartenlaube.</i> Editor Nachfolger de Ernst Keil. Leipzig 1865. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Die_Gartenlaube_(1865)_b_341.jpg
Pág. 153	<i>Jaime II. Rey de Aragón. Anónimo. 1634</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Jakob_II._Aragonski.jpg
Pág. 155 d	<i>Fridericus III Rex Siciliae. Mosaico del Duomo di Messina, Ábside central. Siglo xiv</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Federico_III.jpg
Pág. 155 c	<i>Enrique VII.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Die_deutschen_Kaiser_Heinrich_VII.jpg
Pág. 155 i	<i>Roberto. Rey de Nápoles</i> Autor: Simone Martini 1317 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:RobertNeapol_Martini,_Simone.jpg
Pág. 156	<i>Enrique VII entra en Brescia. Codex Balduini Trevirensis. 1340</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Rimskajizda.gif
Pág. 159	<i>El Papa Clemente V y Felipe IV de Francia reciben a los Templarios</i> Autor: Maître de Boucicaut. S.XV https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ma%C3%A9tre_de_Boucicaut_Cl%C3%A9ment_V_et_Philippe_le_Bel.jpg https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paul-Lacroix_Council-Vienne.jpg
Pág. 161	<i>Concilio de Viena (1311-1312).</i> Autor: Pablo La Croix. 1880 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paul-Lacroix_Council-Vienne.jpg
Pág. 162	<i>Los poetas toscanos.</i> Autor: Giorgio Vasari. 1544 https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Italien_humanists_by_Giorgio_Vasari.jpg
Pág. 167	<i>Plaza dei Signori (Verona), en tiempo de Cangrande</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Dipinto_piazza_dei_Signori_Verona_Cangrande_Castelvecchio.jpg
Pág. 169	<i>El Rey se dirige a Cremona. Codex Balduini Trevirensis 1340</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Romefahr.jpg

Pág. 175	<i>Coronación del emperador Enrique VII en la Basílica de Letrán.</i> Codex Balduini Trevirensis 1340 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:HenryLux.jpg
Pág. 177	<i>Muerte de Enrique VII.</i> Codex Balduini Trevirensis 1340 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Death_Henry_7.jpg
Pág. 183	<i>El antipapa Nicolás V corona a Luis IV bávaro el 15 de mayo de 1328</i> Autor: Virgil Master (iluminador). C. 1410 Archivo: Antipapa-Nicolás V.jpg - Wikimedia Commons
Pág. 185	<i>Dante en la corte de Guido Novello</i> Autor: Andrea Pierini 1850 Archivo: Andrea Pierini - Dante alla corte di Guido Novello.jpg - Wikimedia Commons
Pág. 187	<i>Tumba de Dante, Ravenna</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ravenna,_tomba_di_Dante_(15).jpg?uselang=es
Pág. 189	<i>Philipp von Rathsamhausen</i> Archivo: Philipp von Rathsamhausen als Prediger aus dem Gundekarianum.jpg - Wikimedia Commons
Pág. 196	<i>Dante y Beatriz contemplan el Cielo más alto, El Empíreo.</i> Grabado de Gustave Doré. S XIX Archivo: Paradiso Canto 31.jpg - Wikimedia Commons

El Mito de Europa

Pág. 198	<i>El Rapto de Europa. Pompeya. Siglo I d.C.</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Rape_of_Europa_MAN_Napoli_Inv111475.jpg
Pág. 200	<i>Zeus transformado en toro rapta a Europa.</i> Terracota. 475-425 a. C. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Zeus_transformado_en_toro_rapta_a_Europa._Terracota_beocia_-_M.A.N.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
Pág. 201	<i>Helena y Paris</i> Autor: Giovanni Boccaccio <i>De mulieribus claris</i> . Impresa por Johannes Zainer en Ulm c. 1474 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Woodcut_illustration_of_Helen_and_Paris_-_Penn_Provenance_Project.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 2.0 Generic
Pág. 204	<i>Cosmographia, sive De situ orbis</i> Autor: Mela Pomponio. Editor Francisco Núñez de la Yerva. 1498 Biblioteca Nacional de España. INC/350. INC/1631. bdh0000176308
Pág. 205	<i>Mapa mundi estilo T y O.</i> Autor: San Isidoro de Sevilla. <i>Las Etimologías</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:T_and_O_map_Guntherus_Ziner_1472.jpg
Pág. 206	<i>El rapto de Europa.</i> Hypnerotomachie, ed. Martin, 1546, imagen en el fol. 54r https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hypn%C3%A9rotomachie_-_%C3%A9d._Martin_-_p54r-2.jpg
Pág. 209	<i>Geographica</i> Autor: Estrabón. Dedicatoria de Guarino al Papa Nicolás V con motivo de su traducción latina. S XV https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Guarino_da_Verona,_dedication_letter.jpg
Pág. 210	<i>Mapa de Europa como reina.</i> Impreso por Sebastian Munster. Basilea 1570. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Europe_As_A_Queen_Sebastian_Munster_1570.jpg
Pág. 212-13	<i>Mapamundi con los tres hijos de Noé.</i> Xilografía de la Crónica de Nuremberg. Autor: Hartmann Schedel, 1493 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nuremberg_chronicles_-_f_13b.png

Pág. 214	<i>Historia Rerum Ubique Gestarum</i> Autor: Eneas Silvio Piccolomini. (Venecia 1477), con notas a mano de Cristóbal Colón https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Las_Palmas_Casa_de_Colon_-_Museum_Piccolomini_Historia.jpg Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution-Share Alike 4.0 International
Pág. 216-17	<i>Examen de Ingenios para las ciencias</i> . Juan Huarte de San Juan. 1575 http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000167971&page=1
Pág. 219	<i>Lorenzo Valla</i> . Autor: Boissard, Jean-Jacques; Bry, Theodor de https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Lorenzo_Valla_aport011.png
Pág. 219	<i>Erasmus</i> . Grabado de Alberto Durero. 1526 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Durer_Erasmus.jpg
Pág. 221	<i>Tomás Moro</i> . https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Morus_Thomas_Heiliger.jpg
Pág. 221	<i>Maquiavelo</i> Autor: Mentzel, Johann Georg (grabador) 1714 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Machiavelli_-_Mentzel,_Johann_Georg.jpg
Pág. 221	<i>Paus Nicolaas V. Liber Chronicarum</i> . 1493 https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Nicolaus_V_in_miniatures Este archivo está disponible bajo Creative Commons CC0 1.0 Universal Public Domain Dedication
Pág. 221	<i>Papa Pio II</i> . https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Paus_Pius_II.png
Pág. 222	<i>Philippe de Commines</i> . Autor: Nicolás de Larmessin III 1682 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Philippe_de_Commines_diplomat.jpg
Pág. 222	<i>Conte Baldassare Castiglione</i> https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Stampa_del_Conte_Baldassare_Castiglione.jpg
Pág. 225	<i>Europa en el año 1453</i> . Mapas y tablas de cronología y genealogía Autor: Koch (Christophe Guillaume) 1831 https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:1453_in_Europe#/media/File:Maps_and_tables_of_chronology_and_genealogy_(1831)__(14779956884).jpg
Pág. 226	<i>La caída de Constantinopla</i> Autor: Jean Le Tavernier. Después de 1455 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Le_si%C3%A8ge_de_Constantinople_(1453)_by_Jean_Le_Tavernier_after_1455.jpg
Pág. 235	<i>Planisferio</i> Autor: Rumold Mercator, <i>Orbis terrae compendiosa descriptio</i> 1587 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mercator_World_Map.jpg
La Cultura Clásica: Mito o Enseñanza	
Pág. 238	<i>Apolo y las Musas</i> . (Fragmento) Autor: Michel Dorigny. C. 1640 https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Simon_Vouet_-_Parnassus_or_Apollo_and_the_Muses_-_WGA25372.jpg
Pág. 241	<i>La Fábula y la Verdad</i> Autor: Jean Pierre Claris de Florian. Grabado de Marie-Joseph Flouest, 1792. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Florian-1792.jpg

-
- Pág. 242 *La Academia de Atenas*
 Autor: Rafael 1509.
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Raffael_058.jpg
-
- Pág. 245 *Massimiliano Sforza con su maestro Gian Antonio Secco*
 Autor: Giovanni Pietro da Birago. Hacia 1496 /1499
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Massimiliano_Sforza_and_Gian_Antonio_Secco.jpg
-
- Pág. 247 *Prisciano, o el Gramático.* Luca della Robbia. Hacia 1437 – 1439
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Priscianus_della_Robbia_OPA_Florence.jpg
-
- Pág. 248 *Frontispicio para el códice de Virgilio*
 Autor: Simone Martini. 1340
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Simone_Martini_-_Frontispice_du_Virgile.jpg
-
- Pág. 249 *Utriusque cosmi maioris...*
 Autor: Robert Fludd, 1617
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Engraved_title_page_%22Utriusque_cosmi_maioris...%22_Fludd,_1617_Wellcome_L0016153.jpg
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International
-
- Pág. 251 *La Verdad, el Tiempo y la Historia*
 Autor: Francisco de Goya. Entre 1797 y 1800
 Archivo: La Verdad, el Tiempo y la Historia.jpg - Wikimedia Commons
-
- Pág. 252 *Alegoría de la Ciencia*
 Autor: Vinckeboons, David (1576-1629).
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Allegory_of_science_PK-T-AW-1440,_PK-T-AW-5582.tiff
 Este archivo tiene la licencia Creative Commons Attribution 4.0 International
-
- Pág. 254 *Sapere Aude. Fleuron del libro: El educado instructor; o, museo de la juventud.* 1761.
 Autor: Deconocido
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:The_polite_instructor;_or,_youth%27s_museum._Fleuron_T108353-1.png
-
- Pág. 259 *Rubens pintando la alegoría de la paz*
 Autor: Giordano, Luca. Hacia 1660
 Museo Nacional del Prado P000190 - Colección - Museo Nacional del Prado (museodelprado.es)
-
- Pág. 260 *El árbol de la vida en la mitología nórdica.*
 Autor: Atribuido a Oluf Olufsen Bagge. 1847
<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Yggdrasil.jpg>
-

Epílogo

-
- Pág. 263 *Columna del Templo de Zeus en Atenas*
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Corinthian_Column_of_the_Temple_of_Zeus_in_Athens_3.jpg
-



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LA NOBLE VILLA DE MADRID
EL DÍA 24 DE SEPTIEMBRE, FESTIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.
SU EDICIÓN CONSTA DE 350 EJEMPLARES.
SE HA UTILIZADO LA TIPOGRAFÍA ADOBE GARAMOND PRO
EN SUS 278 PÁGINAS QUE RECOGEN 142 IMÁGENES.
AÑO DOS MIL VEINTIDÓS